RESERVOIR BOOKS

Orna Donath

#madres arrepentidas

Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales

RESERVOIR BOOKS
Orna Donath
#madres arrepentidas
Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales

#MADRES ARREPENTIDAS

#madresarrepentidaspone sobre la mesa algo de lo que apenas se habla: las muchas mujeres que, una vez han sido madres, no han encontrado la 'profetizada' plenitud. Aman a sus hijos por a su vez no quieren ser madres de nadie.

En este ensayo controvertido, tan minucioso como iluminador, la socióloga Orna Donath examina la dimensión del tabú, desactiva los dictados sociales y deja que sean las propias madres quienes hablen de sus experiencias. Así,#madresarrepentidasse erige como un nuevo e imprescindible manifiesto feminista, llamado a romper barreras.

Título Original: *Regretting Motherhood. Wenn Mütter bereuen*
Traductor: Leiva Morales, Ángeles
©2016, Donath, Orna
©2016, Penguin Random House Grupo Editorial , S.A.U.
ISBN: 9788416709052
Generado con: QualityEbook v0.84

Orna Donath

Madres arrepentidas

UNA mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales

Traducción de Ángeles Leiva Morales
Título original: Regretting Motherhood. Wenn Mütter bereuen
Primera edición: septiembre de 2016
© 2016, Albrecht Knaus Verlag

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

© 2016, Ángeles Leiva Morales, por la traducción
ISBN: 978 − 84 − 16709 − 05 − 2

Depósito legal: B-ll.794 − 2016

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

En vez de preguntar ¿cómo es posible que esto sea cierto?, podríamos preguntar ¿y si esto fuera cierto? ¿Qué pasaría entonces?

Arthur Bochner

Índice

Introducción

¿A qué nos referimos cuando hablamos de arrepentimiento?

El estudio

Un mapa del libro…

1. Caminos a la maternidad: lo que dicta la sociedad frente a las experiencias de las mujeres

La «vía natural» o la «libertad de elección»

Ser madre dejándose llevar por la corriente

Deseos y motivos ocultos para tener hijos

Ser madres con consentimiento y sin voluntad

2. Las exigencias de la maternidad: aspecto, conducta y sentimientos que deberían tener las madres

«Buena madre» — «Mala madre»: siempre a vuelta con las madres

Amar a los hijos — Odiar a los hijos — Odiarla maternidad

3. Madres arrepentidas: si pudiera no ser madre de nadie.

Tiempo y memoria

Arrepentimiento: el deseo de deshacer lo irreversible

Política de arrepentimiento, reproducción y maternidad

«Ha sido un terrible error»: el punto de vista de las mujeres

Arrepentirse de la maternidad, pero no de los hijos

Momentos de toma de conciencia

Ventajas e inconvenientes de la maternidad

4. Experiencias de maternidad y prácticas de arrepentimiento: vivir con un sentimiento ilícito

¿Quién era y quién soy?
La maternidad como un sentimiento traumático
Lazos y cadenas del amor maternal
La obligación de cuidar
Ser madre: una historia interminable
¿Dónde están los padres?
Soñar con desaparecer
Vivir separada de los hijos
Tener más hijos o no
5. ¿Quién eres, mamá? Que callen o hablen las madres arrepentidas
Intentar hablar, ser acallada
¿Lo saben los hijos?
Para proteger: silenciar el arrepentimiento
Para proteger: sentirse responsable de que lo sepan
6. Madres-sujetos: investigar el estado de las madres por medio del arrepentimiento
Llegar a las madres: ventajas y limitaciones
La satisfacción en la maternidad: ¿es solo una cuestión de condiciones?
De objetos a sujetos: madres como seres humanos, la maternidad como relación

Epílogo

Introducción

¡Te arrepentirás!

¡Te

arrepentirás de no tener niños!

ESAS palabras se me quedaron grabadas en 2007, cuando concluí una investigación sobre la falta de deseo de mujeres y hombres judíos israelíes de ser padres. La profecía de fatalidad que entrañan dichas palabras, que se lanza sobre casi toda aquella persona que no quiere ser padre en general y madre en particular, siguió resonando en mi cabeza: «Seguro que lo lamentarán». Las mujeres se arrepienten de no ser madres. Y punto.

La rotundidad de la sentencia me tenía preocupada. Las ideas se me agolpaban en la mente. Me resultaba difícil no actuar frente a la resolución dicotómica que define con contundencia el arrepentimiento por el hecho de no tener hijos como un arma con la que amenazar a las mujeres, quedando excluida al mismo tiempo toda posibilidad de pensar en el arrepentimiento tras dar a luz, y desear retomar la condición de no ser madre de nadie.

Mi consulta comenzó en 2008.

Se inició en Israel, un país en el que las mujeres tienen un promedio de 3 hijos,[1] un índice de fertilidad total que supera la media de los miembros de la OCDE, que se sitúa en 1,74. Sin embargo, cobró relevancia en otros países occidentales como Estados Unidos —con una tasa de 1,9— y varios europeos, entre ellos Austria, Suecia, Estonia y especialmente Alemania —con un índice que no pasa del 1,4,[2] donde las mujeres parecen tener más

margen de maniobra en sus tendencias a la maternidad, pero aun así deben soportar la presión social de tomar la decisión «correcta» y ser madres.

Independientemente del país en el que me fijara, las mujeres dan a luz y crían a sus hijos enfrentándose a enormes dificultades relacionadas con la maternidad, y al mismo tiempo apenas se habla del arrepentimiento.

Insistí en abordar dicha situación guiándome por el supuesto de que nuestro campo visual social es limitado, pues no nos deja ver ni oír algo que existe aunque no tenga una vía de expresión; ya sabemos que la maternidad puede ser para las mujeres la relación que les infunde como ninguna otra sentimientos de realización, alegría, amor, consuelo, orgullo y satisfacción. Ya sabemos que la maternidad puede ser al mismo tiempo un ruedo lleno de tensiones y ambivalencia que puede provocar impotencia, frustración, culpa, vergüenza, ira, hostilidad y desilusión. Ya sabemos que la maternidad puede ser opresiva en sí misma, pues reduce las posibilidades de movimiento y el grado de independencia de las mujeres. Y ya hemos empezado a mostrarnos dispuestos a comprender que las madres son seres humanos capaces de hacer daño, maltratar y a veces incluso matar, ya sea consciente o inconscientemente. No obstante, seguimos anhelando que esas experiencias de mujeres de carne y hueso no destrocen la imagen mítica que tenemos de la madre por excelencia, y por ello seguimos resistiéndonos a reconocer que la maternidad —así como otros muchos ámbitos de nuestra vida a los que estamos obligados, en los que sufrimos y por los que nos preocupamos, y que por tanto nos suscitan el deseo de volver atrás y hacer las cosas de otro modo— podría estar expuesta también al arrepentimiento. Tanto si las madres se enfrentan a dificultades como si no, no se espera de ellas ni se les permite sentir o pensar que la transición a la maternidad ha sido para ellas un paso desafortunado.[3]

A falta de una vía de expresión y en vista de esa reticencia que sitúa la maternidad más allá de la experiencia humana del pesar, casi nunca se habla del arrepentimiento en relación al hecho de ser madre, ni en el debate público[4] ni en los escritos teóricos y feministas interdisciplinarios acerca de la maternidad; la mayoría de la literatura existente basada en testimonios de madres versa sobre los sentimientos y las vivencias de madres de bebés y niños pequeños, es decir, el período de tiempo inicial tras la transición a la maternidad. La relativa escasez de referencias a las experiencias de mujeres

con hijos de mayor edad indica que se da poca cabida a la visión retrospectiva de las madres en el relato de sus historias a lo largo de los años. Además, casi todo lo que se escribe acerca de la actitud de las mujeres ante «la transición misma a la maternidad» se encuentra en la literatura que trata de la reticencia de las mujeres a ser madres. Así pues, faltan testimonios con una visión retrospectiva por parte de las madres y la cuestión se adscribe en gran parte a las «otras mujeres», aquellas que supuestamente no tienen nada que ver con la vida de las madres.

A la luz de este mapa parece que «incluso» en las teorizaciones feministas acerca del asunto no hay lugar para la reevaluación, y menos aún para el arrepentimiento.

En las pocas ocasiones en las que el tema de las mujeres arrepentidas de haber sido madres se ha abordado en internet[5] en los últimos años, se tendía a considerar como un objeto de incredulidad, es decir, que se negaba su existencia real, o como un objeto de furia o distorsión, o sea, que se tildaba a las madres arrepentidas de mujeres egoístas, dementes y trastornadas y de seres humanos inmorales que demuestran que vivimos en una «cultura plañidera».

Estas dos maneras de reaccionar pueden apreciarse claramente en el acalorado debate que se generó en numerosos países occidentales y en particular en Alemania desde abril de 2015 en torno al hashtag #regrettingmotherhood, a raíz de un artículo que escribí sobre la cuestión publicado en la revista académica *Signs*,[6] y después de que me entrevistaran al respecto en la prensa alemana.[7]

El intenso debate que originaron dichas publicaciones recibió un aluvión de declaraciones de repulsa contra las madres arrepentidas, junto a una gran cantidad de testimonios de alivio por parte de madres que se arrepentían de serlo. Además, un número desconocido de mujeres y madres reafirmaron la importancia de ventilar —por medio del arrepentimiento— sus aflicciones por verse obligadas a convertirse en madres o por ser las principales responsables de la crianza de sus hijos. Centenares de textos publicados en blogs de padres, de madres y en redes sociales han aprovechado el momento para revelar (por fin o una vez más) sentimientos íntimos que se mantenían de puertas adentro debido al deseo de evitar la crítica y el juicio severo por parte de la sociedad.

El vivo debate surgido en Alemania por medio del arrepentimiento, principalmente con relación al concepto dual de la «madre perfecta» en oposición a la «madre negligente», puso de manifiesto que nos enfrentamos a una amplia variedad de sentimientos que imploran ser abordados, junto al arrepentimiento. Destacó que aún falta algo, que todavía hay algo que aguarda impaciente ser expresado y oído a conciencia, despejando al mismo tiempo cualquier duda sobre el hecho de que arrepentirse de ser madre sea un tabú arraigado.

Mediante mi estudio, que se prolongó de 2008 a 2013, me propuse dar cabida por primera vez a tantas cosas calladas, escuchando a mujeres de distintos colectivos sociales que se arrepienten de haber sido madres; varias de ellas son ya abuelas.

En este libro sigo los diversos caminos que las llevaron a la maternidad, analizo el mundo emocional e intelectual de cada una de ellas tras el nacimiento de sus hijos y conceptualizo sus sentimientos y los angustiosos conflictos presentes en su vida provocados por la discrepancia entre el deseo de no ser madre de nadie y el hecho de que son madres de sus hijos. Asimismo, investigo la manera en que distintas mujeres reconocen y reaccionan ante esos conflictos.

Sin embargo, no me interesa limitarme a reconocer la existencia del arrepentimiento en sí por la maternidad. Este tipo de enfoque exculpará a la sociedad; si personalizamos el arrepentimiento como una incapacidad propia para adaptarse a la maternidad y entendemos, por tanto, que la madre en concreto debería esforzarse más, seguiremos ajenos al modo en que numerosas sociedades occidentales tratan a las mujeres. Aunque sería más preciso decir al modo en que descuidan a las mujeres, dado que las sociedades parecen eximirse de haber empujado a todas y cada una de las mujeres que se consideran física y emocionalmente sanas no solo hacia la maternidad sino también hacia la soledad. De esta manera, el arrepentimiento no es «un fenómeno», como se sugirió en varios debates públicos, no es una invitación a ver un «circo emocional» con «mujeres pervertidas». Si pensamos en las emociones también como un medio para manifestarse contra los sistemas de poder,[8] entonces el arrepentimiento es una señal de alarma que no solo debería instar a las sociedades a ponérselo

más fácil a las madres, sino que nos invita a replantear las políticas de reproducción y nuestras ideas sobre la obligación misma de ser madres. En vista de que el arrepentimiento señala el «camino no tomado», arrepentirse de ser madre indica que hay en efecto caminos que la sociedad prohíbe a las mujeres eliminando *apriori* vías alternativas como la no maternidad. Y dado que el arrepentimiento tiende puentes entre el pasado y el presente y entre lo tangible y lo recordado, arrepentirse de ser madre pone de manifiesto que se pide a las mujeres que hay cosas que deben recordar y que hay otras que deben olvidar sin mirar atrás.

Asimismo, dado que el arrepentimiento es una de las reacciones emocionales ante todo punto de encuentro humano y ante la encrucijada de enfrentarnos a las consecuencias de las decisiones que hemos tomado o nos hemos visto obligados a tomar, arrepentirse de ser madre arroja luz desde un ángulo distinto sobre la (in) capacidad para tratar la maternidad como una relación humana más y no como un rol o un reino de sacralidad. En este sentido, el arrepentimiento puede ayudar a allanar el terreno para abrir una brecha en la idea de que las madres son objetos cuyo propósito es servir en todo momento a los demás vinculando estrechamente su bienestar solo al bienestar de sus hijos, en lugar de reconocer su condición de sujetos individuales, que son dueñas de su cuerpo, sus pensamientos, sus emociones, su imaginación y sus recuerdos y de determinar si todo ello valía la pena o no.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de arrepentimiento?

En varios países en los que se ha tratado el tema de las madres arrepentidas, ha ocurrido algo interesante: el debate sobre el arrepentimiento pasó rápidamente a centrarse en la ambivalencia maternal, olvidándose a veces del punto de partida, es decir, del arrepentimiento en sí. Esta tendencia podría explicarse por el hecho de que el arrepentimiento se encuentra en

realidad en una amplia variedad de experiencias de conflicto dentro de la maternidad en una sociedad que suplica a las madres que guarden silencio.

Sin embargo, no son lo mismo: mientras que una experiencia de arrepentimiento puede implicar sentimientos contradictorios con respecto a la maternidad, la ambivalencia hacia la maternidad no supone necesariamente sentir pesar por ella. Hay madres que tienen sentimientos ambivalentes pero que no se arrepienten de ser madres, y hay madres que se arrepienten de serlo y no tienen sentimientos encontrados hacia la maternidad. En otras palabras, el arrepentimiento no trata la cuestión de «¿cómo puedo llegar a sentirme a gusto con la maternidad?», sino la experiencia según la cual «ser madre ha sido un error».

Mi insistencia en recalcar una vez más que el arrepentimiento provocado por la maternidad no debería olvidarse sino continuar siendo el centro del debate deriva del hecho de entender que confundir ambivalencia y arrepentimiento, tratando ambos conceptos como si fueran uno solo y lo mismo, impide la posibilidad de escuchar lo que tienen que decir las madres que lamentan haber dado a luz. Si nos apresuramos a hablar solo de las dificultades de la maternidad, vaciamos de contenido el arrepentimiento y neutralizamos toda opción de examinar el axioma de que la maternidad se vive necesariamente como una experiencia que vale la pena en el caso de todas las madres y en todas partes, una suposición sobre la que el arrepentimiento arroja luz. Por otra parte, dicha confusión mantiene el *statu quo*, pues al emplear el lenguaje de la complejidad y la ambivalencia lo que hacemos es dar media vuelta y alejarnos una vez más, eludiendo abordar una de las cuestiones principales que surgen del núcleo mismo del arrepentimiento: «la transición a la maternidad en sí misma», el margen tan limitado que tienen las mujeres como individuos obligados a plantearse y decidir por su cuenta si quieren dar a luz y criar hijos o no.

No obstante, situar el arrepentimiento en el centro de la discusión sin duda puede decirnos también algo sobre el estatus de las madres que, por una parte, pese a no arrepentirse, viven la maternidad con dificultades y tal vez deseen eliminarla de su biografía de vez en cuando, mientras que, por otra, se les pide que destierren ese tipo de deseos «proscritos» de su historial. De este modo, el análisis de la maternidad centrado en el arrepentimiento pretende servir a todas las madres que se enfrentan a los

efectos de los constructos sociales; puede aportar un punto de vista adicional para profundizar en el conocimiento de sus experiencias y ayudar a compartir su falta de soledad.

A la luz de la amplia variedad de vivencias maternales que se nos plantean, el primer criterio que apliqué en mi estudio para definir el arrepentimiento fue una «autoidentificación de las propias mujeres» como madres arrepentidas. Asimismo estaban dispuestas de manera activa a participar desde el principio en un estudio llamado explícitamente «arrepentirse de tener hijos».[9]

Este no es el único criterio, ya que durante el período en el que realicé las entrevistas, muchas madres contactaron conmigo porque estaban interesadas en participar en el estudio, pero en las conversaciones con varias de ellas resultó que, si bien experimentaban ambivalencia y conflictos en la maternidad, no se identificaban como arrepentidas por ello, y por tanto no incluí sus datos empíricos en el estudio.

Hubo dos Criterios más que me sirvieron para diferenciar la dificultad o la ambivalencia en la maternidad del arrepentimiento. El primero fue obtener una respuesta negativa cuando planteaba la siguiente pregunta: «Si pudiera volver atrás, con los conocimientos y la experiencia que tiene ahora, ¿sería madre?». El segundo fue obtener una respuesta negativa a la pregunta: «Desde su punto de vista, ¿tiene ventajas la maternidad?». Algunas de las mujeres contestaban con un «No» histriónico. Cuando la respuesta a dicha pregunta era afirmativa, es decir, aquellos casos en los que la entrevistada opinaba que la maternidad tenía ciertas ventajas, yo seguía: «Desde su punto de vista, ¿las ventajas compensan los inconvenientes?», a lo que su respuesta era finalmente negativa.

El cruce entre esos criterios señala una postura emocional que para las mujeres del estudio era constante, ya que algunas de ellas viven con ella desde el embarazo, tras el parto o los primeros años de maternidad hasta el momento actual. Esta postura emocional también sirve para discernir claramente que decir: «La maternidad me hace sufrir, aunque la “sonrisa de mi hijo” lo vale todo en este mundo para mí» no es como decir: «La maternidad me hace sufrir y no hay nada en este mundo que haga que valga la pena».

El estudio

Cuando se inicia un estudio, quien lo realiza puede pensar que no tiene con quién hablar si el tema que se propone investigar está estigmatizado o parece poco frecuente en la población.[10]

No sé, ni me corresponde determinar, hasta qué punto es normal lamentar la transición a la maternidad. Sin embargo, se trata sin duda de una cuestión objeto de estigmatización y considerada tabú. Por este motivo, no era algo baladí propiciar encuentros con mujeres que estaban dispuestas a hablar del arrepentimiento como parte de un estudio. Y, de hecho, durante esos años se pusieron en contacto conmigo mujeres que mostraban su pesar por haber sido madres, pero en algunos casos interrumpieron la comunicación en el momento de intentar concertar una entrevista. Otras cancelaron la entrevista justo un día antes porque, entre otras cosas, temían expresar en voz alta una postura emocional censurada que hasta entonces no habían comentado con nadie.

El contacto con dichas mujeres y con las que acabaron participando en el estudio se estableció de cuatro formas. En primer lugar, puse un anuncio en foros israelíes en internet con relación a la paternidad o maternidad y la familia. En segundo lugar, hablé y escribí sobre el proyecto de investigación en varios medios de comunicación y conferencias, a raíz de mi propio punto de vista como mujer que no desea ser madre y tras una investigación pionera que había llevado a cabo en Israel sobre personas que habían decidido no tener hijos, y cuyo contenido fue publicado posteriormente en forma de libro. En tercer lugar, utilicé el método informal de hacer correr la voz. Y, por último, recurrí al efecto bola de nieve, por medio del cual las mujeres que ya habían expresado su voluntad de participar me ponían en contacto con otras madres que conocían y que compartían sentimientos similares con respecto a la maternidad.

Antes de redactar las conclusiones de mi investigación, me dirigí a cada una de las veintitrés participantes en el estudio, a algunas de las cuales había entrevistado hacía más de dos años, y las invité a elegir el nombre bajo el cual aparecerían sus palabras textuales. Estos son algunos de sus datos biográficos y sociodemográficos:

Edad: la edad de las mujeres oscilaba entre los 26 y los 73 años; cinco de ellas también son abuelas.

Nacionalidad y religión: todas las mujeres eran judías. Cinco de ellas se definían como ateas, doce como laicas, tres como pertenecientes a varios sectores religiosos y tres se negaron a calificar lo que veían como una identidad religiosa híbrida.

Clase social: siete de las madres se definían como clase obrera, catorce como clase media y dos como clase media-alta.

Estudios: once de las entrevistadas poseían un título universitario, ocho tenían el bachillerato, tres contaban con una formación profesional y una estaba cursando una licenciatura en el momento de la entrevista.

Empleo remunerado: veinte de las participantes habían trabajado en algún momento de su vida, y algunas conservaban su empleo en el momento de la entrevista; tres de ellas no.

Número de hijos: cinco de las mujeres tenían un hijo, once tenían dos hijos, una tenía gemelos, cinco tenían tres hijos (una con gemelos y una con trillizos) y dos tenían cuatro hijos. La edad de los hijos oscilaba entre 1 y 48 años. De los cincuenta hijos en total de las entrevistadas diecinueve tenían menos de 10 años, y treinta y uno superaban esa edad. Ninguno de los cincuenta presentaban discapacidades físicas, y cinco entraban en la categoría de personas con necesidades especiales (en el espectro del autismo y el TDAH). Cinco de las mujeres habían utilizado tecnologías de reproducción asistida para quedarse embarazadas.

Identidad sexual: una de las entrevistadas se definía como lesbiana y había tenido relaciones con hombres, fruto de las cuales habían nacido sus hijos; el resto de las mujeres no especificaron su identidad sexual, pero hablaban de relaciones heterosexuales.

Estado civil: ocho de las participantes estaban casadas o tenían una pareja estable, catorce estaban divorciadas o separadas y una era viuda. Ninguna de ellas había sido madre adolescente o soltera desde el principio. De las catorces entrevistadas que vivían separadas del padre de sus hijos, tres no vivían con ellos (los hijos vivían con el padre).

Para mí no había más opción que estudiar el arrepentimiento causado por la maternidad por medio de un método cualitativo como las entrevistas

en profundidad, por una razón principal: la mayoría de los estudios sobre el arrepentimiento en general son de carácter cuantitativo, y recurren a experimentos psicológicos en condiciones de laboratorio al presentarse situaciones hipotéticas ante hombres y mujeres a quienes se les pide que valoren cómo se sentirían y actuarían en un mismo escenario. Si bien este tipo de investigaciones han contribuido muchísimo a la comprensión del arrepentimiento, a menudo se basan en separar a los participantes de su historia personal y desconectar el arrepentimiento de sus contextos sociales más amplios.[11]

El presente estudio deseaba agregar otro tipo de consultas que permitieran ampliar las fuentes de conocimiento por medio de la escucha de frases exactas, llantos, voces que se alzan, tonos cínicos, risas, pausas y silencios. Es decir, todas aquellas formas de expresar emociones que constituyen puntos de partida para tener acceso no solo a los sentimientos en sí, sino a un eje temporal y a la posibilidad de situar esos sentimientos desde el punto de vista de las mujeres, dentro de la historia personal de cada una de ellas y de una historia social más amplia.

Cabría preguntarse qué valor científico tiene fundamentar una investigación en el testimonio de solo veintitrés madres. El propósito del estudio y de este libro nunca ha sido de presentar una muestra representativa que permita crear generalizaciones sobre «las madres». Por el contrario, tanto el estudio como el libro han tenido desde el principio el objetivo de esbozar un complejo mapa que permita a madres de diversos grupos sociales «situarse a sí mismas» dentro de él a fin de dar cabida a una variedad de experiencias maternales subjetivas. De este modo, el libro en su conjunto se aleja deliberadamente de formular resoluciones firmes acerca del mundo interior de las madres en general, al tiempo que confía en que sean las mujeres las que determinen si se encuentran entre estas líneas.

El hecho de que yo no fuera «madre de nadie» tuvo un significado importante para varias mujeres que participaron en el estudio; durante las entrevistas me preguntaron en más de una ocasión si yo era madre. En contra de las directrices otrora comunes para definir un estudio como científico —según las cuales yo, en calidad de investigadora, no debo responder a ninguna pregunta que se me formule—,[12] les contesté. A mi

entender, no responder era injusto con las mujeres participantes en el estudio, que tenían derecho a saber ante quién estaban y no solo a dar información unilateralmente, y también habría sido injusto conmigo, pues tenía derecho a actuar como sujeto presente, y, como tal, a tomar decisiones basadas en mi propio criterio y percepción sobre cómo entrevistar y conversar.

Así pues, contesté, y mi respuesta —que ni soy madre ni deseo serlo— nos permitió seguir hablando del tema para el que nos habíamos reunido aún con más matices. Por un lado, provocaba a veces expresiones de frustración y envidia dolorosas que hacían aflorar la esencia del arrepentimiento por la maternidad, ya que para algunas de ellas yo representaba la figura de la «madre de nadie» que añoraban con pesar. Mi condición servía para recordarles el camino que no habían tomado. Por otro lado, mi respuesta dejaba claro que yo no las juzgaría ni durante ni después de la conversación. Es más, en mi imaginación, si fuera madre, es muy probable que lo hubiera lamentado como ellas. Por lo tanto, nuestra afinidad en la comprensión mutua y en las concepciones compartidas quizá creó un lenguaje común, por muy fragmentario o puntual que fuera.

Esta similitud entre madres y no madres implica que el mero estatus familiar no tiene por qué ser revelador. A lo largo del libro se mostrará que el estatus familiar propiamente dicho a veces puede ocultar un amplio espectro de actitudes emocionales que oscila entre «una tendencia hacia la maternidad» y «una tendencia hacia la no maternidad». En este sentido, las mujeres que no son madres debido a complicaciones de salud, por ejemplo, pueden tender hacia la maternidad al sentir un profundo deseo de dar a luz y criar hijos como hacen las madres, y las mujeres que son madres pueden tender hacia la no maternidad al sentir un profundo deseo de no ser «madres de nadie» cómo les ocurre a las que deciden no tener hijos.

Al admitir la existencia de esos cruces, que sortean las categorías de «madre» y «no madre» como titulares que supuestamente lo dicen todo, podemos barajar las cartas de la clasificación binaria de la sociedad. Esta clasificación en muchos casos da lugar a una mentalidad de «divide y vencerás» entre las mujeres en función de si somos madres o no, otra manera de convertirnos en rivales, por no tener presuntamente nada en común, y no en aliadas, como propone este libro.

Un mapa del libro

El capítulo 1 aborda las expectativas sociales generalizadas en las sociedades occidentales natalistas con respecto al paso a la maternidad. Como veremos, dichas expectativas se expresan mediante dos lenguajes: en primer lugar, el «lenguaje de la naturaleza», según el cual las mujeres no tienen más remedio que ser madres, pues ese es al parecer su destino biológico; en segundo lugar, un lenguaje neoliberal, capitalista y posfeminista, según el cual las mujeres tienen más opciones hoy en día, y por tanto el hecho de que tantas mujeres se conviertan en madres demuestra probablemente que todas ellas lo han hecho por voluntad propia.

Al escuchar lo que tienen que decir las propias mujeres sobre cómo han sido madres, veremos que los caminos que llevan a la maternidad son mucho más complejos. Esta diversidad puede enseñarnos que no siempre está claro si la maternidad es algo que las mujeres persiguen o algo que «simplemente» les ocurre.

El capítulo 2 trata sobre las exigencias y expectativas hacia las madres. Así, se emite un dictado sobre quiénes tienen que ser madres, qué aspecto deben tener y cómo se han de comportar, pensar y sentir de acuerdo con unas normas afectivas estrictas y estandarizables. Lo relativo a una posible discrepancia entre dichas normas y las posturas emocionales y acciones reales de las madres servirá como punto de partida para adentrarse en el arrepentimiento y distinguir además entre madres arrepentidas y ambivalentes.

El capítulo 3 profundiza en el estudio del arrepentimiento, una postura emocional controvertida en general y considerada «ilícita» con relación a la maternidad en concreto. Se muestra cómo se utiliza socialmente para garantizar que las mujeres tendrán hijos amenazándolas con que en el futuro se arrepentirán y prometiéndoles que las madres no miran atrás, entre otras cosas. Así, se les da una imagen progresiva de la figura femenina, que se adaptará inevitablemente a la maternidad, como si fuera solo cuestión de tiempo. Sin embargo, las madres sí que miran atrás.

El capítulo 4 se centra en la promesa de la sociedad, según la cual el hecho de tener hijos hace que las mujeres pasen de «carentes de algo» a «estar completas». Esta parte del libro pone de manifiesto que, en lugar de

sentirse completas tras el parto, las madres pueden identificar la maternidad con una carencia así como con un trauma. Asimismo, veremos que el sentimiento de infinitud, de ser madre para siempre, incluso una vez que los hijos son adultos, puede acompañar a la maternidad y ser en parte causa del arrepentimiento.

En este capítulo se exponen varias prácticas derivadas de la discrepancia entre ser madre y desear no ser «madre de nadie». Por ejemplo, como el supuesto conflicto entre el deseo de no tener hijos y el amor por los reales. O las fantasías maternales basadas en eliminar a los hijos o a las propias mujeres de la ecuación familiar. También se incluyen ahí los modos de vida que difieren de las convenciones hegemónicas y la cuestión de tener o no más hijos a la luz del arrepentimiento.

El capítulo 5 analiza las tensiones vinculadas al hecho de hablar en público del arrepentimiento por la maternidad, dado que las voces de las madres que se sienten descontentas, confundidas y desilusionadas siguen estando sujetas a restricciones y condena. Dentro de ese ambiente social se analizan las negociaciones que emprenden las madres para decidir si deben hablar con sus hijos sobre sus sentimientos con respecto a la idea de que la maternidad merece la pena, o guardar silencio en su presencia.

El capítulo 6 pretende señalar las dos principales acepciones que el arrepentimiento debe abarcar para no verse rechazado por la sociedad. En primer lugar, se refiere a una suposición generalizada según la cual el grado de satisfacción con la maternidad, la adaptación a ella y la capacidad para conservar algún tipo de bienestar emocional dependen, si no exclusivamente, al menos en gran medida, de las condiciones en las que las mujeres crían a sus hijos. Dicha suposición quedó refrendada con las reacciones públicas ante el estudio, pues numerosas mujeres consideran el arrepentimiento una consecuencia de verse obligadas a elegir entre tener hijos y desarrollarse en el plano profesional, o como el resultado de su lucha diaria para compatibilizar maternidad y oportunidades de empleo sin apenas apoyo de la sociedad. Las conclusiones del estudio demuestran que habría que cuestionar esto.

En segundo lugar, el capítulo sugiere que para poder comprender el arrepentimiento y otorgar un mayor margen de maniobra a las madres, la maternidad no debería ser tratada como un rol, sino más bien ser entendida

como una relación humana como cualquier otra. Es decir, como una relación dentro de la cual las madres sean sujetos que analicen, sopesen, evalúen y busquen equilibrios sin tener que abandonar necesariamente la «esfera pública» y su lógica.

Llegados a este punto, solo me queda desear que este libro y la gran cantidad de citas que contiene deliberadamente, las cuales plasman voces muy diversas, sirvan como un espacio común para todas nosotras, mujeres y madres, que abogamos por no sufrir e insistimos en fomentar un debate que al final cambie algo. Nos los merecemos.

1. Caminos a la maternidad: lo que dicta la sociedad frente a las experiencias de las mujeres

> Existe esa verdad común, esa creencia de que todos queremos tener hijos y de que no seremos felices si no los tenemos. Yo me crié con dichas ideas. Y no es sencillo. Nada sencillo. Y tengo tres hijos. No es sencillo. Existe una dicotomía muy fuerte entre los mensajes que recibes de la sociedad y lo que sientes.
>
> Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)

«Mujeres madre.»[13] Estas dos palabras describen de manera concisa lo que se ha percibido como un hecho transcultural desde los albores de la historia humana: las mujeres no son solo las principales cuidadoras de sus hijos, sino también madres en sí.

Esta realidad queda corroborada cada vez que miramos a nuestro alrededor y vemos efectivamente que la mayoría de las mujeres se convierten en madres. No obstante, esa mirada no nos dice nada acerca de los distintos caminos que las han llevado a la maternidad, ni tampoco de las diversas relaciones que las mujeres tienen con la idea de dar a luz y criar hijos, antes y después de la transición a la maternidad. Hay mujeres, por ejemplo, que emocionalmente no están interesadas en ser madres y prefieren evitar toda relación o interacción cotidiana con niños. Otras no tienen un interés emocional en ser madres pero sí que les atrae la compañía de los niños, y por lo tanto optan por profesiones educativas y terapéuticas en las que puedan trabajar con ellos, o pasan tiempo con sobrinos u otros

pequeños de su entorno familiar. Hay mujeres emocionalmente interesadas en adoptar un menor pero no en tener hijos biológicos. Las hay que desean ser madres pero les aterra el embarazo y el parto, lo que las lleva a evitar la maternidad. Hay mujeres que no tienen más opción que ser madres ante las sanciones sociales que se imponen en sus comunidades; otras no buscan la maternidad *per se* sino que desean obtener algo por medio de ella; las hay que, pese a no querer ser madres, se lo plantean porque sus parejas desean tener hijos. Y hay mujeres que, al mirar atrás, no tienen claro el motivo por el que han sido madres.

Conocer los diversos caminos que han llevado a las mujeres a la maternidad debe ser el punto de partida para estudiar el arrepentimiento, una postura emocional que cuestiona la voluntad interior de ser madre de alguien, pero no solo eso. Nos permite reconsiderar, además, la suposición generalizada según la cual la mera visibilidad de la maternidad significa una voluntad *a priori* indudable de ser madre, pues es dicha suposición la que se utiliza para persuadir a las mujeres de que tengan hijos. Como veremos más adelante, que la maternidad sea visible de un modo omnipresente lo que hace es enmascarar las diversas actitudes que tienen las mujeres con respecto a su condición de madres.

La «vía natural» o la «libertad de elección»

La creencia social según la cual todas y cada una de las mujeres deberían parir se basa en parte en una estrecha correlación fundamental entre las mujeres y el cuerpo humano; se identifica a las mujeres con la naturaleza dado su cuerpo fértil, en fase de embarazo, parto y lactancia, lo que se considera de carácter animal.[14] En consecuencia, su cuerpo se juzga de acuerdo con la cuestión de si es apto o no para concebir, ya que la capacidad de las mujeres para dar a luz se ve como lo más esencial de su vida y la justificación de su existencia. Se las considera como «madres de toda vida», inundadas por el torrente de la vida y la lucha de la humanidad

por la supervivencia. Esta valoración que se tiene de las mujeres las atrapa en las redes de la naturaleza, dado el supuesto indiscutible de que el potencial reproductor de la anatomía femenina las obliga a ser madres, de que se rigen por una orden fatalista que no les deja otra opción. En otras palabras, y como han señalado varias escritoras feministas, los conceptos históricos y culturales atrapan a las mujeres en el «mito de la ausencia de elección» por su sexo biológico, puesto que la sociedad se vale del «lenguaje de la naturaleza» para inducirlas a concebir y parir, a menudo hasta el punto de la tiranía biológica.[15]

Al mismo tiempo existe otra creencia opuesta según la cual todas y cada una de las mujeres optan libremente por la maternidad, ya que todas ellas desean ser madres y por lo tanto toman este camino de manera activa, juiciosa y racional, partiendo de su voluntad con absoluta libertad. «¡Deja de quejarte! ¡Tú lo has querido! ¡Ahora apechuga!» es lo que se suele decir a las mujeres cuando comparten sus dificultades.

Mientras que la idea de que toda mujer acaba siendo madre como resultado de la naturaleza está arraigada en antiguos términos de un determinismo biológico, pensar que se acaban teniendo hijos como resultado de la propia voluntad interior se ha formado en parte por la modernidad, el capitalismo y las políticas neoliberales, que reconocen cada vez más el derecho de las mujeres a ser dueñas de su cuerpo, sus decisiones y su destino. Dado que hoy en día más mujeres disponen de un mayor acceso a la educación y el empleo remunerado, y de una mayor capacidad para decidir si tener o no una relación sentimental y con quién, cada vez hay más mujeres que son consideradas como individuos que escriben personalmente la historia de su vida: si la vida es lo que hagas con ella, si es un relato biográfico de realización personal, entonces las mujeres también son vistas ahora como personas que actúan de manera independiente y con derecho a numerosas opciones, entre las cuales pueden elegir con libertad, como consumidores sensatos.

Como se supone que eso es así, damos por sentado que la transición a la maternidad se debe estrictamente al deseo de una mujer de que su cuerpo, su ser y su vida entera adquieran una dimensión nueva que es preferible a la que tenían antes.

La maternidad la conducirá a una existencia valiosa y justificada, un estado que corrobora su necesidad y vitalidad. La maternidad anunciará tanto al mundo como a sí misma su condición de mujer en toda la extensión de la palabra, una figura moral que no solo paga su deuda con la naturaleza al crear vida, sino que además la protege y la promueve. Le permitirá unirse a la cadena de generaciones sucesivas de su madre y sus abuelas, contarse entre «las mujeres» que han dado a luz desde el origen de los tiempos, y de ese modo expresar físicamente su lealtad a las tradiciones que la preceden, que ahora ya puede transmitir a las generaciones futuras. Sin embargo, la maternidad no solo le ofrecerá un sentido de pertenencia, sino que además le permitirá sentirse dueña de algo, algo a través de lo cual poder reclamar un privilegio que la cultura le ha negado, dado que tendrá autoridad sobre sus hijos en lugar de someterse a la autoridad del mundo. La maternidad será un vaso tangible y simbólico que la conducirá hacia la feminidad madura al abandonar su «hogar paterno» para formar su propia familia, reproduciendo una experiencia positiva y reparando lo dañado, permitiéndole visitar las regiones olvidadas de su infancia y correr por ellas sin control como en un patio particular. La maternidad le brindará la oportunidad de establecer una estrecha alianza con su pareja a través de los hijos en común, y al mismo tiempo la desafiará a que logre distinguirse de ellos. Le permitirá consagrarse a algo, soportar el sufrimiento, satisfacer necesidades y mostrar una bondad altruista sin esperar recibir nada a cambio; acabará con la soledad y le hará anhelar el placer, el orgullo, la satisfacción y el amor incondicional, un lugar donde evolucionar. Con la formación de una nueva familia, la maternidad le permitirá arrancar páginas de negligencia, pobreza, racismo, mofa, soledad y violencia de su biografía, y le ofrecerá refugio al dejar atrás la realidad anterior, tirada en el suelo de una habitación cerrada con llave. A través de la maternidad generará asimismo infinitas posibilidades imaginarias, pues sirve para garantizar un envejecimiento respetuoso, una continuidad y un futuro mejor al alcance de la mano, una escapatoria a un hipotético presente sin sentido.

Estas son las promesas sociales que se ofrecen a las mujeres casi a diario en su juventud y edad adulta.

La otra cara de estas promesas es una sentencia contundente contra aquellas que no son madres: las mujeres que no pueden concebir ni tener

hijos suelen considerarse defectuosas o en mal estado, pues no hacen realidad la única supuesta ventaja que les lega la naturaleza. Las mujeres que desean ser madres pero que se ven limitadas por las circunstancias (como estar solas sin querer ser madres solteras, tener una pareja que no quiere ser padre, sufrir limitaciones económicas o tener una discapacidad física o mental) también pueden estar expuestas a estereotipos negativos. Además, en numerosos países natalistas como Israel,[16] las mujeres que no desean concebir ni tener y/o criar hijos, tienden a provocar lástima y recelo, y son vistas como egoístas, hedonistas, infantiles, deshonrosas, trastornadas, peligrosas y de cordura dudosa. Estas son, por ejemplo, algunas de las reacciones habituales frente a las mujeres que no quieren ser madres: «Mujeres narcisistas que solo piensan en su tiempo libre. Que vayan a terapia a ver si dan con una cura para su alma defectuosa», «La vida nocturna se te acabará dentro de muy poco y en vez de tener la cara sonriente de un niño esperándote, te verás delante de la pantalla del ordenador. Buena suerte en el futuro», «Eres una mujer. ¡Tienes que tener hijos!», «¡Qué fría e insensible eres!», «Pues tú también has sido pequeña, ¿no?», «¡Anda y búscate un psicólogo!».[17]

Esos mensajes no solo han llegado a un veredicto contundente, sino que además se acompañan de profecías agoreras según las cuales las mujeres que renuncian por voluntad propia a la maternidad se condenan a una vida vacía y atormentada, cargada de arrepentimiento y pesar, solitaria y aburrida por la falta de sentido y sustancia.

Por ello, es inconcebible que una mujer, supuestamente sana y que ahora tiene la libertad de elegir su propia trayectoria, decida renunciar a la maternidad. Por el contrario, se considera que está obligada y dispuesta a abandonar su vida de no madre a fin de progresar y realizarse.

No obstante, de la misma manera que las escritoras feministas han desacreditado el «mito de la ausencia de elección», también han hecho lo propio con el «mito de la posibilidad de elección absoluta»: según esas escritoras, aunque la «libre elección» se presenta envuelta en principios de libertad, autonomía, democracia y responsabilidad personal, ese concepto resulta ilusorio porque pasa por alto «ingenuamente» la desigualdad, las coacciones, las ideologías, el control social y las relaciones de poder. Se nos dice que debemos interpretar nuestra historia personal como producto de

una elección individual, como si fuéramos las propietarias exclusivas de los derechos de autor sobre el guión de nuestra vida, y sobre cualquier desgracia y tragedia. Así pues, se nos dice eso, pero al mismo tiempo se camuflan normas estrictas, conjuntos de conocimientos morales, discriminaciones y poderosas fuerzas sociales que nos afectan profundamente tanto a las mujeres como a las decisiones que tomamos.[18]

El hecho de cuestionar la validez de la «retórica de la posibilidad de elección absoluta» es de suma importancia en cuanto a la reproducción y la transición a la maternidad: ¿de veras tenemos las mujeres margen de maniobra en las condiciones sociales actuales si nuestra libertad de elección está sujeta en gran parte a prescripciones que nos son dadas? ¿Quiere eso decir que somos libres de elegir lo que la sociedad quiere que elijamos? Parece que mientras tomemos una decisión acorde con la voluntad de la sociedad y las prioridades y roles que nos asigna —como ser madres y consumidoras fervientes, sexualmente liberadas y cuidadosas en una relación sentimental heterosexual—, las mujeres ganamos estatus social como individuos libres, independientes y autónomos que tienen deseos y la capacidad de hacerlos realidad sin ataduras. Sin embargo, cuando nuestras elecciones chocan con las expectativas de la sociedad —cuando nos negamos, por ejemplo, a someternos a los cuidados de belleza o a mantener una pareja sentimental en general y una relación con un hombre en particular—, nos encontramos con un problema. No solo se nos condena por nuestras acciones, sino que además se nos deja solas frente a las implicaciones, pues «¡tú lo has elegido!» o «ha sido una mala elección», cabría añadir.[19]

Por consiguiente, aunque son más las mujeres que pueden decidir ser madres o no en comparación con lo que ocurría en el pasado, se espera que la mayoría, si no todas, opten por la «elección acertada», que siempre pasa por tener hijos y siempre la cantidad «indicada». Este tipo de libertad condicional se refleja muy bien en numerosos testimonios de madres como el siguiente relato de una famosa modelo y actriz israelí: «Me presionan para que tenga… ¡el tercer hijo! Mi entorno espera el tercero. Todo el mundo me dice que debo tener tres hijos como mínimo para las cenas del Sabbat y a causa del conflicto [judío-palestino] en Israel».

O de blogueras alemanas:

> Incluso en 2015 la gente espera de una mujer que quiera hijos y que tenga alguno a más tardar antes de que se le acabe el tiempo. El modelo social de una mujer y madre está tan arraigado que muchas mujeres ceden a esta presión (inconscientemente) un día u otro y tienen hijos. […] Decir que no quieres tener hijos es un tabú. Yo me enfrento a este tabú casi a diario (ya que estoy en una edad en la que el reloj biológico ha empezado su cuenta atrás). Desde todas partes: amigos, compañeros de trabajo, médicos de cabecera… todo el mundo me pregunta cuándo, cómo y por qué aún no (!!!).[20]

Sin embargo, según la economista británica Susan Himmelweit, el concepto de la libre elección no es necesariamente aplicable a todas las mujeres o todas las circunstancias en las que se toman decisiones con respecto a la fertilidad,[21] tanto si desean tener un número determinado de hijos como si no están interesadas en la maternidad en general. Es decir, en la realidad actual, un número desconocido de mujeres sigue teniendo hijos o dejando de tenerlos bajo numerosas coacciones sociales.

Las mujeres de identidades étnicas y/o estatus o clase oprimidos suelen estar mal informadas sobre los métodos anticonceptivos o disponen de un acceso limitado a ellos, y a menudo se considera que no tienen derecho a tomar sus propias decisiones. Hay mujeres que conciben, dan a luz y crían hijos como resultado de una violación; interrumpen un embarazo o siguen con él debido a presiones y decisiones que no son siempre o necesariamente suyas; las mujeres con discapacidades físicas o mentales pueden verse disuadidas del parto y la maternidad; y a las que son pobres y/o no blancas se les suele privar del derecho —aunque «solo» sea en teoría— a planificar una familia numerosa.

Asimismo, se sigue bombardeando a las mujeres de todo el mundo con el mensaje de que su seno debería ser reclutado en beneficio de la nación. Un ejemplo de los muchos que se dan puede encontrarse en Australia, donde en 2004 el entonces ministro de Economía, Peter Costello, lanzó un llamamiento para animar a las mujeres australianas a tener más hijos por el bien del país debido a las bajas tasas de natalidad y los costes crecientes de las pensiones: «Uno para la madre, uno para el padre y uno para el país. Vayan a casa y cumplan con su deber patriótico esta noche», les ordenó.[22] Las personas externas que alientan la procreación se valen, por un lado, de

políticas e incentivos que fomentan la natalidad, y, por otro, deshonran la decisión de no tener hijos tachándola de elección egoísta, como sentenció el papa Francisco en 2015.

En definitiva, los niños no nacen o dejan de nacer necesariamente a causa de la «vía natural» o la «libertad de elección», y en ocasiones nacen porque las mujeres no tienen o no ven una alternativa.[23] La filósofa feminista estadounidense Diana Tietjens Meyers se refiere a ello como un estado por medio del cual nuestra imaginación se ve colonizada, un estado en el que el adoctrinamiento social que contempla la maternidad como el único guión imaginable es asimilado por la conciencia de las mujeres hasta el punto de asfixiar otras opciones posibles, haciendo que la única elección que puede imaginarse parezca salida de un «espacio puro».[24]

La colonización se materializa, entre otras cosas, cuando los distintos caminos a la maternidad que toman las mujeres de grupos sociales diversos se nos esconden, una ocultación que sirve para mantener tanto «el lenguaje de la naturaleza» como la «retórica de la elección», mientras ambos conceptos hablan en nombre de un deseo garantizado de ser madre.

Como veremos a partir del estudio, no todos los caminos comienzan con un deseo de tener un hijo, como mínimo no uno muy obvio: algunas madres decían que se habían quedado embarazadas sin pensar mucho en ello, dejándose llevar por la corriente; varias comentaban que habían querido ser madres por otras causas distintas al hecho en sí de tener hijos; y algunas sabían ya que no querían tener hijos antes de quedarse embarazadas, a veces incluso desde la infancia, y aun así acababan siendo madres por presiones explícitas o interiorizadas.

Ser madre dejándose llevar por la corriente

Cuando el embarazo y el parto representan el arquetipo de la normalidad y el viaje de la vida, y la maternidad se considera la relación humana

principal y suprema, tener hijos puede darse por sentado hasta tal punto que, en muchos casos, a las madres les resulta difícil mencionar razones por las que habían o no habían querido tener hijos. El análisis de la voluntad interior y el papel de la norma en su configuración sencillamente quedan fuera del alcance de una misma.

***Sunny (madre de cuatro hijos, dos de entre 5 y 10 años y dos de entre 10 y 15 años)*:**

Yo: ¿Qué recuerda de lo que pensaba sobre tener hijos antes de los veintiséis?

Sunny: No sabía nada. Era así de simple. No sabía nada; ni siquiera había tenido nunca a un bebé en brazos.

Yo: ¿Y quería?

Sunny: Antes de casarme los niños no me interesaban. Cuando veía uno, me daba asco [risas]. Era anticríos. Nunca me interesaron. Pero, una vez casada, intenté imaginar cómo me sentiría al respecto. Veía a los familiares de mi marido con sus hijos y trataba de adoptar el estado de ánimo de aquellos que había a mi alrededor. No tenía la menor idea de qué era. Intentaba mirar, observar.

Yo: Así pues, ¿por qué motivo tuvo hijos?

Sunny: Porque me sentía preparada para ello, en cierto modo había llegado la hora de pasar a la siguiente etapa. Y quería ser como todos los demás. Además, creía que era lo que había que hacer y que sería bueno para mi matrimonio y para mí. No sabía qué significaba en realidad.

***Nina (madre de dos hijos, uno de entre 40 y 45 años y uno de entre 45 y 50 años, y abuela)*:**

Yo: Usted ha dicho que en su día no le hacían gracia los niños. ¿Por qué decidió tener su primer hijo?

Nina: Mire, la opinión pública tiene mucho que ver. A esa edad era muy insegura y… era lo que había. Si tenías una familia, una relación, una pareja, tocaba tener un hijo también. No era algo premeditado; no decías:

«Esto es lo que he decidido». Ocurría sin más. Y me parece bien que ocurriera, pero no pasaba por decidir si era el momento indicado para nosotras, o si debíamos esperar o hacerlo antes. Nunca hablábamos del tema. Las cosas pasaban. Sucedían sin más. Sin una mano deliberada. […] No sé si habría tenido el valor… si habría tenido el valor de decidir que sería distinta al resto y consciente de que no quería hijos.

***Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:**

Yo veía que todo el mundo tenía hijos. Estaba rodeada de mujeres jóvenes que daban el pecho e iban con sus cochecitos, y de bebés y pañales […] y todo eso. Era lo que tenía a mi alrededor. Esa era la norma, y más que sagrada era hipersagrada. No podías hablar; había que morderse la lengua. Entre las personas heterosexuales no había ni una sola mujer en el kibutz que no fuera madre. Casadas, divorciadas, viudas…, no había ni una sola que no tuviera hijos. No existía semejante criatura. Era la norma y tampoco se le daba más vueltas. No había posibilidad de pensar siquiera en esa dirección. Eso no cabía en mi mente consciente. No cabía en absoluto.

Para las madres que viven su paso a la maternidad como un acto «automático», la maternidad les ha sobrevenido sin que hayan sopesado las consecuencias antes ni tenido en cuenta lo que significa tener o no tener hijos. Algunas de las entrevistadas expresaban otros comentarios en esta línea, tales como «No me paré a pensarlo ni por un instante», «Las cosas pasaban sin más, involuntariamente», «Creo que es algo que impulsa nuestras acciones, sin darnos cuenta siquiera», «No manifesté ninguna opinión».

***Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años)*:**

No pensé en ello ni le presté atención, ni tampoco intenté entender lo que implica traer un niño al mundo…, si podría con ello, si estaba preparada, si iba o no conmigo, qué clase de madre podría ser. No pensé en nada de eso. Lo que más me sorprende hoy en día es cómo no pensé en ello.

Ese paso a la maternidad, sin tener en cuenta si se desea o las consecuencias que podría tener para la mujer, no puede considerarse una «elección pura y libre» si aceptamos que las reflexiones sobre los costes, beneficios y efectos de algo están necesariamente vinculadas al concepto de elección,[25] y si aceptamos que una elección exige más de una opción y que esta no vaya seguida de sanciones y castigos. Por lo tanto, es más probable que se considere una «decisión pasiva» cuando las personas «se limitan a "dejarse llevar por la corriente" y no se plantean con seriedad las consecuencias potenciales de sus actos, como si dichas consecuencias fueran ya bien conocidas».[26]

Esta toma de decisiones pasiva o transición «automática» de la no maternidad a la maternidad sin pensar en ello en absoluto y sin la menor discreción personal suele producirse cuando las normas se aceptan como vienen dadas, sin exigir investigación o reserva algunas, cuando están en todas partes y en ninguna a la vez de un modo tan invisible y encubierto que resulta casi imposible percatarse de ellas.[27] En palabras de Nina: «Las cosas pasaban. Sucedían sin más. Sin una mano deliberada».

En el contexto de la maternidad una de las normas invisibles radica en que existe un curso natural de las cosas que las mujeres deberían seguir.

***Charlotte (madre de dos hijos, uno de entre 10 y 15 años y uno de entre 15 y 20 años)*:**

Tuve a mi hijo a los veinticuatro años, y fue horrible, y así fue como sucedió. En una sociedad religiosa la gente se casa y tiene hijos; es una especie de senda que todo el mundo sigue, pero yo ni me lo había planteado. [Una larga pausa.] Fue por presión social. Porque todo el mundo lo hace. Todo el mundo tiene hijos en el mundo religioso. Y yo me lancé a ello, sin pensarlo.

***Rose (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

Yo: ¿Qué pensaba sobre la maternidad antes de ser madre?

Rose: No pensaba nada […] cuando me casé (a los veintiuno) no había «pensamientos previos». Llevábamos «ya» dos años y medio de matrimonio y, sin pensarlo demasiado, decidimos que ya era hora de ser padres.

Yo: Así pues, ¿cuáles fueron sus motivos para ser madre?

Rose: Lo hice automáticamente, sin ver que había lugar para la reflexión y la deliberación. Como he dicho antes, hacía ya dos años y medio que estábamos casados y sentía que «lo necesitaba». Mi marido no hablaba conmigo del tema ni me presionaba. Fue decisión mía. Era una niña, ingenua e inmadura.

Estos testimonios señalan que no es necesariamente la maternidad lo que se percibe como natural, sino que lo es el «avanzar en el curso de la vida».

La idea de la trayectoria vital «normal» o «natural» se alimenta en parte del concepto cultural de determinismo biológico que conduce, naturalmente, a la maternidad. No obstante, también se basa en gran medida en la lógica cultural heteronormativa que suele condicionar nuestras decisiones y actos. Dicha lógica establece que existe un plan de vida singular de progreso fundamental, es decir, un recorrido natural y tangible en el mapa, con hitos por los que toda persona debe pasar en el transcurso del tiempo: desde la escuela hasta el trabajo, el matrimonio o la convivencia en pareja y la paternidad o maternidad.

Este relato canónico de una evolución natural y normal[28] detalla específicamente lo que es el curso de la vida «correcto» y las acciones necesarias para enfrentar cada una de las fases en el momento «apropiado» al ritmo «adecuado» a lo largo de la ruta lineal «indicada».

El cumplir con el movimiento progresivo correcto al ritmo adecuado suele sumarse a las normas afectivas que dictan cuáles son las «emociones apropiadas» que deben surgir en cada jalón. En este sentido, se considera natural que un movimiento progresivo despierte sin duda el deseo de ser madre, aunque ese deseo no haya estado presente antes de que se dé la maternidad. La idea radica en que el deseo aparecerá, pues es el momento indicado en el curso de la vida —como después de casarse o de varios años de convivencia en pareja— o debido a la edad de la mujer y su «reloj

biológico», al que se alude a menudo como una «bomba de relojería», tal como expone la periodista y escritora alemana Sarah Diehl:

El miedo a la finitud de la propia fertilidad es algo que unía a todas estas mujeres, porque una mujer quiere ser madre. Y punto. Ahora mismo rondo los treinta y cinco años y sigo sin oír mi reloj biológico. […] Ni mi cuerpo ni mi mente me dicen que ha llegado supuestamente la hora, pero la sociedad sí. La sociedad lo hace en todo momento y alza cada vez más la voz.[29]

Esos dictados del tiempo y las emociones se mezclan y se entrelazan en torno a las cuestiones de cuándo debería una mujer pretender ser madre y de cuántos hijos, y no en torno a las cuestiones de si esta desea ser madre y por qué. En esta situación en la que la cuestión del «si» tiende a no tenerse en consideración, las mujeres suelen relatar *aposteriori* que la transición a la maternidad se vio acompañada por una sensación de alejamiento, una falta del propio ser. Las posturas subjetivas fueron «excluidas» de sí mismas en nombre de lo que Dianna Tietjens identifica con la ley de la despreocupación y la indiferencia, *ergo* con un resultado inevitable que se daba por descontado.[30] En consecuencia, el «dejarse llevar por la corriente», en ausencia al mismo tiempo de toda comunicación o reflexión sobre la maternidad y la crianza de los hijos, tiende a verse no solo como algo normativo, sino ideal, como si no hubiera ninguna historia que contar.[31]

Sin embargo, las madres que participan en este estudio afirman que sí hay una historia que contar, y que dicha historia les preocupa.

Deseos y motivos ocultos para tener hijos

Como se ha visto más arriba, en numerosas sociedades natalistas la maternidad se estructura como una promesa, la promesa de que la

maternidad supondrá con toda seguridad una vida mejor para las mujeres de la que tenían antes de ser madres. Las mujeres y las adolescentes podrían dar a luz para renacer a un nuevo mundo. Es decir, podrían dar a luz con el deseo de salvarse de unas circunstancias vitales adversas, como la pobreza, el maltrato, el racismo, la homofobia, la violación, la prostitución, la mendicidad, la cárcel, la violencia y el alcoholismo o la drogadicción.[32] Las adolescentes podrían casarse y convertirse en madres jóvenes para alcanzar una sensación de libertad que no tenían viviendo con sus padres, y las mujeres con una discapacidad mental podrían ser madres con el fin de liberarse del vergonzoso estigma presente en sus vidas hasta entonces. Para muchas mujeres el paso a la maternidad es como cruzar un puente. Al otro lado les aguarda la aceptación en su comunidad, de la que se han sentido excluidas o a la que no pertenecían antes de quedarse embarazadas y dar a luz, como comentaba una madre:

[…] antes de dar a luz sentía que no podía encontrar mi lugar porque no tenía hijos. Volvía del trabajo por la tarde y, en lugar de ir al parque, donde estaban mis amigas, me quedaba en casa. Ahora he empezado a ir al parque muy pronto porque lo necesito, por la compañía. […] Ahora hay algo que ver, algo que enseñar.[33]

O como Debra se refería a ello:

Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)

Creo que […] la paternidad o la maternidad tiene muchas ventajas. Ser un marginal, en el ámbito que sea, es duro. Tanto si es por propia decisión como si no. El hecho de tener hijos, aunque en otros aspectos seas un inconformista o no sigas la tendencia dominante, te integras, de un modo u otro, y te hace la vida más fácil. […] Preguntas como «¿Cuándo vas a tener hijos?» se ciernen siempre sobre ti en la sociedad, así que este es un frente de batalla en el que ya no tienes que luchar [cuando eres madre], pues has cumplido con tu deber. No importa que no lo hayas hecho en otras facetas, en esta lo has logrado.

Para otras mujeres el paso a la maternidad podría ser fruto de un deseo de aplacar un sentimiento de soledad o aburrimiento en el presente o de evitarlo en el futuro, y de dar un sentido más importante a su existencia. En palabras de la escritora francesa Corinne Maier: «Tuve a mis hijos por un único y triste motivo: tenía miedo de estar sola».[34]

Todas estas razones son muy comprensibles en general, pero sobre todo en una sociedad que limita tanto las opciones figuradas como las concretas de las mujeres. Al mismo tiempo todas ellas indican que la transición a la maternidad no es necesariamente el resultado de un deseo que se sustenta por sí mismo —el de cuidar de unos hijos—, sino que más bien podría derivarse del deseo de la mujer de mejorar su situación a través de la maternidad, dado que tener hijos se concibe como la única manera posible de satisfacer ese deseo.

Sophia, por ejemplo, la consideraba una vía de escape de la violencia y el maltrato sufridos en su familia de origen y una oportunidad de transformación personal para convertirse en una mujer adulta capaz de crear una historia familiar alternativa.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Yo: Antes de los tratamientos de fertilidad, ¿se recuerda a sí misma como una persona que quería tener hijos?

Sophia: Muchísimo. Tuve una infancia difícil. Venía de una familia en la que se daba la violencia física y el abandono. He estado en tratamiento psicológico. De niña siempre pensaba que no tendría hijos propios, por lo mucho que había sufrido, y poco a poco, en el instituto y luego durante el servicio militar, fui trabajando con niños. De hecho, durante todo ese tiempo lo que buscaba en cierto modo era arreglar mi infancia. […]. Me atraía ese ámbito y tenía claro que sería madre, y que sería una madre excelente.

Era algo que deseaba con ahínco, pues ya en el instituto me decanté por la vida. Eso significaba para mí tener mis propios hijos. No había nada que plantearse en ese sentido. Nunca tuve la menor duda al respecto […].

Yo: En aquel momento en que quería tener hijos, ¿qué simbolizaban para usted?

Sophia: Para mí significaba todo. Algo que me daría sentido, algo que me serviría de terapia, de correctivo, que me permitiría darles todo lo que yo no había tenido, que me permitiría vivir la infancia que nunca había vivido. Menuda patraña.

A diferencia de Sophia, Jasmine no buscaba una forma de corregir su pasado. En realidad, lo que buscaba era el modo de arreglar su presente, y la maternidad parecía ser la respuesta a sus plegarias. Las palabras de Jasmine señalaban la existencia de dichas normas sociales, las cuales dictan que la transición progresiva de un hito al siguiente exige el momento oportuno, determinado por la edad de la mujer. Eso se entrecruzaba con su propia esperanza personal de que el hecho de tener un hijo le proporcionaría paz y tranquilidad.

***Jasmine (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Yo: ¿Era consciente de que quería tener hijos?

Jasmine: Sí, muchísimo.

Yo: ¿Desde cuándo recuerda serlo?

Jasmine: Ya desde… No sé siquiera si puedes plantearte el tema hoy en día y ser consciente de que lo quería. Es como algo que sabes que dicta la sociedad. Ya desde niña, en la escuela. «¿Cuándo crees que te casarás?» Ahí empieza. «Yo, a los veintiséis, ya seré madre, seguro.» Es ahí cuando empieza. Me parece que es algo que nos mueve, incluso sin que nos demos cuenta, f…] En aquella época pensaba y estaba convencida de que me haría perfecta, me calmaría, me completaría. Era como llegar a la meta. ¡Tengo un hijo! A fin de cuentas, todos vamos al colegio, hacemos la mili, cursamos una carrera, encontramos un empleo y ganamos dinero… y todo para tener hijos. Me consta que esto es un concepto social. Y no necesariamente uno que yo tuviera en casa, ya que vengo de una familia con solo dos hijos, debido a cuestiones económicas. […] Mire, yo pensaba: bueno, vale, tendré un hijo y eso me dará tranquilidad, y no solo no ha sido así, sino que las cosas se han vuelto de hecho mucho más caóticas.

Muchas mujeres comparten una gran variedad de deseos en su afán por encontrar en la maternidad algo que sienten que les falta, al tiempo que

olvidan la posibilidad de que la situación empeore con la maternidad.

Esos deseos se deben en parte a la necesidad de cumplir con la norma de fertilidad, pero podrían reflejar también lo que yo llamaría «voluntad institucionalizada», una voluntad desarrollada a partir de la mezcla de los propios deseos de una misma y las expectativas sociales. Por consiguiente, dicha voluntad institucionalizada podría ser un sentimiento concreto —a nivel tanto físico como mental— de un verdadero deseo de ser madre, pero no pocas veces se despierta a través de la internalización en las mujeres de las mismas imágenes que la sociedad asigna exclusivamente a la maternidad. Dichas imágenes cierran puertas a las mujeres que podrían haber estado abiertas y obstruyen cualquier otra alternativa que discuta, cuestione o rebata la idea de que la maternidad es la única vía de acceso para cambiar las cosas, tanto en el pasado como en el presente.

Ser madres con consentimiento y sin voluntad

En un entorno social natalista podría resultar difícil para una mujer percibir primero y reconocer luego ante sí misma que no quiere ser madre. Uno de los principales motivos que explica esta dificultad es la exigencia de rechazar aquellas partes de uno mismo que no encajan con las normas y los sistemas comunes. No obstante, aunque las mujeres se den cuenta de que no quieren ser madres, puede que se enfrenten a diversas dificultades para exteriorizarlo, ya que la posibilidad de no tener hijos no se extiende por igual entre las sociedades y los distintos grupos sociales. Si bien el hecho en sí de no querer ser madre no caracteriza necesariamente a un grupo social determinado (por ejemplo, a las mujeres blancas de clase media, cultas y laicas), es posible que dichas mujeres sean las que tienen las condiciones sociales para mostrar su actitud, mientras que aquellas que viven en unas circunstancias en las que se entrecruzan varias formas de marginación y opresión podrían tener un margen de maniobra limitado para hacer lo propio sin ser castigadas con severidad una vez más. En otras palabras,

aunque la intuición de no querer ser madre podría darse en mujeres de todos los grupos sociales, la capacidad de manifestarlo y de vivir de acuerdo con ello podría estar a favor de las mujeres que pertenecen a los grupos dominantes.

Sin embargo, una vez que las mujeres pueden expresar y de hecho expresan su voluntad de no ser «la madre de nadie», no es raro que la mayoría de ellas se sientan obligadas a ceder en sus deseos iniciales.

***Liz (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Yo tenía claro, ya desde muy joven, que nunca tendría hijos. En serio. Lo tenía clarísimo. […] Mi decisión de ser madre fue totalmente racional. Mi útero nunca pidió a gritos la maternidad [risas]. Yo me sentía completa sin necesidad de dar a luz; no me parecía que mi papel fuera el de traer hijos a este mundo. Fue una decisión racional, pues pensé que, aunque era feliz y todo me iba muy bien, tal vez hubiera una parte de mi vida que debía experimentar. Así que me lancé a una especie de aventura. […] La gente dice «cuando es tu propio hijo es distinto», y no es cierto. Para mí no. Debo decirle que ya lo había sentido antes. Digámoslo así: siempre he sabido por qué no quería tener hijos, y eso no ha cambiado.

***Odelya (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Nunca he querido tener hijos. […] Me recuerdo a mí misma, ya desde bien pequeña… —quizá incluso con seis o siete años, no sé—, que mientras los demás pasaban el tiempo con sus hijos […], para mí era una pesadilla, un horror. No me gusta, no va conmigo. Ya desde la infancia me daba miedo pensar en lo que pasaría cuando tuviera hijos. En ningún momento se me pasó por la cabeza la opción de no tener hijos.

Liz y Odelya explicaban, cada una a su manera, que sentían el deseo de no ser madres desde que eran niñas. El hecho de que ambas sean madres hoy en día indica que algo las desvió de su deseo inicial hacia la no maternidad; de lo que se sentía que era la idea predeterminada. Sus palabras señalan lo que podría ocurrir cuando un deseo subjetivo de no ser madre entra en conflicto con los dictados sociales según los cuales optar por no ser

«madre de nadie» es una pérdida catastrófica que perseguirá a una mujer el resto de su vida, o bien una vía al margen del repertorio de opciones legítimas que pueden contemplarse. Es un choque con la sociedad que considera el deseo precoz hacia la no maternidad como «la desviación» propiamente dicha, y como algo que se consolidará (es decir, que cambiará o se alineará) con el tiempo. Tras producirse esta colisión, es posible que el deseo hacia la no maternidad comience a debilitarse y desdibujarse en su lucha por enfrentarse a las expectativas sociales. Sin embargo, la postura emocional del arrepentimiento puede dar a entender que ese deseo anterior hacia la no maternidad no tiene por qué haberse borrado. En este sentido, como veremos, el arrepentimiento marca la continuación de las interpretaciones de las mujeres sobre sí mismas.

Mientras que algunas mujeres se alejan de su deseo inicial supuestamente sin intervención ninguna de su entorno, otras acaban siendo madres en contra de su voluntad, por la intervención directa de sus cónyuges. Dos personas que comparten su vida en una relación sentimental pueden tener sin duda discrepancias sobre su futuro en común y el sueño de ser padres. En ocasiones las diferencias de opiniones pueden llevar a la decisión mutua de separarse. No obstante, a veces se procrea con el fin de asegurar la continuidad de la relación, y a veces el hogar se convierte en un cuadrilátero de licitación, chantaje, amenaza y coacción al tiempo que los hijos no nacidos se utilizan como demostraciones de poder.

A pesar de la tendencia oficial a fingir que las relaciones entre hombres y mujeres son iguales y simétricas, este supuesto equilibrio no se refleja necesariamente en la realidad. Esto significa que en el seno de una pareja suelen formarse distintas estructuras de poder —manifiestas, latentes o invisibles— que atestiguan la desigualdad de género en torno a las deliberaciones importantes.[35]

Tanto Doreen como Edith estaban sometidas a una fuerza manifiesta, expresada en conflictos e intentos de alterar su deseo de renunciar a la maternidad. Debra, en cambio, se veía sometida a una fuerza latente, que no se expresaba en una situación de conflicto sino en la prioridad que recibían las necesidades y los deseos de su pareja, pues ella capituló en una negociación que de hecho nunca llegó a darse por no poner en riesgo la relación.

***Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)*:**

Desde el día en que nos casamos, mi marido no paraba… de presionarme a más no poder, hasta el punto de decirme: «Vale, si no vamos a intentar quedarnos embarazados, nos divorciamos» […] Y yo dije: «Está bien, hagámoslo. No quiero divorciarme». Pero desde el principio sentí que era… un error. Nunca había tenido ese ideal mítico de ser madre, y de que eso es la feminidad. No, en absoluto.

***Edith (madre de cuatro hijos, dos de entre 25 y 30 años y dos de entre 30 y 35 años, y abuela)*:**

Lo eché todo a perder y tuve hijos…, porque cuando nos casamos me habían aceptado en la facultad de medicina y mi marido me dijo: «Mira, si te vas a poner a estudiar medicina, nos divorciamos. Quiero tener hijos». Y yo, como una idiota, pensé ¿cómo que nos divorciamos? ¿Y entonces qué? Pues no estudiaré medicina, ¿cuál es el problema? […] Me sentía atrapada en el matrimonio, bajo sus órdenes, en el que mi opinión no contaba, […] mi tarea era complacer al amo y quizá así mejoraría el matrimonio, ¿y él sería más cariñoso? Tras cada nacimiento mi marido era la persona más feliz del mundo, aquellos eran momentos de gracia.

***Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)*:**

No fue porque yo quisiera, pero fue el precio que tuve que pagar por mi relación. […] De hecho, desde que tengo uso de razón, el tema de la familia y la maternidad nunca me ha interesado. Lo veía como algo totalmente ajeno a mí, algo que no forma parte de mi mundo ni de mis aspiraciones. Algo que está muy alejado de mi mundo.

Tanto si las presiones de los cónyuges son manifiestas como si son latentes o invisibles,[36] mantienen el tradicional *statu quo* de género según el cual son los hombres principalmente los que se benefician, puesto que el

deseo inicial de las mujeres de renunciar a la maternidad puede quedar oculto o desatendido mientras que se le da prioridad a los incentivos de otros miembros de la familia. Sus deseos se ven acallados o desoídos al tiempo que sus parejas se convierten en «mensajeros familiares» que median y transmiten el «mensaje canónico del nacimiento». Hablamos, por consiguiente, de la aplicación directa del poder en el hogar, por medio del cual incluso los hijos no nacidos se utilizan a veces como instrumento de poder y negociación, lo que lleva a decisiones destinadas a mantener la relación y garantizar su continuidad.

Es más, Doreen, que, como se ha dicho antes, en un principio no quería hijos y al final accedió a las presiones de su pareja, describía la falta de reconocimiento de sus deseos y la fuerza a la que se veía sometida en términos de violación.

***Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)*:**

No sentía que fuera lo que debía hacer, en absoluto. Es que tampoco quería el segundo. Cuando descubrí que iba a tener gemelos, enloquecí por completo. Fue una sensación horrible, de violación. Violación pura y dura. Y dejé que esa violación ocurriera.

Esa experiencia de ser madre bajo coacción por medio de interminables intentos de persuasión y constantes intimidaciones y amenazas en el propio hogar puede ser una realidad común entre muchas mujeres que no es reconocida.

Esta falta de reconocimiento es el resultado de los mensajes sociales que nos insisten en decir que las mujeres que no han concebido mediante lo que se suele denominar una violación «real» —es decir, a través de la práctica del sexo forzado— han tomado de forma voluntaria la decisión de quedarse embarazadas, siguiendo sus propios deseos. Sin embargo, podría ocurrir que un número indefinido de mujeres tuviera hijos que fueron concebidos biológica y socialmente con el consentimiento de ellas, pero en contra de su voluntad. Habrían accedido contra su voluntad al verse, en un momento dado, obligadas a tomar una decisión pragmática entre una mala opción desde su punto de vista —la de engendrar un hijo y ser madres— y una

opción aún peor como la de acabar divorciadas o sin hogar, denunciadas por la familia o la comunidad o sometidas a la dependencia económica.

No soy la primera en señalar la distinción entre «consentimiento» y «voluntad»; otros investigadores del ámbito de la sexualidad han afirmado que esos términos o conceptos expresan relaciones de poder en las relaciones sexuales, ya que no es lo mismo acceder a practicar sexo que querer practicarlo.[37] En vista del cruce que ha originado Doreen, entre el trauma sexual y lo que podría llamarse violencia reproductora, sugiero prestar mucha atención a esta distinción entre «consentimiento» y «voluntad», pues podría permitir comprender con más precisión la realidad de la vida de las mujeres cuando consienten en hacer algo que puede alcanzarse a través de la maternidad, aunque no quieran ser madres *per se*.

En resumen, los múltiples caminos que llevan a las mujeres a ser madres nos muestran que no siempre tienen claro si la maternidad es algo que habían buscado, algo que sucedió sin más o algo que les fue impuesto. La capacidad de las mujeres para verse como las que han escrito la historia de su vida de su propio puño, como se promete en una sociedad capitalista y neoliberal, resulta a veces vaga, de tal manera que desdibuja la simple distinción entre la elección y la no elección sin tener en cuenta experiencias más subjetivas y turbulentas, relacionadas a menudo con la incertidumbre, las vacilaciones, la confusión, las contradicciones, los sentimientos contradictorios, la suerte y el azar.[38]

Por lo tanto, referirse al paso a la maternidad como una consecuencia exclusiva del propio deseo de las mujeres de ser madres puede originar y mantener falsas impresiones. Son las que, en un círculo vicioso, se utilizan una y otra vez para convencer a las mujeres de que tengan hijos.

2. Las exigencias de la maternidad: aspecto, conducta y sentimientos que deberían tener las madres

> Sin duda, soy realmente una madre fantástica, en serio, soy una buena madre. Incluso me avergüenza decirlo. Soy una madre para la que sus hijos son importantes, los quiero, leo libros, busco consejo profesional, intento hacer lo posible por darles una educación mejor y mucho amor y cariño. […] Pero aun así odio ser madre. Lo odio. Odio este papel, odio ser la que tiene que poner límites, la que tiene que castigar. Odio la falta de libertad, la falta de espontaneidad. Las restricciones que supone, el hecho de que sea así…
>
> Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)

Un hecho aparentemente simple se halla en la base de la historia de la maternidad: todo ser humano que existe sobre la faz de la tierra ha nacido de una mujer.

Y así es, en efecto, pero ninguna mujer nace madre; que las mujeres sean las portadoras de la descendencia humana puede ser un hecho, pero eso no obliga a las mujeres a entregarse al cuidado, protección, educación y responsabilidad que exige dicha relación. Tampoco es obvio que, cuando las madres biológicas no pueden actuar como madres, sean otras mujeres las que suelen sustituirlas, en vez de hombres.

No es un dogma, pero se sigue manteniendo obstinadamente una división de tareas según el género que tiende a darse por sentada y que establece una correlación entre la biología de una mujer, que le permite dar

a luz, y la maternidad. Dicho de otro modo, esta descripción de la «naturaleza femenina» —empleada para obligar a la mujer a ser madre— se utiliza asimismo para aprobar la idea de que las mujeres están dotadas de un instinto maternal y de una especie de caja de herramientas innata que induce a las mujeres más que a los hombres a criar a sus hijos, ya sean biológicos o adoptados, y a cuidar de ellos.

Es algo que no hace falta aprender porque forma parte de ti, lo llevas grabado en ti, el cuidar de un niño, preocuparte por él, sentirte unida a él. Si no lo sientes ahora, decían, ya vendrá con el embarazo y el parto, tanto el sentimiento de responsabilidad, que es innato, como el amor, y entonces de repente tus prioridades cambiarán. Aunque tu vida será totalmente distinta, no te importará.[39]

Esta estricta división del trabajo según el género se materializó durante el siglo xix con la transformación de los conceptos relacionados con la casa y la familia a raíz de la Revolución Industrial: mientras que la «esfera pública» se había convertido en un símbolo de racionalidad, progreso, utilidad y competitividad, el «pequeño enclave familiar», en la «esfera privada», se había convertido en un símbolo de las características contrarias, al estar relacionado con los sentimientos en general y con los más cálidos en particular, como el amor, el altruismo, la compasión y el cuidado al prójimo. En tanto que a los hombres se les asignó un trabajo remunerado fuera del hogar, a las mujeres de clase media se les confió el «reino privado» y un trabajo no remunerado como esposas y madres devotas que debían mantener un refugio seguro para sus seres queridos.[40]

De este modo, ya desde el siglo xix hasta el día de hoy, las ideologías capitalistas, patriarcales, heteronormativas, medicalizadas y nacionalistas están aunando esfuerzos para preservar esta división del trabajo según el género, dado que la mujer-madre es una institución sin la cual el sistema se derrumbaría,[41] recalcando al mismo tiempo una y otra vez que dicha división es natural por definición, y por tanto eterna. A fin de garantizar que nada cambiará, se promete que dicha división no solo hace del mundo un lugar mejor, sino que además beneficia a las propias mujeres y a sus hijos.[42]

Una cosa es atar a las mujeres a la maternidad y otra muy distinta es atar a todas ellas a la misma resolución sumamente estricta de cómo deberían ser madres aunque las madres no críen ni protejan a sus hijos de manera o en circunstancias idénticas, ni tengan por qué brindar dicha atención en absoluto.[43]

«Buena madre» — «Mala madre»: siempre a vueltas con las madres

La maternidad no es una empresa privada. Siempre es pública, de forma exhaustiva e incesante.[44] A las mujeres se les dice a diario que instintivamente poseen dichas utilidades por naturaleza, pero al mismo tiempo se les dicta desde el punto de vista social cómo deberían llevar la relación con sus hijos para ser consideradas «buenas mujeres» y «buenas madres», como personas y seres morales.

Por consiguiente, en las sociedades occidentales actuales, el modelo accesible y arraigado en el imaginario público presenta el cuidado de los hijos como algo prácticamente exclusivo de la madre. Ese modelo imperante manifiesta que la maternidad debería centrarse por completo en los hijos, cuya crianza exige mucho tiempo y una gran implicación a nivel emocional y cognitivo; por su parte, la madre se presenta como una figura abnegada por naturaleza, con una necesidad constante de mejora y una paciencia y entrega infinitas al cuidado de los demás de una manera que casi precisa de ella que olvide que tiene su propia personalidad y sus necesidades.[45]

Mientras que los niños avanzan con más o menos dificultad hacia un sentido cada vez mayor de sí mismos como individuos separados de sus madres, las mujeres evolucionan de una identidad maternal a otra. Pasan de ser una madre que aguanta la cabeza a una madre que empuja un cochecito, de ahí a una que mueve una mano en el aire y después a una que da la mano. Pero no deja nunca de ser una madre. El suyo es un desarrollo

vertical en comparación con el crecimiento más «horizontal» de los hijos a medida que se alejan de ellas.[46]

Eso no significa en la práctica que todas las madres sean así, pues puede haber diferencias importantes entre madres, en aspectos que van del ámbito individual al ámbito social, tales como estado civil, origen étnico, clase, discapacidades físicas y mentales. Sin embargo, numerosas sociedades occidentales se deben a este exigente modelo de maternidad a pesar de dichas diferencias,[47] hasta ponerlo en un pedestal que le otorga un estatus icónico.

Además, si bien en el pasado una «buena madre» debía personificar a la Virgen, es decir, a una persona asexual, pura y sagrada, desde los años ochenta el modelo mitológico ha intensificado su representación de las madres —sobre todo de las madres de clase media, blancas y jóvenes— como seres sexuales y objetos eróticos, tal como indican expresiones del estilo MILF (siglas en inglés de *Mom-I'd-like-to-Fuck*, «madre que me follaría» o MQMF), «mamas buenorras», «madres cachondas» y «mamás cañón», entre otras muchas. Esta nueva representación de la figura materna no supone que las madres sean vistas por la sociedad como si estuvieran dotadas de un atractivo físico total, pero por una parte las hace cada vez más deseables como objeto de fantasías sexuales, mientras que por otra fomenta en ellas otras fantasías o mitos, regalándoles la idea de que las madres «lo tienen todo».[48]

Hoy en día es casi una certeza que una mujer no debería ser «solo» una madre. Si quieres que se te reconozca, también debes tener una profesión, implicarte en la guardería y el colegio en el poco tiempo libre de que dispones y, por supuesto, ser sexy pese al cansancio que arrastras. *I'm a bitch, I'm a lover, I'm a child, I'm a mother, I'm a sinner, I'm a saint* [«Soy una zorra, soy una amante, soy una niña, soy una madre, soy una pecadora, soy una santa»], con esta letra Meredith Brooks expresa lo incompatible en pocas palabras.»[49]

De esta manera, el exigente modelo actual espera del cuerpo de las mujeres —durante el embarazo, en el momento inmediatamente posterior al

parto y años después— que responda a los mismos patrones heteronormativos que el mito de la belleza y la sexualidad impone a las mujeres en general. Su cuerpo no se libera, ni por un momento siquiera, del afán por la belleza y la conservación ni de la obligación de mostrar la clase de disponibilidad sexual que quizá se halle en las antípodas de sus propias experiencias como sujetos sexuales.[50] Esto significa que, si bien las madres pueden tener perfectamente necesidades y deseos sexuales, se las tratará acordemente más que nada si sirven a los demás. No por lo que sean ellas *per se*.

Este modelo no solo regula el aspecto y la conducta que deberían tener las madres, sino que trata de regular también su mundo emocional según ciertas normas afectivas, es decir, «normas que rigen los sentimientos que son apropiados o no para un entorno social determinado», las cuales suelen ofrecer recompensas sociales como el honor, la estima y la aceptación.[51] Esto es lo que las hará «buenas mujeres» y «buenas madres» como personas y seres emocionales.

Por lo tanto, aunque no hay una única emoción que los hijos inspiren en las madres —si bien los sentimientos de una madre pueden variar en el transcurso de un día y sin duda a lo largo de períodos más largos, dependiendo de cómo se comporten sus hijos, así como del tiempo, espacio y ayuda de que disponga[52] se espera que todas las madres sientan sistemáticamente lo mismo si desean ser vistas como «buenas madres». Se exige que la «buena madre» quiera a todos y cada uno de sus hijos sin objeción ni condición alguna (a menos que se hayan «apartado de la moralidad»), que represente la gracia de las vírgenes —si no es inmediatamente después del parto, sin duda sí con los años— y que, si su camino no se ve cubierto de rosas, se predisponga a gozar del sufrimiento que dicte su situación, siendo como son los tormentos algo necesario e inevitable en el transcurso de la vida de las madres.

Esta regulación de sus emociones puede encontrarse, por ejemplo, en la siguiente respuesta de un hombre en los comentarios de un blog a una mujer que se lamentaba de haber sido madre:

> Basta de quejas. Será mejor que dejes de lloriquear como un bebé. Da las gracias y disfruta de tu maternidad. ¿Que se te hace cuesta arriba? Pues contrata a una niñera o recurre a la abuela. No

> tienes ni idea de lo mucho que puede ayudar eso. Disfruta de tu vida y no permitas que el principito la controle, si no, no dejarás de quejarte y echarás a perder también la vida del principito, que se convertirá en un niño mimado como tú. Además, ya verás qué alegría. Y cuando olvides lo duro que es (como le ocurre a todo el mundo), tendrás el segundo.[53]

Y algo similar en otro foro, en contestación a unas madres arrepentidas:

> Bueno, al menos se han atrevido a ser madres y ya solo por eso son dignas de admiración. Por supuesto que hay momentos de fatiga y abatimiento, no es todo color de rosa. Pero eso pasa. Con el tiempo repasarán su vida y se sentirán orgullosas. Lo que nuestra generación ya casi no entiende es cómo obligarse a atravesar un valle, soportarlo y ganar algo a cambio, algo que los demás no pueden ganar, algo que dura, [que] da felicidad y satisfacción.[54]

En este sentido, la regulación emocional de las madres sintoniza con ciertas percepciones culturales sobre los mecanismos que rigen la memoria y el tiempo. Así, a las madres no solo se les dicta qué deberían sentir, sino qué deberían recordar y qué olvidar: ambos comentaristas aseguran que el porvenir traerá sin duda la dicha a las madres (si olvidan el presente). En realidad, parece que la sociedad mantiene las tradiciones de reproducción cerciorándose de que las mujeres en general y las «buenas madres» en particular borren los momentos dolorosos de su memoria y su vida presente para «continuar con el arduo trabajo», esto es, tener más hijos y criarlos de la «manera correcta», en aras de una especie de «paz industrial», una paz para aquellos que necesitan que el sufrimiento de las madres permanezca callado, sin armar alboroto, para conservar la ilusión de que todo es fantástico así, tal como está.

No obstante, las regulaciones emocionales no solo llegan desde fuera, por parte de la gente que, sentada en el balcón, lanza consejos en tono de reproche. La fuerza del aspecto afectivo del modelo de maternidad exigente reside en el hecho de que las propias madres lo tienen interiorizado. La profundidad de la interiorización puede observarse a través de testimonios

que imitan «cómo deberían sentirse las madres» y «cómo deberían comportarse las madres desde el punto de vista afectivo».

***Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:**

Hago cosas. Llamo, me preocupo, cómo no, pregunto, me intereso, los visito, los invito a venir por vacaciones y hago todo ese paripé de familia, todo ese teatro…, pero no es eso, no me identifico con ello. Cuando visito a los nietos, me relaciono con ellos, pero en el fondo no me interesa. No soy yo de verdad. Me paso todo el rato pensando: cuándo acabará todo esto para que pueda volver a la cama a leer un libro, ver una buena película o escuchar un programa de radio. Esas cosas me interesan más, van más conmigo, son más como yo. Trabajar en el jardín, recoger las hojas con el rastrillo…, eso va más conmigo. Hasta el día de hoy.

***Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años)*:**

Mi hija, cuando le apetece venir a casa, me llama y viene, y yo siempre le suelto: «Qué bien, te echo muchísimo de menos, qué ganas tengo de verte», pero no es así…, intento ponerle un poco de cuento, pero no me sale. Ni siquiera puedo fingir.

***Naomi (madre de dos hijos de entre 40 y 45 años y abuela)*:**

Hago lo que dictan las normas; por ejemplo, cada semana vienen a casa y yo preparo la cena, les llevo regalos para sus cumpleaños, los cuido de vez en cuando…, hago lo que dictan las normas porque soy una persona de normas. Si eso es lo que hacen todas las abuelas, pues yo también hago lo que me toca. Pero no siento que tenga una necesidad imperiosa. Mi necesidad de cumplir con las normas puede más que mi necesidad de ser abuela, madre y todo eso.

Palabras como «paripé», «teatro», «cuento» y «fingir», empleadas por dichas mujeres, pueden dar a entender que para ser considerada «una buena madre» habría que representar «el dictado de cómo debería sentirse y actuar desde el punto de vista emocional una madre», como si hubiera un patrón original que se espera — incluyéndose una misma— que toda madre imite. Citan sentimientos y comportamientos maternales normativos que responden a un sentido del deber, y al mismo tiempo se sienten de manera muy distinta a lo que se espera de ellas como madres y abuelas.

La simulación, el uso de muletillas y la representación pueden derivar de una postura emocional de arrepentimiento por la maternidad, pero no se limitan a las progenitoras que anhelan no ser «madres de nadie». Dichas estrategias suelen no tenerse en cuenta, sobre todo porque la maternidad se ve como algo natural, y los gestos maternales se ven como algo que forma parte de la naturaleza de las mujeres. Pero resulta que ser madre y ejercer como tal no basta: la maternidad «correcta» ha de ser exhibida además de ejercerse.[55]

Según el filósofo francés François Marie Charles Fourier, allí donde se impone un régimen opresivo, hay una actitud simulada.[56] Y, en efecto, el relato de las madres participantes en el estudio indica que tratan de imitar los sentimientos maternales y los comportamientos emocionales «correctos» para corresponderse con las regulaciones emocionales del modelo de maternidad exigente. En palabras de Bali:

***Boli (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

La gente me pregunta: «¿Te gusta ser madre?». Y yo pongo una sonrisa forzada, porque qué les voy a decir. ¿Que estoy deprimida? ¿Que es duro? ¿Que quiero a mi mamá?

A nivel personal, el fingimiento puede utilizarse como mecanismo de autodefensa[57] en apoyo del deseo de no derribar las paredes de la casa. Pero en el plano social esta práctica funciona como un fantasma de utilidad política[58] que mantiene la percepción de que existe una fórmula natural y

precisa de «cómo se siente y se comporta una madre» que las madres deberían mostrar y seguir.

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista)*:**

Recuerdo que justo después de que naciera mi hija, todos mis tíos y amigos con hijos hablaban de las dificultades y los retos y me decían: «Pero qué alegría, ¿eh?», y yo contestaba: «Eh…, sí…, es maravilloso…, maravilloso…». […] Nadie se lo imagina de mí. Puede que yo no sea una madre encomiable, pero soy una madre que cuida de sus hijos, reciben sustento y amor, no sufren abandono emocional. Así que nadie puede decirlo de mí. Y si nadie puede decirlo de mí, entonces es imposible saberlo de cualquier otra persona.

En consecuencia, las regulaciones emocionales que forman parte de la maternidad exigente actúan como fieles guardianas de la imagen «correcta» de la «buena madre», pues dicha fantasía existe solo en la medida en que «se da en» todas las personas que «participan de» ella, mientras que quienes renuncian a ella se arriesgan a hacer añicos su imagen ante los demás.[59]

Cuando las madres no obran de acuerdo con los patrones morales prescritos —ya sea de forma voluntaria o involuntaria, bajo el peso de las circunstancias de su vida—, enseguida pueden verse tildadas, por otras o por ellas mismas, de madres malas y dañinas, proscritas con problemas morales y emocionales. Las madres podrían ser tachadas de «negligentes» cuando reanudan su trabajo remunerado «demasiado pronto» o «demasiado tarde» después del parto, o nunca, cuando no dan el pecho o lo dan «durante demasiado tiempo» o «demasiado en público», cuando recurren a la enseñanza en el hogar para sus hijos en lugar de escolarizarlos o cuando se ven obligadas —por ser madres solteras o no— a hacer largas jornadas laborales fuera de casa, y por tanto son acusadas de abandono. Además, las madres solteras, así como las que reciben asistencia social, las inmigrantes

y las lesbianas —categorías que a menudo coinciden— suelen ser vistas con ojos aún más críticos. Este hecho lo originan en parte las instituciones médicas, educativas y psicológicas, los foros jurídicos y los medios de comunicación, la industria publicitaria y la cultura popular, que suelen centrar la atención en las madres que no tienen pareja ni un empleo remunerado sino que dependen de la ayuda estatal para mantener a sus hijos.[60]

De este modo, las madres cargan con el sambenito de «malas» que les pone la sociedad debido no solo a lo que hacen o dejan de hacer, sino también a las circunstancias en las que mantienen su relación maternofilial, y a quienes son. Si son pobres y/o no blancas, y/o incultas y/o se las considera aquejadas de una enfermedad, ya sea física o mental, pueden verse expuestas a sospechas públicas con respecto a su capacidad para concebir y criar hijos, y sus decisiones se perciben como potencialmente perjudiciales para los niños en particular, y para la sociedad en su conjunto, lo que las sitúa en un riguroso punto de mira.

En numerosos países se puede deducir quiénes son las que se consideran «buenas madres» viendo los anuncios de pañales o potitos, pues en ellos aparecen mujeres blancas en la mayoría de los casos. Es decir, esos anuncios no solo tratan de vender los productos, sino que materializan la imagen de las mujeres «apropiadas» que tienen la capacidad de criar a sus hijos de la manera «más sana» exigida.

La imagen establecida socialmente de «mala maternidad» trasciende incluso las acciones o la identidad de las progenitoras para embestir también contra su mundo emocional. Aquellas que sienten y expresan dificultad, ira, desilusión y frustración suelen ser vistas como «mujeres con problemas» que no son capaces de estar a la altura de su «verdadero destino». Incluso hoy en día, aun cuando nos vemos frente a retratos de la maternidad más matizados y aun cuando más madres que nunca pueden expresar las dificultades y angustias que sienten —lo que da pie a que se normalicen y, por tanto, pueda hablarse de ellas con más libertad en trabajos de investigación y debates públicos—, la maternidad sigue plasmándose en el imaginario colectivo como un lugar donde se brindan cuidados con cariño y ternura, exento de conflictos interpersonales.

Durante los dos últimos siglos, cuanto más se esperaba de las madres, más esperaban a su vez numerosas madres de sí mismas al tiempo que se adentraban sin vuelta atrás en un mundo de sentimientos sombríos, culpa, autoanálisis y todos los matices de la ambivalencia. En esta situación paradójica,[61] aunque la ambivalencia pueda acompañar a todas y cada una de nuestras relaciones humanas, solo hay una respuesta que la sociedad tolera de las madres: «Me encanta».[62]

Amar a los hijos — Odiar a los hijos — Odiar la maternidad

Por mucho que crea que es normal tener sentimientos encontrados con respecto a la maternidad, sigue invadiéndome la necesidad casi dolorosa de añadir el siguiente descargo de responsabilidad cada vez que escribo algo que pudiera ser interpretado remotamente como «negativo»: quiero a mis hijos más que a nada en el mundo, por supuesto.[63]

En el momento en que una mujer es madre suele provocarse una reacción interminable a una realidad completamente nueva; su cuerpo y su vida pueden convertirse en centro de relaciones conflictivas inundadas de complejas emociones fruto de la percepción común de cómo debe ser, obrar y sentir una «buena madre», fruto del «mero» hecho de que ahora es responsable de la vida de otra persona y fruto de la incertidumbre ante las consecuencias a largo plazo de los hijos.[64] Asimismo, esta experiencia dinámica del conflicto —con fluctuaciones que una madre siente a veces casi a cada instante en distintas épocas del desarrollo de un niño y que varían entre distintos hijos [65] puede estar relacionada con una sensación de estar explotada. Si bien, por un lado, las mujeres viven bajo la sentencia de que «la madre manda», al mismo tiempo es a la madre a quien se suele culpar por ser demasiado afectuosa o distante, demasiado dominante y sobreprotectora o demasiado indiferente y desapegada, principalmente por un motivo: porque era ella, en términos generales, la que estaba presente

durante la infancia de los hijos.[66] O es la única a la que se acusa por no estar presente.

Este tipo de reproches pueden intensificar las emociones contradictorias o ambivalentes, es decir, explotar la simultaneidad en los sentimientos polarizados de las madres, tales como un deseo de dependencia y a la vez de separación, de amor y odio, el anhelo de acercarse y al mismo tiempo de tomar distancia, o los momentos de armonía y conflicto. Así lo expresaba, profundamente, la escritora estadounidense Adrienne Rich: «Mis hijos me causan el sufrimiento más intenso que he experimentado en mi vida. Es el sufrimiento de la ambivalencia: la alternancia infernal entre el amargo resentimiento y los nervios de punta y la ternura y satisfacción gozosa».[67]

Pero este tipo de autorreconocimiento es puesto en tela de juicio por la propia madre cuando su entorno y su medio cultural establecen que semejante polaridad emocional es inconcebible por sistema.

La ambivalencia maternal es algo en lo que cuesta creer, aunque parezca mentira. Incluso mientras escribía un libro sobre el tema me veía a menudo dudando de su existencia. ¿Acaso no sería simplemente una excusa apócrifa para madres que odian a sus hijos? ¿Estaría ofreciendo yo una sensación de tranquilidad vacía abogando por la contribución velada a la maternidad creativa que puede brindar la ambivalencia? […] A ninguna de nosotras le resulta fácil aceptar de verdad que amamos y odiamos al mismo tiempo a nuestros hijos, y es que la ambivalencia maternal no constituye un estado anodino de sentimientos encontrados, sino un estado de ánimo complejo y contradictorio, compartido de forma muy diversa por todas las madres, en el que coexisten sentimientos de amor y de odio por sus hijos. Sin embargo, gran parte de la culpa omnipresente que soportan las madres deriva de las dificultades para sobrellevar la dolorosa sensación provocada por el hecho de experimentar la ambivalencia maternal en una cultura que rehúye la existencia misma de algo que ha contribuido a crear.[68]

En una sociedad así, que atrapa a las madres en una maraña de interminables expectativas idealistas, imposibles y contradictorias, las que no se consideran omnipotentes ni se contentan con vivir la maternidad como «la mejor cosa que les ha pasado en su vida» siguen viéndose como

madres cuestionables que caminan en la cuerda floja de lo no normativo. Mientras, sus sentimientos ambivalentes caen en las fauces del dominio psiquiátrico, que proyectará sobre ellas la sombra del trastorno mental y las tratará como si sufrieran un malestar psicológico. Este tipo de correspondencias clínicas costará más encontrarlas en comentarios sobre posts publicados por madres en sus blogs privados. En esos blogs podemos reconocer sobre todo la amplitud y magnitud de las dificultades que experimentan numerosas madres, sobre todo en los comentarios de otras lectoras que expresan al fin su alivio al escuchar el eco de lo que ellas también sienten y piensan. Las correspondencias clínicas aparecen asimismo «a sus espaldas», en los comentarios realizados sobre columnas de sociedad o sucesos de actualidad, acerca de famosas que, por ejemplo, son noticia por hacer «lo que no es debido» en su condición de madres, como si esto pusiera en evidencia sus sentimientos encontrados, un hecho digno de someterse a terapia de inmediato.

Es posible que las teorías psicoanalíticas hayan admitido que la maternidad puede ser conflictiva para muchas mujeres, pero en ocasiones también ha situado a las madres en el lugar de la culpa sin contar siquiera con su presencia física o su perspectiva personal. La conocida psiquiatra Helene Deutsch, por ejemplo, describía la ambivalencia como una posible parte del mundo emocional de la experiencia de las madres, pero al mismo tiempo afirmaba que las madres ambivalentes adolecían de un «masoquismo femenino natural».[69]

Esa mirada crítica centrada en las madres que no se consideran conformes con los rígidos guiones de las normas afectivas puede observarse en la tardanza al identificar la depresión posparto como un estado (relativamente) legítimo al que se enfrentan las mujeres. Durante muchas décadas no podían decir si, tras dar a luz, tenían otros sentimientos distintos a los que se esperaba que tuvieran, y temían reconocerlo, ya que sabían que enseguida les colgarían el sambenito de «malas madres».

Me resulta difícil escribir este post. Me aterra revelar al mundo mis secretos más profundos y oscuros; pero ya lo he hecho antes y voy a hacerlo de nuevo. La semana pasada reconocí en mí los síntomas de la depresión posparto (DPP) al leer el periplo de otra persona hasta dar con un

diagnóstico. Quiero hacer públicos mis secretos con la esperanza de que otra mujer pueda reconocer sus síntomas en mi historia. […] Temo que otras puedan verme débil, o menos madre.[70]

Por otra parte, las madres que sufren depresión posparto podrían sentirse malas madres no solo porque temen que los demás les cuelguen ese sambenito, sino por esas normas afectivas que podrían estar interiorizadas por completo.

Tras criticar la ambivalencia por poner en peligro las normas afectivas, en las últimas décadas investigadores, escritores y terapeutas diversos han dado en considerar la ambivalencia maternal saludable como un rasgo intrínseco de la experiencia de ser madre y como una parte del espectro de sentimientos encontrados hacia los hijos y la maternidad.[71] Ese espectro de emociones contradictorias se veía como una fuente inagotable para las madres, siempre y cuando quedaran bien definidas y distantes la ambivalencia maternal «incontrolable e insoportable» y la ambivalencia maternal «controlable y soportable» que podría promover un desarrollo emocional. De este modo, la propia angustia de una madre y la insufrible coexistencia del amor y el odio por el bebé serían los sentimientos que permitirían a la madre buscar constantemente soluciones creativas a todos sus problemas.[72]

Así pues, quizá el conflicto amor-odio que las madres pueden sufrir con relación a sus hijos les ayude a adquirir herramientas emocionales e intelectuales para comprender a su pequeño y sus necesidades, pues el sufrimiento de la ambivalencia puede fomentar la reflexión, y la capacidad de pensar en el bebé y el niño es posiblemente el aspecto más importante de la maternidad.[73]

Visto así, la capacidad para soportar la ambivalencia y el dolor que causa se halla al alcance de una madre cuando esta reconoce que su perfección y la de su bebé son una fantasía a la que es mejor renunciar. Asimismo, una madre que descubre cómo contener ese conflicto puede ser capaz de sentir amor, preocupación y compasión por sus hijos así como ira, desilusión, frustración e impotencia, una capacidad emocional que origina una nueva faceta rica y llena de contrastes dentro de sí misma por tanto puede ser también un hito para el desarrollo maternal. Los investigadores

afirman, pues, que la ambivalencia maternal puede ofrecer reforma y reparación, como logro emocional de aquellas mujeres que se enfrentan a una confusión emocional, fantasías y conflictos relacionados con su maternidad, y como estado que puede fomentar potencialmente una flexibilidad y un dinamismo emocionales.[74]

Por otra parte, las mujeres que tienen sentimientos ambiguos con respecto a la maternidad pueden desarrollar historias progresivas sobre un movimiento en dirección a un punto final positivo de la experiencia maternal, pues podrían utilizar relatos de crecimiento futuro y superación de obstáculos que garanticen que algún día todo irá bien.[75]

Este tipo de reorganización de las experiencias maternales conflictivas podría ayudar a las madres a sobrevivir día a día. No obstante, también podría surgir en una sociedad en la cual se considere un incumplimiento de las normas el admitir *a posteriori* que la maternidad no satisfacía lo que se prometía y que después de todo no valía la pena.

Al observar con más atención el arrepentimiento, podremos ver que a veces las madres tienen una historia distinta que contar. Una historia que desecha tanto el descrédito patológico en el que habían caído presas como la querencia social por las ficciones de reconciliación, y que prefiere normalizar y aceptar que se puede estar arrepentida de ser madre. Mediante testimonios que discrepaban de este tipo de movimiento lineal, las mujeres participantes en este estudio, que no solo tienen bebés sino hijos de treinta años, expresaban el sentimiento de arrepentimiento rechazando la historia progresiva de una figura femenina que está obligada inevitablemente a ser madre y que se adapta poco a poco a la experiencia maternal. Afirmaciones tales como «No es para mí» o «Enseguida vi que no estoy hecha para esto», así como el hecho de sentirse «totalmente en paz» con la idea de arrepentirse de haber sido madre, expresan una opción de las muchas posibles: la elección de alejarse de manera deliberada de una meta que debería ser integra— dora, la satisfacción por no ver su angustia como un mal necesario para mantener el *statu quo.*

De este modo, el arrepentimiento encarna una identidad femenina distinta, la cual se aparta de las expectativas sociales sobre la maternidad

como algo que por definición conduce a la asimilación y en lo que, por tanto, el deseo de volver atrás se ve como un acto punible.

3. Madres arrepentidas: si pudiera no ser madre de nadie

> Me resultaba duro decir que tener hijos había sido un error…, que la conclusión es que supone una gran carga para mí. Tardé mucho tiempo en poder decir esas palabras. Pensaba, uy, si digo algo así, la gente pensará que estoy loca. Aún hoy…
>
> Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años)

El arrepentimiento es una postura emocional que podría verse acompañada de una agitación y un sufrimiento enormes. Para las mujeres que lamentan haber sido madres puede ser insoportable, pues no solo tienen que lidiar con su continua aflicción sino que carecen de prácticamente toda posibilidad de hablar con otras sobre lo que sienten, ya que se supone que el arrepentimiento debe estar muy alejado de la maternidad.

Para buscar las causas por las que el arrepentimiento con respecto a la maternidad no está aceptado socialmente hay que examinar con más profundidad las normas afectivas que nos dictan en qué ámbitos y situaciones se permite e incluso se espera la expresión del arrepentimiento, y en cuáles se exige su represión. Por consiguiente, dicha reflexión no puede realizarse sin afrontar el modo en que la sociedad aborda además el tema del tiempo y la memoria, dado que el arrepentimiento es una postura emocional, la cual tiende un puente entre el pasado y el presente y entre lo tangible y lo recordado.

Tiempo y memoria

En las culturas modernas occidentales, fundadas sobre ideologías industriales y capitalistas, imaginamos que el tiempo es lineal, estándar, absoluto y que viaja a lo largo del curso irreversible de una flecha indestructible; se tiene la impresión de que el tiempo avanza en una línea, alejándose de un pasado inmutable en dirección a un futuro continuo y totalmente abierto. Muchos de nosotros solemos vernos levantándonos cada mañana para pasar a la siguiente fase hacia una meta final, que puede ser conseguir un ascenso en el trabajo, ganar más dinero o desarrollar nuestra existencia en mejores condiciones. Esta noción del tiempo hunde sus raíces en la tradición judeocristiana, en la que el origen y el fin del mundo trazan una progresión lineal, una historia de salvación y redención, pues el sentido profundo de uno mismo se revelará como el final del viaje.[76] Referirse al tiempo de este modo enmarca la vida y la experiencia de todo individuo desde el nacimiento, pues hace que la fantasía de «dar marcha atrás» resulte irracional. Así, suele verse como una idea absurda que de las cenizas se prenda fuego y vuelvan a ser troncos, que las hojas se recojan solas del suelo y se sujeten a las ramas de las que han caído o que los coches viejos y oxidados se conviertan de nuevo en flamantes limusinas. La reversibilidad entendida como el regreso al estadio anterior a una acción, relato o conocimiento está fuera de lo posible en la vida social, incluso en nuestro imaginario colectivo.[77]

Esta percepción lineal del tiempo está profundamente arraigada en una rutina diaria, que parece construida con una secuencia de acontecimientos que van del pasado al presente, en sintonía con el tictac de un reloj, un ritmo y una dirección que se diría que existen fuera de nosotros, al margen de nuestra realidad. Por lo tanto, muchas personas creen de verdad que hay un «tiempo indicado» para cada objetivo que nos hemos fijado como «obligado», ya sea acostarse con alguien por primera vez, casarse o tener hijos.

Sin embargo, pese a su predominancia, parece que la percepción lineal es demasiado limitada, pues nuestras experiencias subjetivas del tiempo son mucho más variadas y diversas. Al igual que se distingue entre un mapa y el sentido del territorio, también puede diferenciarse entre un reloj y una

experiencia temporal.[78] El tiempo pasa volando cuando nos lo estamos pasando bien, parece eternizarse cuando esperamos, nos falta cuando tenemos mucho que hacer y nos sobra cuando se impone la ociosidad. Asimismo, suele verse revestido de «tiempo interno» que se manifiesta en recuerdos, ensoñaciones, pesadillas y *flashbacks*, pasiones y fragancias. Incluso escuchar música puede servir como máquina del tiempo, pues nos transporta a otros momentos y épocas al tiempo que rompe nuestra percepción de la continuidad secuencial.[79]

De este modo, una experiencia subjetiva del tiempo significa que podemos encontrarnos como si estuviéramos a bordo de un ferry que nos transporta de un lado a otro entre el pasado, el presente y el futuro, como si estos fueran objetos tangibles y transitables, y revisáramos constantemente nuestro propio pasado y el del mundo. Cuando nos enfrentamos a las consecuencias de nuestros actos y decisiones, nuestra memoria esboza proyectos de mundos imaginados en los que las decisiones pueden ser cambiadas y todavía es posible crear una realidad alternativa a la que se supone que se ha vuelto invariable.[80] Por consiguiente, aunque no podamos revivir el pasado o cambiarlo, no tenemos por qué darlo por perdido; en muchos sentidos, como dijo el escritor estadounidense William Faulkner, «El pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado».

Pero aunque nuestra experiencia personal del tiempo sea sólida y nos resulte válida, vivimos en una sociedad que tiende a subestimar todo tipo de preocupación por lo que se percibe como pasado, aparte de las dos ocasiones siguientes: una mirada nostálgica del pasado que se deleita con lo que fue en su día, y un recuerdo pragmático con la intención de mejorar el futuro. La legitimación de este método deseable e incluso recomendado de mirar atrás puede oírse, por ejemplo, en las famosas palabras del filósofo George Santayana: «Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo». Los días de conmemoración institucional son uno de los numerosos ejemplos que ilustran la instrucción cultural de «mirar atrás» y recordar para evitar la repetición del pasado en el futuro. Otro ejemplo de una mirada retrospectiva legitimada se observa en teorías psicoanalíticas del comportamiento humano y el desarrollo de la personalidad fundadas en la creencia de que lo vivido durante la primera infancia afecta a la vida de una

persona, así como en la psicoterapia, centrada en interpretar el pasado como un servicio para el presente y el futuro.

No obstante, cuando se habla de retrotraerse al pasado de alguna otra manera, como, por ejemplo, a través de recuerdos que no pretenden mejorar el futuro pero que se acercan mucho a experiencias traumáticas, oportunidades perdidas, errores, agravios y desgracias, se nos enseña entonces a mantener la distancia, a acallar el pasado y olvidarlo.[81] Dicha actitud puede quedar clara en las reacciones sociales ante el acoso sexual, por ejemplo, pues a muchas mujeres se les pide que olviden y sigan adelante.

El evitar mirar atrás sin propósito alguno, un acto que puede incluso merecer castigo, se muestra en el libro del Génesis, por ejemplo, en el que se nos habla de la mujer de Lot, que se convirtió en estatua de sal, inmovilizada por completo, por desobedecer a los ángeles y volver la vista hacia Sodoma y Gomorra. El Nuevo Testamento advierte también del peligro de mirar atrás, a lo que fue, con estas palabras de Jesús dirigidas a sus discípulos: «Aquel Día, el que esté en el terrado y tenga sus enseres en casa, no baje a recogerlos; y, de igual modo, el que esté en el campo, no se vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Quien intente guardar su vida, la perderá; y quien la pierda, la conservará». (Lucas 17, 31 − 33.)

Asimismo, está presente en la mitología griega en una historia como la de Orfeo, que se casó con Eurídice y estuvo a su lado hasta que ella murió, a causa de una víbora que pisó al escapar de Aristeo, quien intentó violarla. Orfeo descendió a las profundidades del Averno para rescatar a su amada. Hades, el dios de los muertos, accedió a que Eurídice regresara al mundo de los vivos con la condición de que Orfeo fuera delante y no mirase hacia atrás hasta que hubieran salido del infierno. Orfeo no pudo contener su impaciencia y se volvió para ver el rostro de Eurídice, que en aquel momento desapareció en las tinieblas del inframundo para siempre.

Junto con estos preceptos religiosos que acompañan consciente o inconscientemente nuestra vida cotidiana hasta el día de hoy, penden sobre nuestras cabezas nociones seculares y científicas en torno al tiempo en tanto que —en palabras de Isaac Newton— el tiempo es «absoluto, verdadero y matemático […], en sí y por su propia naturaleza fluye uniformemente sin relación a nada externo».[82] Mediante esta visión del tiempo como algo

que transcurre en dirección única, se enseña a la gente no solo que su pasado y la historia quedan bloqueados físicamente tras ellos, sino también que están obligados a dejar atrás ciertas cosas, pues «lo hecho, hecho está». Así se forman las «leyes de la memoria» sociales, leyes que institucionalizan la idea de que ciertos sucesos y momentos pueden ser revisados, recordados y, de hecho, son dignos de conmemoración e investigación, mientras que otros, según hay que suponer, deben ser olvidados y dejados atrás.[83]

Volver a experiencias pasadas puede provocar diversas reacciones emocionales y cognitivas y, como muestra el siguiente apartado, la postura emocional del arrepentimiento se incluye entre dichas reacciones a un pasado que no ha sucedido.

Arrepentimiento: el deseo de deshacer lo irreversible

Recordar y meditar sobre algo que ya ha ocurrido y se ha hecho puede quedarse en lo que es, un detenerse en el pasado sin más, pero también puede suscitar pensamientos *a posteriori* como «Y si…» y «Ojalá…» que inducen a comparar, por una parte, una decisión y una vía que se han tomado y conducido a ciertos resultados no deseados con, por otra parte, una decisión y una vía alternativas que podrían haberse tomado para llegar a lo que se consideraría consecuencias más positivas.

Los pensamientos del estilo «Ojalá» pueden llevar a imaginar vías alternativas sin que luego se anhele cambiarlas; no obstante, dichos pensamientos también pueden suscitar emociones *a posteriori* —tanto en individuos como en estados y colectividades— tales como decepción, tristeza, pesar, autocondena, vergüenza, culpa y arrepentimiento. «Ojalá le hubiera dicho lo mucho que lo quería antes de que muriera» o «Qué habría pasado si no le hubiera dicho esas palabras odiosas» son frases que expresan, por ejemplo, el deseo de deshacer lo irreversible.

Al igual que otros sentimientos, el arrepentimiento es una postura emocional subjetiva que refleja los valores, las necesidades, decisiones y la historia personal de una persona, pero al mismo tiempo se forma por el entorno, sigue el marco de la sociedad y su expresión o inexpresión tiene una relevancia social.

Ante un tribunal, por ejemplo, se espera que los seres humanos sientan arrepentimiento; la expresión de dicho sentimiento es una condición necesaria para la absolución, la reinserción y el mantenimiento del orden social. Los jueces lo tienen en cuenta al deliberar en un juicio, los abogados lo utilizan de manera táctica para conseguir una sentencia indulgente y a un recluso le puede ser negada la libertad condicional si no logra transmitirlo.

Expresar arrepentimiento en el ámbito jurídico, libre de la pura palabrería, se considera una prueba de que una persona se responsabiliza de sus actos, acepta la culpa y la retira de la víctima; es más, dado que el arrepentimiento se percibe como un signo de responsabilidad personal, es similar a una disculpa, gesto que puede aliviar a todos los implicados y que mitiga la necesidad de castigo. Aparte de eso, el arrepentimiento puede implicar dolor y pesar, lo que podría considerarse un castigo en sí mismo, y por tanto justifica que se palie la aplicación de otras penas. Se considera, además, que el arrepentimiento reduce las posibilidades de que se repita el delito. Asimismo, el hecho de que un acusado no llegue a sentir o expresar arrepentimiento puede ser interpretado como una irresponsabilidad o algo peor: la incapacidad de comprender la gravedad de su acto, lo que exige un castigo severo para que le quede claro. Por último, expresar arrepentimiento ante un tribunal da fe de la cordura o solidez de la visión que se tiene de la realidad, y un acusado que no lo transmite puede verse, por tanto, como una persona que adolece de alguna tara moral y que quizá merezca un castigo severo y un largo período de encarcelamiento para defender a la ciudadanía. [84]

Esta función del arrepentimiento resulta también evidente en varios ámbitos religiosos. Las tres religiones monoteístas ven el arrepentimiento como una postura moral que permite asumir la responsabilidad personal, y en consecuencia, recibir la absolución por haber obrado mal. En el cristianismo el arrepentimiento es necesario, y el acto de arrepentirse de los pecados que se han cometido; para los católicos, el confesionario constituye

un símbolo arquitectónico que invita y alienta su revelación. En el judaísmo se celebra cada año Rosh Hashaná (el Año Nuevo judío), Yom Kippur (día de la Expiación) y entre ellos los días del Temor o los diez días del arrepentimiento, un período reservado a la reflexión, confesión, expresión del arrepentimiento y súplica para conseguir el perdón de Dios y el prójimo. En el islam el mes del ayuno, el Ramadán, se dedica en parte a transmitir pesar por los pecados cometidos para llegar al arrepentimiento. Uno de los nombres de Alá, que aparece once veces a lo largo del Corán, es At-Tawwáb, es decir, «el que acepta el arrepentimiento». Los intérpretes afirman que Alá acepta la contrición de aquellos que se arrepienten sinceramente de sus actos y vuelven a él en busca de perdón, pues la palabra *Taunuab* —que significa «el que retorna a menudo»— alude a la aceptación recurrente por parte de Alá de aquellos que se arrepienten de verdad de sus pecados y malas acciones, y no solo por obligación.[85]

Los ámbitos en los que el arrepentimiento no se produce tras un pecado o delito cometido lo convierten en una postura emocional controvertida. Por un lado, el arrepentimiento puede verse como una defensa de la integridad de cada persona y una especie de continuidad entre el pasado y el cómo debería ser el presente. Así pues, el arrepentimiento se considera un testimonio para la moralidad. Podría mover a los individuos a actuar de otra manera en caso de vivir una situación similar en el futuro, o evitar que repitan una conducta que anteriormente ha provocado arrepentimiento. Si una persona cuenta a sus amigos, por ejemplo, que lamenta no llamar más a sus padres, merecerá la aprobación general y lo más probable es que la animen a cambiar su proceder. Esto significa que el arrepentimiento, el pesar, el sufrimiento, la desesperación, el dolor y la angustia permiten que una persona reconozca sus malas acciones (no solo un pecado o delito), faltas ante las que podría permanecer ciega sin dichos sentimientos.

Por otro lado, no obstante, en una sociedad neoliberal y capitalista basada en el espíritu de progreso, el arrepentimiento puede verse como una manera de descarrilar. Mientras que todos nuestros actos tienen como objetivo vencer los retos de la vida, el arrepentimiento no se percibe más que como una violación desafiante de las normas. Por consiguiente, admitir que uno se siente arrepentido es constatar que el pragmatismo y el optimismo han fracasado, pues conducen potencialmente a la

autoflagelación tortuosa y la parálisis por impotencia; también puede llevar a individuos o colectivos a obsesionarse con un pasado que inevitablemente ha terminado, o a frustrarse porque la realidad actual es inflexible.

Por lo tanto, una sociedad que tiene conflictos con su pasado y desea desvincularse de él, así como de los errores cometidos, procura evitar el arrepentimiento.

Basta con recordar dichos supuestamente reconfortantes que se han convertido en órdenes como «A lo hecho, pecho» para percatarnos de que el arrepentimiento se percibe como una postura emocional que hay que superar, una especie de enemigo acérrimo, una enfermedad. En este sentido, recurrir al arrepentimiento implica una pesada carga patológica: un descenso angustiado al dominio del pasado, a los errores anteriores sin propósito aparente se considera un síntoma de problemas patológicos, y por tanto debe canalizarse a través de las vías apropiadas, como grupos de apoyo y centros de terapia.[86]

A pesar de que el arrepentimiento es una postura emocional controvertida, en la práctica, en la vida diaria, se siente y se expresa tras experiencias personales de errores y oportunidades perdidas en ámbitos de diversa índole. Los psicólogos Neal Róese y Amy Summerville, que han investigado los ámbitos en los que mujeres y hombres estadounidenses expresan arrepentimiento, han descubierto que la educación ocupaba el primer lugar en todos los grupos por edad, estatus socioeconómico y estilo de vida. El empleo era el segundo, seguido de las relaciones sentimentales, las cuestiones de salud y la maternidad o paternidad.[87]

Con respecto al tema de tener hijos, se mencionan procedimientos médicos como la ligadura de trompas y la interrupción del embarazo,[88] así como dar un hijo en adopción o aceptar acuerdos de gestación subrogada.[89] Asimismo, se siente y se expresa arrepentimiento con relación al momento de tenerlos y el intervalo entre un parto y otro, y también a la decisión de tener o no tener más. Los estudios demuestran que se manifiesta por añadidura en aquellas personas que deciden no ser padres/madres[90] y en aquellas mujeres que, tras dar a luz, deciden ejercer de madres solteras.

En materia de relaciones familiares entre padres e hijos, el arrepentimiento se siente y se expresa tras experimentar con algunos tipos

de crianza: con una educación demasiado estricta, con métodos represivos inadecuados (o castigos que luego se consideran excesivos). Sobre todo afecta cuando los castigos son físicos, es decir, violencia ejercida por parte de los progenitores hacia sus hijos.[91] También se expresa arrepentimiento debido a cierto sentimiento presente entre padres en general, y madres en particular, porque no pasaban suficiente tiempo con sus hijos o porque el tiempo que estaban con ellos no lo dedicaban a actividades placenteras. Una investigación posterior muestra que el arrepentimiento se siente asimismo debido a relaciones familiares que se viven como deterioradas entre hijos, padres o hermanos, y debido a que causan «problemas» a la familia; algunas mujeres lamentan un equilibrio poco satisfactorio entre el hogar y la vida laboral,[92] y a algunas les pesa no trabajar fuera de casa, como puede observarse en el siguiente testimonio en retrospectiva de una escritora y madre estadounidense:

Ahora que me veo cuesta abajo en la pendiente de la maternidad tengo mis dudas sobre la decisión que tomé de quedarme en casa. Aunque no conozco a ningún padre o ninguna madre que lamente pasar tiempo con sus hijos, sobre todo aquellos que ya llevan su propia vida —entre los cuales me incluyo—, vista *a posteriori*, mi decisión parece errónea. Si bien soy plenamente consciente de que ser una madre de las que se quedan en casa fue sin duda un lujo, al verme ante un nido vacío y unas perspectivas de empleo muy limitadas, siento un gran remordimiento.[93]

Esta larga, aunque parcial, lista de ámbitos en los que puede aparecer el arrepentimiento revela que la mala suerte, la pérdida y los errores son un elemento integral de las relaciones humanas; como tales, pueden experimentarse en todas las facetas de la vida en las que hay personas que toman decisiones, actúan, crean y sienten, o incluso en aquellas en las que se elude hacer o crear algo. En tal caso, ¿por qué arrepentirse de ser madre es una postura emocional inconcebible?

Política de arrepentimiento, reproducción y maternidad

Aunque personalmente podamos sentirlo como una experiencia desagradable y tormentosa y aunque puede que no encaje con nuestro espíritu social de progreso y eficiencia, el arrepentimiento se puede valorar y reconocer cuando se adapta a las normas sociales dominantes. Tal puede ser el caso en situaciones que impliquen ir en contra del orden mundial. Por ejemplo, en una sociedad que considera que fumar es un hábito detestable, una persona que se arrepienta de llevar muchos años fumando será vista de manera muy distinta a una que lamente no haber fumado nunca; en una sociedad que santifica lo que solemos llamar vida sana, una persona que se arrepienta de no haber hecho ejercicio será vista de manera muy distinta a una que lamente haberlo hecho.

Desde este punto de vista, el arrepentimiento se convierte en el perro guardián de la hegemonía, un mecanismo de normalización destinado a devolvernos a cada uno de nosotros al regazo de la sociedad; arrepentirse de haber actuado de una manera distinta a la que espera la sociedad no solo merece el respeto de los demás, sino que además puede utilizarse para preservar ciertos valores de la sociedad. Esto se ve con claridad en el ámbito de la maternidad, en especial cuando está relacionado con un asunto controvertido como la interrupción del embarazo. La cuestión no es si las mujeres tienden a lamentar haber abortado por voluntad propia, pues algunas se arrepienten *a posteriori* y otras no. Además, las mujeres pueden pasar por varias interrupciones del embarazo a lo largo de su vida y no lamentar ninguna, lamentarlas todas o lamentar solo algunas. Por lo tanto, cabría preguntarse más bien cómo se utiliza el arrepentimiento con respecto a la interrupción del embarazo en una sociedad que fomenta y exige los nacimientos.

Un uso que se le da es apuntar con él a la sien de las mujeres, es decir, servirse del arrepentimiento como arma pensada para amenazar, amedrentar, alinear y regular, asegurándoles que si abortan sin duda lo lamentarán, pues deben estar intrínsecamente vinculadas a su embarazo dado su deseo innato de ser madres.

Este pensamiento social deja poco margen para explicar con otros motivos por qué las mujeres pueden sentirse mortificadas tras abortar, aunque no se arrepientan de ello. Quizá lo que les ocurre es que han interiorizado de tal manera los códigos morales que desacreditan la interrupción del embarazo que temen infringirlos y ser vistas como alguien que ha pecado o cometido un delito. Además, no se tiene en cuenta que a menudo, a raíz del aborto, sobrevienen otros sentimientos angustiosos, ocasionados por una hipotética ruptura sentimental o por la desaprobación social unida al juicio y la estigmatización, por mucho que las propias mujeres sientan que interrumpir su embarazo fue la decisión acertada por el alivio que les supuso. Podrían sentirse aliviadas porque el aborto es una de las maneras que tienen las mujeres de evitar entrar en una relación «no deseada» (maternidad, pareja sentimental, matrimonio), o en una relación «imposible» si son incapaces de comprometerse a criar y cuidar de un niño o más de uno por motivos diversos.[94]

La suposición de que hay un vínculo femenino innato con el embarazo es incesante. De un plumazo se despeja la posibilidad de siquiera desear evitar sus resultados; el arrepentimiento ante la interrupción del embarazo es entonces una reacción emocional inevitable, garantizada. En virtud de dicho enfoque, y en un círculo vicioso de interpretaciones, incluso cuando las mujeres viven con ambivalencia y tormento el hecho de haberse sometido a un aborto, dichos sentimientos podrían interpretarse de manera equivocada por los demás como simple arrepentimiento, pues examinar la relevancia de dichas emociones y la historia social alternativa que podrían expresar parece innecesario. A la luz de esta profecía catastrofista, el arrepentimiento futuro se representa como el peor escenario posible, peor que un nacimiento no deseado.[95]

Además, también existe discrepancia en cuanto a la valoración *a posteriori* por parte de hombres y mujeres de la decisión de renunciar a ser padres, pues las mujeres que no desean ser madres se ven presionadas para serlo con el instrumento del arrepentimiento. La amenaza es casi ineludible, ya que son expuestas a imágenes aterradoras de la vida fuera de la norma, y panoramas de un futuro aciago que inevitablemente las hará lamentar la decisión y añorar los hijos no nacidos,[96] algo que se observa muy bien en

el siguiente mensaje escrito en un foro de internet bajo el título de «Mujeres que no quieren hijos»:

Creedme, os arrepentiréis. En mi opinión, dentro de cinco años lo lamentaréis y tendréis un hijo como todos los demás (o la mayoría de la gente). Si veis un hijo únicamente como sinónimo de trabajo y gastos económicos, os compadezco. Un hijo es mucho más que un gasto económico. Algún día (si no dentro de unos años) lamentaréis haber perdido el tren.

De este modo, el mensaje sistemático es: si tienes más de treinta años, se te acaba el tiempo para formar una familia. Puede que pienses que no te interesa, pero te equivocas; te entrará el deseo, y será demasiado tarde: «Te arrepentirás».

Por lo tanto, una sociedad que retrata la no maternidad como algo peligroso e intrínsecamente lamentable logra dotar de un marco que restrinja la vida de las mujeres aun cuando su experiencia subjetiva de la no maternidad pueda llegar a trascender en complejidad ese razonamiento. Mientras que este juego mental de amenazas y advertencias se emplea de forma sistemática hacia muchas mujeres, la otra cara de la moneda permanece en silencio; y las voces de aquellas que al mirar atrás se arrepienten de ser madres siguen sin oírse, lo que enseguida alimenta la suposición de que no se oyen porque en realidad no existen.

En 1989 el sociólogo Arthur Neal y su equipo preguntaron a 412 estadounidenses blancos y negros qué perspectiva —tanto positiva como negativa— tenían sobre la idea de tener hijos, e incluyeron las negativas, suscritas bajo la expresión del arrepentimiento, entre las siguientes respuestas: «La responsabilidad de cuidar de los hijos me ocupa demasiado tiempo», «Mis hijos son causa de demasiado estrés y preocupación», «A veces desearía volver a la época en la que no era padre/madre», «A veces siento que me supera la responsabilidad de la paternidad/maternidad» y «Ojalá hubiera esperado más antes de tener a mi primer hijo».[97]

Si bien dichas respuestas describen el arrepentimiento como la expresión de dificultades dentro de la paternidad o maternidad, las

afirmaciones de las madres en el presente estudio se regían en esencia por la declaración: «No deberíamos haber hecho esto».

Es precisamente este tipo de declaración contundente la que casi ha desaparecido en la vida cotidiana. En las sociedades nata— listas arrepentirse de ser madre es inaceptable hasta el punto de la refutación, y su incidencia potencial no se tiene en cuenta. Por consiguiente, en tanto que las mujeres dejan de plantearse si quieren ser madres, no deberían enfrentarse a ninguna amenaza sobre el arrepentimiento futuro, ya que para ello debería existir una decisión que no ha lugar, es decir, una «posibilidad imposible».

Dado que el arrepentimiento es una postura emocional controvertida en general y que el estatus de madre es sagrado en numerosas sociedades en particular, se considera impensable en la economía de normas afectivas de la maternidad. Dos circunstancias no normativas serían la excepción: lamentarse de no haber tenido hijos o bien de tener unos hijos que se han desviado de la línea legal o moral marcada, pero no de la experiencia subjetiva de la maternidad *per se*. Por lo tanto, el arrepentimiento solo es concebible debido a un resultado final —la ausencia de hijos o un hijo «con problemas»—, pero no como la experiencia emocional de una madre, un ser con derecho a tener sus propias emociones. El arrepentimiento fruto de la experiencia personal de la maternidad —*per se*— se percibe, por un lado, como inexistente e inconcebible y, por otro, en caso de no ser negado, se considera ilegítimo, digno de condena y, fundamentalmente, objeto de incredulidad.

«Ha sido un terrible error»: el punto de vista de las mujeres

Durante las entrevistas formulaba a todas las mujeres participantes en el estudio la siguiente pregunta: «Si pudiera retroceder en el tiempo con el conocimiento y la experiencia que tiene ahora, ¿sería madre/tendría hijos?». Todas ellas respondían con una negación, aunque de maneras distintas:

Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años):

Si hoy pudiera volver atrás, estoy segura de que no traería niños a este mundo. Lo tengo clarísimo.

Susie (madre de dos hijas de entre 15 y 20 años) contestó, antes incluso de que yo acabara de hacerle la pregunta:

No tendría hijos y punto, sin duda. […] Siempre digo que he cometido tres errores garrafales en mi vida: uno fue fijarme en mi ex pareja, el segundo fue tener hijos con él y el tercero, tener hijos sin más.

Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años) respondió con vehemencia antes de que yo hubiera terminado de hacerle la pregunta:

Doreen: Renunciaría a tener hijos de todas todas.

Yo: ¿A los tres?

Doreen: Sí. Me duele muchísimo decirlo, y nunca me oirán decirlo. No lo entenderían en absoluto, ni cuando tengan cincuenta años, a lo mejor entonces sí, pero no estoy segura. Renunciaría a ellos, totalmente. En serio. Sin pestañear.

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Lo tuve a los veinticinco años. Tengo muy claro que si hubiera sabido entonces lo que sé ahora —de mí y del mundo—, no lo habría tenido. Así de claro y simple. […] No pasa ni un día en que no dé gracias por tener uno solo. Ni un día pasa en el que no diga: «Tengo suerte de tener uno solo». Y eso después de que diga «qué pena que tenga uno siquiera». […] Preferiría no tener hijos.

***Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)*:**

Me ha preguntado qué haría si pudiera volver atrás…; no tendría hijos, desde luego. Aunque son maravillosos, encantadores y lo que te dan es increíble. No niego eso. Ellos dan una dimensión a mi vida que de lo

contrario no existiría. Pero ¿qué haría yo si pudiera retroceder en el tiempo sin sentir culpa ni todas esas ataduras? No elegiría este camino.

***Odelya (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Para mí es un error. En serio. Porque es una obligación, y yo quiero vivir mi vida, y tengo muchísimos planes. […] Por eso me arrepiento, porque podría haber hecho otras cosas que son valiosas para mí.

***Erika (madre de cuatro hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:** Erika: ¿Puedo decirle ahora, echando la vista atrás, que vale la pena treinta años de sufrimiento? No, rotundamente no [gestos para recalcar la vehemente negación]. En absoluto, de ninguna manera, en absoluto. ¿Volvería a hacerlo? Nunca. Si hoy pudiera elegir, quizá tuviera uno, niño o niña, da igual.

Yo: ¿Por qué no volvería a hacerlo?

Erika: ¿Que por qué? Se lo diré: porque no he tenido un solo día tranquilo en esta vida, y no vengo de una familia con apuros. No es una cuestión de dinero. Nunca tuve un día de tranquilidad mientras criaba a los niños. Nunca.

***Brenda (madre de tres hijos de entre 20 y 25 años)*:**

Visto *a posteriori* no tendría ni uno.

***Bali (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Yo: ¿Y si pudiera «dar marcha atrás»?

Bali: Con lo que sé hoy en día, daría marcha atrás. Pero como ya no hay marcha atrás, no lo cambiaría. Porque su vida es suya.

Yo: ¿Qué quiere decir?

Bali: Que ahora estoy aquí para cuidar de alguien y no solo para mi propio disfrute. Es una responsabilidad que me alegraría no tener, pero ya la he asumido.

***Jasmine (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

No soporto ser madre. No soporto este papel. […] Puedo decir con certeza que sí, ¿si hubiera sabido hace tres años lo que sé ahora? No tendría hijos. No tendría ni uno.

***Helen (madre de dos hijos de entre 15 y 20 años)*:**

Ha empezado ahora. A esta edad… es el comienzo de verdad, cuando empiezo a sentir… Orly siempre ha sido independiente y madura… a Eran lo han llamado a filas… y yo comienzo a sentirme libre. En serio. Para mí es lo mejor. Pero aun así, si soy del todo sincera conmigo misma, personalmente preferiría vivir sin hijos.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Incluso ahora que ya tienen tres y cinco años, si me viniera el genio de la lámpara y me preguntara «¿Deseas que los haga desaparecer como si nada hubiera ocurrido?», le diría que sí sin dudarlo.

***Sunny (madre de cuatro hijos, dos de entre 5 y 10 años y dos de entre 10 y 15 años)*:**

No creo que lo hiciera. Esto no se lo diría nunca a mis hijos, y ellos saben que haría todo y más por ellos, saben que me sacrifico por ellos a menudo, pero… [sonrisas] no volvería a enfrascarme en este proyecto. Sobre todo sabiendo que después me divorciaría, y que todo recaería sobre mis hombros. Hay otras circunstancias que lo hacen aún más duro: tengo dos niños con necesidades especiales, por lo que resulta todavía más difícil.

***Liz (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Probablemente no. Probablemente no. A ver, me cuesta decir esto porque pienso que quizá la cosa mejore, que cambie, pero siempre digo que lo que cuentan son los hechos, no las palabras, y hoy por hoy veo que me carga: todo el día: «Mami mami mami mami». Vete con tu mami y déjame en paz [risas]. Solo miro lo que ocurre en realidad y no lo que creo que hay

que pensar, desde el punto de vista moral y cultural, sobre la suerte que tengo y cómo va todo…

***Grace (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y otro de entre 10 y 15 años)*:**

Pues sabe qué le digo, que renunciaría a ello [risas]. Renunciaría incluso a esta angustia. Es esta intensidad de emoción. Cuando pienso en lo que me queda aún por delante… estaría dispuesta a dejarlo, ya lo creo. Pero, claro, entonces necesitaría saber lo que sé hoy.

***Edith (madre de cuatro hijos, dos de entre 25 y 30 años y dos de entre 30 y 35 años y abuela)*:**

Ni loca, como se dice. A menos que hubiera acabado mis estudios de medicina, quizá entonces, si tuviera una carrera y todo eso… Pero no lo creo. Para qué, si es una pérdida de tiempo total. ¿Cuántos momentos agradables hay? Que los hay, no es cierto que no los haya, sí que hay momentos agradables. Pero ¿cuántos en comparación con lo que exige?

Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista) respondió antes de que terminara de hacerle la pregunta:

No tendría hijos.

***Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:**

No creo que yo tenga madera de madre y lo siento por… Cada vez que hablo con mis amigas les digo que si hubiera tenido los conocimientos y la experiencia que tengo hoy, no hubiera creado ni un cuarto de hijo. Lo que más me duele es que no hay vuelta atrás. Es imposible. Imposible de arreglar.

Junto a esta forma de réplica definitiva, expresada a veces antes de que yo acabara de formular la pregunta, varias mujeres se tomaban más tiempo

para meditar su respuesta, porque les resultaba difícil contestar a una pregunta teórica acerca de una situación imaginada, más aún cuando su entorno induce de manera innata e inequívoca a anhelar la maternidad, y por tanto es muy probable que les creara cierto pesar. Por ese motivo, dichas mujeres creen que si retrocedieran en el tiempo sin el saber y la experiencia que tienen ahora, podrían haber tomado la misma decisión a fin de evitar la angustia y el arrepentimiento futuros, pero dado que tienen un saber y una experiencia personales, sus respuestas fueron las siguientes:

***Grace (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

A ver, uno de los factores es que entonces no sabíamos lo que sabemos ahora. Sé que si estuviera en esa situación, me arrepentiría toda la vida de no tener hijos. Porque en la dirección contraria no avanzamos, así es la vida. Pero si Yuval y yo hubiéramos tenido la oportunidad de saber lo que sabemos ahora, entonces creo que podríamos haber llevado una vida estupenda.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Yo pensaba que quería ser madre, y no es así. Puede que piense que quiero ser como otras personas del foro [el foro de internet israelí «Elegir una vida sin hijos»], y no es así. Es muy difícil saberlo hasta que te ves en la situación, muy difícil saber cómo reaccionaría yo en mi caso, y no es algo que se pueda probar.

***Rose (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

Me cuesta mucho contestar a esa pregunta, porque no sería consciente de lo que soy hoy sin los niños. Pero si tuviera los conocimientos que tengo hoy (me resulta difícil escribir esto, pues es como si renunciara a mis hijos, a una parte de mí), pero… si tuviera esta información y un entorno que me apoyara capaz de aceptar este tipo de decisión, no tendría hijos.

***Jackie (madre de tres hijos, uno de entre 1 y 5 años y dos de entre 5 y 10 años)*:**

Jackie: Le diré mucho más, y puede que ahora me contradiga: si pudiera retroceder en el tiempo y no viera el futuro, habría hecho exactamente lo mismo, porque seguiría queriendo tener hijos. Pero si alguien me lo hubiera mostrado, no lo habría hecho. En absoluto. No lo habría hecho. E incluso…

Yo: ¿… incluso qué?

Jackie [respira hondo]: Ya se lo he dicho. Borraría esa parte de mi vida si pudiera. […] Ojalá pudiera levantarme un día y ver que han desaparecido, me digo a mí misma. Es algo que de verdad me… Sé que no es agradable decir algo así pero […] después de sufrir una crisis nerviosa me di cuenta de que había cometido un gran error al tener hijos. […] Lamento de veras en qué se ha convertido mi vida. Es algo que… [hace una larga pausa] me gustaría volver atrás, y cambiar las cosas.

Mientras que algunas madres se planteaban por qué vía alternativa podrían haber optado en el pasado, otras contestaban imaginando «la próxima vida» en el futuro. Nina, por ejemplo, iba dando bandazos durante la entrevista entre el deseo de liberarse de las responsabilidades de su maternidad en particular y la conciencia de que volvería a hacerlo, solo que de otra manera, en parte debido a que se veía como una persona que prefería ser normativa, y que por tanto se opondría a apartarse de la norma, es decir, a no ser madre. No obstante, al final, para ella la maternidad era una experiencia innecesaria.

***Nina (madre de dos hijos, uno de entre 40 y 45 años y uno de entre 45 y 50 años y abuela)*:**

Nina: Cuando bromeo sobre el tema con mi vecina de abajo, siempre digo que en nuestra próxima vida no tendremos hijos [risas]. Nos conoceremos y cuidaremos solamente la una de la otra, sin hijos de por medio.

Yo: ¿A qué edad fue madre?

Nina: A los veintisiete. Me casé con veinticuatro.

Yo: ¿Y si volviera a tener veintisiete años con el saber y la experiencia que tiene ahora?

Nina: Entonces tendría hijos, pero con un orden de prioridades totalmente distinto. Con otros intereses, otras preocupaciones, otra manera

de ver las cosas totalmente diferente. Al mirar atrás, veo sin duda que me dejé llevar por la vida y no definí las reglas ni el camino que quería seguir. Me dejé arrastrar, sin más. […] No sé si tendría el valor, valor una vez más, no tengo el valor de hacer ciertas cosas; no sé si tendría el valor de decidir que sería diferente al resto y que no querría hijos conscientemente.

Yo: ¿Cómo integra el hecho de que, por un lado, si volviera a tener veintisiete años, tendría hijos y, por otro, dice que en la próxima vida no tendría?

Nina: Lo que digo es que si entonces tuviera la madurez y franqueza sobre lo que importa y cómo conseguirlo, sería distinto. Porque en general los hijos son positivos, de veras que lo son…, son buenas personas, con personalidades positivas, moral, etcétera.

Yo: ¿Cómo es para usted la fantasía de una próxima vida sin hijos?

Nina: Una fantasía de libertad. Una fantasía de libertad, de ser responsable solo de mí misma, no de otros. No tener que preocuparme por nadie más, sino solo de que…, de que lo que yo haga sea lo correcto y de que no haya nadie a quien culpar ni nada de lo que quejarse, porque, se lo digo claramente, esto es ya demasiado para mí. Estoy sin fuerzas. No tengo la energía física que requiere esa ayuda constante, de estar una vez a la semana con los niños de uno o de otro, ni tampoco el dinero. Ay, si tuviera dinero. Eso lo cambiaría todo. Podría ayudarlos a que contrataran una niñera o pasarles dinero…, pero entonces no dejo de verlo como mi responsabilidad, sigo sin poder librarme de ello, con toda la lógica que hay en la idea de que has llegado ya a una edad en la que deberías dejarme, esa es tu vida, tu elección…, y aun así siento que es mi responsabilidad. No es que sea culpable. Digamos que no me culpo, aunque ellos dicen: «Si hubiéramos hecho caso de mamá, hoy no estaríamos donde estamos», pero no dejo de sentir que es mi responsabilidad ayudarlos para que así al menos empiecen su camino antes de lo que yo lo hice.

Yo: ¿Por qué cree que su amiga, a la que he entrevistado para el estudio, me dijo: «Debería hablar con Nina. Si este es el tema de su investigación, debería hablar con ella»?

Nina [risas]: Pues mire, porque siempre estamos diciendo que no hace falta tener hijos. Los hijos son innecesarios.

Las afirmaciones de las distintas mujeres entrevistadas indican que su punto de vista personal sobre la maternidad difiere de lo que en teoría deberían pensar. Al arrepentirse de ser madres imaginaban escenarios alternativos que rebaten la promesa de que, tarde o temprano, toda madre acaba aficionándose a la maternidad. En el caso de todas ellas no *se* ha cumplido la promesa social de que una madre reorientará su mundo emocional para alinearse y avanzar con la flecha del tiempo hacia el afecto, lo cual le proporcionará un ajuste cómodo a la experiencia maternal, sin desear anularla o dar marcha atrás.

Mientras que en el estudio de Nikki Shelton y Sally Johnson la esperanza de un «final feliz» se veía expresada por madres que se enfrentaban a dificultades y sentimientos encontrados en su maternidad pero que con sus palabras señalaban hacia un punto final donde hallarían la identidad maternal integradora, las mujeres que han participado en mi estudio imaginan escenarios en su pasado, futuro y en la próxima vida con el fin de reflexionar sobre la experiencia presente de la maternidad, una experiencia que les resulta incómoda y que no dejará de serlo según se prevé. Aunque algunas de ellas esperan realmente experimentar un alivio futuro, la mayoría de los testimonios omiten la evolución prevista hacia algo mejor. Así pues, tanto si son madres desde hace menos de diez años como si llevan siéndolo dos o tres décadas, la llegada prometida al destino, es decir, el sentirse a gusto con la maternidad, aún no se ha hecho realidad ni se espera que lo haga. Las experiencias personales de madres de carne y hueso presentan como falso el mito de una evolución directa y garantizada hacia algo mejor, y por tanto su arrepentimiento socava las expectativas de la sociedad.

Arrepentirse de la maternidad, pero no de los hijos

Durante las entrevistas la mayoría de las madres pusieron de relieve la diferencia entre los hijos y la maternidad en sí. Dicha distinción entre los

sentimientos acerca de la maternidad y la transición a ella, por una parte, y los sentimientos hacia los hijos, por otra, ya quedó documentada a mediados de los años setenta en la obra de Jesse Bernard cuando esta aludía a madres de clase media y obrera que se «atrevían» a reconocer que amaban a sus hijos pero odiaban la maternidad.[98] En el caso de las madres que participaban en mi estudio, la distinción las ayudó a aclarar de qué se arrepentían y de qué no. Pese a expresar su agitación emocional, insistían en que dicho arrepentimiento quedaba completamente excluido del objeto mismo de la maternidad, es decir, sus hijos.

***Charlotte (madre de dos hijos, uno de entre 10 y 15 años y uno de entre 15 y 20 años)*:**

Mire, es complicado porque me arrepiento de ser madre, pero no me arrepiento de mis hijos, de quiénes son ni de la personalidad que tienen. Como personas los adoro. Aunque me casé con ese imbécil, no me arrepiento de ello porque si me hubiera casado con otro, tendría otros hijos y yo los quiero, así que es muy paradójico. Me arrepiento de haber tenido hijos y ser madre, pero amo a los hijos que tengo. Así que sí, no es algo que se pueda explicar. Porque si lo lamentara, entonces no querría que estuvieran aquí. Pero yo no querría eso, lo único que no quiero es ser madre.

***Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)*:**

Me cuesta decirlo, porque los quiero. Mucho. Pero no los tendría. […] Estuve yendo al psicólogo mucho tiempo. Y es curioso. Si hay algo con lo que me siento plenamente de acuerdo, es con eso. Los sentimientos. El proceso de convertirse en madre no es redondo para mí, pero me siento totalmente en sintonía con lo que digo. Y con la dicotomía de pensar, vaya, tengo hijos y los quiero, pero renunciaría a ellos. Así que, contestando a su pregunta, si pudiera elegir lo contrario, lo haría.

***Liz (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Por cierto, el arrepentimiento es por mi condición de madre, no por la existencia misma de mi hijo. Es una distinción que me parece muy importante hacer. Tengo un hijo increíble, maravilloso. Por suerte, él es así

por mi dificultad para ser madre, porque si no fuera tan maravilloso como es —y seguro que mi maternidad ha contribuido a ello, porque no le queda otra que ser maravilloso—, o si, digamos, Dios no lo quiera, fuera un niño con necesidades especiales o con cualquier cosa más allá de lo básico que a mí ya se me hace cuesta arriba, sería muy difícil.

Así que hago la distinción porque me parece muy importante. Mi hijo es encantador, cuanto más lo conozco y sé qué piensa del mundo y quién es —tiene unas firmes opiniones sobre todo y me complace ver la seguridad con la que las expresa—, más lo quiero, pero… es una distinción muy artificial. No puedo decir que lamento que haya nacido una persona que existe, a la que amo muchísimo y estoy muy unida. Es que no lamento que esté aquí, de lo que me arrepiento es del aspecto en sí de la maternidad, del hecho de que llegué a ello a partir de… La verdad es que fue una decisión racional, no porque sintiera esa necesidad, y hoy por hoy me parece que, dados todos los retos que supone ser padre o madre, debería ser algo que se hiciera solo si siente en el fondo que quieres hacerlo, esa me parece una razón mejor de la que partir para llegar a ello.

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Quiero muchísimo a Ido. Es un chico increíble aunque no es nada fácil. Ha dado problemas desde que nació hasta el día de hoy, y siempre los dará. Pero tenemos una relación fantástica, estamos muy unidos y es un hijo maravilloso. No tiene nada que ver con eso. No está relacionado en absoluto.

***Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)*:**

Tengo que decirlo: mis hijos son maravillosos. No solo son niños maravillosos, es que son personas increíbles. Veo en ellos un potencial humano asombroso. Son personas encantadoras, con talento, belleza, bondad… No tiene nada que ver con eso. Es que no es donde quiero estar. […] Creo que para mí ser madre no es la opción acertada. La condición de progenitor no es para mí la elección racional y apropiada, y no porque sea incapaz de ser madre, sino porque no va conmigo. No forma parte de mi identidad. Si me pregunta, ¿quién es Debra? No digo una madre. Digo muchas cosas antes de aludir a la maternidad. Por lo general, no suelo

mencionar siquiera que tengo hijos. Es inevitable que al final lo diga, pero no me sale automáticamente. No me define como persona, no me veo como Debra, madre y mujer, etc. No. Debra es una ejecutiva, Debra es culta, Debra es estadounidense israelí, Debra es una esposa, Debra es una pensadora, Debra es laica… y, después de todas esas cosas, viene que Debra también es madre. Con una especie de disculpa a medias. Así pues, en ese sentido, hay arrepentimiento, pues en mi vida y actividad diaria estoy en un lugar que no va conmigo. Pero no me arrepiento de tener hijos, porque he traído a este mundo dos niños que son increíbles y maravillosos. Son personas increíbles, personas maravillosas.

La distinción que hacían las mujeres para aclarar que lo que lamentaban era la maternidad y no la existencia de sus hijos en el mundo pone de relieve el hecho de que se refieren a sus hijos como seres humanos al margen de sí mismas que tienen derecho a vivir, mientras que al mismo tiempo se arrepienten de ser sus madres, de ser responsables de sus vidas.

Por lo tanto, aunque está claro que las ansias de no maternidad incluyen la no existencia de los hijos en general, desear no ser madre de nadie no implica necesariamente querer eliminar a los hijos en particular que han nacido como seres humanos por derecho propio. La distinción busca, por consiguiente, cortar por un instante siquiera el cordón umbilical imaginario entre miembros de una familia y permite a madres e hijos tener una relación más allá de su lugar en la familia.

Sin embargo, dicha búsqueda se percibe a menudo como imposible. Una madre es una madre, siempre tiene que actuar como una madre y nunca puede escapar de su identidad como tal.

Una fuente de esta creencia fundamental es la filosofía de Sigmund Freud, que se extendió más allá de las clínicas de terapia durante el transcurso del siglo xx. Los estudios de Freud no solo afirman que la madre no es una persona por sí sola, sino que además sostienen explícitamente que no tiene nada que hacer al respecto. En sus estudios siempre se presentaba a una madre como una función para un tercero, y su propia experiencia en la relación con sus hijos se omitía. Esa minusvaloración de las madres se

simultaneaba además con el hecho de asignarles la función de la maternidad como papel esencial y central en el desarrollo humano emocional. Es decir, se las situaba en un segundo plano, como un decorado, como algo que existe y no existe al mismo tiempo.[99]

Por consiguiente, hacer hincapié en la diferencia entre arrepentirse de la maternidad y arrepentirse de traer al mundo a los propios hijos no solo atañe al arrepentimiento en sí: plasma la lucha fundamental de las mujeres por apartarse de su función determinada a fin de ser consideradas como sujetos individuales.

Esta demanda no es exclusiva de las madres arrepentidas; durante muchas décadas escritores y eruditos han intentado allanar el camino para que las madres sean vistas como personas, capaces de dejarse llevar por sus emociones, analizar sentimientos e interpretar su significado, sin asimilarse a la vida de otros hasta el punto de perder la identidad propia. Se trata de un intento difícil en una realidad social en la que muchas madres viven el parto y el paso a la maternidad como una crisis fundamental y catalizadora de identidad,[100] pues se les pide que se desdibujen. La socióloga Tamar Hager lo describe así:

Aunque intelectualmente era consciente de esta expectativa social, creo que entonces, en los primeros días que siguieron al parto, me di cuenta de que a partir de aquel momento se esperaba que yo, como persona con mis dolores, sentimientos, deseos y aspiraciones, me apartara a un lado durante un período de tiempo ilimitado, difuminándome hasta desaparecer.[101]

De este modo, los relatos de arrepentimiento pueden entenderse como piezas añadidas a ese rompecabezas.

Momentos de toma de conciencia

La percepción de que no se arrepentían de los hijos se hacía más explícita cuando las mujeres hablaban del momento en el que vieron y sintieron que

la maternidad era para ellas un error. Dicho momento no ha de tener necesariamente un comienzo, desarrollo y final claros, pero aun así se recuerda como un proceso emocional y lúcido mediante el cual conciben cuál es su visión personal de la maternidad.

Mientras que unas mujeres no llegaban a este punto hasta después de años de haber dado a luz a sus hijos, otras tomaban conciencia de ello ya durante el embarazo y en el posparto. Así pues, antes incluso de conocer a los hijos que traerían al mundo —sin saber qué personalidad tendrían o cuánto exigiría su crianza—, sentían arrepentimiento.

***Odelya (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Odelya: Ya estando embarazada sentí que me arrepentía. Vi que lo que estaba a punto de suceder —el nacimiento de esta criatura— no era…, no era…, que yo no iba a conectar, que estaría fuera de lugar… Vi que era un error, sí… Algo superfino, totalmente superfluo para mí. Habría renunciado a ello.

Yo: ¿Puede recordar lo que hizo que se sintiera así antes del parto? Odelya: Veo que no se trata de que él llore y yo me enfade o no, o lo soporte o no…, más bien es una cuestión de tener que renunciar a mi vida. En lo que a mí respecta, es una renuncia demasiado grande.

***Helen (madre de dos hijos de entre 15 y 20 años)*:**

Yo: ¿Recuerda cuándo se dio cuenta?

Helen: Desde el primer momento. Al instante.

Yo: ¿Qué ocurrió?

Helen: Pues…, mire, tenía claro que técnicamente me resultaría fácil hacerlo, que tanto a nivel físico como técnico no me suponía ningún problema. Pero vi enseguida que…, no sé cómo explicárselo… Incluso antes de que nacieran vi que…, es como…, no es que lo viera…, yo no quería tener hijos y era como si supiera por qué…, como si esa fuera la razón pero hasta que las cosas no ocurren no encaja todo. Solo entonces lo ves. Desde el momento en que nace ves que… Incluso antes de eso ves que… sea quien sea… es evidente. Así de simple. Porque técnicamente… es que antes de que naciera yo sabía que…, es algo que no… no sé, supe enseguida que…

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Después del parto sentí que había cometido un error muy grande. Tenía pensamientos obsesivos que se repetían constantemente: «Te has equivocado, y ahora tienes que pagar por ello. Té has equivocado, y ahora tienes que pagar por ello». Pero ¿por qué cometí ese error? ¿Por qué lo hice? ¿Tan mal estaba antes?

***Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:**

Yo: ¿Recuerda cuándo sintió y/o entendió que se arrepentía de ser madre?

Tirtza: Creo que desde las primeras semanas después de que naciera el bebé. Decía que era una catástrofe. Una catástrofe. Enseguida vi que aquello no era para mí. Y no solo es que no sea para mí, es que es la pesadilla de mi vida.

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Carmel: Puedo asegurarle que sentí pánico el día que salí del hospital con él en brazos. Ese día comencé a comprender lo que había hecho, algo que se intensificó con los años. […] Recuerdo que el día que lo llevé a casa al salir del hospital entré en el piso y me dio un ataque de ansiedad, el único que he tenido en mi vida, y eso que no estaba con depresión posparto ni nada clínico. Recuerdo que me pasé una semana entera con ganas de devolverlo al hospital. Me inventé…, intenté que creyeran que estaba enfermo, que había que llevarlo al hospital. Empezó a ocurrir ya entonces. Pensé que sería el pánico del principio y todo eso, pero ha persistido siempre.

Yo: ¿De qué cree que se dio cuenta en aquel momento?

Carmel: De que es irreversible [largos minutos de silencio]. Mire, es una esclavización. Una esclavización y una pesadez.

A primera vista, la angustia y la ansiedad que acompañan al parto podrían interpretarse como síntomas de una depresión posparto o un trastorno similar. Actualmente existen dos tentativas o maneras de explicar

la depresión posparto. La primera es una visión médico-psicológica centrada en aspectos hormonales y fisiológicos y en los desequilibrios que conducen a la tristeza o la depresión. Pinta el mundo emocional de las madres como un espacio individual y privado, y utiliza conceptos y frases psicoanalíticas según las cuales hay experiencias traumáticas de la infancia, como la educación de una mujer por parte de una madre disfuncional, que podrían explicar también la depresión posparto, así como las expectativas poco realistas que tienen las mujeres acerca de la experiencia del parto y la maternidad.[102]

El segundo intento de explicación es un modelo feminista que identifica dichos sentimientos como reacciones lógicas a los cambios que implica la transición a la maternidad, ya sea en relación al parto, o en el contexto familiar y doméstico. Es decir, que tiene en cuenta no solamente los procedimientos médicos del parto, sino también los cuidados del bebé en casa. Eso significa, en ocasiones, que los sentimientos encontrados que siguen al parto no tienen por qué estar relacionados con el parto en sí, sino más bien con los apuros en las relaciones conyugales que lo rodean, o con tensiones preexistentes relacionadas con circunstancias familiares y/o lastres socioeconómicos.[103]

Pero mientras que la explicación estrictamente médica no tiene en cuenta que las dificultades en torno a la maternidad a veces pueden tener su origen en las expectativas poco realistas de la propia madre o impuestas por la sociedad, poner el foco directamente sobre la mujer de forma individualizada nos permite observar ciertos retos que experimentan también, por lo general, personas que pasan a ser progenitores, que están en transición a la paternidad o la maternidad. Entre ellos se cuentan, por ejemplo, los hombres-padres y los padres y madres adoptivos.[104]

Sin embargo, el punto de partida en ambas tentativas de explicación es que las mujeres desean la maternidad pese a la depresión posparto, sin tener en cuenta que para algunas de ellas la historia podría ser distinta. Por consiguiente, a pesar del hecho de que muchas mujeres sufren depresiones posparto durante los días, meses y a veces incluso años posteriores al parto, eso no tiene por qué ofrecer una explicación apropiada para las dificultades que afectan a cada mujer; es posible incluso que se esté desoyendo lo que dicen las propias mujeres:

***Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)*:**

Yo no me veía deprimida, pero tenía clarísimo que eso era algo que no quería. No es que me diera cuenta de ello después del parto, sino que ya era consciente antes. Así que no me vino de nuevas.

***Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)*:**

Sentía en todo momento que me cercaba, y eso que no tuve depresión posparto, y todo fue bien. Y ahora lo entiendo…, no era lo que yo quería. Así de sencillo. Pero lleva su tiempo que las cosas maduren en el entorno en el que crecemos. Por completo. […] Mire cómo el cuerpo y la mente… lo saben. Yo no tengo problemas de fertilidad, y mis tres hijos, o para ser más precisa los dos embarazos, necesitaron de tratamientos de fertilidad. Porque yo no me quedaba en estado. Y es que en realidad no quería. Así de sencillo. Y es increíble. Increíble. Lo que ocurría era que yo no quería.

Parece que varias mujeres que se arrepienten de ser madres intentan transgredir las normas al expresar que a veces la crisis no es periódica, específica, hormonal, psicológica o estrictamente relacionada con circunstancias socioeconómicas familiares. Hacen que el diagnóstico clínico y social y la terapia resulten insuficientes y ponen de manifiesto que dichas afirmaciones reducen el espectro de la experiencia de las madres y les impiden hablar de arrepentimiento, una explicación que se convierte en el único punto de apoyo disponible.

Aunque puede que no sea el caso para todas las madres con trastornos posparto, puede ser al menos otra respuesta posible. Varias mujeres participantes en el estudio, algunas de las cuales son actualmente madres de adolescentes, veinteañeros, treintañeros o hijos que pasan de los cuarenta, y abuelas, exigen que se añada una interpretación social alternativa a la lista de explicaciones aplicadas a la experiencia del embarazo y el posparto por parte de las madres, una alternativa que dé cabida a las palabras: «No quiero».

***Brenda (madre de tres hijos de entre 20 y 25 años)*:**

Poco después de tener a mis hijos, al cabo de unos seis meses, comencé a darme cuenta del agujero en el que me había metido. […] Cuando vi que las noches se volvían días y yo me perdía en una búsqueda desesperada de la «felicidad, satisfacción y renacimiento» de la que todo el mundo hablaba, y que no era capaz de hallar ni rastro de esos sentimientos. Yo pensaba para mis adentros: o hay algo en mí que no es normal, [porque] mis pensamientos no se acercan ni por asomo a esas descripciones de gozo, o todas las demás tienen un mecanismo de negación sumamente avanzado y están en la misma situación, pero no se atreven a decir una palabra.

***Jasmine (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Jasmine: El tiempo que estuve en casa de baja por maternidad disfruté de él muchísimo. Además, es una época en la que no necesitan mucho. Duerme, come, hace caca. Yo veía Hop Horim [«yupi, padres», un programa de televisión israelí] y aprendía, me lo pasaba bien, fue como tener un semestre de vacaciones, estuvo genial. Y luego empezaron los problemas. Cuando me puse a trabajar y sentí que necesitaba mi tiempo, el mío.

Yo: ¿Fue un momento de toma de conciencia?

Jasmine: Sí, sí. Me costaba decir que prefería una vida sin hijos. Al principio estaba lejos de ese sentimiento, pero como ya le he dicho, me castigaba por tener esos sentimientos, no sabía qué me pasaba.

***Liz (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Yo: ¿Cuándo se dio cuenta y sintió que se arrepentía?

Liz: Mire, no creo que fuera un momento determinado, pero el caso es que al principio hubo muchas dificultades porque yo no tenía ni idea, no entendía nada, veía que estaban trastocándose distintas circunstancias objetivas de mi vida y me decía sin cesar: «Tranquila, es temporal». Así que pasó un año, y luego dos, y siguen diciéndote: «Es todo temporal». Ah, y sabe qué, ahora recuerdo que sí hubo un momento determinado. Hubo uno… y luego fueron los gases, las épocas de no dormir, y la gente que tenías alrededor te decía: «No pasa nada, dentro de unos meses todo cambiará, verás la luz y todo irá bien». Pero pasaban los meses y no era así. Así que hablé con una amiga y me dijo: «Mira, a los tres meses son los

gases, al año los dientes, luego es la adolescencia y después la mili. Tienes un hijo, *mazal tov*. No va a cambiar. Cada edad tiene sus propios temas y retos, no tiene sentido quedarse sentada esperando a que cambie». Creo que fue entonces cuando abrí los ojos. La conversación con ella me hundió en una depresión y de repente… me sentí fatal. Fue entonces, creo. Lo recuerdo ahora porque yo no…, de repente, lo vi claro. Eso es. Es un golpe duro, cómo no. Por supuesto.

En la búsqueda de la importancia de sus sentimientos muchas mujeres describen una «experiencia de shock». Esta «retórica del shock» les sirve para explicar la «bienvenida» emocional que recibieron en las primeras semanas y meses de maternidad. Dicha experiencia puede deberse perfectamente a una preparación insuficiente, así como a un escaso apoyo durante la primera etapa de la maternidad.

***Sunny (madre de cuatro hijos, dos de entre 5 y 10 años y dos de entre 10 y 15 años)*:**

Yo no sabía qué significaba tener hijos, y no sé si la mayoría de la gente lo sabe hoy en día. No vengo de una familia religiosa; me crié en un entorno laico. No entendía lo que implicaba tener hijos; si hubiera estado preparada, quizá me lo hubiera planteado de otra manera. Una mujer criada en el seno de un hogar religioso sigue unos pasos que ya le son familiares, pero yo, que venía de un mundo laico —aunque me volví religiosa—, creía que estaba preparada para una familia porque tenía mucha experiencia de vida, y porque en aquel momento me sentía a gusto. Ya lo había hecho todo, por así decirlo. Así que pensé que estaría bien tener hijos, sería como expandir mi amor en casa. Tengo un marido, y unos cuantos seres más que me quieren, eso es lo que hay para mí. No sabía qué significaban los hijos. […] Ignoraba qué implicaba en el fondo. Ahora veo a mujeres solteras que pasan de los treinta, y que son tan conscientes de lo que supone la maternidad que desearía estar en su lugar, las envidio de verdad.

En contra de esa sensación de shock debido a la falta de preparación para la maternidad descrita por Sunny, y en contra de la promesa social que garantiza que el paso del tiempo supondrá un alivio, al menos por el hecho

de dejar atrás la fase de la primera infancia y que el pequeño dependa cada vez menos de la madre («No pasa nada, dentro de unos meses todo cambiará, verás la luz y todo irá bien»), Liz prevé una trayectoria completamente distinta para sí misma, un futuro de estancamiento. Por su parte, el hijo irá pasando por una serie de puestos convenidos a lo largo de su vida («A los tres meses son los gases, al año los dientes, luego es la adolescencia, y después la mili»), pero su madre, Liz, se verá continuamente orientada hacia el mismo punto, atrapada en una misma experiencia emocional que aún se verá más estática en contrapunto a los distintos momentos temporales y espaciales de la vida diaria de su hijo.

Aunque es posible que muchas madres se enfrenten a distintos retos en el período primario del posparto (que al final pueden aliviarse cuando la situación evoluciona a mejor), el arrepentimiento describe una postura emocional hacia la maternidad que no cambia ni mejora con el paso del tiempo.

Ante la falta de otras formas de pensar sobre la maternidad aparte de la promesa de un final satisfactorio, otras madres intentan abrirse camino apoyándose en varias explicaciones para sus sentimientos, ya sea dudando de su cordura o presuponiendo que los padres y madres en conjunto forman una conspiración del silencio. La toma de conciencia del arrepentimiento que sienten puede haberse dado en un estadio posterior, pero el malestar en sí comenzó a manifestarse varios meses después del parto. En otros casos, se desarrolló con los años, a veces tras dar a luz al segundo o tercer hijo:

***Rose (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

Yo: ¿Recuerda el «momento» en el que se dio cuenta de que se sentía así?

Rose: No fue hasta tener al segundo. Después de que naciera el primero, vi que la relación de pareja no volvería a ser la misma, que a partir de entonces tendría que cuidar de otro ser humano además de mí, que mi vida había cambiado para siempre. Tras nacer el segundo, comprendí finalmente que aquello no era para mí. Me explico: después de tener al primero, pensaba que me pasaba algo, que no estaba lo bastante preparada, que necesitaba ayuda psicológica. Así que fui a terapia y traté rincones

dolorosos que tenía en mi interior, pero no llegué a la verdadera raíz del problema, el hecho de que era la maternidad contra lo que estaba luchando; pensaba que el segundo hijo sería una experiencia correctiva, que ahora que yo había madurado, iba al psicólogo y tenía a mi alrededor gente sensible que me apoyaba —mi marido más que nada—, sería capaz de hacerlo de otra manera. No me daba cuenta de que el problema no estaba en mí, sino en la decisión de ser madre.

***Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años)*:**

Todo esto que le estoy diciendo ahora, estas reflexiones de las que hoy me valgo para explicar tan bien por qué lo hice, son cosas que no entendí hasta los treinta y cinco o cuarenta años, yendo a terapia. Hasta entonces era como una niña que no tenía conciencia ni nada. Lo sentía, me sentía incómoda. Me ponía muy nerviosa y me estresaba, pero no sabía ver a qué se debía y siempre decía: «Tranquila, seguro que me pasa algo», pero no…, es lo que hay. La situación es esa. Y no empecé a darme cuenta hasta que comencé a ir al psicólogo.

[…] La verdad es que durante los años que hice terapia tenía la esperanza de que algo cambiara en mí y pudiera conectar con los chicos y sentir que eran parte de mí, que fuera algo natural como se suponía que tenía que ser. O sea, que pudiera pasarlo bien con ellos y echarlos de menos y tener ganas de verlos, y que pudiera darme a ellos… de la manera más natural posible. […] Creo que cuando no llevaba ni un año de terapia vi que… que eso era un trágico error por mi parte. Solo entonces me di cuenta. […] Además, hacer terapia fue muy difícil para mí, mucho. Al principio me costó mucho reconocerlo. Mire, cuando comencé con la terapia siempre intentaba protegerme.

En estos testimonios vemos cómo se realiza un esfuerzo por hacer coincidir las expectativas que se depositan en la madre y las experiencias concretas que han tenido. Cada una de las mujeres tomó medidas confiando en reducir la discrepancia entre lo que sentían realmente y lo que sabían que debían sentir; en poner en sintonía aspiración y realidad. Rose, por ejemplo, tuvo otro hijo, deseando que eso sirviera para modificar y corregir la

situación. Otras madres, como Sky, recurrieron a la terapia psicológica para investigar «qué les pasaba». Para ellas la crisis no era necesariamente una crisis de desarrollo, de las que «te hacen madurar a fuerza de horas», sino una crisis surgida de la incapacidad para reconocer que ser madre había sido un error, para reconocer que había sentimientos que no tenían cabida en el mundo ni palabras con las que expresarlos.

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista)*:**

Maya: Mire, estas son cosas sobre las que hay que reflexionar mucho para llegar a entenderlas, y últimamente han cobrado sentido para mí, y diría que [su] artículo[105] me ha disipado las dudas. Hay cosas en las que no dejaba de pensar y esto me ha servido para completar la historia. Ahora sé lo que siento. No hay la misma confusión, ya no tengo dudas…, ya sé lo que siento, puedo identificarlo.

Yo: ¿Quiere decir que, desde su punto de vista, el artículo «puso nombre» a lo que usted sentía?

Maya: Exacto, es justo eso. Porque… al principio tenía todas esas… Antes de leer el artículo tuve una conversación con una amiga, y fue la primera vez que lo dije y aún no había aceptado el hecho de haberlo dicho. Después de decirlo me asusté y di marcha atrás en este proceso de autocomprensión por el que estoy pasando. Pero cuando leí el artículo, este me disipó todas las dudas.

Hablando de sexualidad, la feminista estadounidense Catharine MacKinnon ha afirmado que las mujeres no solo se ven privadas de su experiencia particular, sino también de las condiciones necesarias para observarla. Las palabras de Rose, Sky y Maya señalan un ámbito central más en la vida de las mujeres en el que podrían faltar las condiciones necesarias para su investigación: la maternidad. Cuando no hay lugar para expresar el arrepentimiento hacia la maternidad, solo existe una interpretación para explicar las turbulentas emociones sobre la cuestión: que el problema radica en la propia mujer-madre, y por lo tanto las madres que se arrepienten de serlo deberían someterse a terapia para solucionar su inquietud.

Dado que el momento de toma de conciencia del arrepentimiento es distinto en cada mujer, intentar explicarlo con el supuesto de que han perdido el rumbo no tiene fundamento alguno. Los testimonios de madres arrepentidas revelan otras circunstancias. Que la forma en la que viven la maternidad depende, entre otras cosas, de su propia capacidad para equilibrar las ventajas e inconvenientes inherentes a ella. Si suscribimos la tesis de Eva Ulouz, que cree que los sentimientos son un índice que sitúa «el yo» en interrelaciones definidas y concretas y, por consiguiente, proporcionan una forma esquemática de explicar cómo y dónde nos colocamos en determinadas situaciones,[106] podemos decir que la conceptualización emocional del arrepentimiento hacia la maternidad —*a posteriori*, años después del primer parto— por parte de Rose, Sky y Maya añade una nueva referencia de ubicación en el mapa de las maternidades.

Ventajas e inconvenientes de la maternidad

Quizá haya madres que respondan con una negación a la pregunta «Si pudiera volver atrás…» y no por eso consideren su punto de vista como una muestra de arrepentimiento hacia la maternidad. Puede que otras contesten a esa pregunta con una afirmación, por distintas razones, pero aun así se vean a sí mismas arrepentidas de haber tenido hijos. Por lo tanto, durante las entrevistas me referí a otra dimensión del arrepentimiento —la de la evaluación—, preguntándoles sobre los pros y los contras de la maternidad según sus experiencias subjetivas al tiempo que observaba hacia qué lado se inclinaba la balanza en cada caso.

Las conclusiones ponen de manifiesto que para muchas mujeres las ventajas de la maternidad residen en la idea de que la condición de madre hace que una mujer se sienta madura y demuestre una capacidad moral para crear sólidas relaciones con los hijos, lo que genera orden en la relación de una mujer consigo misma, con su familia, su comunidad y su país. Este

sentimiento de pertenencia a su entorno no habría sido posible, a su modo de ver, sin la maternidad.

***Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)*:**

Creo que las principales ventajas tienen que ver con vivir en la sociedad israelí. Es duro verse marginada, por los motivos que sean. Tanto si es por voluntad propia como si no. El hecho de tener hijos, aunque una sea una persona inconformista en todo lo demás y se mueva fuera de los cauces convencionales, te integra en la corriente principal de un modo u otro, y en cierta medida te hace la vida más fácil.

¿Se puede llamar a eso una ventaja? Quizá lo sea. Porque no tienes que luchar en todos los frentes. Hay uno en el que no tienes que luchar. Has cumplido con tu papel, has marcado las casillas indicadas y no estás luchando en el frente de la familia, pues en la sociedad judía israelí siempre rondan esas preguntas —«¿Cuándo vas a tener hijos?» y «Uno solo no es suficiente»—, así que en ese frente ya no tienes que luchar, ya has cumplido con tu papel. Da igual que no lo hayas hecho en cualquier otro aspecto de la vida, en ese has marcado la casilla.

Por lo que respecta a las amistades también, a nivel de tejido social. Con los años vas entrando y saliendo de grupos sociales: al principio pueden ser tus amigos de instituto, luego los de la mili, más tarde los de la universidad y después te echas pareja, las parejas quedan y en la siguiente fase las parejas vienen con hijos. El discurso habitual tiene un nuevo centro de atención, ya no es qué vas a estudiar en la universidad, sino cómo va el embarazo y cuáles son los procesos, y luego cómo va desarrollándose el pequeño y si ya va empezando a caminar o lo que toque. Y cuando no estás en ese círculo social, comienzas a perder poco a poco el grupo al que perteneces o la interrelación. Yo no soy una persona muy sociable, así que supongo que no me molestaba mucho, pero se notaba en el ambiente, eso de que la gente que tenías a tu alrededor comenzaba a meterse en esos grupos. […] Es una especie de tíquet de entrada en la sociedad. Te lo pone muy fácil.

Brenda, por ejemplo, reconoce las ventajas que otras relacionan con la maternidad y las describe como propias.

***Brenda (madre de tres hijos de entre 20 y 25 años)*:**

En mi opinión, ser madre tiene sus ventajas. Tras dar a luz sientes una especie de felicidad incontenible. La relación tan íntima y estrecha con los hijos, la sensación de pertenencia, el sentirse orgullosa de una misma, de haber hecho realidad un sueño. Es el sueño de otras personas, pero no dejas de ser tú quien lo ha hecho realidad.

Otras mujeres participantes en el estudio expresaban satisfacción por la relación interna que llevaban consigo mismas —una relación nacida junto con sus hijos—, pues sentían que eran más maduras, cariñosas, generosas, compasivas, pacientes y empáticas que antes.

***Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)*:**

Doreen: ¿Sabe qué? Que hay momentos muy contados de gracia, o de una pequeña dicha. En serio, es muy…

Yo: ¿Como qué, por ejemplo?

Doreen: Pues… si de repente…, porque yo seguro que… no. No lo sé. La semana pasada, por ejemplo, Roi tenía un examen de la Torá y quiso que repasáramos juntos, así que estuvimos una hora y media, él y yo lo hicimos juntos. Me lo pasé bien, porque fue una actividad madura, con sustancia. Me pareció bonito. De veras.

Yo: ¿Quiere decir que para usted tiene alguna ventaja la maternidad? Doreen [risas] ¿Que si tiene alguna ventaja la maternidad? Le diré una cosa. Tiene varias. Las ventajas son que hace que una persona se vuelva… [suspiros] menos superficial. A mí me dio la capacidad de ver las cosas de una manera más profunda. Y no en términos de continuidad, no desde ese punto de vista, sino desde una actitud de compasión, compromiso, empatia, eh… comprensión para conmigo misma, lo que supone para mí el hecho de entregarme por completo, cuando nadie más en el mundo lo haría. Te convierte en otra persona. Pienso que… podría ser, es divertido, pero podría ser eso…, no digo que te haga mejor persona, pero… sí más tolerante. Algo así.

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista)*:**

He descubierto algo muy interesante; con todo el arrepentimiento y todos los, digamos, sentimientos negativos que acompañan al proceso de convertirse en madre y funcionar como tal, he descubierto que me hace mejor persona. Porque me obliga a criar a unos niños, con mucho amor, niños que sembrarán amor, amor y bondad, que se convertirán en buenas personas, que ven a los demás, así que tengo que servirles de ejemplo. Y si voy a ser un ejemplo, no puede ser superficial, al menos no para mí. Así que me veo constantemente analizándome, a mí y a las cosas de mí misma que quiero cambiar para poder transmitírselas a mis hijos. Porque los hijos no aprenden de lo que les enseñas, sino de lo que ven. Así que de nada sirve que los haga sentarse y se lo explique, porque van a aprender de mi conducta y mi proceder. No puedo decir que sea todo de color de rosa y me funcione; hay momentos en los que me caigo de bruces. Pero eso también me hace mejor persona.

O, en palabras de Naomi: «Es como si me criara de nuevo a mí misma. Se trata de una experiencia indudablemente poderosa».

Sin embargo, en caso de referirse a las ventajas, entrelazaban aspectos positivos de la maternidad con lo que percibían como aspectos negativos, aun cuando la pregunta estaba estrictamente relacionada con las ventajas.

***Jackie (madre de tres hijos, uno de entre 1 y 5 años y dos de entre 5 y 10 años)*:**

Yo: ¿Siente que la maternidad tiene ventajas?

Jackie: Mire…cuando veo a mi hija pequeña tan independiente ya y hablando…, el mero hecho de que se exprese y se aguante de pie… no puedo decir que no signifique nada para mí. Y cuando veo a Ofek tan mayor, hecho ya un hombrecito… hay momentos. Pero no creo que esos momentos compensen todo por lo que una pasa. Aunque te dirán que todo por lo que pasas merece la pena ya solo por ese momento en que tu hijo te llama mamá o te da un beso.

***Edith (madre de cuatro hijos, dos de entre 25 y 30 años y dos de entre 30 y 35 años y abuela)*:**

Yo: ¿Siente que la maternidad tiene ventajas?

Edith: Por supuesto, porque el amor que te da un hijo es totalmente distinto del amor de un hombre. Es un amor muy curioso. Cuando son pequeños es un amor incondicional, que no se parece a ningún otro. Cuando se hacen mayores, es duro. Quieren independencia, es complejo, diferente. No hay…, es como… real. Fluye. Pero a veces es como si te clavaran puñales en el corazón, y entonces…, por supuesto que puede ser todo lo contrario, igual pero al revés. Es terriblemente doloroso.

Al principio siempre te dan ganas de abrazarlos, hay algo muy agradable, un vínculo de verdad. Al principio es un vínculo de verdad, quizá porque te necesitan. Es lo que pasa cuando alguien te necesita tanto. Pero te lo quitan todo. Todo.

No obstante, además de mencionar las ventajas, todas las mujeres que participaron en el estudio se referían una y otra vez a los inconvenientes de la maternidad desde su punto de vista. Varias de ellas destacaban los inconvenientes señalándome que no conseguían ver ni una sola ventaja para sí mismas.

***Nina (madre de dos hijos, uno de entre 40 y 45 años y uno de entre 45 y 50 años y abuela)*:**

Nina: Ventajas [largo silencio]. Mire, yo… ¿qué tipo de ventajas?

¿Físicas?

Yo: Cualquier cosa que sienta.

Nina: Pues… me encanta abrazar. Es lo que más me… eh… cuando quise estudiar y el kibutz tuvo que decidir si me daba o no su aprobación, pedí estudiar atención infantil. Pero ventajas…, puede que cree una vida social dentro de un grupo, a través de la escuela, donde conoces a más…, crea amistades, conocidos. Pero ¿ventajas? No veo qué ventajas podría tener. Simplemente satisface tu propio ego, y en el fondo te libra de tener que disculparte por elegir un camino muy distinto. Te ayuda a sentirte como todos los demás. Sí, siempre me ha dado miedo ser diferente. No acatar la disciplina. Miedo, preocupaciones, eso sí. Pero ¿ventajas? No lo creo.

***Liz (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Tengo que decir que las busco. Pero aparte de tener una preciosidad de hijo, no. Porque en todos los parámetros en los que me encontraba antes,

me siento mucho peor de lo que me sentía. […] No. He intentado pensar en ello detenidamente [risas]. De momento no le he encontrado ninguna ventaja, pero si lo hago prometo avisarla.

***Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años)*:**

La verdad es que no le veo ninguna ventaja. Nada en absoluto. No me parece que tenga ninguna…, personalmente, no… no me identifico con ninguna de las cosas que dice la gente, no entiendo a qué se refieren cuando hablan de una nueva generación, y de cuando nos hagamos mayores. No me quedan claras en absoluto todas esas cosas. No entiendo qué quiere decir la gente cuando habla de ello. ¿Personalmente? No. Para mí no es más que una carga insoportable. No puedo relajarme…, cuando los chicos están aquí no estoy relajada, y tampoco lo estoy del todo cuando no están, como ahora. Porque a lo mejor vuelven dentro de poco. Pero no se trata solo de que vuelvan dentro de poco, es que… es la culpa constante que acompaña a cada pequeña cosa. Es la…, no sé. No veo ninguna… que realmente aporte algo bueno a mi vida. Ahora mismo tengo clarísimo que si en estos momentos tuviera la opción, con lo que sé hoy…, que si no hubiera tenido hijos, mi vida sería mucho mejor. No tengo la menor duda. ¿Qué ventajas se le ocurre que podría tener en mi situación?

Cuando les preguntaba acerca de la «conclusión final» que sacaban de las ventajas y desventajas, la balanza se inclinaba hacia las desventajas, ya que ese era uno de los componentes de su arrepentimiento.

Erika (madre de cuatro hijos de entre 30 y 40 años y abuela):

¿Por un día de felicidad, por un instante de placer, tienes que sufrir tantos años? Y a veces el sufrimiento no tiene fin, encima. Ahí está, la sensación de sufrimiento interminable. Así pues, ¿qué tiene de bueno?

***Sunny (madre de cuatro hijos, dos de entre 5 y 10 años y dos de entre 10 y 15 años)*:**

Sunny: Mire, mi inversión sí que da sus frutos. Gracias a Dios da muchos frutos y ya hace tiempo que empecé a disfrutar de ellos.

Yo: ¿Y para usted los frutos no «valen la pena»?

Sunny: ¿Qué significa «valer la pena»? No lo sé. ¿Qué vale la pena? No le veo el sentido a la comparación. Es como decir que todo vale la pena por la sonrisa de un hijo. Menuda estupidez. No es cierto. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. ¿Dónde está la relación? Es como coger un cuchillo y rajar a una persona y luego sonreírle. ¿Vale la pena la sonrisa? No hay relación. ¿Por qué habría que sufrir por ello? ¿A qué viene ese masoquismo? Vale, el masoquismo puede encajar con situaciones más placenteras. ¿Cuál es la relación? No veo ningún motivo para sufrir por la sonrisa de un hijo. Cualquier niño que va por la calle puede regalarte una sonrisa, no hace falta pasar por el embarazo, el parto, las pesadillas y todo lo demás. No conecto con esa chorrada.

Los aspectos de la maternidad que valen la pena así como su ausencia pueden ser el resultado de la experiencia personal de las mujeres, fruto de sus percepciones, valores, necesidades y circunstancias, pero al mismo tiempo sus testimonios abordan todas esas ventajas que la sociedad prescribe para las mujeres con el fin de persuadirlas de que sean madres.

Por consiguiente, de la misma manera que los relatos sobre las ventajas de la maternidad suelen atribuirse a una feminidad supuestamente moral y madura, los relatos sobre la falta de ventajas se basan asimismo en tales imágenes sociales, pues las mujeres tienen en mente lo que el entorno les dice sobre el significado de tener hijos. De ahí que, si bien una de las justificaciones para tener hijos deriva de la creencia de que garantizan una «vejez respetable» y se comprometerán a cuidar de sus padres, así como de la percepción de que son vasos de continuidad que exaltan los legados individuales, numerosas madres dudan de esta idea. Es más, la maternidad tal y como ellas la viven puede que aliente incluso dicha falta de ventajas, deficiencias que no ven motivo para transmitir tales como medios económicos insuficientes o la ausencia de un legado digno. Así pues, aunque las mujeres rechazaran esos significados, a veces mofándose incluso de ellos, participaban activamente a la hora de dictaminar que la maternidad carecía de ventajas para ellas.

Las entrevistas íntegras revelaron que las deliberaciones que evaluaban y declaraban que la maternidad carecía de ventajas casi siempre se basaban

en nociones temporales y emocionales distintas de las nociones hegemónicas, ya que no describían la maternidad tan ventajosa en el presente, y, de la misma manera, no producían un relato de progreso lineal hacia una percepción final de la maternidad como algo ventajoso.

Así pues, transitar por el capítulo guiados por los testimonios de las entrevistadas nos aclara que si las madres que se arrepienten de serlo pudieran volver a no ser madres de nadie, tomarían una decisión distinta basada en lo que saben y sienten hoy en día. Eso forma parte de lo que constituye el arrepentimiento. Sin embargo, identificarse con los distintos significados sociales que se da al arrepentimiento puede haber arrojado algo de luz sobre las dificultades que podrían tener las mujeres al reconocer que se sienten así dentro de una sociedad que denuncia mirar atrás con angustia, vinculando dicho sentimiento con un peligro para los órdenes mundiales. De este modo, no reconocer que el arrepentimiento pueda existir no solo porque lamentar ser madre se considera una postura emocional que viola las leyes del sentimiento maternal, sino también porque el arrepentimiento se entiende desde el punto de vista cultural y psicológico como algo problemático en sí, aun cuando no guarda relación con la maternidad. Debido a esta compleja «mala reputación» del arrepentimiento, no parece haber muchas opciones en todo caso, y se adopta la necesidad de llegar a un final feliz un día u otro, prefiriendo abstenerse de ahondar en cuestiones en torno a «Y si» y «Ojalá».

4. Experiencias de maternidad y prácticas de arrepentimiento vivir con un sentimiento ilícito

> Llego a casa de trabajar a las cinco de la tarde y no tengo energías. Me apetece…, no sé, sentarme a leer un libro. Me apetece quedarme pensando mientras miro al techo, y no puedo. Eso es lo que me frustra. Y empieza a las dos de la tarde, cuando sé que en un par de horas comienza mi segundo turno. Y luego qué hago, cómo paso el tiempo; si mi madre no está conmigo y estoy yo sola con él, soy la única que hay para ir tras él, y eso me pone nerviosa. Todo el rato, todo el rato. Esos sentimientos son una lucha diaria.
>
> Jasmine (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)

EL arrepentimiento de las madres es una postura emocional a la que se suele reaccionar con incomprensión o con la sospecha de ser patológica. La gente pregunta «¿Por qué, por qué se arrepienten?», suponiendo implícita o explícitamente que tras la puerta de sus casas tiene que estar ocurriendo una catástrofe, pues no hay otro motivo para lamentar ser madre.

Como veremos, esta suspicacia hecha *a priori* carece de fundamento. Las experiencias en torno a la maternidad de las mujeres que participaron en este estudio no son necesariamente excepcionales; por otra parte, están muy relacionadas con vivencias puestas de manifiesto a diario por madres en numerosos libros, redes sociales y blogs privados en todo el mundo. Sus experiencias se reducen «simplemente» a una conclusión emocional distinta: «Fue un error ser madre».

¿Quién era y quién soy?

Varias culturas creen que el nacimiento y la muerte se complementan y también relacionan la fertilidad femenina con ambas situaciones. Naomi Wolf, por ejemplo, escribió en uno de sus libros que nuestros antepasados veían a una mujer embarazada como un difunto. Durante la gestación le cavaban una tumba y, si sobrevivía al parto, reponían la tierra. Transcurrida la cuarentena, cerraban por completo la sepultura sin ella.[107] No obstante, aun cuando no estamos frente a una agonía real, parece que la maternidad tiende a encarnar una muerte, la muerte del yo anterior y la creación de una identidad distinta que se separa de la previa como madre de nadie.

El siguiente texto de Luce Irigaray, aunque esté escrito desde el punto de vista de una hija, podría ilustrar a la perfección la relación existente entre dar a luz y morir simbólicamente, señalando la aparición de una nueva identidad, esto es, una «madre de alguien»: «Y una no se mueve sin la otra. Pero no nos movemos juntas. Cuando una de nosotras llega a este mundo, la otra desaparece bajo tierra. Cuando una lleva vida, la otra muere. Y lo que quería de ti, madre, era eso: que al darme vida a mí, tú siguieras con vida».[108]

Muchas mujeres comparten esta experiencia profunda de perder la vida al dar vida, ya que se enfrentan a la pérdida de su corporeidad, de sus pasiones previas, a la pérdida de facetas de sus relaciones sentimentales o no sentimentales anteriores, a la eliminación de su precedencia en el mundo, a la disminución de la creatividad e incluso a la pérdida de palabras: «Cuando fui madre me vi por primera vez en mi vida sin idioma, sin una forma de traducir los sonidos que emitía en algo que los demás pudieran entender».[109] Así es como lo describía una de las madres entrevistadas:

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista)*:**

Valoro los esfuerzos que estoy haciendo, pero me consumen, me agotan, me cansan el cuerpo, la mente y el alma, no tengo lugar para nada más. Antes escribía, esculpía, dibujaba. Me encantaba crear. Ahora no queda nada de eso; no tengo nada porque me falta inspiración o energía.

Como se ha mencionado antes, este libro no contiene todas las entrevistas realizadas, pues en varias ocasiones me he encontrado con mujeres para las que la maternidad resultaba sumamente difícil, pero que no se arrepentían de ella. Rotem, por ejemplo, no definía sus sentimientos hacia la maternidad como arrepentimiento; sin embargo, las afirmaciones de ella que concuerdan con las de Maya pueden ayudar a entender los significados más amplios de pérdida de una misma:

***Rotem (madre de dos hijos de entre 5 y 10 años)*:**

Tras dar a luz a mis dos hijas sentía que no tenía conciencia alguna de mí misma. De hecho, una vez que tuve a las dos, me vi frente a los límites de mis capacidades femeninas. Es así. Ya no puedo hacer… nada…, el mundo ha dejado de ser mi ostra. Hay un espacio en mi vida que es muy importante para mí, anhelo los espacios. Y nunca antes me había sentido atrapada, incapaz de llegar a dichos espacios. Incluso teniendo solo una niña, aún podía hacer lo que quería, pero con las dos no. Eso ha cerrado mis espacios, mis horizontes, mi progreso. He tenido una especie de revelación feminista […], es muy importante que transmita este mensaje… y también lo que he escrito antes, que estoy muy contenta de que alguien escriba este estudio, de que publique esta voz. A mí me da igual, yo ya tengo dos hijas, pero quiero que mis hijas tengan esta opción.

Empleo un enfoque muy amplio y muy feminista al decir que una mujer, una vez que tiene un hijo, renuncia a muchas cosas a las que no renuncia un hombre. Y al tomar esa decisión, debería tener esto en cuenta. […] Nunca había adoptado semejante postura feminista, pero ser madre lo cambió todo. De repente, me di cuenta de que debíamos ser feministas. Hasta ese momento yo pensaba para mis adentros «¿A qué viene tanto alboroto? ¡No hay ningún problema en absoluto! Puedo hacer todo, todo lo que quiera». […] Todo lo que quiera. Y, de hecho, todas las opciones estaban abiertas. Y cuando comprendí que desaparece… las mujeres deben mantenerse firmes porque el sistema cultural en el que vivimos nos pisotea. No nos permite ser lo que queremos. Eso no está bien. Cuando pasas a ser madre, no puedes. No puedes hacer todo lo que quieras. Debemos crear un sistema que defienda eso hasta el fondo.

Maya y Rotem expresaban un sentimiento manifestado por otras mujeres en el estudio, al describir su experiencia como «Estoy desapareciendo, desvaneciéndome», «Estoy intentando hacer algo de la nada» y «Me están desdibujando por completo», al tiempo que se referían a su yo anterior como más saciado y completo.

Esta autopercepción contrasta con el tópico social según el cual una no madre es una persona vacía, insatisfecha y deficiente que espera llenarse con la maternidad, mientras que la maternidad se percibe como el origen de una mujer lo más completa posible. Así pues, si bien una no madre es considerada deficiente y en ocasiones una no persona, estas madres relacionan la maternidad con convertirse en personas deficientes, ya que su experiencia previa a la maternidad parece más plena y satisfactoria. Es decir, en vez de esbozar un movimiento de «deficiente» a «completa», esbozan un movimiento de «más plena» a «vaciada».

Esta clase de movimiento inverso también se expresaba al identificar el yo anterior con un ser relativamente neutral en lo que a género se refiere, alguien que tenía la capacidad de campar por sus respetos sin ser consciente de la «inferioridad» fruto de su condición de mujer. Por el contrario, haberse convertido en madres las llevaba a ser aquel prototipo de «la mujer» que en las representaciones sociales habituales se identificaba precisamente con un estadio deficiente y limitado, de modo que vivían el yo maternal con dolor. De este modo, la maternidad serviría para recordar a las mujeres que están impregnadas por el género femenino y que no tienen la libertad de moverse a sus anchas como si no estuvieran sujetas a ello. Esta es la experiencia de caer en el ardid de la feminidad, una trampa que tiende la sociedad y de la cual no hay escapatoria posible.[110]

Junto con la experiencia de la maternidad como una pérdida de múltiples facetas, como la causa de la disgregación de las partes del yo que son valiosas, la maternidad puede conducir asimismo a un renacimiento, si bien se trata de un renacimiento invasivo: con frecuencia ocurre que la maternidad despierta recuerdos dolorosos de la historia de una mujer que llevaban años enterrados, y no en vano. Así, en algunos casos la maternidad

puede revivir episodios tristes, y por lo tanto perpetuar otra pérdida: la pérdida de la capacidad de olvidar.

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista)*:**

Veo a mi hija y su aspecto se parece al mío: tiene la piel oscura, el pelo rizado, un aspecto fuera de lo común. Y me digo: «¡Hay que ver! Otra vez vuelvo a pasar por esto». Estoy viviéndolo de nuevo. Recuerdo que de niña siempre soñaba con tener treinta años: «Quiero ser adulta ya. Quiero pasar por la infancia, la adolescencia y todo ese rollo y convertirme en una persona estable». Y aquí estoy, con treinta años y volviendo a pasar por todo eso. Mi hija va a ir al colegio, y me preocupa: ¿la aceptarán? ¿Encajará? ¿Será infeliz como lo fui yo? Esa es otra cosa que me mata, totalmente. ¿Sabe la angustia que te entra cuando estás bañando a tu hija de tres años y ella te dice: «Mamá, no se va? Aquí lo has hecho bien [Maya se señala la palma de la mano, la parte blanca]. Aquí está muy marrón [Maya se señala el dorso de la mano y se lo frota]». Me pasé las dos semanas siguientes por los suelos, no sabía qué hacer conmigo, ni tampoco con ella. De repente, volvieron a aparecer todas las angustias de mi niñez. […] Revivir el asco de infancia que tuve es otra cosa que hace que no me sienta bien.

Normalmente, los hijos son vistos como portadores de los recuerdos de sus padres, al almacenar tradiciones, folclore, valores, genes, características, talentos, potencial y miradas. La aspiración de perpetuar dichos elementos en el mundo es socialmente aceptable y deseable.

Sin embargo, Maya comenta que la perpetuación puede tener otro aspecto, uno que haga revivir experiencias de racismo, homo— fobia y pobreza que estaban grabadas a fuego en la piel. Las mujeres de grupos socialmente marginados sufren a veces dichas injusticias en mayor medida, pues su maternidad puede convertirse en un monumento, una continuación de las penurias causadas por la sociedad, viéndose obligadas a crear un lugar seguro para sus hijos frente a un orden social hostil y racista.[111]

Maya, que comentaba cómo a lo largo de su vida había tenido que luchar contra una sociedad racista por todo lo que entrañaba su piel oscura,

de nuevo debía enfrentarse a dichas circunstancias por su hija, buscando maneras de defenderla. Su hija personifica para ella un recordatorio permanente de ciertas afrentas que se resisten a quedarse en el pasado, infiltrándose a través del tiempo hasta el presente. Revivir los recuerdos de «la persona que fui» que Maya preferiría dejar atrás es uno de los motivos por los que la maternidad la hace sufrir y no celebrar la continuidad de la vida o el relato de la «segunda infancia».

Así, la maternidad no solo puede crear nuevos órdenes mundiales en la vida de una mujer, sino que también podría agudizar los órdenes primordiales y retrazar al mismo tiempo el contorno de traumas obstinados, es decir, el efecto emocional oculto de órdenes sociales opresivos, invisibles, insidiosos. Como un fantasma merodeando por el cuerpo y la mente, y que representa una amenaza continua para el yo.[112]

En consecuencia, a muchas mujeres les resulta imposible arrancar del libro de su vida esas páginas de injusticias y dejarlas atrás, en el suelo de una habitación cerrada con llave. Todo lo contrario: los recuerdos de Maya, quién era y a qué había tenido que enfrentarse, la obligan a revivir un dolor que ella pensaba que era cosa del pasado. El pasado no había pasado.

La maternidad como un sentimiento traumático

Una cuestión igualmente significativa, que apareció en varias entrevistas, era el hecho de que la maternidad no solo puede redefinir los contornos de un trauma obstinado, sino que puede constituir en sí misma una experiencia traumática, pues se ejerce o se encarna en un cuerpo que quizá quede en situación precaria para siempre.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Mire, yo no tengo ese amor por los hijos que veo por la calle. Cuando veo a un bebé, me angustio. Me muestro simpática y agradable como todos los demás, pero por dentro…, no es que no me parezcan monos, pero me

dan miedo. Me recuerda mi trauma con lo de tener bebés, temo que pueda ser contagioso y que acabe teniendo otro bebé.

[…] Leo posts en un foro llamado «Mujeres que no quieren hijos» para buscar consuelo y dar validez a mis sentimientos. Porque estoy muy asustada. ¿Qué me asusta? Cuando quise tener hijos, no fue una experiencia racional, sino más bien emocional, impulsada por mi útero. Ahora tengo miedo de que vuelva a pasar. Temo que mi útero se despierte y de repente le parezca bien la idea de tener otro bebé, y me asusta porque sé que no seré capaz de ser racional, así que intento recordar lo duro y malo que es. Temo olvidar. Me alegro de que el trauma persista; me protege de tener otro hijo.

***Sunny (madre de cuatro hijos, dos de entre 5 y 10 años y dos de entre 10 y 15 años)*:**

Yo: Usted cuenta que pasa noches sin dormir cuando el menor de sus hijos tiene ya siete años. ¿Qué significa eso para usted?

Sunny: Es algo postraumático, qué puedo decir. Sufro un verdadero shock postraumático. Cuando se despierta un niño por la noche, lo revivo todo de nuevo. Todo. Creo que necesito ir a terapia [risas]. […] Antes recurría al asesoramiento para padres, y estaba muy abierta con el terapeuta. Pero no me ayudaba mucho, la verdad; ¿cómo me va a ayudar? He pasado por esa experiencia. Se ha hecho sentir, y ha dejado sus cicatrices; no hay palabras ni conversación que pueda compensar la gran pérdida que he sufrido, y sigo sufriendo. Nada puede compensarlo. Es como si cogieras a un rehén cautivo de unos terroristas, Dios no lo quiera, y tras liberarlo lo dejaras hablar. ¿Le hará algún bien? ¿Le servirá de algo? ¿Le devolverá lo que ha perdido? ¿Todo lo que le han quitado? Pues eso. No se puede hacer nada al respecto. Es como someter a terapia a una persona que ha perdido el brazo. Eso no hará que recupere la extremidad perdida. Y, en mi caso, yo he perdido años, no manos, sino años de mi vida, años de martirio. […] Es muy doloroso cuando una persona, ya sea hombre o mujer, pierde su vida y es un muerto viviente. Se pasea sin más por un lugar que no puede abandonar. […] Es una tragedia y todo el mundo actúa como si estuviéramos ante un desafío divertido. Qué horror.

Para estas mujeres la maternidad es un acontecimiento que las ha marcado de por vida. Sunny reconoce que nunca podrá olvidar, y que tiene grabada en el cuerpo la pérdida sufrida como una cicatriz que nunca podrá ser compensada dado que la maternidad la ha dejado lisiada de por vida; Sophia confía en que la cicatriz de la maternidad le sirve de recordatorio de una experiencia traumática que nunca más querrá revivir, y que por tanto nunca debería ser olvidada.

Hay numerosos testimonios que plasman la manera en que la maternidad puede amenazar la salud física y mental de las mujeres: náuseas, depresión, fatiga, crisis emocionales y pérdida de estatus social son solo algunos ejemplos de las experiencias de las mujeres incluso años después de haber dado a luz.

Y aun así, a pesar de que este conocimiento se ha establecido hace ya tiempo y está ampliándose, dichos testimonios son incapaces de socavar la mítica imagen según la cual la maternidad —aunque comience con una crisis— acabará llevando necesariamente a una adaptación y un final feliz.

Uno de los motivos que explica este tópico erróneo radica en el hecho de que la noción de «trauma» se refiere a vicisitudes de la vida o sucesos como una catástrofe natural, un accidente de tráfico, una enfermedad, un robo, una guerra o «un tipo concreto de violación»,[113] los cuales se consideran generalmente negativos y en ocasiones inmorales o delictivos, y por lo tanto se supone que tienen un efecto negativo perdurable.

Por el contrario, la maternidad dista mucho de ser valorada como una situación o acontecimiento que pueda tener efectos traumáticos perdurables, no por revivir traumas anteriores, ni por ser un medio de enfrentarse a traumas obstinados tales como el racismo, el sexismo, la homofobia y la pobreza, ni tampoco por generar dificultades o tratarse de una simple crisis pasajera que mejorará con el tiempo, sino por ser en sí un trauma. Así, la maternidad no solo se excluye de la experiencia humana del arrepentimiento, sino también de la experiencia humana del trauma.

Durante las últimas décadas se ha hecho más patente que la maternidad, considerada en términos generales como el origen de una nueva vida para los hijos y también para las mujeres, puede ser a la larga un estado que las consuma y las elimine: «Aunque había nacido un hijo y un nuevo amor, algo había desaparecido en el interior de las nuevas madres con las que

hablaba, y la experiencia se hacía más dura porque las mujeres, de un modo u otro, bajo la alegría que sentían por sus bebés, lloraban en silencio la pérdida de una parte de su yo anterior».[114]

Pero mientras que las madres estadounidenses del libro de Naomi Wolf, que acababan de tener su primer hijo, sentían una muerte simbólica en el fondo de su dicha, para las mujeres que han participado en este estudio la destrucción es la esencia de la maternidad. Incluso tras haber tenido dos o tres hijos, e incluso años después, lamentaban no solo lo perdido sino también, en la mayoría de los casos, la ausencia de significado y finalidad de la pérdida. Para ellas esta pérdida carente de sentido constituye uno de los ejes principales de su arrepentimiento, por mucho amor que sientan.

Lazos y cadenas del amor maternal

> Lo que me falta es el gen de madre. Por supuesto que quiero a mis hijos. Pero, hablando en plata, ya desde el principio no sabía qué hacer con ellos.[115]
>
> Madre de tres hijos

No siempre ha sido exactamente así, pero en la era actual se espera que sean las madres las que quieran a sus hijos de cierta manera para ser consideradas criadoras respetables y seres humanos morales. Mientras que está claro que el amor de los padres (hombres) es bien acogido y apreciado, en general suele valorarse como una ventaja añadida a su característica primordial, la de sostén económico de la familia.

Esta división emocional según el género suele presionar sobremanera a las madres; y las que se arrepienten de serlo tampoco son ajenas a dicha presión. Todo lo contrario, quizá, pues deben cerciorarse de dejar bien claro el amor que sienten por sus hijos. Y, de hecho, como ya hemos visto, durante las entrevistas de mi estudio la mayoría de las madres establecían una distinción bien marcada entre el amor por sus hijos y su experiencia en

torno a la maternidad. Con ese matiz señalan la dirección de su arrepentimiento, una dirección que diferencia entre el amor por los hijos y el odio hacia la maternidad.

***Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)*:**

Una vez que tienes a una personita en casa, y esa personita crece contigo, acabas sintiéndote unida a ella. No hay nada que hacer. Escapa a nuestra comprensión. Es algo muy primario. Hubo una época en la que me daba la sensación de que era un documental de *National Geographic*. Porque… durante los primeros años tiene mucho que ver con los instintos animales. Sobre todo lo de dar el pecho. Hace algo, está claro. Y ese amor, ese apego, es lo que hace que no quiera que les pase nada malo. Pero, por otra parte, no encaja bien conmigo.

[…] Lo que ocurre cuando digo algo así [que se arrepiente de ser madre] es que las emociones que surgen, llámese conciencia o… enseguida se dispara y te dice: «Espera, tú los quieres. ¿Cómo vas a romper con ellos?». Lo haría. Pero, claro, decir eso resulta muy confuso.

***Jasmine (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Recuerdo una conversación que tuve con mi madre en la que le dije: «Mamá, yo quiero a mi hijo, lo que ocurre es que no me gusta ser madre». […] Me hace feliz, no puedo negarlo. Pero, dejando eso a un lado, puedo asegurar que no me gusta ser madre. Hay veces que incluso lo odio, hasta un punto de gran frustración.

Dejando a un lado el amor en sí, se espera de las madres que lo expresen y recalquen, que externalicen cuánto quieren a sus hijos. No solo porque vivan en una sociedad que exige oír eso, sino porque lamentar la maternidad se considera una violación flagrante de las normas afectivas maternales, y por lo tanto hay que asegurar a quienes las rodean que no todo está «dañado» en su mundo emocional. Esta necesidad de tranquilizar al oyente no significa que los sentimientos de amor expresados no sean auténticos o que deba ponerse en entredicho su veracidad. Significa que las posturas emocionales y sus manifestaciones siempre tienen que ser oídas en su contexto social.[116]

En el análisis histórico aparece cierta controversia con respecto a la idea del amor de los progenitores —principalmente de las madres— hacia sus hijos. Según una corriente de pensamiento, este amor dista mucho de ser universal o ahistórico: el amor de una madre sería una moderna invención de Occidente relacionada, entre otras cosas, con la aparición de la familia nuclear y la separación entre los ámbitos «privado» y «público». Asimismo, se podría ver como el resultado de los cambios demográficos y el descenso de las tasas de mortalidad infantil.[117]

Hay otra corriente de pensamiento que ve altamente improbable que la relación entre hijos y padres haya sufrido jamás una evolución emocional. Esta suposición emana de testimonios bíblicos y medievales en los que ya se retrata el amor por un hijo, sobre todo el amor «natural» de la madre, provocado por el embarazo, el parto y la crianza.[118]

Si bien las raíces de la idea del amor maternal representan el centro de esta controversia entre historiadores, parece que durante el siglo xix se produjo un cambio en la percepción social de dicho amor en los países occidentales. La particularidad se encontraba en que el amor maternal de pronto quedó como un hecho distinto y estructurado que incluso se veía más sujeto a la supervisión que antes. Así, el amor de madre se convirtió en una plataforma para la ideología, de un modo comparable a otros símbolos, significados y prácticas cuyo valor dependía de lo que la sociedad y la cultura del momento determinaran.[119]

Este cambio en la percepción social del amor maternal —surgido en paralelo a la nueva sensibilidad del amor romántico (que lo convirtió en un artefacto femenino)— condujo a una noción inédita del amor. De ser una experiencia desorganizada que no puede explicarse literalmente se pasó a una estructura, es decir, a una manera de organizar de manera sistemática las emociones. De este modo, la estructura del «amor maternal» no solo se vería moldeada por fuerzas sociales, políticas y económicas, sino que además serviría a dichas fuerzas para sustentarse y de paso enderezar a las mujeres.

Así, según numerosos investigadores, el uso de la idea del amor maternal se ha convertido en una forma de opresión, ya que establece requisitos específicos que fraguan el mundo emocional de las madres y su relación con los hijos: las madres deben sentir un amor incondicional hacia

sus hijos, un amor que no sea demasiado inclusivo, aunque sí lo bastante diferenciado, y demostrar dicho amor de un modo encomiable como parte de un despliegue de sentimientos que define la naturaleza de la «maternidad buena y moral». Por el contrario, fracasar en la expresión de amor hacia los hijos puede servir como prueba de la inmoralidad de la madre, de su falta de feminidad, de sus deficiencias y sobre todo de su ineptitud, como si dicho amor fuera exclusivamente innato, nada más que un instinto biológico.

Visto de este modo, lamentar la maternidad se erige como la prueba final de ausencia de amor por parte de la madre. En palabras de Doreen: «Si no querías tenerlos o si los has tenido sin estar convencida, la gente supone enseguida que no amas a tus hijos». El arrepentimiento se vincula a la falta de amor maternal, como si ambos fueran sentimientos parasitarios, que solamente pueden vivir a expensas uno de otro, sin ser posible de ninguna manera la coexistencia de arrepentimiento y amor de madre. O hay amor, y por tanto no hay arrepentimiento, o hay arrepentimiento, y por tanto no hay amor. La reacción social normal a la frase «Quiero a mis hijos, pero me arrepiento de mi maternidad» se ve muy a menudo como algo imposible por definición, porque ¿cómo es posible que el deseo de borrar la maternidad no signifique al mismo pretender eliminar la descendencia? Sin embargo, una frase similar como «Aún le quiero, pero me arrepiento de haberlo conocido» fruto de una relación sentimental dolorosa no se consideraría infundada de la misma manera. Es decir, podría ser el carácter sagrado de la maternidad lo que impide tener en cuenta que una madre pueda amar y al mismo tiempo ser consciente de que dicho amor puede tener consecuencia inesperadas o incluso afectar por siempre su vida.

Interiorizar este plan disyuntivo puede llevar a las madres a adoptar la actitud pragmática de recalcar ostensivamente su condición de portadoras de amor. De este modo, sacar a los hijos de la ecuación haciendo hincapié en que el amor hacia ellos es irrenunciable puede reducir, ante la opinión tanto de particulares como de la sociedad en general, la gravedad de la transgresión. Si «el amor se convierte en una señal de feminidad respetable, y de cualidades maternales descritas como la capacidad de emocionar y emocionarse con los demás»,[120] entonces poner énfasis en el objetivo del arrepentimiento, que es la maternidad y no los hijos, puede permitir a las

madres reivindicar no solo su derecho a ser consideradas como mujeres morales, sino también su derecho a ser consideradas humanas.

Es más, la insistencia de las madres en el hecho de que aman y se arrepienten al mismo tiempo podría dar a entender que el afán social por organizar nuestro mundo interior de un modo binario no se sostiene: bajo la dicotomía entre amor y arrepentimiento de la que se valían las propias madres (a raíz de la coacción social) subyace el relato de un intento o voluntad de fusión. La voluntad de dotarse las madres de un ámbito donde ellas y sus experiencias no se vean reducidas a una categoría que excluya buena parte de su bagaje emocional por el simple hecho de haber expresado arrepentimiento.

La obligación de cuidar

El arrepentimiento no se interpreta solo como una falta de amor maternal, sino que además se relaciona con una conducta indudablemente nociva para los hijos, ya que se suele vincular arrepentimiento con indiferencia, hostilidad, negligencia y violencia.

***Susie (madre de dos hijas de entre 15 y 20 años)*:**

He recibido asesoramiento para padres por parte de nuestra asistente social y de la profesora, así que hemos hablado del hecho de que…, se lo he dicho, ellas ya han oído mi opinión, y siempre les choca. Dicen: «Si no te conociéramos, te quitaríamos a tus hijas. Diríamos que son unas desdichadas. Si no te conociéramos». […] Es irritante. Y yo les decía que todo lo contrario; precisamente porque lo digo, parto de un lugar de poder. No estoy desatendiendo a mis hijas.

Otras madres que lamentan la maternidad se enfrentan a interpretaciones similares:

En mi ingenuidad, cuando se lo comenté a la cuidadora del centro infantil, esta envió a una asistente social que me amenazó con quitarme al niño y me obligó a verla durante seis meses con el fin de «revisar su funcionamiento como madre». Así pues, es importante que se hagan estudios como este, para darnos voz y permitir que las mujeres puedan expresar sus pensamientos y emociones negativos […] sin que se vean deslegitimizadas y demonizadas.

Incluso se las acusa de tener intenciones homicidas:

Es horrible. El arrepentimiento como legitimación para no asumir la responsabilidad de la vida de los hijos… legitimación para ahogarlos en la bañera o en el mar.[121]

Así pues, de las mujeres que se arrepienten de ser madres no solo se espera que demuestren su amor, sino también su dedicación a los hijos y al bienestar de estos (amar a otra persona y cuidar de ella no tiene por qué ser lo mismo en la práctica), y que no los maltraten dada su postura emocional con respecto a la maternidad.[122]

La idea de dedicación y responsabilidad para con los hijos y los demás en general aparece en la obra de Carol Gilligan sobre la ética del cuidado. Según Gilligan, son relaciones intersubjetivas que se sustentan en la condición femenina de entrega. En ellas, debe reflejarse la responsabilidad moral hacia el prójimo y mantenerse una actitud de implicación, interés, atención y adaptación a las necesidades de los demás, hasta el punto de borrar las necesidades y los sentimientos de la mujer si es necesario.[123]

Las mujeres entrevistadas por Gilligan debatían en profundidad sobre los elementos de que se compone esta ética; varias mujeres afirmaron que el paso a la maternidad les permitió encarnar su capacidad de cuidar, y por lo tanto sentirse seres humanos afectuosos y con dotes para la crianza, como mujeres y madres. Por el contrario, las madres entrevistadas en este estudio han explicado de formas muy diversas que se sentían obligadas a ser responsables y abnegadas con los hijos, obligación que algunas veían como algo absurdo.

***Odelya (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Odelya: Quiero a mi hijo y soy una madre muy responsable, mucho; de hecho, soy una madre histérica y hasta me peleo por el tema de las visitas porque tengo la sensación de que la casa del abuelo paterno no es segura, así que lucho por eso, aunque es absurdo porque debería haber sido al contrario [risas].

Yo: ¿Y el padre del niño?

Odelya: El régimen de visitas acordado es de una noche a la semana. Su padre lo recoge a las tres de la tarde hasta la mañana siguiente. Como ya he dicho, actualmente estoy batallando para que no pase ni una noche fuera. Así que ahora mismo lo tiene muy poco tiempo. Es absurdo. Totalmente absurdo.

Yo: ¿Absurdo porque siente que está luchando por algo que no quiere?

Odelya: Sí que quiero, en serio. Porque pese a todo quiero que el niño crezca sano, de acuerdo con lo que creo que le conviene. No hay más remedio, yo lo he traído a este mundo; es mi responsabilidad cuidar de él. Lo he traído al mundo y ahora tengo una responsabilidad enorme, y no pienso renunciar a ella. Me preocupo realmente por criarlo en la medida de mis posibilidades, al menos según mi criterio, aunque eso pase factura, sin duda.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

A pesar de la ira y todo lo demás que le he comentado, no he sido ni mucho menos una madre que desatiende a sus hijos. He sido muy responsable y me he ocupado de ellos tan bien como he podido. En serio…, han recibido los cuidados intensivos que necesitaban. He sufrido y llorado, y lo he hecho. […] Soy una buena madre, de veras. Me da vergüenza decirlo. Soy una madre para quien sus hijos son importantes, los quiero, leo libros, recibo asesoramiento profesional, hago todo lo que está en mi mano para educarlos y darles amor y afecto. Los niños me adoran, me quieren. Tienen una vida feliz y placentera. Mi papel como madre es correcto, al principio fue duro, pero soy una buena madre. […] Es absurdo. Porque no quiero tenerlos, en serio, no los quiero a mi lado. Pero aquí están, conmigo.

***Sunny (madre de cuatro hijos, dos de entre 5 y 10 años y dos de entre 10 y 15 años)*:**

Yo: ¿El arrepentimiento se desarrolla en la práctica?

Sunny: Es posible, pero en mi caso es al contrario: cuanto más me siento de esa manera, más les doy. No es una compensación, sino más bien…, es muy importante poner en práctica…, convertir mi pasado en una buena experiencia para ellos. Entiendo que lo que siento es el resultado de mi pasado y mi presente, y no quiero que eso les afecte, no quiero que carguen con el peso. Mire, todo el mundo tiene un equipaje que lleva a cuestas desde la infancia pero… no quiero que ellos se vean expuestos a él de ningún modo. Quiero que sean felices. Cuando los veo felices yo estoy tranquila, es una forma de cerrarme a todas las penurias que pasé de pequeña. Hago una distinción: por un lado, yo como persona y, por otro, yo como madre. Son dos entidades diferentes. Eso no debe causarles nunca ningún daño a ellos. Cuando intento escucharme a mí misma, puede parecer contradictorio. Quizá lo sea, no lo sé. Hay dos mujeres viviendo en mi interior, y no quiero que eso [a los niños] les haga daño. Ellos no tienen la culpa de lo que me ha pasado a mí, no tienen por qué llevar esa carga. Tienen que ser como cualquier otro niño: felices.

Las mujeres que no desean ser madres de nadie parecen sentir una responsabilidad doble: por una parte, han de procurar el bienestar de los hijos porque así lo dicta la expectativa personal y social (las madres deben atender a sus hijos), y por otra parte, han de rendir cuentas con el hecho mismo que supone tener un hijo. En otras palabras: esta doble responsabilidad representa una discrepancia entre el deseo de no ser madre de nadie y la realidad de ser madre de alguien. Tal oposición lleva a la existencia dividida y la lucha de identidades, como Sunny decía antes. Doreen lo definió así: «Es como ser dos personas a la vez. A veces siento como si tuviera esquizofrenia».

Al ser sujetos con intereses propios, muchas madres han visto relegada su vida a un segundo plano en nombre de la obligación de atender las necesidades de los demás, hasta el punto de soterrar sus necesidades y sentimientos si cabe. Y cuando han manifestado el arrepentimiento de ser madres, se han sentido más obligadas y empujadas al cuidado del prójimo, incluso cabría decir que precisamente por ello.

Ser madre: una historia interminable

Por mi propio bien, espero que mis hijos no se casen ni tengan hijos. Eso me asusta; no quiero eso en mi vida. Si tengo nietos me veré obligada una vez más a hacer cosas que no quiero. […] No será más que una carga para mí.

Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años
y uno de entre 20 y 25 años)

En este preciso instante hay muchas madres ocupándose de las distintas prácticas que implica la crianza de un hijo: darle el pecho, cambiarle el pañal, ponerlo a dormir, despertarlo, llevarlo o traerlo de la guardería o la escuela, cocinar y darle de comer, vestirlo, ayudarlo con los deberes, educarlo, llevarlo a las actividades extraescolares, ir a la piscina, la playa y los columpios, participar en actos y reuniones del colegio, tratar y seguir las enfermedades y mucho más. Dichas prácticas, o al menos algunas de ellas, condicionan la actividad diaria de la mayoría de las mujeres. Se basan en ciertas concepciones culturales y de clase sobre las necesidades de los niños y cómo atenderlas para que los pequeños se beneficien de ello cuando crezcan. Algunas madres viven dichas prácticas como enormes dificultades.

***Helen (madre de dos hijos de entre 15 y 20 años)*:**

Me puse a dar el pecho enseguida, me encargué del primer baño…, esa clase de cosas. O sea, que no había nada que me diera miedo. Iba todo como la seda, no necesitábamos ninguna ayuda. Por otra parte, lo de ir a pasear o al parque a veces se me hacía insoportable. Físicamente no podía con ello. Me veía incapaz. Los sábados él [el cónyuge] se levantaba y los llevaba y no le costaba nada. Cuando los llevaba yo parque, era algo que físicamente me superaba [golpea la mesa mientras habla].

***Odelya (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Durante los primeros dos años todo lo que hacía era técnico: cambiar, limpiar, organizar, llevar a la guardería, recoger de la guardería. Me

aseguraba de dar besos y abrazos, y no me cabía la menor duda de que estaba dando a mi hijo todo lo que pensaba que necesitaba. Fue muy difícil para mí. Luego fui al psicólogo y conecté con mi maternidad, que es algo muy distinto, y fui capaz de decir: «Vale, esto es lo que puedo dar y está bien»; pero la cuestión es que no me gusta esta época, hago cosas más que nada porque me siento obligada e intento no hacer aquello que causa sufrimiento, como llevar a mi hijo a los columpios [risas], no lo hago…, en absoluto. Como mucho me lo puedo llevar a una cafetería, aunque entonces ni eso tiene gracia. […] Estaba centrada en los aspectos técnicos, como si no lo hiciera de corazón. Eran meros actos técnicos. Bien podría haber cogido un muñeco y haberme puesto a jugar con él. Es casi lo mismo.

Más madres de lo que reconoce la sociedad comparten dichas dificultades, incluso aquellas que no se quejan abiertamente de su maternidad. Uno de sus posibles consuelos es pensar que el período de penalidades está acotado en el tiempo, es decir, que en algún momento esas prácticas de crianza llegarán a su fin, cuando los pequeños sean capaces de «ir por su propio pie» y ser independientes.

Sin embargo, en el aquí y el ahora, puede que no todo sea así. El sentimiento de obligación, responsabilidad y preocupación por los hijos no suele desaparecer, ni siquiera cuando esas tareas mecánicas pasan a mejor vida, ya que para muchas mujeres la condición de madre siempre está presente, veinticuatro horas al día, siete días de la semana. Como dice Jasmine: «Con una pareja, al menos cuando se va de viaje tienes algo de libertad. Con un hijo, siempre lo tienes en mente».

Parece que las mujeres, o un número indeterminado de ellas, no pueden dejar de tener en mente la maternidad ni por un momento, como si no tuviera límites temporales o una ubicación física; puede sentirse cuando las madres están de vacaciones lejos de sus hijos, cuando se hallan en la cárcel, cuando emigran a otro país para mantener a su familia mientras los hijos se quedan en el país natal o cuando los hijos ya se han emancipado, tanto si viven en la acera de enfrente como en la otra punta del mundo. Esta conciencia total puede eternizarse incluso cuando la maternidad no se ejerce o desarrolla en la práctica, en el caso, por ejemplo, de las mujeres que dan a sus hijos en adopción o las que los han perdido. Como suele decirse, cuando

una es madre, lo es para siempre. El cordón umbilical entre la mujer y el feto se convierte en una metáfora del vínculo maternofilial mucho más allá del útero.[124]

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Aunque murieran, Dios no lo quiera, seguirían estando conmigo en todo momento. El duelo por ellos, su recuerdo y la pena serían insoportables. Perderlos ahora supondría cierto alivio, pero el dolor superaría al alivio. Porque ya están aquí, y no hay nada que pueda hacer para remediarlo. […] No puedo hacer nada, están aquí y dan mucho trabajó, aunque no los tenga cerca. Y ya está. Es un problema. Por eso recomendaría no tener hijos [risas]. […] Da igual; ¿y si tuviéramos un millón de dólares y una *au pair*?, preguntaba mi marido. Da igual. Tú eres el padre, o la madre. Tú eres el padre, o la madre, y la responsabilidad recae sobre ti. La responsabilidad y el sufrimiento recaen sobre ti. Y yo no veía eso entonces. Estaba convencida de que tendría mucha ayuda, de que me lo pasaría bien y amaría al bebé.

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Soy una madre increíble, y daré fe de ello en todo momento. He pagado un precio muy alto y lo seguiré pagando el resto de mi vida: preocupaciones, disgustos. Y no hablo de preocupaciones del estilo «se va a caer de la bici, lo va a atropellar un coche». Eso son nimiedades. De esas he tenido bien pocas, las justas. Hablo de quebraderos de cabeza y disgustos a un nivel mucho mayor. Como…, la cosa cambia con la edad… Cuando mi hijo era más joven, tenía problemas para relacionarse. Eso me mataba. No se llevaba bien con los otros niños, no tenía amigos, estaba solo. Esas cosas me descomponían por completo, me consumían. Me reconcomían. Ahora lo que me preocupa es qué será de mayor. Tanto da, yo lo llamo preocupaciones existenciales. Pena, angustia, preocupación… todas esas cosas.

Naomi (madre de dos hijos de entre 40 y 50 años y abuela):

Hay algo que me cuesta mucho, y es mi responsabilidad hacia los hijos, aunque sean ya mayores. No se va [risas]. Es espantoso. Qué horror. Y

ahora me siento responsable de mis nietos, quizá menos que con los hijos porque ellos tienen a sus padres, pero ahí está. No te da tregua.

Bali, que se enfrenta a una discapacidad neurológica, se refirió durante la entrevista no solo a recursos como el tiempo, sino también a recursos físicos, así como a la necesidad constante de prestar atención a su hijo.

***Bali (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Yo: Ha dicho que hay veces, cuando tiene a su hija cerca pero no está con ella, que puede hacer las cosas que usted quiere y le gustan. ¿Qué le parece difícil en esas condiciones?

Bali: Es una carga. Un fastidio. Todo va en función de su horario, y es algo que siempre está de fondo, latente. La responsabilidad y el pensar en ello siempre están ahí. Es un horario de veinticuatro horas al día, y el hecho de que no soy libre para hacer lo que me plazca. El tiempo es limitado, y mis recursos también lo son. Tengo que ahorrar energías. Para estar con ella necesito energías y no puedo hacer nada más.

Así pues, tanto si crían a los hijos solas o en pareja como si los hijos residen con el padre, las madres no dejan de alimentarlos simbólicamente y cuidar de ellos en su conciencia, incluso años después de la primera infancia fisiológica.

Esta experiencia subjetiva de sentirse atadas es una de las muchas ramificaciones del modelo actual de maternidad exigente, según el cual la conciencia de las madres debe forjarse con la maternidad, sea cual sea el contexto en el que se dé la relación con sus hijos, pues de lo contrario serán consideradas «malas madres». Sin embargo, esta vinculación alude a una percepción más extensa del yo de las mujeres en el tiempo y el contexto de los demás. En términos generales, las mujeres son las que se implican más en el tiempo dedicado al cuidado de terceros, el cual no se corresponde con las «horas del reloj», pues normalmente no tiene principio ni fin. Además, se entreteje con otras actividades, como si fuera algo que las mujeres llevan consigo, como el objeto de una preocupación permanente que les exige atención, paciencia y receptividad. De este modo, son las necesidades de aquellos que reciben los cuidados, más que el reloj, las que dictan cuándo y

cómo tienen que suceder los acontecimientos. Se trata de un tiempo que no puede ser cuantificado ni calculado, porque en muchos casos se da en paralelo a otras actividades.[125]

Esto convierte la maternidad en una historia interminable y transforma el cordón umbilical, que se estira entre mujeres e hijos en una experiencia perpetua que se siente a menudo como una soga al cuello. Para algunas madres, este cordón umbilical imaginario elimina su capacidad para moverse, distanciarse y sentir que son dueñas de sí mismas, aun cuando pasan a ser abuelas. Mientras que la literatura de investigación y los textos populares están repletos de testimonios acerca de la lucha de las madres por cuidar de sus hijos sin olvidarse de sí mismas, muchas participantes en este estudio calificaban dicha lucha de intolerable hasta el punto de desear hacer desaparecer la maternidad por completo.

En vista del debate planteado hasta ahora en torno a la conciencia de ser madre, cabe preguntarse cómo encajan los cónyuges o padres en esta historia interminable.

¿Dónde están los padres?

Muchas de las participantes en esta investigación se referían a los padres de sus hijos, pero a menudo era la historia de una ausencia. Si bien el acto físico de dar el pecho se limita al cuerpo femenino, en el caso de la «lactancia simbólica» no es así, y a pesar de ello los padres no estaban presentes.

***Erika (madre de cuatro hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:**

Nunca tuve un día de tranquilidad mientras criaba a mis hijos; ni uno solo. Cuatro niños en edad escolar, cada uno con su carácter, con sus necesidades, y yo perdida entre las necesidades de los demás, sin un marido que aportara nada a la familia, aparte de su sueldo. Él creía que su trabajo era traer dinero a casa, y así lo hacía. A los niños les daba los buenos días,

aunque a veces ni siquiera las buenas noches, hasta que me quejé, y entonces él comenzó a hacer pausas y a venir, y luego se puso a trabajar de noche a mi costa, pero no a costa de los niños. […] Era aire. Iba y se sacaba un sueldo, y ya está. No hacía nada. Ojalá hubiera sido distinto. Entonces puede que no estuviéramos hablando ahora mismo. Ojalá hubiera sido de otra manera.

***Susie (madre de dos hijas de entre 15 y 20 años)*:**

Siempre me río al hablar con los hombres que son jefes o tienen un cargo de responsabilidad y se enorgullecen de ser una pareja en el hogar, y les pregunto cuándo fue la última vez que miraron si faltaba papel higiénico o si la pasta de dientes estaba a punto de terminarse. […] Cuando [las hijas de Susie] están allí [en casa de su padre], me preocupo por ellas y les pregunto qué hacen, y oigo esas historias. El padre de ellas es feliz, llega de trabajar, se pone a ver la tele con su novia, cena… ¿A él qué le importa? Y yo desde casa le grito que por qué pasa eso. Tú has asumido la responsabilidad, lo menos que puedes hacer es estar ahí.

***Brenda (madre de tres hijos de entre 20 y 25 años)*:**

Yo he criado sola a mis hijos, porque a su padre le resbalaban y no se implicaba en su crianza, ni ponía nada de dinero. […] Me moría de ganas de que llegara el día en que él se los llevaba, aunque solo fuera un viernes cada dos semanas. En cuanto se iban, Dios es testigo de que rezaba para que ese fin de semana durara al menos un mes, y así poder pasar un tiempo sola conmigo misma y ponerme al día. Él empezó a amenazarme con que reclamaría la custodia de los niños y se quedó parado cuando le dije que no me importaba si él se quedaba a los críos y yo me los llevaba los fines de semana. Yo también tenía que pasar muchas horas fuera de casa porque debía trabajar. Mi sueldo era el único que entraba en casa y si el dinero hubiera dado de sí, habría cogido a alguien para que estuviera con ellos por las tardes mientras yo aprovechaba para hacer recados y respirar un poco de aire fresco. No entiendo a esas mujeres que se niegan a criar a sus hijos en pareja, me refiero a las que están divorciadas. A mi entender, eso es lo mejor que puede surgir de un divorcio, que él sea un buen padre y se lleve a

los niños a menudo, y así la madre pueda disponer de tiempo para sí misma. En esta vida tan ajetreada no viene mal tomarse un descanso.

Parece que a veces la paternidad puede existir pero estar al mismo tiempo vacía de contenido; es decir, que los padres no están ahí del todo mientras que a muchas mujeres les resulta difícil asumir el modelo de maternidad exclusivo-dual. Este tipo de ausencia intermitente presupone la capacidad de tener tiempo libre, o sea, se basa en la capacidad (de alguien) de poseer el tiempo, de modo que es claramente una cuestión de género.[126] Con respecto a la lactancia fisiológica y tangible, se permite a los padres desaparecer literalmente por la noche, para seguir durmiendo mientras la mujer da el pecho al bebé. En lo que toca a la «lactancia simbólica», esa exención física se traduce asimismo con frecuencia en una larga exención del «segundo turno»: las horas que después de la jornada laboral se dedican a limpiar la casa, cocinar, llevar a los niños a las actividades extraescolares, ayudarlos con los deberes, etcétera. Y esto no deja de ocurrir también con el «tercer turno»: el trabajo emocional que intenta enmendar los daños causados por los choques entre las exigencias de la primera guardia y la segunda.[127]

Así pues, los padres tienen, en general, más oportunidades de actuar como si fueran los poseedores del tiempo. Las madres, menos. La mayoría de las madres participantes en el estudio, tanto si están casadas, divorciadas o separadas, y tanto si tienen un empleo remunerado fuera de casa como si trabajan en casa sin un sueldo, han manifestado que eran ellas las que llevaban todo el peso de la crianza de los hijos mientras que los padres eran los que tenían la capacidad de abrir brechas y ausentarse tanto en el tiempo como en el espacio:

Los padres perciben la necesidad de hacer esfuerzos, pero en su caso está mucho más aceptado que den media vuelta y se echen a correr. Hay estudios que demuestran que tras el nacimiento de un hijo los padres hacen más horas extras de forma explícita y buscan nuevas aficiones para estar disponibles lo menos posible por la noche y durante el fin de semana. No a todos ellos les ocurre eso, por supuesto, pero sienten lo agotador que es estar con un bebé, e intentan librarse de ello. Es algo socialmente aceptado.

En cambio, cuando es la madre quien dice «Hago yoga, y mañana salgo con las amigas a tomar algo», todo el mundo se queda pasmado y se pregunta qué le pasa.[128]

O tal como se expresa en otro blog sobre maternidad:

Una madre que a las siete de la tarde aún no ha acostado a sus hijos es una madre negligente, pero a los hombres se les permite ir a la otra parte del país, o a Brasil, o a Marte, y nunca son padres negligentes. Los hombres nunca pueden ser malos padres.[129]

Si analizamos detenidamente las intersecciones entre tiempo y espacio en relación a la paternidad, se podría observar que quizá no sea una coincidencia el hecho de que en las últimas décadas se ha producido un cambio terminológico en Estados Unidos: de «ama de casa» (*housewife*) se ha pasado a «madre que se queda en casa» (*stay athome moni*). Mientras que la primera expresión hacía referencia a la identidad de una mujer como un ama dedicada a las tareas domésticas, la segunda —que se ha popularizado a finales del siglo xx y principios del siglo xxi— ha desbancado al ama y reubicado la identidad de una mujer como madre, si bien sigue reproduciéndose la idea de estancia permanente en el hogar.[130]

En el seno de muchas parejas se disputa el acceso a respiros o tiempos muertos, pero suelen ser las madres las que no reciben más que migajas. En este sentido, la ausencia de los padres puede contribuir al establecimiento de la sensación de «lactancia infinita», con una posibilidad muy limitada para la madre de marcharse o descansar, mientras que casi todos los hombres pueden escabullirse y así lo hacen.

La lucha por conseguir tiempo no se limita a las madres participantes en esta investigación, aunque recibe un significado distinto cuando no hay alegría o satisfacción alguna derivada de la maternidad para compensarlo. De este modo, mientras que el hecho de no poder tomarse un descanso puede resultar asfixiante para muchas madres, esta sensación puede resumirse casi en una catástrofe cuando lo que se desea no es tener un poco de tiempo libre, sino más bien borrar la maternidad por completo.

Junto con los testimonios acerca de los padres que están ausentes, hay otros que muestran una división más equitativa por parte de ambos progenitores en la crianza conjunta de los hijos.

***Liz (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Liz: Solo conozco la plena colaboración, así que las historias que oigo a mi alrededor me resultan extrañas. También es una cuestión de cómo me expreso, es decir, que no espero a que alguien entienda algo sin que yo diga o explique lo que quiero.

Yo: Así que, ¿en su opinión, esos sentimientos no se basan en parte en el hecho de que deba cargar con casi todo el peso?

Liz: No, no, en absoluto. Yo también venía…, porque estuve muchos años sin querer tener hijos, no tenía instinto maternal, así que ya desde el principio, después de dar a luz, dije: «Este es nuestro bebé, que tengamos buena suerte. Ninguno de los dos sabe nada, así que podemos aprender juntos». Nunca he dicho que yo sea la madre por ser mujer y saber lo que hay que hacer. No sabía nada, así que desde el principio… Creo que en muchos casos la mujer dice «Sé más» solo porque es mujer, no porque…, no hemos nacido nunca con ese conocimiento, y lo que ocurre entonces es que eso se fija con el tiempo y cuando la mujer descubre que quiere tomarse un descanso, se vuelve mucho más problemático y complejo porque la otra parte está asustada. En nuestro caso pasaba lo contrario, había muchas cosas que yo no hacía y él sí.

En el caso de Helen fue el padre, y no ella, quien crió prácticamente a los hijos, aunque ella estuviera presente:

***Helen (madre de dos hijos de entre 15 y 20 años)*:**

Sentía que no era para mí, así de claro. No era para mí, no me gustaba. En absoluto. No me gustaba arrullarlos o pasarme las horas muertas con el sonajero. No me atraía. No me hacía gracia estarme horas leyendo el mismo cuento o escuchando la misma canción. Habrá a quien le guste, a mí no. Lo pasaba mal. No disfrutaba, para mí era un suplicio, y un auténtico suplicio. Lo pasaba fatal, en serio. A veces llamaba a mi marido y le decía que si no volvía a casa enseguida, me daría algo. De verdad, lo decía en serio. No era

una manera de hablar, o una posibilidad. Me refiero a un colapso emocional.

[…] Recuerdo que me encantaba irme de casa por la noche, a la hora del baño y todo eso… Por eso le decía a mi marido que en muchos casos él era la madre. Él tenía una paciencia de elefante. Venía de trabajar y… Yo llegaba de trabajar y no tenía paciencia. Él venía de trabajar y se ponía a trabajar en la casa, bañaba a los niños, preparaba la cena, lo hacía todo. Yo…, ni soñarlo.

Pero tener la capacidad de abrir brechas en la crianza y conquistar tiempo y espacio no significa necesariamente ser capaz de romper el cordón maternal que les une a sus hijos, tal y como Helen lo vivió:

Para mí lo problemático es esa responsabilidad. No que… No sé si me explico: la responsabilidad de educar a una persona. No la responsabilidad de preocuparse pensando «Ay, no, que se va a…».

Es algo que tienes aquí [se señala la nuca], se te acaba la libertad para siempre. No es la libertad…, no sé si me estoy explicando con claridad. Es como… Antes eras responsable solo de ti misma; de tu pareja no lo eres porque ya es una persona adulta, lo que estás es conectada a él o ella en cierto modo…, pero con un hijo es como si dejaras de estar sola. Es así, ya no estás sola, se acabó la libertad en tu mente.

Retomando la idea de la maternidad como una historia interminable, parece que esta lactancia simbólica que no tiene límite ni un final a la vista, y que por tanto se vive como algo invasivo, no está influida necesariamente por la presencia o ausencia del padre. Aun cuando las madres pueden contar con el apoyo y la colaboración de los demás, la sensación no remite ni sirve de contrapeso al arrepentimiento. Es más, el lamento de las madres arrepentidas podría verse como una manera de codificar su deseo de abrir una brecha interminable, de escapar por siempre al tiempo y al espacio. Dicho de otra forma, las madres arrepentidas anhelan un punto final tras el que vuelvan a su vida «normal» y al regazo de su «yo». Es todo lo contrario de su día a día, que les recuerda en todo momento que el «tiempo de la maternidad» es cíclico y eterno, aun cuando los cónyuges participen de

manera equitativa en la crianza de los niños y se impliquen en las prácticas relacionadas. En vista de que esta brecha eterna no puede hacerse realidad, recurren a la imaginación y las fantasías para eliminar a los hijos o a sí mismas de la ecuación familiar.

Soñar con desaparecer

Dado que las madres no pueden pasar a ser no madres ni poner fin a su relación con los hijos, contemplan otra forma de sobrellevar la situación, un panorama alternativo que se produce en el reino de la fantasía y la imaginación fruto de su deseo de que los hijos no existieran:

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Nunca he fantaseado con hacerles daño, solo con un genio de la lámpara [riendo] que diga: «Vale, volvamos a empezar y esta vez no estarán. No les pasará nada, no estarán, no sabrán nada, no sentirán nada».

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Yo: ¿Se ha planteado alguna vez…? [Carmel responde antes de que yo termine de hacer la pregunta]

Carmel: Claro que sí.

Yo: ¿Marcharse sin más?

Carmel: ¿Marcharme sin más? Creía que iba a preguntarme otra cosa [risas].

Yo: ¿Como qué?

Carmel: Como matarlo. Que estuviera muerto. Sí, sí, sí. Muchas veces. Hasta el día de hoy. No son fantasías que planifique con mucho detalle, y por supuesto nunca ha sucedido… Pero hasta el día de hoy fantaseo con la idea de que caiga enfermo y se muera. Me paso el día pensando en esas cosas. Lo que voy a decirle es horrible, seguro que esta noche sueño con ello; si le ocurre algo, yo me muero. Es… pero en cierto modo me sentiré

aliviada. Lo sé. Es horrible, sé que decir eso es una atrocidad, pero es la verdad. Lo cierto es que también me sentiré aliviada. […] Mire, es muy duro. Soñar con que se muera es una carga terrible, y está siempre ahí. Siempre.

***Odelya (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

A veces me pregunto cómo…, cómo es posible que esa cosa sea mía. ¿Por qué? Que desaparezca sin más. Aunque yo no… Ya sabe…, en la práctica, no quiero. Pero a veces tengo esos sentimientos. No es tanto un deseo de que se esfume ahora mismo, sino más bien un pesar por que haya llegado a suceder. Algo así como, maldita sea, por qué lo habré hecho.

***Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)*:**

Yo: ¿Se le ocurre un momento en que el arrepentimiento se materialice en la práctica por su parte?

Doreen: A cada momento. Todo el tiempo. Siempre. Día tras día. Sí. Es horrible. Hay tres niños en casa, así que son unos salvajes y se pelean, y a veces me veo a mí misma —esto nunca se lo diré a ellos—, pero me muerdo la lengua y me digo: «Dios mío, ojalá desaparecieran». ¿Por qué están aquí? ¿Quiénes son? En serio. Me digo que me estorban, que deberían irse. Creo que es algo más intenso que cuando una madre tiene delante a sus hijos descontrolados y dice: «Ay, estoy agotada y no tengo energías. Y sí, los niños se desmadran, ya se les pasará».

***Jackie (madre de tres hijos, uno de entre 1 y 5 años y dos de entre 5 y 10 años)*:**

Ojalá despertara y no estuvieran aquí, me digo. Es algo que deseo. Sé que no está bien decirlo, pero…

Otras fantasías descritas por las mujeres participantes en mi investigación no se referían a hacer desaparecer a los hijos, sino más bien a eliminarse ellas mismas de la ecuación familiar.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Se me ha pasado por la cabeza la idea de dejarlos con su padre. Si yo fuera el hombre en esta relación, y durante mucho tiempo lo he sido —mi marido funcionaba a veces mucho mejor que yo—, quizá me hubiera ido. Me veía con ganas de verdad de dejar a los niños con él y marcharme.

Si no lo he hecho, ha sido por dos motivos. En primer lugar, porque no está socialmente aceptado. Tenía miedo de las reacciones, sabía que mi familia no lo aceptaría y que estaría sola en el mundo. Y aparte de eso está la culpa, que me corroe por dentro, por algo que yo he hecho, traerlos al mundo, y ahora tengo que aceptarlo aunque eso signifique dar por perdida mi vida. Y es que sentía que había perdido mi vida, que ya no existía; tengo que hacerlo porque no me queda otra, porque ellos necesitan un padre o una madre, no quiero traumatizarlos ni tampoco quiero que vivan la niñez que he vivido yo, así que no hay más remedio. Pero, si no me sintiera así, me habría marchado, porque yo no quería estar con ellos.

***Doreen (madre de tres hijos de entre 5 y 10 años)*:**

Doreen: Le diré algo, un día leí un artículo sobre una mujer cuyo marido la abandonó, y ella contaba cómo se había ido él. Explicaba: «Cogió la basura, dijo que iba a tirarla y no volvió nunca más». No sé por qué se me ha grabado en la cabeza. No dejo de pensar en qué ocurriría si yo cogiera la basura y no volviera nunca más. Pero me siento responsable. Y punto. Y soy consciente de que hay que pagar un precio por todo lo que haces, y no quiero…, y eso que se me ha pasado por la cabeza muchas veces.

Sobre todo ahora con el divorcio, podría haberle dicho a Eyal: «Tú te quedas, y yo me voy». Era una opción.

Yo: ¿Y por qué no lo ha hecho?

Doreen: Porque no creo que pueda soportar las repercusiones sociales y… no digo esto en orden cronológico…, y además, creo que los niños todavía me necesitan. Mucho. Y no lo digo como una excusa. Soy muy dominante; ellos están muy unidos a mí. Y, claro, es para preguntarse cómo es posible. ¿Cómo puede ser? Pues lo es. Es como ser dos personas a la vez. A veces tengo la sensación de padecer esquizofrenia. Y sé que no es así. Pero sí, hay momentos en los que me digo, maldita sea. Se acabó. […] Como hoy vaya a tirar la basura ya no vuelvo, y vale, los niños crecen, todo

el mundo crece. Al final tiras adelante, y el mundo no deja de girar. Pero acabas pagando un precio. Puede que dentro de veinte años tenga ganas de estar en contacto con ellos. O lo que sea. Las matemáticas de la vida siempre están ahí. E, insisto, porque me parece que esto es lo que es bueno para ellos. Pero eso supone anteponer los demás a mí. Vale. Y me digo, soy una mujer adulta, he tomado una decisión y asumiré la responsabilidad. No pienso huir de ella, pero eso no lo hace más fácil, no calma mi dolor.

***Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)*:**

Mi relación tenía problemas, y una de las cosas que me planteé fue marcharme. Para mí estaba claro que si me iba, lo haría sin los niños. Lo que quiero decir es que los hijos son parte de la relación, y se trata de una parte que pertenece, entre comillas, a todo aquello relacionado con el marido, así que si la relación se va a pique, para mí está claro que los niños se quedan con su padre. No porque yo no pueda cuidar de ellos, sino porque no quiero. No es… No veo que sea el lugar que me corresponde o que satisface mis necesidades, y si la razón para su existencia, entre comillas, es él, entonces no deberían estar conmigo.

[…] Hace unos meses fui a un psicólogo y estuvimos hablando un rato de diversos temas. Uno de ellos era la paternidad y la maternidad. Yo le comenté que si no fuera por los hijos, haría esto y aquello, y él me dijo: «Pero en su mundo no cabe esa posibilidad, porque usted nunca abandonará a sus hijos ni los dejará en un centro o un internado. No porque esa no sea una opción, sino porque es usted una persona leal y responsable y eso no va con usted». Y tenía razón. No es una responsabilidad que pueda delegar en otra persona. Puede que, en cierto modo, lo que me fascinara sobre la idea del divorcio fuera que podía renunciar a los hijos. Eso era parte del encanto. Tal vez parezca desnaturalizado, pero era parte del encanto que yo pudiera tener una vía de escape para salir de la maternidad, y esa vía de escape sería dejarlos con su padre. Sería una vía de escape increíble. No quiero renunciar a mi pareja, lo amo y sigo creyendo que es el hombre que más me conviene, que no podría tener un compañero mejor, pero me parece una solución a un problema o una dificultad. Renunciar al hombre que amo para poder renunciar a los hijos [risas].

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista)*:**

Maya: Veo películas o leo libros sobre madres que no podían más y se iban. Y… no sé…, probablemente tenga que ver con el hecho de que soy adoptada. Es como un tabú, ¿sabe? ¿Qué clase de persona sería mi madre si fue capaz de hacer algo así? ¿Y qué dice eso sobre mí como niña? ¿Me entiende? Me lo planteo y veo que no solo no tendré nunca el valor de hacerlo, sino que, si lo hiciera, nunca sería feliz.

Yo: ¿Se refiere a marcharse?

Maya: Sí, a marcharme.

Yo: ¿Quiere decir que piensa en ello a veces?

Maya: Fantaseo con la idea, la verdad. Es como tener fantasías sexuales que sabes que nunca se harán realidad. Así que es también una fantasía de esas, algo que sabes que nunca harás. Aunque dicen que está todo previsto, pero es algo que sé que nunca haré. El mero hecho de pensar en ello me revuelve el estómago. Me imagino a mis hijos preguntando: «¿Por qué nos ha dejado mamá? ¿Qué hemos hecho? ¿Hemos sido malos?», y me los imagino con todos esos pensamientos y no…, no es…, no puedo permitir que eso ocurra. No puedo permitirlo. Así que estoy en un atasco, relativamente [risas]. No puedo ir aquí ni allí porque vaya a donde vaya nunca me sentiré completa. Los hijos están ahí, no hay nada que hacer.

Estas fantasías, tal y como las describían las madres participantes en el estudio, pueden ser compartidas por muchas madres y expresadas de maneras distintas, como se observa en el siguiente pasaje escrito por la socióloga estadounidense Barbara Katz-Rothman, que relataba fantasías sobre perder de vista a sus hijos y al mismo tiempo defendía la maternidad:

Como se puede ver, me encanta la maternidad. Escribo para hacer una apasionada defensa de la maternidad. He gritado a mis hijos, he deseado verme lejos, muy lejos de ellos, he sentido ira, frustración, momentos de puro odio; todo lo que cualquier persona que sea honesta tendrá que reconocer que desempeña un papel importante en la maternidad. Pero me encanta.[131]

Lo que diferencia a semejante fantasía, que podrían compartir incontables madres, de las que tienen las mujeres de este estudio es que al final se lee un «pero» en vez de un «sin peros». Si bien las fantasías pasajeras pueden formar parte tranquilamente de una experiencia maternal apreciada, para otras madres forman parte intrínseca del arrepentimiento, pues lo que desean es librarse por completo de su identidad maternal y recuperar la imagen de una mujer que no es madre de nadie. Dicha imagen, en cualquier caso, no deja de ser inalcanzable porque los hijos «ya están aquí». Sucede lo mismo con la conciencia que tienen de su condición de madres, el llamado existencial cuyo aliento notan sin cesar en la nuca, llegándoles a recordar cada día y a cada momento que no pueden ser madres de nadie. De este modo, el deseo de eliminarse a sí mismas de la ecuación familiar retrocede y toma preeminencia el mantenimiento del *statu quo* en las «matemáticas de la vida», tal y como lo definía Doreen.

Hay madres que comparten a menudo dicho sentimiento, al no ver ninguna salida o posibilidad de descansar de ser madre. Se sienten obligadas a anteponer las necesidades de sus hijos a todo, y obligadas también a quedarse. Así, junto a las fantasías de auto— desaparición, cada mujer ancla su presencia en la familia y la maternidad en un relato según el cual no tiene más remedio, porque el bienestar de sus hijos está por encima de todo; por tanto, tiene que hacer desaparecer la fantasía en lugar de a sí misma. En este contexto Sara Ruddick sostenía que las madres pueden cubrir toda la gama de sentimientos, desde el amor intenso al deseo intenso de deshacerse de un hijo, pero lo que cuenta son sus actos y estos actos son el resultado de su compromiso con la relación con sus hijos, su amor protector.[132]

Sin embargo, cabe preguntarse qué se protege con esta forma de hablar sobre el amor: quizá se custodia el bienestar presente y futuro de los hijos (como exponía Ruddick), pero al mismo tiempo se salvaguarda el orden social. Una madre que decide vivir alejada de sus hijos cambia el orden mundial; se aparta de las directrices aceptadas que dicta el modelo de maternidad exigente. Así pues, mantener el *statu quo* y violarlo solo imaginariamente es algo que se origina por las expectativas sociales, es obedecer la vigilancia social e interiorizarla, de modo que se garantiza un orden mundial intacto para satisfacción de aquellos que temen que se venga

abajo. Dicha garantía se desarrolla además a través de la culpa y el temor a la indignación de la familia y la sociedad, una indignación que las dejaría solas, no solo sin sus hijos, como podrían haber deseado, sino también solas ante la acusación de infringir las normas.

Los padres, en cambio, reciben un trato distinto. Si bien es posible que los hombres que se alejan de sus hijos se vean despreciados por la sociedad, no serán objeto de la violenta repulsa que podrían provocar las mujeres. El hecho de que los padres se aparten de sus hijos no preocupa mucho a la opinión pública y, de hecho, hay muchos más padres que madres que se van de casa tras una separación o divorcio. Cuando son las mujeres quienes residen fuera del hogar familiar, se ven señaladas y denunciadas y al mismo tiempo obligadas más de una vez a renunciar a su derecho de ser llamadas madres.[133]

Esta condena está basada en la percepción uniforme, mítica y ahistórica según la cual las mujeres tienen una capacidad innata para la crianza de la que los hombres carecen. Por consiguiente, mujeres, hombres, profesionales de la salud mental y agentes legales muy a menudo eximen a los padres de esta responsabilidad respondiendo con un silencio relativo a su marcha de casa, algo por lo que las madres son denunciadas a voz en grito. Aun así, a veces se van. Las mujeres pueden querer, crear o llegar a acuerdos que les permitan vivir separadas de sus hijos sin arrepentirse de haberlos tenido; y podrían dejar de residir con ellos como otra práctica de arrepentimiento o como medio para sobrellevarlo.[134]

Vivir separada de los hijos

A lo largo de la historia y en culturas diversas, las madres que han vivido separadas de sus hijos, los cuales se criaban con sus padres o con otros miembros de la familia, no eran observadas bajo el prisma de la patología. Cuando en la Edad Media las mujeres cristianas, por ejemplo, abandonaban su hogar y a sus hijos para vivir en un convento y adorar a Dios, se las veneraba y elogiaba en lugar de ser calificadas de inmorales o insensatas.

Incluso hoy en día dicha separación no se considera necesariamente patológica y hasta puede considerarse obvia por quienes se benefician de ella en virtud de determinados acuerdos sociales, políticos y económicos. En Israel, por ejemplo, el hecho de que los hijos vivieran separados de sus padres en un kibutz se veía como parte de una ideología socialista. También las inmigrantes por razones de trabajo son bienvenidas en la actualidad en los países occidentales aunque hayan dejado atrás a sus hijos, pues la mirada social se centra en el beneficio que su traslado reporta a los que dependen de ellas.

Estos pocos ejemplos indican que el hecho en sí de que una madre se separe de sus hijos y se marche a otro lugar se ha construido a lo largo de la historia por medio de distintas interpretaciones, en función de para qué fuera, y para quién: ¿era el resultado de una creencia religiosa? ¿Era por otro hombre o mujer? ¿Por la supervivencia económica de la familia de la madre? ¿Por la calidad de vida de su clan familiar en otro país?

En este estudio han participado mujeres que vivían separadas de sus hijos, los cuales estaban con sus padres por distintas circunstancias. El hijo de Tirtza tenía dos años cuando ella se fue al extranjero y se quedó allí una década.

***Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:**

Tirtza: Sabía que dejaba atrás a los niños. El más pequeño tenía dos o tres años cuando me marché. Sabía que los dejaba en buenas manos, por suerte para mí. Se quedaron en el kibutz, con un padre maravilloso. Sabía que los dejaba en buenas manos, no podía pedir nada mejor.

Yo: ¿Tuvo contacto con ellos en esa época?

Tirtza: Veía a los niños cuando venía de visita, cuatro o cinco veces al año. Los visitaba, les escribía y los llamaba por teléfono, y ellos también me escribían y me llamaban. Estoy segura de que estaban dolidos. Sigo diciéndome que están mejor así que con una madre que no quiere serlo ni se ve capaz, cuya presencia les hará daño, enfrascada en el cuidado diario de los hijos, algo que no le atrae ni le interesa. Sí, sí.

Los hijos de Sky tenían más de seis años y uno era adolescente cuando ella se divorció. Contaba que durante el divorcio su marido insistió en que

los niños se quedaran con él y ella no tuvo más remedio que ceder a sus exigencias. Sky se dio cuenta *a posteriori* de que dicha decisión era congruente con su reticencia a ser madre, y que quizá no se hubiera divorciado de él si ella se hubiera quedado con los niños:

***Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años)*:**

Yo: ¿Cómo es que los niños vivían con su padre?

Sky: Yo estaba demasiado débil después del divorcio. […] Sabía que no tenía la energía para cuidar de los niños, que no sería capaz de arreglármelas, que no podría sacarlos adelante yo sola. […] Hoy lo sé, soy consciente de que en aquel momento no podía, y es cierto que… no sé cómo lo habría hecho. No sé qué habría pasado si ellos hubieran tenido que vivir conmigo. En este sentido, puedo decir que tuve suerte. ¿Cómo se dice? ¿Hay que saber de quién te divorcias? Pues en mi caso es cierto. Confío en el padre de mis hijos más que en mí misma, creo que hace su trabajo. Digamos que en esta situación no podría esperar nada mejor. Siempre intento consolarme diciendo que quizá no tuvieran una buena madre, pero creo que tienen un buen padre. Espero que en cierto modo equilibre las cosas, que ellos hayan conseguido confiar en sí mismos porque él sabe cómo hacerlo y que para él los hijos sean lo más importante. Creo que sí…, que es totalmente distinto. Tienen suerte, y yo también, pero sobre todo ellos.

Yo: ¿Cómo reaccionó la gente de su entorno ante el hecho de que los niños se quedaran con su padre?

Sky: Ese es el tema. Me imagino que la gente decía cosas. Para mí fue duro por lo que pensaba la sociedad. Se pone de manifiesto que algo no va bien, que no eres normal, cómo puede ser que abandones a tus hijos de esa manera. No es…, no es normal. Los hijos siempre se quedan con la madre y, de repente, están con el padre.

Yo no tenía energía para nada. Además, quería acabar con todo cuanto antes, así que cedí a todo. […] Y tras el divorcio sentía que había hecho lo peor que podía hacer. No dejaba de disculparme ante el mundo por lo que había hecho. Ese era el sentimiento. No hablaba mucho del tema. Por suerte, cuando iba a terapia, podía hablar de todo eso. Pero ¿hablarlo con el

mundo? Actuaba como si todo fuera bien. Así que en el fondo no se trata de renunciar a algo porque no cedí, es que no tenía elección. Es posible que si yo hubiera tenido que quedarme con los niños nunca me habría divorciado. Eso lo tenía claro. Naturalmente, no puedo decirlo en voz alta porque queda fatal. Suena espantoso, cómo es posible que una madre…

Los hijos de Jackie tenían menos de siete años cuando se separó y se quedaron con el padre después de que ella sufriera una crisis nerviosa que requirió su hospitalización. Jackie decía que era incapaz de cuidar de sus hijos, pero tampoco quería que se ocupara su marido, y prefería que los niños fueran con una familia de acogida. Eso no ocurrió y al final se quedaron con el padre.

***Jackie (madre de tres hijos, uno de entre 1 y 5 años y dos de entre 5 y 10 años)*:**

Yo: ¿Los ve?

Jackie: Una vez a la semana, durante una hora. Justo antes de que viniera usted he decidido intentar quedarme a dormir los viernes. Llevo sin dormir en casa… dos años casi, así que he decidido que me quedaría… Los niños ya van al parvulario y reclaman atención, la verdad, así que he dicho que voy a intentar ver cómo va lo de dormir una noche en casa.

Yo: ¿Fue voluntad suya verlos una vez a la semana durante una hora, o quería algo más?

Jackie: Ese es el tema, que yo no quería verlos en absoluto. Me vi obligada a ello; al principio los veía tres o cuatro horas y me cansaba y me enfadaba mucho, así que reduje las horas. Costó tiempo que mi marido estuviera conforme, que los niños lo aceptaran y la sociedad también. Por ejemplo, mi familia, salvo mi madre, me rechaza por haberme ido de casa. No entienden por qué lo hice. A mi cuñada no le cabe en la cabeza cómo pude marcharme, cómo es posible que una madre abandone a sus hijos. No aceptar el hecho de que los abandonara. Es así. […] Ahora estoy contenta. Tengo miedo de que las cosas lo estropeen.

Yo: ¿Estropearlo? ¿Cómo?

Jackie: Pues… que pierda el control, quizá, y diga que necesito volver a casa a cuidar de mis hijos. Ese es mi mayor temor. Es algo que empieza a

calar, porque, de repente, cuando me siento mejor, me pregunto por qué no vuelvo con mis hijos. […] Mire, cuando salí [del hospital], me dieron la opción de ponerlos en régimen de acogida total. Y yo realmente quería eso. Dije que merecían una madre y un padre normales. Mi madre luchó con uñas y dientes para tenerlos en régimen de acogida parcial. Ahora lo lamenta, porque ve que mi marido no cuida bien de los niños. Le cuesta.

Yo: ¿Y usted no puede cambiarlo?

Jackie: Ahora no quiere mi marido. Siente que a mí ya me ha perdido, y si da a los niños, se queda sin nada. Y tiene razón. Porque si da a los niños, yo ya no volveré a casa. Así que… yo… yo los daría sin pensármelo dos veces. Los daría. […] Mi madre dice: «¿Y si dentro de unos años te arrepientes y quieres que vuelvan, y ellos no te quieren?». Debo decir que en los dos últimos años de terapia comienzo a sentirme un poco mejor. Y… temo que quizá algún día quiera volver y me sienta mejor y todo eso.

Cada una de estas madres se alejó de sus hijos en unas circunstancias excepcionales de su vida y a la luz de las opciones a las que se enfrentaba en aquel momento. A Tirtza se le presentó la oportunidad de emigrar a otro país. Pero mientras que Tirtza fue quien propició la separación, Sky y Jackie exponían circunstancias que escapaban a su control: Sky se quedó sin sus hijos porque el padre insistió en que vivieran con él y Jackie se quedó sin sus hijos a causa de una crisis nerviosa.

Y aunque cada una de ellas tomó un camino distinto hacia la separación de sus hijos, para todas el hecho de que los niños vivan con su padre está estrechamente vinculado a su reticencia a ser madres, si bien dicha asociación puede haberse revelado *a posteriori*. En cada caso, describen a su manera la sensación de asfixia que les producía pensar en la posibilidad de seguir cuidando de sus hijos y viviendo bajo un mismo techo.

No obstante, como ya se ha señalado, la separación física no implica necesariamente dejar atrás la conciencia de ser madre: todas ellas comparten el sentimiento de que dicha conciencia sigue resonando en sus vidas aun cuando viven separadas de sus hijos. Eso entraña que son conscientes de sus limitaciones como madres, sabiendo que tomaron una

decisión pragmática, al tiempo que insistían en seguir velando por el bienestar de sus hijos (al reconocer que lo mejor para ellos era quedarse con el padre). Por mantenerse atentas al presente y el futuro de sus hijos al tiempo que se separan de ellos, los testimonios de estas madres ofrecen una interpretación distinta de la «buena maternidad» o contribuyen incluso a socavar sus rígidas directrices. Dicho de otro modo, a veces prestar atención a las necesidades de los hijos podría pasar muy bien por no vivir con ellos, pues están mejor con el padre que con la madre. Esta interpretación es sustancialmente distinta a la que hace la sociedad, la cual ha sido descrita por Diana Gustafson al referirse a una madre canadiense cuyos hijos se habían quedado con el padre: «Irónicamente, al llevar a cabo lo que ella veía como el acto generoso de una buena madre, esta mujer incurrió en lo que los demás consideraban una conducta impropia de una madre».[135]

Otro ejemplo de reacciones condenatorias por parte de la sociedad puede encontrarse en un artículo sobre la escritora Reiko Rizutto, quien decidió vivir separada de sus hijos y que estos residieran con su padre.[136] Dicho artículo planteó la cuestión de los hijos criados por sus padres —no por sus madres— en Estados Unidos, lo que causó un gran revuelo en la red, como demuestran las más de 16.500 respuestas online, la mayoría de las cuales eran parecidas a esta:

Este es uno de los ejemplos más tristes que he visto de nuestra cultura moderna enfocada hacia el yo.

¡No es más que una egoísta de mierda! ¿Quién da de comer a los niños? ¿Quién los lleva al colé? Ser padre o madre no es un trabajo del que puedas pasar porque hay otras cosas que preferirías hacer; se supone que eres responsable, que la madre y el padre son las dos personas con las que pueden contar los hijos. Lo que no menciona esa madre son los efectos devastadores que ha causado en sus hijos. Algún día los sufrirá en sus carnes.

¿Quién va a estar de acuerdo con ella? Una mujer tan estúpida no merecía tener hijos.

Una madre alemana que se había marchado de casa tampoco se vio exenta de duras críticas tras su decisión de irse a vivir sola:

Simplemente no es posible que una, como madre, deje a su familia, que no se quede con sus hijos. Te dicen que es antinatural que los hijos se críen en casa del padre. Que deberías enmendar tu error. Si no podía dejar la relación, al menos tenía que ir y quedarme con los niños.[137]

Dichas respuestas y otras similares ilustran el firme dictamen de la sociedad, según el cual una madre debe permanecer bajo el mismo techo que sus hijos y no marcharse nunca del domicilio familiar, sean cuales sean las circunstancias, pese a las dificultades y las privaciones, aunque reconozca su incapacidad o falta de voluntad para cuidar de sus hijos.

Para algunas mujeres la marcha de casa va acompañada de un sentimiento de culpa por no haber cumplido con los criterios que definen la «buena maternidad». Las madres participantes en este estudio tienen en cuenta que sus hijos pueden sentirse dolidos por su partida incluso años después, y siguen reflexionando sobre su decisión, incluso siendo esta un mal menor, ya que no pueden dar marcha atrás al reloj para no ser de nuevo madres de nadie. De este modo, aunque al separarse de sus hijos las madres arrepentidas transgredieron las limitaciones que establece el proceder maternal, la distancia que lograron poner entre sí y lo que de ellas se esperaba no bastó para desvincularlas totalmente de su condición de madre (algo en lo que habían confiado, en vista del arrepentimiento que sentían).

Tener más hijos o no

> Si estas mujeres se arrepienten de ser madres, ¿por qué tienen un segundo y un tercer hijo?

Esta pregunta, expresada por numerosos blogueros, suele plantearse en muchas ocasiones durante debates sobre madres arrepentidas. La respuesta

a dicha pregunta revela, una vez más, una variedad de experiencias vitales que no puede reducirse fácilmente: mientras que algunas mujeres no sienten arrepentimiento hasta años después y tras haber tenido más de un hijo —y por tanto el segundo o el tercero no nació bajo la presencia de dicho sentimiento—, otras deciden de hecho tener otro hijo a pesar de su arrepentimiento, y varias dejan de tener hijos debido a su deseo de no ser madres en absoluto. Tanto si siguieron dando a luz como si se abstuvieron de hacerlo, sus decisiones se ceñían a la lógica de minimizar los daños a partir de entonces, para lo que buscaron la mejor manera.

Por el bien del primogénito. En numerosas sociedades reina el tópico de que tener «solo» un hijo es forzosamente perjudicial, y por tanto inmoral para con el primogénito.[138] Como consecuencia de dicho tópico, el afán por minimizar supuestos daños implica entre otras cosas tener como prioridad el bienestar del primogénito, aun cuando la reproducción continuada se cobre un precio altísimo en el bienestar emocional de la madre. Por este motivo, por ejemplo, Maya decía que desde el momento en que fue madre, tanto daba cuántos hijos tuviera.

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista)*:**

No me ha supuesto un problema quedarme embarazada otra vez porque me he dicho que ya he caído en este pozo, así que ya que estoy aquí, lo haré bien. Una vez que tienes uno, es como tener tres, o siete. Tanto da, de veras. Una vez que eres madre, es así. […] Ya estoy aquí, y nada puede cambiar cómo me siento. Después de este espero tener más. Porque si soy…, no diré infeliz porque en otros sentidos soy feliz, pero si en este sentido soy infeliz, entonces mi familia será feliz, por las buenas o por las malas. Tendré una gran familia feliz y todo el mundo estará contento.

Así pues, ante la espada de Damocles del arrepentimiento, el punto de partida es ver *a posteriori* que el número de hijos deseados es cero, pero dado que el primer hijo ya ha nacido, eso no es posible. Es como un juego de suma cero: o eres madre o no lo eres, y si eres madre, entonces tienes

una obligación y una responsabilidad, independientemente del número de hijos implicados.

En este mismo sentido del compromiso y la responsabilidad maternales, Grace decía que, si bien no quería más hijos aparte de los dos que ya tenía, y pese al arrepentimiento que sentía, quizá tendría otro por la presión recibida en casa, ejercida por sus hijos.

***Grace (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

Mis niños quieren otro hermano. Si algún día tengo otro hijo, será solo por ellos, porque me presionan para que haga realidad su deseo. Y creo que no es bueno para ellos que no tengan otro hermano, pero para mí sí lo es, y mucho. Si algún día cedo a la presión, será solo por eso.

Grace alude a una encrucijada emocional en la vida de una familia. El hijo único (o, en este caso, los hijos «únicos») analiza su vida en comparación con sus iguales —que tienen hermanos— y manifiesta que ya está harto de estar solo. Este sentimiento de hartazgo puede contrastar con el de sus madres, que sienten que si están hartas de algo es de la experiencia maternal, y por tanto, no tienen ningún interés en tener más hijos. Así pues, las madres pueden verse en medio de encrucijadas de deseos contradictorios, y en muchos casos este conflicto se resuelve basándose en las necesidades de los hijos, pues ellos reflejan la imagen interiorizada de una familia estándar.

En consecuencia, a menudo ocurre que la maternidad sale mal: numerosas madres en general y algunas de las participantes en esta investigación tuvieron a su primer hijo porque querían uno, pero después se vieron ante órdenes estrictas procedentes tanto de dentro como de fuera, las cuales estipulaban que debían continuar procreando aunque no quisieran. Si volvemos por un instante a los distintos caminos que conducen a la maternidad, parece que las mujeres pueden tener un hijo con gusto porque así lo quieren, pero eso puede llevarlas a tener más hijos por distintos motivos, a veces a su pesar.

Una vez tomada la decisión de tener más hijos en favor del primogénito, la siguiente cuestión es el momento oportuno para tenerlos. En palabras de

algunas de las entrevistadas:

***Naomi (madre de dos hijos de entre 40 y 50 años y abuela)*:**

Tuve dos hijos seguidos porque me dije, lo que tenga que ser será; en ambos casos fue un accidente. Yo pensaba para mis adentros que era algo positivo que se llevaran tan pocos años de diferencia, así me quitaba de en medio el tema de la procreación y podía volver a lo que me interesaba de verdad.

***Grace (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

Estaba claro que tenía que tener otro hijo, porque sí. Porque no se puede tener uno solo. Al cabo de dos años y medio me dije: vale, vamos a quitarnos esto de encima.

Estos testimonios reproducen el sonido de un reloj haciendo tictac en medio del salón de una familia que desempeña su papel en la decisión de tener otro hijo o no. Afirmaciones del estilo «Vamos a quitarnos esto de encima» o «Formemos una familia enseguida» expresan un deseo de que cuanto menor sea la diferencia de edad entre los hijos, más rápido pasarán los primeros años, que podrían ser los más duros. La percepción es que cuanto antes se llene la casa, antes se vaciará. Cuanto antes deje a un lado la madre su tiempo personal en favor del tiempo familiar, antes lo recuperará. De este modo, al tener los hijos seguidos, lo que anhelan algunas de las entrevistadas es acabar con la maternidad cuanto antes, aunque al mismo tiempo perciban que se trata de una historia interminable.

Ser madre por primera vez y arrepentirse puede conducir a uno de tres caminos. En primer lugar, decidirse a tener más hijos cuanto antes a fin de limitar el período de la infancia, como ya se ha dicho. En segundo lugar, se puede optar por retrasar el momento de tener más hijos porque no se quiere cometer de nuevo el mismo error. Por último, a veces la decisión no consiste en retrasar ni en precipitar la procreación, sino simplemente en evitarla.

Aprender de la experiencia. Según un estudio del Centro de Información e Investigación del Parlamento israelí realizado en 2010 en todos los países de la OCDE, el número de hijos que las mujeres querían tener es superior al número de hijos que tienen en realidad, debido a la falta de capacidad económica o de sistemas de apoyo, entre otros motivos.[139]

Otra investigación sobre el tema señala que en ocasiones la discrepancia entre el número de hijos deseados y el número de hijos reales puede deberse a factores como la experiencia. Por ejemplo, un estudio realizado por Donna Read y otras investigadoras de tomar decisiones relacionadas con el tamaño de una familia y la reproducción continuada; las madres australianas participantes en dicho estudio afirmaban que ser conscientes de lo que les depararía el futuro y de cómo se suponía que debían actuar como madres les servía de base para decidir cuántos hijos querían. Según las investigadoras, una vez que sabían lo que significaba ser madre, muchas madres solían querer menos hijos de lo que tenían pensado en un principio.[140] La importancia de la experiencia queda bien ilustrada en Alemania, donde se observa una diferencia significativa entre las mujeres que ya son madres y las mujeres que aún no lo son en cuanto al deseo de tener un hijo: tres cuartas partes de las mujeres con pareja que no son madres desean tener un hijo, porcentaje que disminuye a menos de una cuarta parte en el caso de las mujeres con pareja que ya tienen un hijo o más.[141]

Mientras que las mujeres del estudio de Read hablaban de conmoción y asombro tras el nacimiento del primer hijo, varias de las madres participantes en la presente investigación manifestaban sentirse arrepentidas de la maternidad años después del primer parto, hasta la fecha, y por ello habían decidido no tener otros hijos.

***Grace (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

Yo: ¿Hay prácticas de este arrepentimiento?

Grace: Para mí la práctica se refleja en no tener otro hijo ahora mismo. En cuanto a lo que se supone que debe pasar [emplea un tono cínico], lo qué no se espera es que mi hijo más pequeño tenga siete años y medio y yo no tenga ya un tercero. Es un resultado directo de eso. En la práctica, se

expresa no teniendo otro hijo. […] Si me lo hubiera preguntado hace quince años, le habría respondido que quería cuatro hijos.

Rose (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años):

Yo: Antes de ser madre, ¿pensaba alguna vez en el número de hijos que quería?

Rose: Pensaba en tres o cuatro.

Yo: ¿[…] Se refleja el arrepentimiento en la práctica?

Rose: En general, no deseo tener más hijos, aunque mi marido sí que quiere.

***Liz (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Es curioso; veo a mi hijo, que me dice: «Mamá, quiero un hermanito», y yo le digo: «Eso no va a pasar», pero añado: «Ya tendrás hijos si tú quieres cuando seas mayor» [risas].

[…] No tendré más hijos. Lo tengo clarísimo. Cuando la gente me dice ahora: «No sabes lo que es tener tres», yo les digo: «No me hables de eso. Es verdad, no lo sé, ni quiero saberlo. Si tú quieres tener tres, diez o cien, adelante, que lo disfrutes». Nadie puede decirme que no sé lo que es. No caigo precisamente por eso, mira tú por dónde. […] Como soy una persona abierta y quiero imaginar otras posibilidades, he intentado imaginarme con dos, de veras que lo he intentado, desde todas las perspectivas posibles. Ni loca tendré otro. En serio. Ni hablar. Para mí es más fácil decirlo ahora porque sé de qué va. Cuesta más ser tan categórica cuando no lo has probado.

***Jasmine (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

He recogido la ropa de mi hijo del último año que se le ha quedado pequeña para dársela a mi amiga. Mi madre me dijo: «No lo hagas, puede que tengas más hijos» y yo le respondí: «Mamá, no tendré más hijos. Ya basta. No tendré más. Estoy segura».

[…] Intento no ser nunca tan rotunda, y evitar decir jamás, pero sé lo que siento, lo que siento en el proceso por el que he pasado. No quiero tener más hijos. No puedo más, no le haría ningún bien al niño.

El arrepentimiento es como un ferry temporal que traslada a su portadora de lo que era a lo que podría haber sido, la lleva a pensar en el futuro en vista de las experiencias pasadas. De este modo, lamentar la maternidad puede torpedear la imagen social según la cual tener el primer hijo debería suscitar necesariamente el deseo de tener más y ampliar la familia. En lugar de seguir la idea determinada de que «No lo sabrás hasta que lo pruebes», estas madres insisten en que, como lo han probado, ahora lo saben, y por tanto deberían aprender de su experiencia.

Sin embargo, el conocimiento adquirido y la experiencia no son aceptados por el entorno y estas madres se enfrentan de manera sistemática a opiniones que pretenden convencerlas de que cambien de parecer diciéndoles «Vuelve a intentarlo y será distinto». Dicho afán por persuadirlas refleja que, a fin de mantener el orden social, nuestra sociedad niega a menudo la existencia y el significado de la decepción, ese sentimiento que se despierta cuando algo que esperábamos o deseábamos no se hace realidad. De este modo, nuestras sociedades modernas intensifican la decepción pero al mismo tiempo nos animan a negarla para que el orden social pueda perdurar. Seguimos obligando a la gente a encajar en un patrón, queriendo darles la forma pertinente sin ofrecer herramientas para gestionar el dolor, el sufrimiento y el duelo que derivan de la decepción.[142]

Así pues, en una sociedad que no sabe cómo abordar la decepción en términos generales y sobre todo con respecto a la maternidad, a las mujeres que se niegan a seguir procreando se les dice una y otra vez que deben superarla y volver a intentarlo, hay que enmendar los errores del pasado. Dicha interpretación llega incluso a ser interiorizada por las propias mujeres, como expuso Rose:

***Rose (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

Cuando decidí tener el segundo hijo, quería que esa experiencia compensara la primera. Y el embarazo fue más agradable, me ponía ropa ceñida, hablaba de ello… Esperaba y deseaba que las cosas fueran distintas, y en parte lo fueron; mi marido me apoyaba, yo iba a terapia, quería

arreglar mi experiencia como madre. Para demostrarme a mí misma que no había fracasado, que lo había conseguido. Pensaba que lo único que necesitaba era ser más mayor, estar más preparada, pero después de la euforia llegó la verdadera batalla.

No obstante, para otras mujeres, enfrentarse a la decepción no conduce necesariamente a la reproducción continuada, sino a insistir en interrumpirla. A su modo de ver, sus experiencias pasadas, que no dejan de perseguirlas en el presente, no se pueden borrar con otro nacimiento. Su decepción, sus vivencias y conocimientos, no coinciden con las expectativas externas, con el mito de que al final se convencerán de que la maternidad es beneficiosa para ellas, de que lo superarán.

5. ¿Quién eres, mamá? Que callen o hablen las madres arrepentidas

> De esto no se puede hablar con la mayoría de la gente. Porque no lo entienden, o les parece una verdadera amenaza, o no les interesa. Se ponen rápidamente a la ofensiva. A la gente le cuesta mucho oír estas cosas. […] Puedo hablar de esto con muy pocas personas. Casi con ninguna.
>
> Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años)

En las últimas décadas se han producido cambios en la forma de hablar sobre la maternidad y las emociones que esta produce. Si bien antes la figura de la «buena madre» se erigía como el bastión que impedía a las mujeres admitir sus limitaciones en la crianza de sus hijos y llevaba a muchas a ocultar sus sentimientos, en los últimos tiempos las murallas de la mitificación se desmoronan paulatinamente. Un mayor número de madres hacen valer su derecho a expresar decepción, hostilidad, frustración, aburrimiento y ambivalencia pese a que de ellas se espera armonía y serenidad.

Estos cambios son el fruto, entre otros factores, de transformaciones más importantes que caracterizan la época actual: cada vez más grupos sociales piden tener voz como actores culturales, una voz con la que negocian su situación y sus derechos, una voz que les permite activar nuevos procesos. Hoy en día es lícito intentar modular los límites de lo expresable o no expresable. Incluso expresar sentimientos en torno a la

maternidad que denoten cierta complejidad, más allá de la pura alegría y la satisfacción, se ve como algo inherente a la experiencia de la maternidad, a sus circunstancias por naturaleza conflictivas. Sin embargo, las voces de las madres que se sienten insatisfechas, desorientadas o desilusionadas sufren todavía censura y condena.

En abril de 2013, por ejemplo, se publicó un artículo de Isabella Dutton, una madre y abuela inglesa que se arrepiente de haber tenido hijos, y recibió miles de comentarios de este tipo:

¡Qué mujer tan egoísta, insensible y desdichada! Me parece increíble y siento muchísima lástima por sus hijos, que sin duda podrían haber leído este artículo. Me horroriza imaginar lo mal que se sentirían, sobre todo si vieran esto impreso para que lo leyera todo el mundo. Es realmente espantoso y muy triste. ¿Qué pensará su marido de ella? ¡Gracias a Dios que esos niños tienen un padre que los quiere y los cuidará!

¡Qué terrible admitir algo así! ¿Por qué lo ha hecho? ¿Es que no podía guardárselo solo para usted? Pobres niños.[143]

Hay que decir que Isabella Dutton sufrió represalias por revelar su arrepentimiento sin ocultar su nombre ni su rostro. Sin embargo, debatir sobre el lamento de las madres bajo pseudónimo, tras un anonimato que evita que sus hijos lo descubran, tampoco priva a las mujeres de estar en la picota, tal como se aprecia en los comentarios que originó el debate primigenio surgido en Alemania sobre el fenómeno de las madres arrepentidas. He aquí un par de ejemplos:

¿De qué otros aspectos de nuestra vida vamos a arrepentimos también en público y a debatir por internet añadiendo un hashtag mientras nos damos un baño de autocompasión? […] Me gustaría hacer un llamamiento a todas esas madres y padres: que lleven una vida plena. No es decente echar la culpa del desastre de sus vidas a sus hijos. Es muy fácil cargar la responsabilidad de sus lamentos en el cochecito.[144]

Pero me parece alarmante decir en público […] que no volverías a tener a tus hijos si tuvieras la posibilidad de elegir y que te arrepientes

profundamente de haber sido madre. No por las madres que tengas a tu alrededor, ni por los compañeros, amigos o vecinos, sino por tus propios hijos. Porque algún día leerán estos textos y se enterarán de que su madre no los habría tenido si hubiese podido. ¿Y cómo se sentirán cuando descubran que son el mayor desastre en la vida de su madre? [145]

El hecho de que no importe si los hijos quedarán expuestos o no a la opinión pública cuando su madre realice estas declaraciones —o si lo hará con su identidad real o con una identidad falsa— implica que bajo la superficie de tales denuncias yace algo más. Reafirman viejas «verdades» sobre la maternidad que prescriben el silencio acerca de las experiencias maternales angustiosas: hablar es indecente e indica en suma que la mujer sufre alguna patología. Juzgar a madres tan «caprichosas» es síntoma de una visión tradicional y jerárquica según la cual las vivencias femeninas son menos valiosas y culturalmente inferiores. Por ende, se espera que su experiencia subjetiva —tanto como mujeres como en su faceta de madres— permanezca en silencio o por lo menos se reestructure de acuerdo con las expectativas de la sociedad.[146] A mujeres y madres se les reprocha asimismo a causa de un mantra social cada vez más extendido, en virtud del cual vivimos en una «época de queja», en una era supuestamente asolada por la epidemia de la auto— complacencia. Por consiguiente, puesto que cada vez se permite hablar a una mayor y más diversa cantidad de grupos sociales con el fin de socavar el «curso natural» de las disposiciones sociales opresivas, resulta en justicia insoportable escuchar lo que dicen estas madres sin tildarlas de «seres consentidos, insensatos y exageradamente débiles». De lo contrario, habría que aceptar que también ellas tienen motivos de queja.

Así las cosas —mientras que la ilusión colectiva es que el arrepentimiento siga siendo un sentimiento de culpa secreto de la madre, causado por un fracaso personal que no tiene nada que ver con nadie más que consigo misma—, no sorprende que las mujeres arrepentidas de haber sido madres se enfrenten a un temor tremendo a tratar el tema en el hogar, con la familia, con los amigos y en el lugar de trabajo.

Intentar hablar, ser acallada

Conocí a Tirtza en marzo de 2011, cuando me llamó para preguntarme si seguía haciendo entrevistas para el estudio. Se había enterado a través de un periódico israelí y quería participar.

Unos días más tarde fui a su casa, situada en un pequeño municipio del centro de Israel, donde vive sola. Sus hijos ya no viven con ella; tienen más de treinta años y están emancipados. Ambos han formado una familia, así que a sus cincuenta y siete años Tirtza es abuela de dos niños.

Nos acomodamos en la cocina para iniciar la entrevista y, de hecho, no hemos dejado de hablar desde entonces.

Una de las primeras cosas que me contó fue que trabaja en un hospital. A lo largo de nuestra conversación, se refirió varias veces a sus intentos de hablar sobre el arrepentimiento con sus compañeras de trabajo, pero no ha encontrado a nadie que quiera escucharla.

***Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:**

Me paso el día rodeada de bebés, padres y tratamientos de reproducción, así que me consta que muchas mujeres opinan igual que yo, pero no se atreven a sincerarse consigo mismas ni con sus seres más allegados. Comprendo la dificultad. Lo entiendo. A mí también me cuesta. Es difícil retirar las capas superficiales de lo establecido, arrancar a la paternidad o la maternidad su velo romántico cuando van acompañadas de una ideología política y social.

Casi todos mis compañeros de trabajo son médicos y no entienden qué les pido, de qué les hablo. Me consideran una especie de bicho raro, por no decir que soy una pervertida y otras cosas por el estilo. Sí, así me ven: como un bicho raro. En cuanto saco el tema, aunque sea de forma breve, todos tratan de evitarlo y huyen. Cambian de tercio e intentan contenerme rechazando lo que pienso. Mis ideas no tienen cabida en nuestro departamento. Es un departamento que hace posible y alienta los nacimientos, y mis pensamientos se ven censurados. Es una lástima, porque muchos no entienden qué hacen ni quieren entenderlo; son como avestruces que esconden la cabeza bajo tierra y se mueven impulsados por la inercia.

Hasta el día de hoy Tirtza dice que su punto de vista sobre la maternidad es motivo de marginación en el trabajo. Nadie entiende. Nadie se molesta en entender.

Este sentimiento era compartido por varias madres participantes en el estudio, que intentaban hablar sobre ello con sus maridos, amigas y otros familiares, como madres y hermanas, así como en sesiones de terapia:

***Brenda (madre de tres hijos de entre 20 y 25 años)*:**

Cuando intenté contárselo a mis amigas, me acallaron inmediatamente. «¿Y tú dices eso? Deberías dar gracias por lo que tienes.» ¡Menudo golpe!, pensé para mis adentros. No hagas mucho ruido, me dije, no vaya a ser que te ingresen en un hospital. Acéptalo y sigue viviendo esa felicidad ficticia, lleva la máscara como hacen todas y sigue la corriente. Es muy probable que algunas de ellas, si no todas, lo vivan de la misma forma pero no se atrevan a contarlo.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

La psicóloga que nos trata sabe que tengo estas fantasías [de revocar mi maternidad] pero no creo que se las tome demasiado en serio. […] Mi marido se pone hecho un basilisco; no quiere que se lo cuente a nadie. Quiere que me comporte con normalidad, como todo el mundo. […] Cuando escribí en un foro de madres en internet algo como «mi vida ha terminado» me convertí en blanco de injurias. A algunas madres les costaba oír eso y respondían con dureza. Muchas embarazadas del foro temían sentirse igual e inmediatamente después de mi mensaje abrieron otro que las animara.

El temor a verse acallada y a que su comportamiento se interprete como aberrante es uno de los motivos por los que algunas de las mujeres participantes en el estudio nunca habían intentado hablar sobre el tema antes de ser entrevistadas. Su silencio autoimpuesto se debía también a otra razón: el miedo a perturbar las vidas de sus seres queridos y el deseo de protegerlos para que no supieran nada.

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años, y embarazada en el momento de la entrevista)*:**

Mi marido no lo sabe, como no lo sabe tampoco ninguna de mis amigas. No quiero que lleve esta carga sobre sus espaldas. Si se entera, ¿qué pasará? ¿Dirá que tiene una mujer desgraciada? No me hace falta. Ya tiene bastantes cosas en la cabeza, trabaja muy duro. No lleva una vida fácil y no quiero imponerle esto encima. Así que me lo guardo para mí. No hablo de esto con nadie.

La cuestión sobre si hablar abiertamente o no del arrepentimiento que sentían y con quién hacerlo llevaba de cabeza a muchas de las mujeres. Numerosas participantes afirmaban que sí hablaban de ello en su entorno:

***Odelya (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Con mis hermanas lo he hablado de forma explícita. Saben que me arrepiento. Una vez le dije de forma totalmente inequívoca a una de mis hermanas: «Mira, tú sabes lo que pienso y cómo me siento, y si puedes echarme una mano, échamela». Y lo hace. […] Mis hermanas lo comprenden.

***Bali (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Bali: Mi madre lo sabe y mi pareja también. Saben lo difícil que me resulta, lo mal que lo paso [mientras juega y habla con su hija pequeña].

Yo: ¿Y en círculos menos íntimos?

Bali: No lo saben.

Yo: ¿Por qué?

Bali: Es difícil reconocerlo. Se considera algo…, es una vergüenza, de verdad. Me da vergüenza.

Varias madres mencionaban que la forma más eficaz de hablar de ello era valerse del humor en lugar de expresarlo con afirmaciones directas como «Me arrepiento de haber sido madre». Su forma de eludir la ignominia era reírse de su angustia para que otras madres pudieran airear también sus dificultades sin mentar siquiera la noción de arrepentimiento, o para mandar un mensaje a las mujeres que todavía no son madres.

***Charlotte (madre de dos hijos, uno entre 10 y 15 años y uno de entre 15 y 20 años)*:**

En el trabajo al principio les sorprendió. Les hacía reír un montón. Porque saben que exagero a propósito. Es mi forma de sobrellevarlo. Y me he dado cuenta de que solo cuando hablo con la gente, poniendo todas las cartas sobre la mesa, ellos se lo permiten [hablar]. De pronto, lo que ocultan les parece menos horrible. Así que lo digo abiertamente como una forma de defensa, como para protegerme y proteger a mis hijos.

***Odelya (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Yo: ¿Con quién se siente cómoda hablando de esto?

Odelya: Con las chicas que estudian conmigo. Son más jóvenes y sienten mucha curiosidad cuando me preguntan cómo puede ser que me sienta así. No lo entienden.

Yo: ¿Y usted qué les dice?

Odelya: Que si hubiese tenido en su día los conocimientos que tengo ahora, probablemente no tendría hijos. Y cuando ellas hablan de tener niños, les digo: «Esperad. No tengáis prisa». Se lo digo siempre. A veces con otras personas me abro y siento ganas de decir algo, pero luego me detengo porque sé que será mejor no cruzar esa línea, ya sabe…

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Tengo mucho cuidado con quién hablo de según qué, pero en realidad no me escondo. Es curioso porque, cada vez que hablo con alguien que no quiere ser madre, enseguida la animo y le digo que está muy bien, que la apoyo. Que me parece acertado.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

Siempre tanteo el terreno antes de lanzarme a hablar. Ahora puedo expresarme con total libertad porque eso es lo que persigue usted, y aunque piense algo de mí, no me lo dirá. Y está en una situación distinta porque no es usted madre. Si lo fuera, lo cotejaría de inmediato con su situación. A los padres les resulta muy estresante oír hablar de ello. ¿Lo entiende?

No se lo diré al primero que pase. Una vez que he comprobado el terreno y veo que es propicio, lo digo, y entonces me lo aceptan como cualquier otra opinión. Luego me hablan de sus parientes sin hijos. Lo hago cuando mi marido no está porque le molesta que hable de ello. Y le comprendo, porque si yo disfrutara de mis hijos como lo hace él y mi cónyuge dijera que no los quiere, a mí también me costaría aceptarlo.

Unas semanas después de quedar con Tirtza para la entrevista, recibí una carta larga y detallada de su puño y letra. En ocho páginas trataba de explicarme otros pensamientos que había querido compartir conmigo durante la entrevista pero no había podido:

Al tratar de escribir (o, mejor dicho, de organizar mis pensamientos) y explicar mi respuesta personal de arrepentimiento por haber dado a luz a dos hijos, me doy cuenta, naturalmente, del modo en que las palabras reducen, debilitan y desplazan la dolorosa verdad. Pero no existe ninguna otra forma de comunicarse que no sea con palabras (no la hay, ¿verdad? ¿O sí? Tal vez bailando). Las palabras hacen que el precio más insoportable sea soportable.

Estas palabras, con las que las mujeres buscan una forma de hacer frente a una postura emocional que puede resultar un tormento y que socialmente se percibe como peligrosa, se intensifican cuando se trata de abordar el tema con los hijos.

¿Lo saben los hijos?

Durante los últimos ocho años he estudiado el arrepentimiento de algunas mujeres por haber sido madres y constantemente me he preguntado si lo comentan con sus hijos. Aunque, como veremos, la respuesta es mucho más compleja que «sí/no», lo que más me intrigó fue descubrir que quien lo pregunta casi ansia recibir una respuesta negativa. No hablan sobre ello en

casa porque se considera el peor de los males, una prueba definitiva de lo malas madres que son, a veces incluso peor que el hecho de arrepentirse de la maternidad en sí. El único guión que suele acudir a la mente en este terrible asunto es uno en el que una madre espeta a sus hijos —con una mirada de odio y en nombre solo de sus necesidades más egoístas— que se arrepiente de haberlos tenido porque le han arruinado la vida, sin tener en cuenta cómo puede afectar eso a ellos y a sus relaciones familiares.

Este único guión predominante se insinúa en las siguientes palabras de preocupación:

> Nadie debería oír de boca de su madre que no es querido. Es cruel, injusto e inhumano.[147]

Dicho guión bien podría percibirse en la realidad. La hija de una mujer que se arrepiente de su maternidad lo describió con esta profundidad:

> No es nada fácil después del parto reprochar a los hijos su existencia en la vida de las madres. No solo hace falta valor para hacerlo sino también una gran dosis de frialdad emocional, como ocurre con los trastornos de personalidad. Aunque ruego a Dios que esos niños nunca oigan lo que sus madres dicen sobre su existencia, estoy segura de que todos ellos sienten que no son queridos, que no deberían estar aquí, que no deberían vivir para que mamá se sintiese mejor.
>
> […] Yo tuve una de esas madres. Una madre que me culpaba incluso cuando era pequeña por la vida que no había podido vivir, que me gritaba: «Si no estuvieras aquí, mi vida habría sido distinta, ahora sería feliz». En aquella época sus palabras me hacían desfallecer y suponían para mí una carga que aún hoy en día trato de aliviar. Me llevó mucho tiempo comprender lo dolida que estaría mi madre y lo desvalida y desfallecida que debía de verse para sentirse de esa forma. Ahora comprendo lo inmadura que era cuando me concibió…[148]

No puedo ni deseo pasar por alto este doloroso relato de una mujer-hija que cargaba con el sufrimiento de su madre sin tener culpa alguna. Sus palabras deben ser escuchadas, y bien alto. Sin embargo, otros guiones

pueden fundarse en toda una gama intergeneracional de posibilidades, las que constituyen las relaciones entre madres e hijos. Así puede verse en las siguientes palabras de una hija cuya madre se arrepiente de haberla tenido:

Cuando tenía unos doce años, mi madre me dijo que se arrepentía de haberme tenido. «Espero que te lo pienses bien antes de tener hijos —me dijo aquella cálida mañana de verano—. Si tuviera que hacerlo otra vez, estoy segura de que no tendría hijos.

¡Uf!

Con doce años, sus palabras me dolieron. No tenía ni idea de qué quería decir ni por qué lo decía. ¿Realmente deseaba que nunca hubiese nacido? Hasta ahora, que han pasado veinte años y tengo tres hijos, no he comprendido lo que quería decir. No es que no me amara. No es que deseara no tenerme. Es que sabía que cuando te conviertes en madre tu vida nunca más vuelve a ser solo tuya.[149]

En el delicado brete que constituye el dilema de si decir algo o no, las madres pueden perder los papeles; quizá por sentirse emocionalmente confusas o por cualquier otra de las muchas razones posibles, y no necesariamente debido al deseo de reprocharles algo a sus hijos (dejando a un lado la cuestión de su bienestar).

La catedrática británica australiana Sara Ahmed proponía comparar la confusión social y emocional con el hecho de entrar en un cuarto oscuro o acceder a una habitación con los ojos vendados: si conocemos la sala porque hemos estado allí antes, podemos alargar los brazos, buscar objetos a tientas y determinar qué tenemos delante. Estar previamente familiarizados permite ubicarnos en el espacio. Pero si no conocemos la sala, puede que los objetos que intentamos asir no nos ayuden a orientarnos. No saber más sobre aquello que tenemos delante puede producirnos desconcierto e impedirnos decidir hacia dónde ir. Por consiguiente, estos momentos de desorientación son necesarios porque es justo entonces —cuando estamos «fuera de los límites habituales»— cuando dudamos de la idea de la vida como una línea recta. Es una experiencia reveladora: tal vez el suelo que pisábamos era inestable. Por otra parte, esos son los momentos

que permiten el acceso de nuevos esquemas mentales a nuestra imaginación.[150]

Sin directrices externas sobre adonde acudir cuando sienten arrepentimiento y al mismo tiempo desean hacer las cosas bien, muchas madres andan solas, pueden creerse perdidas en una sala oscura donde no hay puntos de referencia. Deben abandonarse a la exploración conjetural, sopesar las posibles formas de avanzar… en un guión que no existe. Como veremos seguidamente, todas las madres participantes en este estudio intentan buscar su propia solución al dilema: manifestar o silenciar su arrepentimiento; expresarlo de forma explícita o hablar de él indirectamente, reparando en las dificultades que entraña la maternidad, valorando si merece la pena, planteando incluso la posibilidad de que se pueden no tener hijos.

Para proteger: silenciar el arrepentimiento

Para algunas de las madres participantes en el estudio, la decisión de no hablar con sus hijos sobre sus experiencias de maternidad y arrepentimiento radica en un triángulo de deseos: proteger a los hijos, proteger su vínculo con ellos y protegerse a sí mismas.

***Sophia (madre de dos hijos de entre 1 y 5 años)*:**

¿Por qué no he participado en el foro? [El foro de internet israelí «Mujeres que no quieren hijos»] Lo he tenido en la punta de los dedos muchas veces, pero […] me da miedo que cuando crezcan lo lean en el foro. Esta idea me aterra. Claro que puedo utilizar un nombre falso, pero me aterra que descubran que no los quería. Y claro que lo saben, los niños lo saben todo. Me leen el pensamiento, todo lo que yo paso lo pasan conmigo. Son sensibles a estas cosas. Pero no me gustaría que lo leyeran. Lo cierto es que si no tuviese hijos, ahora estaría escribiendo un libro de aúpa, un artículo en todos los periódicos. Lo haría saber sin tapujos y diría que este

fenómeno también existe. Sin embargo, me da muchísimo miedo herir a mis hijos.

***Brenda (madre de tres hijos de entre 20 y 25 años)*:**

No tengo ningún problema [en que cite sus palabras], hágalo de la forma que mejor le parezca, con la condición de que firmemos un acuerdo sobre la confidencialidad real de los detalles que le daré. […] No quisiera que mis hijos leyeran jamás que si mamá hubiese podido elegir, no habría tenido a ninguno de ellos y que, al mirar atrás, se arrepiente, aunque sea más que nada solo porque hace años que no tienen padre. ¿Cómo se sentirían esos hijos después de que su padre les diera la espalda y su madre supuestamente no les quisiera? ¿Puede imaginarse el panorama?

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Yo: ¿Conocen las personas más cercanas a usted su sentimiento de arrepentimiento? ¿Lo sabe su familia?

Carmel: Mmm… Tal vez lo sepan, lo he soltado alguna vez, pero no suelo hablar con ellos de estas cosas. Lo sabe mucha gente. No lo oculto, la verdad. Tengo mucho cuidado con quién hablo de según qué, pero en realidad no me escondo. Es curioso porque, cada vez que hablo con alguien que lo dice, enseguida la aliento. Le digo: «Bien, muy bien. Sigue con esa idea». Es realmente curioso. Corro a animarla.

Yo: ¿Se refiere a alguien que no quiere tener hijos?

Carmel: Sí.

Yo: ¿Y qué le dice?

Carmel: Que está bien, que la apoyo. Que me parece que tiene razón.

Yo: ¿A Ido [su hijo] también le dice eso?

Carmel: No, no. No tendría ningún sentido. Sí que le digo que estoy contenta de no tener más, pero no le he dicho, mmm… Puede que alguna vez le haya dicho que hoy día no tendría hijos por cómo están las cosas en Israel o algo por el estilo, pero no se lo he dicho nunca ni se lo diré. ¿Para qué? No hay ninguna necesidad. No hay ninguna necesidad.

Además de la cuestión de a quién protegen los secretos y los silencios, está el tema de frente a qué protegen. Algunas madres como Sophia, Brenda y Carmel han decidido que como parte de su relación maternal no deben hablar con sus hijos sobre su experiencia de maternidad ni su arrepentimiento, ni por ahora ni nunca, con el fin de protegerlos de saber algo que se considera dañino y destructivo, y por lo tanto superfluo.

Tras esta decisión se encuentra la idea de que, ante los hijos, tal vez cueste establecer algunas diferencias. Las que existen entre arrepentirse de la transición a la maternidad y arrepentirse de los hijos, por ejemplo. O entre arrepentirse de la transición a la maternidad y amar a los hijos. O las que separan un dicho general del tipo: «Al contrario de lo que se nos dice, la maternidad no vale la pena» y la proposición concreta «Me arrepiento de haberte tenido a ti». Al faltar dicha distinción, el arrepentimiento puede significar para los hijos ambas cosas a la vez. Los lamentos de su madre probablemente serán interpretados como una queja directa sobre sí mismos, de modo que el descendiente quizá no pueda evitar sentirse como alguien a quien su propia madre no quiere en este mundo. Además, este conocimiento puede conducir potencialmente a los hijos a sentir culpa y temor por el hecho de haber provocado —con su carácter y comportamiento— la postura emocional a la que han llegado sus madres, sin admitir siquiera la posibilidad de que sean la transición a la maternidad y la propia maternidad las causantes.

Incluso en caso de que no exista el miedo a generar en los hijos un sentimiento de culpa por su carácter o comportamiento, sí se teme a veces que de un modo u otro los hijos puedan llegar a vagar por el mundo sintiéndose los causantes del sufrimiento y dolor de sus madres por haber nacido, que lleguen a pensar que les han estropeado la vida. Es una percepción compleja que a menudo conduce a otro miedo, el de destruir el propio vínculo con los hijos, tomados estos como seres humanos. Es un vínculo que para la madre puede resultar muy valioso, a diferencia de la noción de maternidad, que puede tener poco o nulo valor para ella.

Este vínculo entre madres e hijos suele establecerse mediante un conocimiento desigual del otro: mientras que se aguarda que las madres lo sepan todo sobre sus hijos, estos no tienen por qué saber mucho acerca de ellas. Según estas «leyes de la irrelevancia»,[151] conocer bien a las madres

(su universo emocional y sus ideas como personas) suele considerarse una carga, un peso que debe evitarse. Como dice Carmel: «No hay ninguna necesidad». Las madres son menos valoradas y, por consiguiente, se espera que guarden silencio o se recompongan, si lo necesitan, en la medida de lo que dicte su cultura. Una cultura que tiene dificultades para ver a las madres como seres humanos que existen por separado y fuera de su relación con los hijos. Una cultura que estructura las relaciones materno-filiales desde un buen principio, dirigiendo la atención completamente hacia el niño, sin esperar que la madre exista como alguien con sus propias necesidades y deseos. Para Carmel, por ejemplo, sentir arrepentimiento es algo que puede hablarse en público, pero no en casa. Así, en su deseo de proteger a sus hijos, algunas madres como ella diferencian claramente entre «el ámbito privado», donde guardan silencio, y el «ámbito público», donde se sienten más libres para hablar. Con ello, no hacen sino asumir el dictado de que en el hogar deben adaptarse por completo a las necesidades de los hijos, incluso cuando son adolescentes o adultos.

Además del deseo de proteger a los hijos y de no poner en peligro su relación con ellos, la protección que se ofrece silenciando el arrepentimiento tiene otro aspecto para las madres: protegerse a sí mismas.

***Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela)*:**

Me cuesta acercarme a mi hijo y decirle: «Lo siento, creo que me equivoqué, no debí haberte tenido y todo eso; Soy una mala madre, no quiero ser madre, no me interesa, me aburre, le resta sentido a mi vida por esto y me molesta por aquello»…, pero es la verdad. Y la verdad es que no puedes dar marcha atrás al reloj.

No he hablado de esto con mis hijos pero estoy segura de que son conscientes de ello. Muchas veces pienso que antes de morir debo escribir una carta, aunque me plantea un dilema: ¿para qué? ¿Escribirles para decirles que siento no haber sido una buena madre, que no me entregué a ellos, que les oculté esto, que no tuve paciencia, que no me interesaba lo que me contaban, ni todos sus juegos y canciones?

Tirtza se debate entre la idea de que hablar con sus hijos sobre el arrepentimiento es innecesario y la de que hacerlo tiene sentido porque eso les permitirá conocerla. Por el momento, permanece entre el ocultamiento y la revelación mientras evita que sus hijos la vean tal como es, una mirada que puede ser severa y servir para tildarla de «mala madre» por desviarse del «camino correcto». Estar entre dos aguas le permite no quedar al descubierto; opta por su «derecho a permanecer en silencio» como deseo de autodefensa.

A diferencia de Tirtza, que relaciona el hecho de hablar sobre arrepentimiento con el hecho de confesar ser «mala madre», Carmel establece un vínculo entre el arrepentimiento que siente por haber sido madre y la naturaleza de su maternidad para ella y para su hijo:

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Personalmente, hoy sé que no debería haberlo sido [madre]. No porque no haya actuado como debía ni nada de eso. Soy una madre increíble e Ido lo corroboraría en cualquier momento.

Por tanto, para aquellas mujeres participantes en el estudio que consideran que cumplen los criterios suficientes para definirse como «buena madre», silenciar su arrepentimiento ante sus hijos puede servirles de mecanismo de autodefensa para que no se las tache de «mala madre», una etiqueta que no se ajusta a su maternidad, ya que radica en un supuesto según el cual una «mala postura emocional» refleja de forma necesaria y generalizada una «mala conducta».

A diferencia de las madres que están decididas a no hablar sobre su arrepentimiento, otras toman una decisión distinta por el mismo motivo: la protección. Es decir, los mismos criterios de protección que pueden hacer que una madre guarde silencio delante sus hijos sobre su arrepentimiento por ser madre pueden hacer que otra lo hable con ellos o desee hacerlo.

Para proteger: sentirse responsable de que lo sepan

***Susie (madre de dos hijas de entre 15 y 20 años)*:**

Susie: ¿Cree que se sienten cómodas con mi opinión? Porque yo hablo con ellas sobre este tema.

Yo: ¿Qué les dice?

Susie: Les digo que si… No recuerdo cómo, esta semana mi hija me preguntó, mmm… «Si pudieras viajar en el tiempo, ¿no tendrías hijos?» Y le dije que no. […] Le dije que no. Ahora no puedo dormir por las noches. Esta preocupación me vuelve loca.

Yo: ¿Quiere decir por si sus hijas le dicen más adelante que no desean tener hijos?

Susie: Les digo que no es necesario tener hijos.

***Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)*:**

Yo: ¿Cree que algún día hablará con sus hijos sobre este tema? Debra: En cierto modo, ya lo trato con ellos. No puedo ir y decirles «Me arrepiento de haberos tenido» porque considero que ningún hijo debe oír eso jamás. Pero sí que les digo, sobre todo a mi hija mayor, que no deseaba ser madre. Eso lo sabe. Me lo ha oído decir. A veces incluso me lo reprocha: «Oh, tú no me quieres. No querías tener hijos». Y entonces le digo: «Tienes razón, no quería tener hijos, pero os tengo y os quiero muchísimo. Hay una diferencia abismal entre esos dos mundos y cuando seas mayor, tú decidirás».

***Rose (madre de dos hijos, uno de entre 5 y 10 años y uno de entre 10 y 15 años)*:**

Estoy segura de que en algún momento mis hijos necesitarán hablar con su madre —por lo menos para saber mi opinión y conocimientos— sobre lo que significa ser padre. Y la legitimidad de optar por no tener hijos.

De una forma u otra, algunas mujeres deciden hablar con sus hijos sobre su experiencia maternal y su arrepentimiento o se plantean hacerlo en el futuro. Interpretan de una manera diferente el concepto cultural de protección y cuidado por parte de los padres: para ellas, silenciar su experiencia subjetiva en torno a la maternidad es lo que puede poner en peligro a sus hijos y a ellas mismas. Por consiguiente, tanto para protegerse como para proteger a sus hijos deben compartir con ellos esa angustia que puede acompañar la maternidad y la idea de quizá no valga la pena.

***Jasmine (madre de un hijo de entre 1 y 5 años)*:**

Yo: ¿Cree que se lo comentará algún día?

Jasmine: ¿A Shay? Sé que voy a hablar de este tema con él. Verá, leo muchos libros sobre ser padres, para adquirir herramientas, y una de las cosas que dicen es que hay que compartir. Incluso aunque tenga solamente dos años. Así que antes de que se acueste y todas las mañanas le dedico unos minutos: comparto con él mi tiempo. Le comento cosas. Le cuento muchas cosas sobre mis sentimientos. […] Tengo fotos enormes de mi embarazo, son impresionantes. Tengo una con una barriga inmensa y, sentados en mi dormitorio, le digo: «¿Sabes una cosa, Shay? Hace apenas dos años tenía contracciones». He comenzado a compartir con él este tipo de cosas. Establecí una conversación en la que solo hablaba yo, pero él seguía sentado, escuchándome, y le enseñé una foto de cuando estaba en mi vientre y le describí todo lo que sentía, lo duro que fue el parto y qué pensaba de él al principio, y cómo poco a poco comencé a amarlo, porque es encantador. Realmente hablo con él, y es algo que creo que debo hacer. Mi madre también nos crió de esta forma. Me dijo cosas que ella sentía que no me gustaba oír y pienso que eso me hizo ser quien soy, algo que está bien. No hay que apaciguarlos. Yo no lo apaciguo, es mi hijo, no soy su amiga y no […] creo en fronteras claras sino en revelaciones completas. Creo firmemente en ello. Aunque en la práctica a veces es difícil aplicarlo.

***Maya (madre de dos hijos, uno de entre 1 y 5 años y uno de entre 5 y 10 años y embarazada durante la entrevista)*:**

Mire, en principio siempre pienso y me digo a mí misma que cuando mi hija sea lo suficientemente mayor, se lo contaré. […] Aunque, repito, no

puedes anticiparte. Tal vez ella desee tener hijos, los tenga y todo vaya bien. Pero sé que mi peor fallo sería que tuviese hijos y se sintiese como yo; ese sería el mayor de mis fracasos. Sabría que habría fallado, ¡menudo éxito, si viviese su vida sintiéndose como me siento yo!

Con estas palabras de preocupación Maya ilustra un tipo distinto de responsabilidad hacia su hija, una responsabilidad en la que en general no se repara: «preparar a los hijos para la vida» como uno de los fundamentos esenciales de ser madre o padre. Se espera que los progenitores enseñen a sus hijos «cómo funciona el mundo» para permitirles participar en él y ser bienvenidos en la sociedad. Para inculcarles un sentido de pertenencia.

A menudo, esta orientación se logra enseñando a los hijos a repetir lo que hace el resto de la sociedad, incluido lo que hicieron sus padres si les funcionó. Por otro lado, la preparación para la vida puede incluir exactamente la postura contraria: guiar a los hijos para que no repitan los errores que cometieron sus padres.

Casi en cualquier otra esfera de la vida sería comprensible e incluso bienvenido que los padres pidieran a sus hijos cautela, desear que no resulten heridos: «Cuidado. Ve por el otro lado». Excepto en el tema del matrimonio y de la paternidad: por mucho que los padres puedan sentir que se equivocaron o que sufrieron decepciones tras vivir un divorcio o los efectos de una alienación parental, por ejemplo, parece que la mayoría de ellos seguirían alentando a sus hijos a buscar pareja y ser padres no solo en nombre del amor sino también en nombre del supuesto social que dicta que debe seguirse un «camino de vida natural». De este modo, se perpetúan tradiciones de fertilidad entre generaciones en nombre de un trazado lineal que debemos recorrer todos, pasando de forma natural de un estadio vital al siguiente. Según este supuesto, los chicos y las chicas «crecen» en una misma dirección, que los guía naturalmente a desear casarse y ser padres, incluso aunque no lo deseen todavía.

En oposición a dicho supuesto, la teoría *queer* sugiere que la propia infancia es una experiencia mucho más diversa puesto que los niños no «crecen» de una forma recta y lineal sino «lateralmente». Los niños pequeños no sienten vergüenza de jugar y descubrir su cuerpo, y en las primeras etapas de la vida se imaginan que pueden ser quienquiera y lo que

quieran: en su imaginación pueden ser bomberos, astronautas o viajeros. Para ellos todo es posible. Incluso los adolescentes, que cuando van en grupo o se encuentran entre iguales no es raro que tiendan por vergüenza a la asimilación, sí se siguen rebelando a menudo contra las prohibiciones de los adultos y plantean muchas preguntas desde un punto de vista de desconocimiento inicial sobre «cómo funcionan las cosas».[152]

Y es precisamente porque los niños no muestran una tendencia natural a ir en una sola dirección por lo que se considera que necesitan ser «asimilados» o «enderezados» para que puedan desarrollarse en la dirección «correcta»: «Si ya para empezar fuéramos todos normativos y heterosexuales en nuestros deseos, orientaciones y formas de ser, seguramente no necesitaríamos esta severa orientación de los padres que nos condujera a nuestros destinos comunes de matrimonio, crianza de los hijos y reproducción heterosexual.»[153]

Es decir, el hecho de que se crea firmemente que los niños necesitan orientación y un empuje intensivo hacia «la línea recta» o «lo normal» es una prueba de que son anarquistas, desordenados y no controlan el tiempo, y por lo tanto se pretende «inclinarlos» hacia esos caminos que tienen delante y no otros. Eso significa que los niños solo se decantan por las opciones que se les ofrecen en su entorno inmediato; van hacia todo aquello que les ofrecemos, hacia cualquier cosa «familiar» que tengan «lo bastante cerca» o cualquier objeto que esté justo frente a ellos en los reinos de la feminidad, la masculinidad, las identidades sexuales, el matrimonio, el embarazo y la crianza de los hijos.[154]

Algunas madres pueden rechazar o sopesar si rechazar los argumentos a favor de orientar a los niños de esta forma creando un diálogo intergeneracional distinto, diálogo que pretende proteger a los niños con el deseo de que no repitan sus errores, como decía Maya. Por consiguiente, al hablar de lo que implica ser padres en general y del arrepentimiento que sienten en particular, muestran a sus hijos caminos distintos, que discurren contrariamente a la «línea recta» de la heteronormatividad y la promaternidad.

***Debra (madre de dos hijos de entre 10 y 15 años)*:**

Cuando habla [su hija], habla de tener a un hombre a su lado algún día. En cuanto a los niños, dice: «Si tengo hijos o nietos…», me gustó mucho que dijera «Si». Considero que soy una buena madre y esto es una prueba más de que es así. Soy una buena madre que dejo disfrutar a mis hijos de su derecho o la capacidad de examinar las cosas, de asimilarlas y decidir por sí mismos. Y creo que esto es un regalo que todo el mundo debe dar a quienes tienen a su alrededor, sobre todo a los hijos.

Así que, si eso es lo que cuenta, me considero la mejor madre del mundo. Por la idea que tengo yo del mundo. Me encanta que mi hija —cuando hablamos de estos temas— también desee poner un interrogante en cosas supuestamente muy claras y primordiales. De modo que me gusta mucho. ¿Y, sabe una cosa? Ni siquiera espero tener nietos, si sigo proyectando esto.

Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela):

Tal vez parezca extraño pero antes de que mi nuera, la mujer de mi hijo, diera a luz a su primer bebé, le compré el libro *Nacemos de mujer* [de Adrienne Rich] para que se lo leyera. No sé si llegó a leérselo. Cuando se lo di, lo que tenía en mente era transmitirle el mensaje sobre qué es la maternidad, qué son los hijos, cuál es la política de la paternidad y de la maternidad. Cuál es el precio que deberá pagar el resto de su vida.

Aparte de adquirir un libro para intentar mandar un mensaje, Tirtza todavía no ha decidido —no lo había hecho en el momento de la entrevista ni lo ha hecho hasta la fecha— si hablaría de forma directa con sus hijos sobre su experiencia como madre y su arrepentimiento por haberlo sido. En la carta que me mandó tras la entrevista continúa reflexionando sobre la idea de no seguir el único camino que nos marca la sociedad:

Debemos inculcar a nuestros hijos, si finalmente los hemos tenido (en especial las mujeres), que es importante y necesario matar todas las vacas sagradas, todos los «valores», ideologías y autojustificaciones con las que nos hemos criado. Debemos comprobar en qué punto seguiremos cayendo en las redes de los estereotipos y del conformismo, en qué momento nos mentimos a nosotras mismas y ocultamos la verdad a nuestros propios hijos

y nietos. Debemos comprobar con la precisión de un cirujano los eufemismos que se han convertido para nosotras en algo «normal» y «natural», como los mensajes que rezan «los hijos son una alegría», «son una bendición», «nos unen lazos de sangre» o «la familia es lo primero». Si no somos cautas ni conscientes del poder destructor de estos eufemismos, se convierten en parte de nuestro ADN social y cultural, y nos convencemos de que deberá ser así toda la eternidad.

No es ningún delito expresar remordimientos por haber tenido hijos. […] El delito es no decirnos la verdad a nosotras mismas y a aquellos a los que hemos parido. Es un delito morir y no desvelar un oscuro secreto que no puede contarse, escribirse ni revelarse.

Tirtza esboza entonces una herencia intergeneracional alternativa según la cual parte de la obligación de los padres es introducir otras experiencias que no dirijan necesariamente a sus hijos hacia la «línea recta». No obstante, las implicaciones que eso pueda tener para sus hijos, para ella misma y para su vínculo con ellos, si introdujera una imagen distinta de sí misma, siguen siendo inciertos y suscitan dudas sobre qué camino seguir.

> No veo razón para escribir sobre todas estas cosas, pero debo hacerlo. Tal vez escriba al respecto. Sigo debatiéndome entre si es importante que sepan quién soy y qué pienso, que conozcan mi postura con respecto a la maternidad, la paternidad y los hijos. Todas esas cosas.

El cauto tanteo entre el deseo de continuidad y ruptura a un mismo tiempo nace de pensar repetidamente en las posibles consecuencias de hablar o callar sobre el arrepentimiento. Mientras que muchas madres pueden optar por guardar silencio como un acto de protección que afecte a múltiples facetas, tanto el hecho de que callen como la incapacidad para contar su historia puede salirles caro.[155]

Un alto coste en su relación consigo mismas, en primer lugar. A fin de permanecer en el angosto camino que define la «buena maternidad», las madres que entrevisté decían que siempre se vieron en la tesitura de crear relatos tangenciales sobre sus vivencias, de filtrar algunos elementos de sus

propias vidas. Las expectativas las empujaban a elaborar versiones parciales, que solo incluían lo que estaba aceptado narrar, con objeto de ser consideradas mujeres y madres moralmente íntegras. Se les pedía que expresaran solo aquellos aspectos que despertasen empatía y reconocimiento, aquellas partes que se «permite» conservar, pero que cribasen, aislaran y desecharan las que no encajasen en el sistema hegemónico.

El deseo de salvaguardar a los hijos de los relatos y sentimientos de las madres por medio del silencio no es infrecuente. La literatura, tanto la popular como la académica, refleja numerosas situaciones en las que las madres no pueden narrar su historia desde su propio punto de vista, tanto por falta de palabras como por la dificultad de imaginar cómo podría esta no vulnerar algo que aprecian. Incluso bajo circunstancias vitales que apenas les dan tregua, lo que quieren es proteger el bienestar de sus hijos y a mantener a flote su vínculo con ellos:

En una de las mejores colecciones de ensayos que he encontrado sobre la decisión de ser madre, *¿Por qué tener hijos?*, los editores dicen que buscaron a madres cuya maternidad no las hiciese felices. Y las encontraron, pero no lograron que escribiesen nada. Las madres insatisfechas temían herir a sus hijos si reconocían lo poco que les gustaba la maternidad. ¿Y las madres que han tenido hijos contra su voluntad? ¿Están en situación de quejarse? De nuevo, no lo están: a sus hijos les haría daño saber que no fueron deseados.[156]

Ante este panorama, cuesta encontrar a una madre sin una historia que vulnere de una u otra forma la manera en que ella y su comunidad definen cómo debe pensar, sentir y actuar la «buena madre». Cuando esto sucede, consciente o inconscientemente, muchas mujeres se sienten presas, atrapadas entre un autorretrato que se corresponde con su experiencia y otro que es aceptable.[157]

En su relación con los hijos siguen pagándolo caro. Cuando las madres no comparten sus experiencias con los hijos por considerarse inaceptable, se priva a estos de conocer aspectos fundamentales de sus madres, elementos

de los que podrían aprender. Se les niega la posibilidad de verificar si la transición a la maternidad es solo una consecuencia de las expectativas sociales y culturales, y no necesaria o exclusivamente el resultado de que siguieran su instinto natural; y las madres que no comparten estos aspectos se ven privadas de distintos tipos de relaciones en la red familiar.[158]

Proteger a los hijos retractilando la historia de forma que cuadre con las expectativas de la sociedad puede significar que los niños no puedan llegar a conocer a sus madres como personas que examinan, piensan, evalúan, anhelan, desean, sueñan, recuerdan, lamentan, imaginan, valoran y deciden. De esta forma, las madres pueden verse ante los ojos de la sociedad, de la familia y ante sus propios ojos como personas sin rostro o con un rostro oculto, como describió de forma tan hermosa Luce Irigaray: «Te miras en el espejo. Y ves ya a tu propia madre en él. Y pronto a tu hija, ya madre. Entre las dos, ¿quién eres tú? ¿Qué lugar es solo tuyo? ¿En qué cuerpo debes meterte? ¿Y cómo dejar ver tu rostro, más allá de toda máscara?».[159]

Así pues, incluso si, como afirmaba Sophia, «los niños lo saben todo» o, como decía Tirtza, «no he hablado de esto con mis hijos, pero estoy segura de que lo sienten», parece que, en su mayor parte, los niños no oyen críticas directas y explícitas sobre las maneras, motivos y circunstancias por los que sus madres fueron madres ni tampoco sobre su experiencia materna subjetiva.

En su relación con la sociedad también pueden pagarlo caro. Si las madres tienden a no contar su historia sin que esta pase por un filtro social, ninguno de nosotros conocerá jamás historias más completas sobre la maternidad. Esto supone que silenciar partes del relato influye en esos acuerdos sociales que niegan a las mujeres el derecho a responder como les parezca conveniente, siendo ellas las propietarias de sus conocimientos.

En conclusión, ¿cómo son la responsabilidad y los derechos de las madres? ¿Qué implica su compromiso para con sus hijos como seres humanos, para sí mismas como seres humanos y para el futuro de ambos? Puesto que este futuro es incierto, y por lo tanto también incontrolable, todas las mujeres deben encontrar su propia forma de gestionar el tema en torno a si hablar con los hijos sobre su arrepentimiento o no hacerlo, si

callar humildemente y contemplar con cariño cómo se desarrollan o hablar del tema, y expresar su postura.

Dichas preguntas, así como la variada gama de respuestas ofrecidas por las madres, tienen un denominador común, el deseo constante de mejorar cuanto sea posible las realidades vividas por mujeres, chicas y chicos. Sin embargo, el fondo de la cuestión seguirá estando abierto.

6. Madres-sujetos: investigar el estado de las madres por medio del arrepentimiento

NO debemos detenernos en lo irremediable. Lo hecho, hecho está.

Lady Macbeth

En la obra de Shakespeare del mismo título lady Macbeth dicta sentencia. Se me permitirá que discrepe. Lo hecho no está hecho y las dificultades de las madres, en este caso, no deberían pasarse por alto. ¿Qué debería hacer la sociedad? El remedio podría consistir, entre otras cosas, en escuchar de veras a la madre arrepentida y atender sin tapujos las connotaciones más amplias que puedan surgir de esa manifestación. Es el quid de la cuestión: cuando una forma de pensar alternativa entra a formar parte de la vida humana, no habla solo de la alternativa misma sino de las otras formas de pensar habituales, de conceptos que se dan por supuestos y en los que nos apoyamos a menudo sin ser siquiera conscientes.

La maternidad arrepentida nos sirve para tratar esta cuestión, puesto que no solo vincula lo hecho con sus consecuencias (a nivel personal, en el caso de las madres que lamentan haberlo sido), sino que también indica algo que está en el nivel de lo general, nos enseña que contemplar el pasado con los

ojos abiertos es fundamental para analizar percepciones y acuerdos sociales. Nos permite reconocer que la mirada retrospectiva es esencial si se tiene en cuenta que la exigencia de no mirar atrás puede servir como instrumento de control social.[160] No tener una visión general que nos ubique en relación con nuestra historia y vida actual nos impondrá la prohibición de imaginar cualquier cambio y luchar por él: «Es necesario saber dónde vivimos para imaginarnos viviendo en otro lugar. Es necesario imaginarnos viviendo en otro lugar antes de poder vivir allí».[161]

Así, el arrepentimiento hace las veces de un ferry cuyo destino es no ser «madre de nadie» y cuyo recorrido son las distintas visiones de la maternidad, de forma que permite a todas las mujeres y madres subir a bordo o desembarcar. Puesto que las participantes en este estudio, después de haber hablado sobre las dificultades que les acarrea la maternidad, lo concluyen abrazando «sin peros» el arrepentimiento, lo que hacen es abrir una puerta, señalar que hay dos cuestiones por replantear de las muchas que no suelen tenerse en cuenta: ¿el hecho de valorar la maternidad como algo satisfactorio o que merece la pena depende solo de las circunstancias? ¿Y qué ocurrirá si consideramos la maternidad como una relación humana más y no como un papel que desempeñar?

Empecemos la deliberación con una breve visión general sobre el bienestar de varias madres pertenecientes a grupos sociales distintos.

Llegar a las madres: ventajas y limitaciones

Desde los años ochenta, numerosos investigadores han analizado los distintos contextos nacionales, étnicos, económicos, sanitarios y de género de las relaciones entre madres e hijos, en un intento de medir el bienestar de las mujeres en todo el mundo. La organización de ayuda a la infancia Save the Children, por ejemplo, elabora un informe anual con el nombre de Estado Mundial de las Madres, cuyos resultados se basan en cinco indicadores: la tasa de mortalidad de las madres, la tasa de mortalidad de

los menores de cinco años, el tiempo medio de educación, la renta per cápita y la participación de las mujeres en el gobierno. Entre los 179 países que se examinaron en 2015 se observaron enormes diferencias entre países ricos y pobres; el *top ten* reflejaba puntuaciones muy altas, con Noruega a la cabeza, España en séptima posición y Alemania en octava. Según la directora de la organización, Carolyn Meyers, los resultados podrían indicar que el bienestar económico es un factor importante, aunque no el único; se requieren inversiones políticas para mejorar la realidad diaria de las madres[162] porque cada vez tienen más responsabilidades y cuentan con menos recursos.

Además de este tipo de estudios internacionales, las escritoras feministas han estudiado el bienestar de madres pertenecientes a distintos grupos sociales en varios países occidentales con el fin de construir un corpus de conocimiento que no relegue al olvido a las madres con pocos ingresos, solteras, de raza no blanca, trabajadoras emigrantes o inmigrantes, ni a las madres con alguna discapacidad física y mental o las no heterosexuales.[163] Uno de los objetivos de estos análisis era destacar, por ejemplo, la relación estructural existente entre género y clase social, es decir, la feminización de la pobreza:[164] algunos estudios han demostrado que en casi todas las sociedades las tasas de pobreza entre las mujeres son más elevadas que entre los hombres debido a brechas surgidas por razón de género en el salario de la plantilla, así como al fracaso de varios programas de bienestar orientados a reducirlas. Las investigaciones han puesto de manifiesto asimismo que las madres solteras y sus hijos son más vulnerables y más propensos a la pobreza, de modo que criarlos solas puede resultar más perjudicial para las mujeres que para los hombres.[165]

Los distintos estudios no solo documentan el bienestar de las madres sino que también abogan por que se introduzcan modificaciones urgentes y necesarias orientadas a aliviar algunas de sus dificultades, como la necesidad de una división distinta del trabajo en lo relativo al cuidado de los hijos y a la socialización de los padres para que la paternidad no quede confinada a la estructura dual madre-hijo, la importancia de los beneficios fiscales, el hecho de disponer de una vivienda y la necesidad de apoyo institucional para que puedan contar con cuidados subvencionados durante el día. También han señalado la necesidad de modificar la percepción social

de la maternidad para que, por un lado, no siga marginándose y, por otro, se desvanezca su esplendor místico de forma que las madres sean tratadas como seres humanos y no solo como objetos o como diosas sobre la faz de la tierra, conceptos que les impiden lograr lo que necesitan para su progreso y el de sus hijos.

Uno de los principales aspectos de estas exhaustivas investigaciones es lo que se conoce sobre todo como «conflicto de papeles», es decir, la pugna entre el trabajo remunerado fuera del hogar y el trabajo no remunerado dentro del hogar. Esta lucha recibió mayor atención desde que las mujeres blancas de clase media comenzaron a ocupar empleos remunerados. Las mujeres de clases sociales más desfavorecidas y/o mujeres no blancas y/o de comunidades comunistas y socialistas han tendido a combinar la maternidad y el trabajo remunerado fuera del hogar a lo largo de la historia:

Mi estudio acerca de la historia laboral de mujeres afroamericanas en el sur, mujeres americanas de origen mexicano en el sudoeste y mujeres americanas de familias japonesas en California y Hawái revelaron que el valor de estas mujeres como mano de obra barata —especialmente como empleadas domésticas en casas de estadounidenses de raza blanca o en trabajos de servicios de bajo nivel en marcos institucionales— se priorizaba sobre su valor como madres. Por consiguiente, no se esperaba de ellas ni se les permitía ser madres a tiempo completo; tampoco sus circunstancias les permitían siquiera albergar la ilusión de un refugio privado seguro. Las mujeres debían pasar constantemente del trabajo «público» al «privado» puesto que se esperaba de ellas que aportaran recursos económicos para la familia como parte de su maternidad.[166]

No obstante, aunque la lucha obtuvo mayor eco después de la entrada masiva de más mujeres en el mercado laboral, y aunque varios países occidentales —unos más que otros— intentan ofrecer los servicios necesarios para el cuidado de los niños y reponer el apoyo económico a las familias de distintos grupos sociales, muchas mujeres siguen contando con pocos medios para aliviar su situación. Por el contrario, la enorme presión dirigida a un mayor número de mujeres para que combinen ambas cosas

mientras se espera de ellas que aseguren que son «buenas madres» conduce a restricciones, a una dificultad que soporta más atención que nunca:

> En casa me resulta difícil desconectar porque siempre tengo que estar «alerta» por si me entran mails del trabajo y en el trabajo me exaspera no poder ir, por ejemplo, al desayuno de madres del parvulario.[167]

En Alemania, por ejemplo, tanto la economía como la política y la sociedad parecen acoger con satisfacción que haya más mujeres que antes no solo trabajando fuera de casa sino haciendo carrera… y además con hijos. Se espera que sean madres a tiempo completo y mujeres profesionales a la vez, que se ocupen de la familia y cosechen éxitos en el terreno laboral. Este concepto de «supermamá» arranca de la Reforma alemana, según la cual una mujer sigue el modelo encomiable de Cristo únicamente cuando es esposa y madre; y el afán por ser una mujer profesional parece haberse convertido en el modelo imperante desde principios de este siglo. Así, madres de grupos sociales distintos necesitan o desean trabajar fuera de sus hogares pero, al mismo tiempo, deben navegar entre los conceptos dominantes de «mujer superprofesional» y «supermamá» mientras hacen malabarismos con los horarios y carambolean entre sus empleos remunerados, el trabajo sin remunerar que hacen en el hogar y la batalla emocional que libran para gestionar las dificultades que todo ello les acarrea.[168] Puesto que les resulta imposible compaginar al 50 por ciento el cuidado de la casa con el cuidado de los niños y puesto que es imposible gestionar lo imposible, muy a menudo las mujeres optan por trabajos a tiempo parcial y deben soportar las consecuencias de tener menos ingresos; algunas se quedan en casa y otras renuncian por completo a tener descendencia.

Esta situación de conflicto no se da únicamente en Alemania: estudios realizados por la Unión Europea, por ejemplo, muestran que en 2013 solo un 68 % de todas las madres entre 25 y 49 años tenían un trabajo remunerado, mientras que el 77 % de las mujeres sin hijos lo tenían. En cambio, estaban empleados el 87 % de los padres y el 78 % de los hombres sin familia (en Alemania la cifra ascendía al 93 % de los padres, el porcentaje más elevado de Europa; en España, el 75 % de los padres). Por

tanto, mientras que en Alemania tenían un trabajo remunerado más madres que la media europea (73 %), la mayoría de ellas (66 %) trabajaban a tiempo parcial. Esta tendencia no se daba sin embargo en España, donde trabajaban el 58 % de las madres y de las cuales solamente un 31% lo hacía a tiempo parcial (por debajo estas últimas de la media europea, del 37%). Por otro lado, solo el 6 % de los padres alemanes (y españoles) estaban empleados a jornada parcial.[169]

Mientras que estos estudios son afortunados y cruciales para un número indeterminado de madres, varias escritoras feministas señalan que en algunas ocasiones bajo ellos subyace la misma noción arraigada de identidad femenina que prevalece en la sociedad, así como el mito del comportamiento maternal auténtico, que se halla fuera de las limitaciones sociales (lo que sería una madre por naturaleza, si la eximiéramos de las cargas sociales).[170] Según escribieron, por ejemplo, Nancy Chodorow y Susan Contratto: «A las feministas les cuesta aceptar la idea de que una madre pueda ser perfecta aquí y ahora habida cuenta del dominio masculino, la falta de igualdad en el matrimonio y la inadecuación de los recursos y los apoyos, pero permanece la fantasía de la madre perfecta; si las limitaciones actuales que sufren las madres se eliminasen, las madres sabrían de forma natural cómo ser buenas».[171]

Tampoco se le pasó por alto a la escritora feminista y activista estadounidense Bell Hooks: «Por desgracia, la atención que las feministas han prestado en los últimos años a la maternidad se basa en gran medida en estereotipos sexistas. Algunas activistas feministas dotan a la maternidad del mismo halo romántico que los hombres y mujeres del siglo xix, que ensalzaban las virtudes del "culto de lo doméstico". […] Dando a la maternidad una pátina de romanticismo, empleando la misma terminología que los sexistas para aducir que las mujeres son por naturaleza las principales responsables de la afirmación de la vida, las activistas feministas refuerzan los principales dogmas de la ideología que defiende la supremacía del hombre.»[172]

Estas autoras señalan que a menudo se da por supuesto que, en vista de que las mujeres, sean quienes sean, están dotadas de un conjunto de características que prometen su serenidad en la maternidad por naturaleza, lo único que debe hacer la sociedad es velar por que su proceso no se vea

interrumpido por condiciones inadecuadas o injustas. De este modo, se reafirma que la adaptación a la maternidad es únicamente una cuestión de condiciones. Las palabras de la socióloga estadounidense Barbara Katz Rothman reflejan una clasificación así de explícita entre condiciones y satisfacción en la maternidad:

Me puedo permitir que me guste [la maternidad], me lo puedo permitir en todos los sentidos del término: dispongo del entorno y los servicios de clase media que lo convierten en algo factible además de adorable. Y no he tenido que hacerlo sola. He compartido la maternidad de mis hijos sobre todo con su padre pero también con abuelos y amigos e incluso con «personal contratado», mujeres que han venido a nuestra casa algunas tardes a la semana y han cuidado de nuestros hijos. […] Las mujeres como yo, que están bien situadas, pueden permitirse lo que cuesta, y disfrutar enormemente de la maternidad. Las mujeres en una situación más desfavorecida —mujeres pobres o muy jóvenes o que han recibido poca educación o tienen un estatus de minoría, o todas esas cosas a la vez— sufren sobremanera con su maternidad.[173]

Siguiendo esta clasificación que podría resultar quizá demasiado drástica, cabría preguntarse si se evitaría el arrepentimiento si las madres tuvieran más apoyo familiar y social o alguna forma de infraestructura económica que las ayudase a sobrevivir.

La respuesta inmediata podría ser «sí»:

En un mundo ideal la carga de un hijo no sería tan pesada hasta el punto de que los padres se arrepintieran de haberlo tenido. Y suele ser la madre la que debe cargar con la responsabilidad. […] Si ambos padres o incluso el pueblo entero lo cuidaran, la carga —en este caso, el hijo— sería mucho más fácil de llevar.[174]

En cambio, mi estudio muestra que las respuestas son mucho más variadas.

La satisfacción en la maternidad: ¿es solo una cuestión de condiciones?

Se postula con cierto aplomo que las causas del arrepentimiento se deben a la pobreza o que, por otro lado, «según parece, es algo para las mujeres de clase alta».[175] Sin embargo, estas afirmaciones no parecen aplicables a ambos casos. Los datos que presento en el libro indican que las mujeres participantes en el estudio crían a sus hijos en circunstancias distintas: algunas tienen niños muy pequeños, otras, adolescentes, y varias de ellas, adultos y ya son abuelas. Algunas son madres pobres y otras gozan de prosperidad económica. Varias de ellas atienden a sus hijos a diario, puesto que son las principales cuidadoras, mientras que otras pasan con ellos menos horas porque el padre es el principal responsable de su crianza y varias ven a sus hijos solo unos días a la semana o de forma ocasional debido a que los hijos viven con sus padres o emancipados en otra localidad o en el extranjero. Por lo tanto, a pesar de los distintos contextos, el arrepentimiento por haber sido madres supera los límites de las distintas ubicaciones, condiciones y circunstancias.

Esta conclusión puede reflejar que, si bien determinadas condiciones pueden aliviar las dificultades que supone la maternidad, no significa necesariamente que una maternidad en circunstancias difíciles o que los rígidos dictados sociales que la rodean en la época actual sean los únicos factores determinantes para sufrir una falta de satisfacción en la maternidad tal como señaló, en una mirada retrospectiva, la feminista Andrea O'Reilly:

> […] aunque estoy convencida de que la maternidad patriarcal resulta opresiva para las madres, no creo, como indican mis escritos de la época, que la opresión de las madres pueda reducirse única y exclusivamente a la institución o la ideología de la maternidad. Algunos aspectos relacionados con las madres y el amor o las madres y el trabajo siguen siendo arduos, si no opresivos, independientemente de que tengan lugar dentro, fuera o contra la maternidad patriarcal. Un empoderamiento de las madres podría paliar muchas o la mayor parte de las adversidades que sufre la maternidad patriarcal. Sin embargo, no puede eliminarlas todas.[176]

Y, ciertamente, varias de las madres participantes en mi estudio hablaban de las condiciones que hacen más dura la maternidad, pero no las señalaban como causantes de su arrepentimiento. Todas ellas definían las condiciones que han sido y siguen siendo un obstáculo, las cuales pueden resumirse, en conjunto, en tres condiciones fundamentales: la lucha entre la maternidad y el trabajo remunerado fuera del hogar, la falta de una base económica y la falta de sistemas de apoyo por parte del cónyuge o el entorno.

***Sunny (madre de cuatro hijos, dos de entre 5 y 10 años y dos de entre 10 y 15 años)*:**

Mire, tengo amigas que han vuelto a casa después de dar a luz y su madre ha pasado el primer mes con ellas o ellas se han mudado con el bebé a casa de su madre para tener algo de apoyo familiar. Es distinto. […] Es un conjunto de factores: yo no tengo ayuda de ningún tipo y tengo hijos con necesidades especiales; y he descubierto que mi marido tiene problemas complejos. Me divorcié de él por ese motivo y […] casi todo el peso de la carga recayó sobre mis espaldas. Tal vez si las condiciones fueran distintas, lo habría vivido de otra forma. Pero, debido a mi situación, me toca hacerlo todo a mí. Y me pregunto por qué. ¿Por qué merezco yo esto? […] Criar hijos en mi situación es lo peor. Si mi familia me ayudara, si tuviera un marido normal, dinero… supongo que no sería tan difícil. Es así. La diferencia es abismal. Es que mi familia es un caos. […] A veces oigo hablar de mujeres solteras que han decidido tener un hijo y su familia las ayuda a criarlo. Yo no me imagino haciéndolo sola. Sería como tirarse por un precipicio.

***Brenda (madre de tres hijos de entre 20 y 25 años)*:**

Cuando los niños tenían seis años, ya los criaba sola. Lo que convirtió mi vida en un infierno fue el hecho de que, la mayor parte del tiempo, era su única cuidadora. Por el mero hecho de criarlos sola me he encontrado en un estado de pobreza que sin duda me acompañará el resto de mis días. […] Tenía que sacar adelante a mis hijos y desempeñar varios trabajos durante el día. Cuando volvía a casa, me pasaba hasta las once de la noche

organizando cosas, cocinando, lavando y solo cuando ellos se iban a la cama, me permitía tomarme un café. No tenía ni tiempo para disfrutar de mis hijos ni los medios para contar con algún tipo de ayuda.

Sunny y Brenda tuvieron a sus hijos en el marco de una relación de pareja, pero en la actualidad están divorciadas o separadas. Como resultado de ello, son madres solteras, las únicas que actúan como sostén económico de la familia y que mantienen la relación con sus hijos a medida que crecen, estando incluso el padre presente en un segundo plano.

Es importante destacar que no todas las madres que crían a sus hijos en estas condiciones se arrepentirán de su maternidad en particular o considerarán la maternidad como algo opresivo en general: los estudios indican que la maternidad sirve muy a menudo para dar fuerzas a madres con bajos ingresos, solteras, de raza no blanca o no heterosexuales frente a una divergencia de sistemas de poder. Es decir, que la fuente de su conflicto no es la maternidad sino la mera lucha por sobrevivir en condiciones de pobreza, racismo, homofobia y sexismo.[177] La trabajadora social e investigadora israelí Michal Kromer-Nevo, por ejemplo, que realizó un estudio con mujeres que vivían en condiciones de pobreza, logra indicar qué significa la maternidad para mujeres que se enfrentan a una marginalización multifactorial.[178] Participantes de su estudio se expresaban con estas palabras:

[Mis hijos] son mi única razón para vivir [breve silencio]. Cuidarlos es lo que me da fuerzas y me motiva a salir a trabajar. Por lo menos tengo alguien a quien cuidar, no alguien que me cuide, necesito cuidar de alguien.[179]

Con todo, pese a que la maternidad no compartida puede ser una fuente de fortaleza y consuelo para algunas mujeres que viven en la pobreza, las madres solteras participantes en mi estudio relataban su lucha en dos frentes: para ellas la maternidad no puede servir de medio para gestionar la pobreza o las dificultades económicas porque es la fuente de su dolor y su sufrimiento en un círculo muy vicioso. Por consiguiente, y dicho de otro modo, aunque numerosas madres que crían solas a sus hijos afirman que

obtienen la fuerza de sus hijos y de esta forma pueden respirar —por su bien y el de sus hijos—, las madres del presente estudio describían un universo emocional distinto. Su maternidad, lejos de ser una fuente de donde sacar energías, las consume.

Algunas madres, como Susie, no solo podrían ver los malabarismos para compatibilizar el trabajo remunerado y el no remunerado como algo molesto para su maternidad, sino la maternidad en sí como una molestia. Desearían eliminarla porque preferirían dedicar su tiempo y sus recursos a otra cosa que no fueran sus hijos.

***Susie (madre de dos hijas de entre 15 y 20 años)*:**

Me encanta mi trabajo. Es mi segunda pasión, después de mis hijas. O sea que, si no fuese por ellas, mi trabajo sería mi pasión y lo que he invertido en mis hijas lo habría invertido en mi trabajo, y estoy segura de que habría sentido mucha más satisfacción. Mucha más. […] Porque es algo que me llena. Mi trabajo me llena, me resulta interesante. No me veo sin trabajar hasta que tenga ochenta años. Todo lo contrario.

Junto con las circunstancias en las que las madres intentan satisfacer las necesidades básicas de sus hijos y sobrevivir en condiciones adversas, muy a menudo las madres tratan de mantener la cabeza fuera del agua por otra razón, un motivo adicional que podría revelar la inmensa profundidad que subyace bajo este hecho: la ética neoliberal y capitalista de la perfección, como si existiesen «condiciones normales» para una «maternidad normal» y, por tanto, debiéramos tratar constantemente de conseguirlas. Esta percepción radica en el modelo de una maternidad exigente tal como se presenta en el capítulo 2, pero no exclusivamente. Nace asimismo de percepciones más generales de lo que hoy día se considera «normalidad», las cuales pueden ser un denominador común para las madres de distintos grupos sociales.

Los conceptos de «normalidad», «norma», «media», «no normal» y «anormal» se introdujeron en el pensamiento europeo a mediados del siglo xix como parte de la ciencia estadística, entonces recién creada, y surgieron

como ideas novedosas en referencia a la existencia de un «hombre normal». Antes de este término se había empleado otro de carácter general: «ideal». Lo ideal se representaba por medio de una entidad mitológica relacionada con los cuerpos de los dioses, en contraste con los grotescos cuerpos de los seres humanos. Tras el cambio a favor de la persona «normal» como representación de lo correcto, la idea de lo corriente (la media) se convirtió paradójicamente en un ideal alcanzable; el ideal es la norma. En decir, como resultado de este cambio, se supone que los humanos pueden y deben formar parte de la «norma ideal» y de la «media ideal».[180]

Esta transformación al alcance de todos tiene una implicación sencilla: pasar de un ideal inalcanzable a uno alcanzable producirá sufrimiento y frustración. Está claro que así será en el caso concreto de la «maternidad normal» que se va a desarrollar en «circunstancias normales», puesto que las mujeres no podrán descansar ni un segundo en su afán por alcanzar tan fácil perfección. Además, pretender que se pueden encontrar las condiciones ideales para la maternidad a la vuelta de la esquina no debería seguir siendo una «fantasía» para mujeres insatisfechas y desafortunadas: semejante idea no hace más que crear urgencias o vacíos que será necesario llenar con la «normalidad». Algo que, para empezar, no es necesariamente alcanzable debido al carácter grotesco e imperfecto de la vida.

Así, por mucho que se esfuercen las mujeres en la carrera por alcanzar esas condiciones de sostenibilidad, por mucho que las merezcan, tener un hijo es cuando menos una lotería en un mundo imperfecto. Es la creación de una nueva persona cuya naturaleza por lo general se desconoce, como tampoco se sabe si tendrá necesidades adicionales.

En mi estudio, Carmel, por ejemplo, trató en más de una ocasión durante la entrevista la cuestión de si su pugna con una maternidad que le producía arrepentimiento podría estar vinculada a su afán especialmente exigente de ser una buena madre para su hijo, que era muy sensible y se había enfrentado a distintas dificultades sociales a lo largo de los años.

***Carmel (madre de un hijo de entre 15 y 20 años)*:**

Carmel: Soy madre soltera y tengo tres bocas que alimentar: la de mi hijo Ido, la de su novia y la mía, y tenemos además un perro que parece un caballo. Soy la única que trae dinero a casa y no cuento con ninguna

pensión por alimentos ni ninguna otra fuente de ingresos. Y el piso es de alquiler. Así que mi situación económica no es fantástica pero llego a fin de mes porque trabajo mucho. Muchísimo. […]

Yo: […] al principio ha dicho que Ido era un chico que… ¿qué me ha dicho?

Carmel: Que es sensible. Pero esa no es la cuestión. Mire, ¿sabe qué? No estoy segura de que eso tenga nada que ver. A decir verdad, es más difícil criar a un hijo con necesidades especiales, un hijo con problemas, ya sean sociales, personales, de conducta, motores o del tipo que sean, si se compara con un hijo convencional. Ido no es un hijo convencional. No es un chico normal. Quiero decir que nunca pudo integrarse en el sistema escolar convencional, ni siquiera en el parvulario. Tenía fuertes dificultades sociales. Cuando tenía diecisiete años hizo un cambio. Sí, es un chico muy inteligente, muchas veces va unido. Es muy sensible. Es más difícil criar a hijos como él que a niños que pueden con todo y todo les está bien. […] Mire, es posible que si no tuviera sobrepeso y no hubiera tenido todos los problemas que ha tenido —y algunos de ellos graves… Mire, claro que hay niños con problemas peores, pero él siempre ha tenido…, es posible que todo hubiese sido más fácil, habría sido distinto. No sé cómo explicarlo. Cuesta de explicar.

Además, puesto que las circunstancias vitales pueden cambiar entre el momento en que una mujer desea ser madre y cuando realmente es madre o durante los años en que ya es madre, las mujeres pueden verse ante una brecha entre la realidad que esperaban vivir y la que viven.[181] En esta situación, las mujeres pueden enfrentarse de forma fortuita a una serie de acontecimientos como el fallecimiento del cónyuge, la insolvencia, enfermedades y accidentes que las conducen a un mundo completamente nuevo, que habría sido impredecible un instante antes. A veces se dan otros factores imprevistos como que las mujeres pueden quedarse embarazadas en una relación de pareja o en el contexto halagüeño de una aventura amorosa y encontrarse luego en un papel de madre soltera, tras un divorcio o una separación. Es el caso, por ejemplo, de una mujer sueca que se arrepiente de haber sido madre, entre otras cosas debido a un doloroso cambio de planes, y que expresa con desgarradoras palabras:

He pensado mucho en este tema tabú desde que me quedé embarazada. Ocurrió muy rápido, con un hombre del que estuve enamorada poco tiempo. Después de algunas semanas me di cuenta de que no podía vivir con él. Esperaba sufrir un aborto espontáneo y decidí no interrumpir mi embarazo, aunque al mismo tiempo me entristecía pensar que la maternidad me vincularía para siempre a ese hombre. También temí sentirme ligada y privada de libertad cuando me di cuenta de que tendría que cargar con gran parte de la responsabilidad. […] Al estar embarazada y haber cortado mi relación con el futuro padre, sentí en cierta forma que mi vida había terminado.[182]

Aparte de las mujeres que se quedan sin pareja con la que compartir por lo menos algunos aspectos de la paternidad, las mujeres que viven de forma estable con su pareja no se ven tampoco privadas de posibles discrepancias entre la realidad que deseaban y su realidad actual, puesto que la transformación de amante a padre o madre en general y a padre en particular puede revelar características personales o una división del trabajo estructurada por género que no se tuvieron en cuenta antes de hacer frente a la circunstancia de tener al hijo real.

Erika (madre de cuatro hijos de entre 30 y 40 años y abuela):

La gente siempre me preguntaba: «¿Trabajas?», y yo contestaba: «No, me paso el día tocando el piano». ¡Pues claro que trabajo! En casa. He trabajado como una burra en casa. No veía nunca la luz al final del túnel y habría sido bastante distinto si él me hubiese ayudado.

Sunny (madre de cuatro hijos, dos de entre 5 y 10 años y dos de entre 10 y 15 años):

El mayor rechazo fue antes de dar a luz a mi tercer hijo. Entonces me di cuenta de que toda la carga se venía sobre mis hombros mientras él hacía lo imposible por escurrir el bulto. Para evitar su parte de responsabilidad. Entonces me dije: «¡Maldita sea! ¿Acaso me lo merezco?».

[…] La cosa es que al final nos hemos quedado solas. Se espera de nosotras que trabajemos fuera de casa, dentro de casa, que seamos

supermujeres en todas partes, que seamos perfectas y al mismo tiempo nadie juzga a los hombres. Es un absurdo sin pies ni cabeza.

[…] Siempre digo que la vida moderna no es beneficiosa para las mujeres porque en ese sentido los hombres no son compañeros. No lo son. Y cuando ayudan [esta última palabra pronunciada con cinismo], ¿quién necesita el tipo de ayuda que prestan? Lo siento, se supone que hay que colaborar a partes iguales o no colaborar en absoluto. Si un hombre no se compromete con todo su corazón, que nadie lo haga [ser madre]. Bajo ningún concepto.

Hasta ahora hemos considerado las condiciones que hacen más difícil la tarea de ser madre, aunque por sí mismas no eliminarían necesariamente el arrepentimiento. Para otras madres la maternidad en sí es insoportable. Algunas la describen como una entidad completamente foránea:

Sky (madre de tres hijos, dos de entre 15 y 20 años y uno de entre 20 y 25 años):

Mire, es un sentimiento difícil. Que no pueda desempeñar el papel que me toca, cumplir con mi responsabilidad de una forma satisfactoria, de una forma que me permita disfrutar mi maternidad. Y me pregunto por qué tengo que sufrir. Tal vez pueda disfrutarla. No puedo ni imaginarme disfrutándola. Ni se me pasa por la cabeza la idea de disfrutar siendo madre, disfrutar el rato que paso con mis hijos. No tengo paciencia para eso.

Tirtza (madre de dos hijos de entre 30 y 40 años y abuela):

No tenía tiempo suficiente y, principalmente, no deseaba ser madre. Me parecía algo extraño. Incluso cuando un hijo me llama «mamá». Incluso a día de hoy. Miro a mi alrededor para ver quién ha llamado, a qué madre llaman. No acabo de sentirme vinculada a la idea, la situación, el significado, las repercusiones de la… responsabilidad y el compromiso. No me identifico con ello. Sobre todo por eso.

Muchas veces no se concibe la idea de que la maternidad en sí, *per se*, pueda resultar intolerable a las mujeres, ya que supuestamente es su razón de ser. Esta creencia implica que una de las reacciones más frecuentes sea

atribuir el arrepentimiento a la lucha entre la maternidad y el trabajo remunerado. Este supuesto tiene un contexto más amplio en el debate social, dado que la maternidad y el trabajo remunerado fuera del hogar son las dos únicas opciones por las que pueden optar las mujeres en el imaginario colectivo: o quiere ser madre o quiere realizarse profesionalmente. Sin embargo, tal vez la realidad difiera.

En mi estudio anterior sobre mujeres que no deseaban ser madres escuché a mujeres que decían que «hacer carrera» les quedaba tan lejos como la maternidad. Muchas de ellas, que eran niñas y adolescentes, sabían que no deseaban parir ni criar hijos; por tanto, la idea de que una mujer no desee ser madre no viene determinada ni está vinculada a la lucha ampliamente debatida sino que precede a este tipo de consideraciones.

Otras mujeres no afirmaron únicamente que «solo» querían o necesitaban ganarse la vida sin ambición de ser mujeres de carrera, sino que hicieron hincapié en que el hecho de no ser madres en realidad las «liberaba» de la competencia que implica ser una mujer de carrera. Por ejemplo, en el foro de internet «Mujeres que no desean tener hijos» varias participantes realizaban las siguientes observaciones:

> Me enfurece que todo el mundo presuponga que el centro en torno al cual gira la vida de quienes no somos padres sea una carrera profesional exigente o un hedonismo desinhibido. Viendo lo que se ve en este foro, está claro que esa percepción es inexacta. Aquí predominan, por ejemplo, temas como la música, la filosofía y el voluntariado.

> La gente habla constantemente sobre el dilema entre «profesión» e «hijos» pero tal vez haya quien no quiera ni una cosa ni la otra. […] Puede que haya quien desee ganarse la vida para seguir haciendo lo que le gusta pero no quiera «hacer carrera» o progresar en una profesión. A mí, por ejemplo, no me interesa en absoluto. [183]

Esta observación se realizó asimismo en un estudio sobre mujeres y hombres canadienses que no deseaban ser padres: «En contraste con la dedicación y el afán de algunas parejas sin hijos que tienen ambiciones

profesionales, algunos de los participantes estaban satisfechos con el hecho de no tener hijos, no solo porque esta circunstancia les daba la libertad para progresar en el terreno profesional sino también porque les daba la libertad de no hacerlo».[184]

El hecho de considerar la maternidad y la vida profesional como las dos únicas opciones existentes, dando por sentado al mismo tiempo que no existe ninguna otra razón para no querer ser madre de nadie, anula la diversidad de identidades de las mujeres, unas identidades que van mucho más allá de «ser la fémina perfecta» o «desear ser como un hombre». Suponer que una mujer o bien desea parir y criar hijos o bien desea competir en la «esfera pública» oprime otros deseos reales de un número indeterminado de mujeres que no desean ni una cosa ni la otra. Pero no solo eso. También extingue el deseo de madres que quieren y pueden quedarse en casa criando a sus hijos sin que se las considere «mujeres que han renunciado a sí mismas», como si la única forma de considerar que se tiene una vida significativa fuera demostrando «logros reales».

La combinación de patriarcado (que incita a la maternidad) y capitalismo (que incita a «progresar» constantemente en el espíritu del «mercado libre») crea nuevamente un binomio que no deja espacio para que las mujeres sean consideradas por los demás (también por sí mismas) como seres humanos capaces de determinar con autonomía cuál es el sentido de su vida (sin relacionarla necesariamente con la maternidad o con una carrera profesional) o incluso de dictaminar que el sentido de la vida es que no lo hay en absoluto.

En cuanto a la pregunta sobre las circunstancias, sigue habiendo un vínculo entre madres y no madres, ya que a menudo se dice que las mujeres que renuncian a tener hijos lo hacen en vista de los condicionantes que pintan la institución de la maternidad como opresiva. Encontramos un ejemplo de ello en el siguiente fragmento, de la periodista y escritora estadounidense Annalee Newitz, que escribió sobre la «atracción» que siente la gente por el infanticidio.[185] Newitz afirma de forma interesante que la atracción en estos casos no es una atracción por la idea del infanticidio sino que se trata más bien de la eliminación de percepciones tradicionales de la maternidad, ya que dichas percepciones asfixian a las madres. Newitz no es madre y afirma que le habría gustado tener y criar

hijos en una realidad social distinta, sin ahogos de ningún tipo: «Si viviera en un lugar donde los niños se pudieran criar en comunidad, con muchos padres afectuosos en lugar de solo uno o dos, consideraría el cuidado de los hijos como un honor y un placer. Si el cuidado de los hijos se tratara como una forma de trabajo y no como un pasatiempo para después de la jornada laboral, con su "tiempo de calidad", la paternidad me parecería más atractiva. Tal como la conozco yo, en cambio, es inaceptable; es una carga que con demasiada frecuencia recae sobre las mujeres en forma de tarea que se supone deben amar "por naturaleza" y por la que raras veces obtienen reconocimiento o estima social de importancia. Cuando hombres y mujeres de todas las orientaciones sexuales críen a sus hijos con respeto y de forma comunitaria me despojaré de mi rebeldía reivindicativa, tiraré mis libros sobre crímenes reales y ayudaré a los hombres a cambiar pañales. Hasta entonces, no deseo ser madre».[186]

Con estas palabras, Newitz plasma la actitud de numerosas mujeres que no desean ser madres en determinadas circunstancias pero sí querrían serlo en otras circunstancias. No obstante, hay otras mujeres que no atribuyen su falta de voluntad para ser madres al tema de los condicionantes: en mi estudio anterior la mayoría de las participantes dijeron que, aunque fueran las mujeres más ricas de la tierra y/o tuviesen toda la ayuda que se necesita para criar a un hijo, seguirían sin querer parir ni criar niños, puesto que simplemente no desean ser madres.

Resultados similares arrojó mi planteamiento en el foro de internet «Mujeres que no desean tener hijos» en 2012, en el que preguntaba si en determinadas condiciones reconsiderarían ser madres, es decir, en un ámbito donde reinara el lema «se necesita una tribu entera para educar a un niño» o que estuviera conforme con las premisas de Newitz. La mayor parte de quienes respondieron decían que no existe tal condición. En otras palabras, prefieren seguir no siendo madres sean cuales sean las circunstancias. Las afirmaciones siguientes de las participantes en el foro reflejan este sentimiento.

Cuando en tu fuero interno, donde reside el verdadero yo, no deseas algo, aunque no exista motivo aparente, no importaría si toda una tribu o todo un continente se uniera a ti para conseguirlo. Cuando existe una

reticencia fuerte y rotunda que no necesita ni palabras y está falta de definiciones y explicaciones, nada importa. No, no importa.

La reticencia a tener hijos no radica en la idea de que sería difícil cuidar de ellos. Es pura reticencia, punto.

Me preguntaba si sería distinto en el caso de que otra persona los hubiera tenido, si el embarazo y el parto fueran agradables y sencillos, pero sigo pensando que no quiero hijos.

Aunque viviese en un mundo donde otras personas me pudiesen ayudar, incluso si pudiesen criar a los niños por mí, eso no cambiaría el hecho de que no deseo tener hijos simplemente porque no siento la necesidad o el deseo de tenerlos.[187]

Este firme convencimiento también fue descrito por la periodista y escritora alemana Sarah Diehl, que señalaba que seguir siendo no madre no es necesariamente la consecuencia de circunstancias difíciles, puesto que los motivos subyacentes son multifactoriales y muy personales, y algunas mujeres simplemente no desean ser madres porque no tienen una voluntad inicial de serlo.[188] O, como subraya la filósofa feminista estadounidense Diana Tietjens Meyer al analizar los límites de la autonomía de las mujeres en sus motivaciones para ser madres: «[…] no debemos olvidar que algunas mujeres no desearán tener hijos o participar en colectivos de crianza de niños en ninguna circunstancia».[189]

Establecer referencias cruzadas con las afirmaciones realizadas por madres que no desean ser madres y por mujeres que no desean ser madres nos permite replantearnos el supuesto habitual según el cual el deseo de ser madre y la adaptación a la nueva situación dependen solamente de un sistema de apoyo multisistémico que mejora las condiciones en torno a las mujeres y les permite vivir una maternidad más placentera.

La conclusión más exacta de todos estos testimonios es que no existe tal cosa. Si hay algo que destaca en ellos es la variedad. Existen mujeres cuyas vidas cambiarían a mejor si la sociedad les pudiera ofrecer apoyo brindándoles una serie de condiciones para criar a sus hijos sin interferencias como la pobreza, la soledad, la constante punición social y la

competitividad. Y luego hay mujeres para quienes estas condiciones no son importantes porque, aunque tengan o hayan tenido toda la ayuda necesaria, siguen deseando evitar o deshacer el hecho de ser madres en relación con los hijos, sí o sí.

De objetos a sujetos: madres como seres humanos, la maternidad como relación

Según la socióloga Eva Illouz, desde hace unas décadas las familias se han convertido en el marco ideal para realizar estudios sobre eficiencia, a imagen y semejanza de los que se realizan en los lugares de trabajo. Como contrapartida, en el ámbito laboral ha calado el lenguaje de las emociones. Esta fusión ha desembocado en lo que Illouz denomina «capitalismo emocional», en cuyo marco las relaciones íntimas se han vuelto cuantificables y mensurables por medio de métodos de cálculo que les confieren características comerciales.[190]

A menudo las madres rechazan que en sus familias haya arraigado esta lógica de las relaciones competitivas, individualistas e impersonales. Lo hacen a fin de encajar en el ideal de la «buena madre».[191] En esta tesitura, la postura emocional del arrepentimiento por la maternidad puede quedar comprometida nuevamente, como si fuera también una manifestación de ese trueque de las relaciones íntimas por los fríos cálculos de costes y beneficios (a costa de los hijos). En consecuencia, las madres arrepentidas tienden a estar en el punto de mira, pues se las considera mujeres despiadadas cuyo arrepentimiento se debe a una hiperracionalidad que solo tendría cabida en la «esfera pública».

Sin embargo, como se ha mencionado con anterioridad, parece ser que las madres tal vez han llevado a cabo evaluaciones tanto emocionales como prácticas desde la antigüedad. Lo único que cambiaba era la naturaleza de las balanzas y su imposición final, según el contexto histórico y social.

Algunos estudiosos afirman, por ejemplo, que bajo los preceptos religiosos dominantes en el siglo XII —que consideraban a las mujeres devotas como heroínas e incluso mártires a quienes se debía honrar— algunas madres reflexionaban sobre sentimientos, necesidades y deseos que oscilaban entre los valores familiares y los religiosos, lo cual finalmente las llevaba a abandonar su hogar y a sus hijos por una vida ascética en un convento.

Incluso antes del auge del capitalismo, encontramos otro ejemplo en torno al hecho de sopesar la eficiencia a la luz de las tensiones existentes entre los ámbitos de la familia y la maternidad/paternidad: los historiadores sociales han determinado ya en la Edad Media la existencia de ambivalencias en torno a la idea de tener hijos y criarlos. Junto con los textos religiosos que alababan los nacimientos, los textos relacionados con los aspectos políticos de tener descendencia (por temas de herencias entre dinastías) y los de carácter económico (por la necesidad de mano de obra), en varios escritos de la literatura religiosa y secular de esta época se documenta la familia en competencia no solo con la individualidad sino también con la dedicación religiosa o la entrega a la adquisición de conocimiento o a la filosofía. Una de las ideas que incorporan esos escritos es que tener hijos es un «castigo divino» —a veces dicho con sarcasmo o con humor— porque los hijos son una fuente de dificultades, exasperación, gastos y problemas.[192] Así lo refleja una de las historias documentadas:

En un cuento popular con moraleja, el rey pregunta a un sabio si se debe amar a los hijos. El sabio le responde que en primer lugar se debe amar a Dios, luego a uno mismo y luego a los hijos. Continúa diciendo que quien ama a sus hijos, «sangre de su sangre», más de lo que se ama a sí mismo, invierte toda su vitalidad y fortuna en mantenerlos y hacer que progresen, y no en la redención de su propia alma […].[193]

Y esto es lo que Pedro Abelardo, un monje del siglo xii, escribió en una de sus misivas a su amada Eloísa: «¿Cómo conciliar los escolares y las sirvientas, las bibliotecas y las cunas, los libros o tablillas y las ruecas, las plumas o estilos y los husos? Quien deba absorberse en meditaciones teológicas o filosóficas ¿podrá soportar los vagidos infantiles, las canciones de cuna de las nodrizas y la ruidosa multitud de domésticos, varones y

mujeres? ¿Podrá acaso tolerar las suciedades que hacen constantemente los niños pequeños?».[194]

Tanto si lo reconocemos como si no, el uso de balances en relación con la maternidad y la crianza de los hijos también se refleja actualmente en frecuentes testimonios. Quienes alaban la maternidad en tanto que experiencia valiosa y afirman que las mujeres se benefician de ella —un argumento empleado constantemente para persuadirlas de dar a luz y criar niños— se apoyan en todo momento en una lógica utilitaria. Sin embargo, esta retórica utilitaria es muy a menudo transparente, camuflada de «natural», sobre todo cuando la cuenta de resultados destaca favorablemente la maternidad. La respuesta siguiente a una columna de prensa que escribí sobre el hecho de arrepentirse de haber sido madre[195] es un ejemplo de evaluación de este tipo, que tiende a no hacer ruido debido a su conclusión:

En mi opinión…

Son un incordio, molestan, «se llevan» casi todo el sueldo, durante los primeros años apenas pegas ojo, ya no tienes tiempo para ti misma. Para salir, es necesario montar toda una «operación niñera». Envidio a mis compañeros de trabajo solteros cuando bostezamos juntos en la oficina: ellos pueden irse a casa a dormir pero yo regreso para empezar un «segundo turno» y la lista de desventajas de tener hijos es interminable.

Sin embargo, los adoro, me vuelvo loca con sus besos y abrazos, el afecto físico, sus intensas risas, nuestro infinito amor mutuo.

Es muy difícil criarlos (sí, tal vez sea un poco egoísta) pero entre eso y arrepentirse de haberlos tenido hay una grandísima diferencia.

Dicho de otro modo, los cálculos y las evaluaciones se exponen y se condenan íntegramente solo cuando la balanza se inclina en la dirección que en apariencia viola las normas afectivas de la maternidad, como en el caso del arrepentimiento, cuando las madres reevalúan las desventajas y los beneficios de la maternidad, y descubren que estos últimos no existen.

Por este motivo, principalmente, comencé un debate sobre las ventajas y los inconvenientes de la maternidad tal como se menciona en el capítulo 3. En su mayor parte, eran las madres quienes empleaban evaluaciones

durante las entrevistas con el fin de aclarar lo que para ellas significaba el arrepentimiento.

Erika (madre de cuatro hijos de entre 30 y 40 años** y **abuela):

He renunciado a mi vida por ellos. Y, mirando atrás, no mirando atrás desde hoy sino mirando atrás ya entonces, creo que la maternidad es ingrata. Es muy bonito estar con los niños pero decirle que soy la persona más feliz del mundo cuando estoy con ellos sería una mentira y un engaño. Una mentira y un engaño. […] No hay ningún motivo en el mundo para tener hijos. Por regla general, el sufrimiento es demasiado grande, las dificultades demasiado insoportables y el dolor demasiado profundo para que pueda disfrutarlo ahora que empiezo a ser anciana. Es así.

Sin embargo, en los casos en los que no se servían de evaluaciones de forma autónoma durante la entrevista, yo sacaba expresamente a colación este tema: ante la ilusión de que la «esfera privada», la familia y la maternidad están privadas de cálculos mientras se ignora su existencia a lo largo de la historia, quería examinar el equilibrio entre beneficios y pérdidas como factor que influía significativamente en la percepción de las madres como seres humanos, seres subjetivos que piensan, sienten, imaginan, valoran y deciden.

Reconocer a las madres como sujetos no es algo obvio en una sociedad en la que la maternidad fue considerada un papel durante décadas, en la que el protagonismo se daba sobre todo a los relatos centrados en el hijo, y las madres eran objetos, simples variables destinadas a ocuparse de la vida a otra persona.

Por consiguiente, la distinción que realiza Judith Stadtman Tucker, activista estadounidense a favor de los derechos de las madres, es ilustrativa. Según ella, pensar y hablar sobre la maternidad como relación en lugar de como un papel, un deber o una profesión permite la creación de múltiples escenarios maternales que añaden complejidad y variedad en la vida de las mujeres. Mientras la maternidad se perciba como un papel que hay que desempeñar, el único escenario girará en torno al hecho de

funcionar como «la madre perfecta», que en realidad es «la empleada ideal». Es decir, la verá como un trabajo centrado en los resultados, en el que los hijos son las tablas rasas sobre las que las madres deben grabar sus líneas de triunfo o de fracaso.

Concebir la maternidad como relación puede permitirnos entenderla como la conjunción entre dos individuos específicos que mantienen una relación dinámica, que cambia con frecuencia. Dicha concepción nos permite dejar a un lado los enfoques mecanicistas según los cuales se espera que todas las madres sientan lo mismo en su relación con sus hijos. Por tanto, podemos referirnos a la maternidad como parte de un espectro de experiencias humanas más que como un vínculo unilateral en el que las madres sean responsables de sus hijos e influyan en su vida sin que su maternidad les afecte. Visto de este modo, seríamos capaces de examinar el espectro de emociones que implica la maternidad: desde el amor profundo hasta la profunda ambivalencia.[196] Y, sí, también el arrepentimiento.

Por tanto, y puesto que la postura emocional del arrepentimiento incluye que los sujetos hagan balances y estimaciones, y tomen decisiones, no es de extrañar que muchas de las madres participantes en este estudio estén activamente implicadas en la evaluación de los beneficios e inconvenientes subjetivos de la maternidad.

Si tenemos en cuenta, pues, que ser sujeto es realizar dichos cálculos y balances y que tal proceso no es exclusivo de la «esfera pública», comprenderemos en toda su profundidad cuál es el sentido más amplio de los dictados sociales (puesto que de las madres no se espera que realicen dichos balances y evaluaciones). Dicho de otro modo, si la reacción de la sociedad ante las madres arrepentidas es casi un acto reflejo, si se las señala como culpables de cometer un acto de horripilante racionalidad, queda más claro de qué forma se las priva de su derecho a seguir conectadas con sus experiencias y relaciones íntimas. Por el bien de los demás, son tratadas una y otra vez como objetos que no deben detenerse ni un instante siquiera a valorar su estado, entre otras cosas porque la sociedad —que confía en las madres como objetos— se asusta cuando no se ciñen a ese papel.

Este tipo de expectativas y censuras son peligrosas porque sin realizar esos cálculos de coste y beneficio en las vidas de las mujeres en general y en la esfera de la maternidad en particular, sin entenderlas en su contexto

social, las madres podrían seguir aisladas de sí mismas en sus casas. El hogar podría convertirse en una esfera alienante no solo porque las madres piensan y sienten en soledad sino porque no se les permite pensar y sentir por sí mismas, y sí, eso incluye también evaluar su estado.

Arrepentirse de haber sido madre es, por consiguiente, una ocasión entre tantas para arrojar luz sobre la necesidad de replantearse el dictado social que expulsa la racionalidad emocional del ámbito de la familia. Es decir, sería deseable no creer a pies juntillas lo que dice la racionalidad solo cuando sus conclusiones apuntan a que la maternidad no puede vivirse jamás como error, sino en todos los casos.

Las palabras de Tirtza, que describía con profundidad cómo los conceptos de reproducción y maternidad están cargados *a priori* de una lógica utilitaria y por qué el arrepentimiento es un movimiento orientado a desvelar tal hecho, servirán de resumen y respuesta a las preguntas que siguen abiertas:

Es importante que les contemos a nuestros hijos por qué nos arrepentimos y cuál ha sido el precio que hemos pagado por darles a luz y criarlos. Creíamos que si no lo hacíamos nuestras vidas serían incompletas, que no seríamos capaces de formar parte de la sociedad. Así es como considerábamos a las personas que eran infértiles y no deseaban adoptar hijos. Vidas desperdiciadas y repetitivas. Naturalmente, «nos daban lástima», pero en el fondo de nuestro corazón las envidiábamos por su libertad y su capacidad de vivir la vida sin esa carga, sin renuncias ni sacrificios.

[…] No sé cómo ni de qué forma transmitir el mensaje: ¿lo escribo, hablo de ello, lo digo en televisión, en la radio? ¿Lo enseño en una clase? ¿Hablo sobre estas vacas sagradas, lavo toda la inmundicia y la cuelgo a plena luz del día para que el sol la seque y brille entonces ante los ojos de las mujeres? Estos secretos. Esta oscuridad. Todos esos tabúes.

Epílogo

CUANDO me embarqué en la exploración de la profecía contenida en la airada y colérica frase «Te arrepentirás», nunca imaginé los paisajes a los que llegaría. Suponía que los testimonios de las madres participantes en el estudio profundizarían en la comprensión de la crianza de los hijos y la maternidad. Pero de repente me vi en un escenario muy diferente. En un cruce de caminos que me permitiría observar, en primer lugar, el modo en que nos relacionamos con las emociones, entendidas como algo que debe evolucionar y progresar en el tiempo. En segundo lugar, desde esa misma atalaya podría ver de qué forma concebimos el tiempo: por una parte, como un factor inaccesible al deseo de deshacer lo hecho, mientras que por otra se nos induce a olvidar de manera selectiva. Desde este punto de vista ventajoso, he comprobado cómo la sociedad influye en las normas afectivas y las normas de la memoria: si bien ya se sabía que eran armas blandidas por la cultura, las ha terminado por convertir en uno de los principales mecanismos sociales para empujar a las mujeres a la maternidad, mientras les hace prometer que nunca mirarán atrás con ira. Ni con arrepentimiento.

Así pues, si nos empeñamos en ver la maternidad como un ámbito vital intacto por el arrepentimiento —por mucho que sea este un sentimiento común en todo tipo de relaciones humanas, así como la consecuencia de muchísimas de nuestras decisiones—, estaremos ignorando cómo operan los órdenes sociales. Estos, con el fin de perpetuarse y beneficiar a quien los sustenta, se aprovechan (o las desoyen) de las normas afectivas y las firmes convicciones que tenemos sobre el curso necesario de las emociones y el tiempo. Cuando la gente no cree que existan madres arrepentidas o cuando,

dado el caso, siente rabia contra ellas, lo que se expresa en realidad es que es peligroso que las mujeres vuelvan la vista atrás y evalúen el paso a la maternidad como algo que no merece la pena. Supongo que es un hecho que no debe extrañarnos, pues una y otra vez se exige a las mujeres en general y a las madres en particular que den un paso al costado y se olviden de sí mismas. Quizá deberíamos replantearnos por qué es motivo de indignación que las mujeres utilicen su memoria.

Esta ira y desconfianza hacia las madres arrepentidas tiene su origen sin duda en el carácter sagrado de parir y criar a los hijos, así como en la creencia de que la maternidad es lo más maravilloso que le puede ocurrir a una mujer aunque no sea un camino de rosas. Pero sus raíces no solo están ahí, sino también en una sociedad neoliberal y capitalista que rinde culto al espíritu del progreso mientras nos impele a diario a esforzarnos por la mejora personal y el crecimiento. Bajo el influjo de este espíritu, la idea colectiva consiste en pensar que el paso del tiempo acabará forzosamente haciendo que las mujeres se sientan a gusto con la maternidad; de lo contrario, deberían ser castigadas, por no asimilarse a la común ilusión de que ser madre conduce siempre a un final feliz.

Otra fuente de ira está en la marca de género que realizamos al tratar el arrepentimiento: como un sentimiento visceral e impulsivo, o como un pensamiento frío y calculado. Cuando lo vemos como un sentimiento visceral e impulsivo, las madres arrepentidas quedan en el punto de mira, pues se las considera mujeres emocionalmente peligrosas incapaces de controlar sus sentimientos y superar su lamento inútil: «Si como sociedad se nos pidiera componer un retrato del arrepentimiento, me la imagino (inevitablemente, me temo que sería una figura femenina) como una mujer sin huesos y con greñas, hundida en los brazos inertes del pasado».[197] Cuando nuestra aproximación al arrepentimiento es la de un pensamiento frío y calculado, las madres quedan igualmente en el punto de mira, ya que se ven como mujeres despiadadas que se arrepienten debido a una racionalidad exacerbada, reservada solo para los hombres y para todo lo que acontece en la «esfera pública». De una u otra forma, son madres que se ven atrapadas bajo el yugo de una sociedad que no da cabida a una figura femenina que desee no ser madre de nadie sin que se la califique de absurda

imitación varonil o de mujer defectuosa que debería ser retirada de circulación.

Sin embargo, la ira deriva también de una razón tan sencilla como la siguiente: se entiende que preocupa permitir que las madres expresen su arrepentimiento por la maternidad, porque herirían a sus hijos. Dicha preocupación no está alejada de la realidad, como he podido presenciar, dada la angustia que sentían las madres entrevistadas y lo mucho que las inquietaba pensar que sus hijos supieran lo que pensaban y sentían ellas.

Así pues, ¿por qué deberíamos insistir en hablar del arrepentimiento? ¿Qué sentido tiene dar voz a las madres arrepentidas?

En más de una ocasión se me ha reprochado que persista en el tema por el hecho de que soy una mujer que no quiere ser madre. Según mis acusadores, al realizar un elogio del arrepentimiento, lo que yo estaría intentando justificar es mi propia falta de voluntad para ser madre, algo que supuestamente haría buscando pruebas de que la maternidad es mala para las mujeres y convenciendo a otras congéneres de que la eviten.

Esta es una vinculación distorsionada, sobre todo porque nunca he sentido que mi falta de voluntad para ser madre sea un problema que necesite ser resuelto (pero sí que he sentido desde el primer momento que la sociedad lo ve así). No pretendo exaltar el arrepentimiento de las madres. Tampoco me propongo reducir la tasa de natalidad o criticar a las mujeres que deseen fervientemente ser madres, porque en dichos casos apoyo la maternidad y porque no me creo con derecho a dictar a otras mujeres cómo deben vivir su vida ni dar por sentado que yo lo sé mejor que ellas. Este tipo de «saber» arrogante para con los demás me resulta exactamente igual que el patriarcado, que habla de manera pretenciosa «en nombre» de las mujeres y «en su favor».

Como mujer, como hija que soy naturalmente, como socióloga y como feminista, creo que la cuestión debería plantearse a la inversa: ¿cuáles son las consecuencias de silenciar el arrepentimiento? ¿Quién paga el precio de fingir que no existe?

Este libro insiste en que quienes pagan el precio son las mujeres que no quieren ser madres, las madres que no quieren serlo (o las que sí) y los hijos. Todos ellos sufren las consecuencias reales del orden social que los

convierte, o nos convierte, en embajadores de un tipo muy concreto de disposiciones: las que ostensiblemente velan por todos nosotros pero que demasiado a menudo sirven a los demás y no a nosotros.

Como mujer, como tía de tres sobrinas, como socióloga y como feminista, creo que la libertad de elección debería estar al alcance de todas, lo cual garantizaría que más mujeres tuvieran la oportunidad de ser dueñas de su cuerpo, su vida y sus decisiones. El hecho de que quedarse sin ser madre de nadie siga estando sujeto a estereotipos, sanciones y castigos pone de manifiesto que en realidad no elegimos con libertad.

El sentido profundo de mi insistencia en hablar del arrepentimiento se reveló asimismo cuando las mujeres participantes en el estudio lo vieron como un medio que les servía de documentación: algunas de ellas me pidieron que les enviara la transcripción de sus entrevistas incluso un año o dos o tres después de habernos conocido, para poder leerlas y esbozar un mapa mental y emocional. Sus comentarios señalaban que el documento escrito y la capacidad de volver a él desde cierta distancia en el tiempo, desde el futuro, les resultaba de gran valor. Además, en la correspondencia que he mantenido con algunas de ellas a lo largo de los años, no pocas describen el estudio utilizando de manera reiterada la metáfora de que «ofrecía una plataforma». Una plataforma que les permitía expresarse y ver sus palabras publicadas, oídas y leídas, para que por fin la gente pudiera escucharlas y reflexionar sobre ello.

Sunny, por ejemplo, dijo lo siguiente al final de nuestro encuentro:

He venido preparada emocionalmente, consciente de que iba a hablar de ello y a abrirme, y que luego… lo dicho queda atrás, metido en un huequecito, y yo lo escondo enseguida y sigo adelante. No es que sea un tema de conversación que trate a diario. Cuando hablo con personas cercanas a mí, intentamos no ahondar demasiado en él, porque duele, resulta doloroso hurgar en la herida una y otra vez. Como ocurre con cualquier otro dolor.

No me supone ningún problema hablar de ello. Cuando pienso en venir a hablar con usted, me resulta divertido porque hablo de un tema que es totalmente tabú y me expreso con total libertad y sinceridad, explayándome a mis anchas. Es como ir al psicólogo o algo así. Para cualquier otra

persona puede parecer algo horrible de lo que está prohibido incluso hablar, y aquí puedo hablar sin cortapisas. Lo disfruto mucho. Por otra parte, está el hecho de que sé con certeza que puedo salvar a otras personas, así que para mí vale la pena. Hoy me voy de aquí con muy buena sensación. Sé que estoy ayudando a otras mujeres y que estoy liberándome. Me siento muy bien por ello.

Cuestionarse qué implicaciones ha tenido el estudio para todas nosotras —participantes, lectoras e investigadoras— es ponerse a andar por la cuerda floja de la sociología crítica, la que una acomete para ir al fondo de asuntos que causan molestias, dolor y heridas en la vida de la gente. Por un lado, tratar este tipo de temas puede tener, por sí mismo, consecuencias llenas de tormento; por otro lado, evitándolos dejaremos de entender algunas realidades y perderemos la capacidad de cambiar algo. Este es precisamente uno de los motivos por los que las mujeres desearon participar en el estudio, tal como indicaban, por ejemplo, los comentarios de Sunny.

Este libro no es más que el comienzo de un camino. En mi opinión, dicho camino debe ramificarse hacia otros ámbitos, pues no se ha analizado con suficiente profundidad, por ejemplo, la manera en que el arrepentimiento de las madres se ve atrapado en mitos neoliberales de «elección»: un tipo de ideas al que se recurre para inducir a las mujeres a «seguir la senda de la maternidad» («Decídete a ser madre, o si no…») y que al mismo tiempo exime a los propios grupos de presión que lo ejercen de las posibles consecuencias, que acaban recayendo sobre las mujeres que han dado el paso a la maternidad («¡Tú lo has querido! ¡Ahora apechuga!»).

Además, un análisis más profundo de esta incitación puede propiciar una mejor comprensión de la lógica social de la idea de «responsabilidad»: mientras que en el terreno legal la expresión del arrepentimiento se considera una prueba de que la persona asume la responsabilidad de sus acciones, cuando se refiere a la crianza de los hijos y la maternidad, el arrepentimiento se ve como una renuncia por parte de las madres a asumir cualquier responsabilidad. Asimismo, en el ámbito legal el arrepentimiento se considera una prueba de la cordura e integridad moral de una persona, pero expresarse en términos similares en la esfera de la maternidad se ve como una prueba de inmoralidad y ausencia de cordura. No sostengo que

expresar arrepentimiento por un delito cometido —un acto que viola un orden social— sea lo mismo que expresar arrepentimiento por la maternidad —un acto que hace realidad un orden social—. No obstante, las declaraciones de las entrevistadas, como las de Tirtza cuando afirma «Es imposible. Imposible de arreglar. No puedes decir: vaya, pues sí, me he perjudicado a mí misma, a mis hijos y a la sociedad», nos hacen ver que el arrepentimiento lleva integrado un código, un sentimiento de responsabilidad moral que se sigue de una maternidad no deseada. Este sentimiento de responsabilidad trasciende la «esfera privada» porque tiene en cuenta sus consecuencias sociales. Así, en lugar de tratar a las madres arrepentidas como mujeres egoístas e inmorales que solo piensan en sí mismas, se puede realizar un análisis más profundo del arrepentimiento. Nos permitirá comprender cómo en ocasiones el mismísimo dictado de que las mujeres se han de ocupar solo «de sus asuntos» —es decir, que sean madres y presten atención únicamente a sus hijos— tiene consecuencias últimas bastante inmorales. Así lo formuló la activista y escritora feminista estadounidense Ellen Peck, a propósito de una frase de la pareja de investigadores Rustum y Della Roy: «[se trata] del burdo egoísmo de nuestra cultura que fomenta el sentimiento de que la caridad bien entendida empieza por uno mismo, y garantiza esa caridad ofreciendo frases nobles como “Es tu deber con respecto a tus hijos” y “La familia es lo primero”. La familia acaba siendo una verdadera esponja, que absorbe y se apropia de toda posible muestra de afecto que pudiera filtrarse al mundo exterior». Y aún prosigue Peck: «bebés y niños, en especial los propios, pueden hacer que perdamos de vista la comunidad en su conjunto. Asimismo, pueden perjudicar nuestra autoestima, hacer que nos minusvaloremos como hombres y mujeres adultos».[198]

Para ramificarse hay que establecer primero un punto de partida.

Y eso es lo que he hecho.

Al rescatar lo que, según parece, «se deja de lado» o «se excluye» en la psique de las mujeres y las madres, junto con la voluntad de escuchar lo que prohíben las normas afectivas de la maternidad, se ha puesto de manifiesto que nos enfrentamos a mapas emocionales complejos. Mucho más complejos que el sendero principal que supuestamente existe en el mapa

único de las ideas preconcebidas. Por ello es importante, para las mujeres que se arrepienten de haber dado el paso a la maternidad, que no dejemos de esbozar y descubrir multitud de nuevas rutas y regiones mediante la escucha atenta de las participantes en el estudio, así como de las mujeres que las han precedido y las seguirán. Y estas exploraciones también pueden ser relevantes para las mujeres que no quieren ser madres, y para las mujeres que ya son madres, porque les allanarán otros caminos donde pararse, pasear, caminar sin rumbo fijo, dar media vuelta, quedarse todo el tiempo que quieran.

Hay que allanar dichos caminos. Es nuestro deber. Somos las mujeres quienes necesitamos tener el mundo en nuestras manos en lugar de vernos arrolladas por su peso. Somos las mujeres quienes necesitamos ser dueñas de nuestro cuerpo y nuestra vida, así como de nuestros pensamientos, sentimientos e imaginaciones. Sin ello, no habrá remedio.

NOTAS

[1] Datos de la Oficina Central de Estadística de Israel, «Selected Data for International Womens Day 2015», ‹http://www.cbs.gov.il/reader/newhodaot/hodaa_template.html?hodaa=201511057›.

[2] Datos del Banco Mundial, «Fertility rate, total (births per woman), 2015», ‹http://data.worldbank.org/indicator/SP.DYN.TFRT.IN›.

[3] Ciertos estudios ponen de manifiesto que el arrepentimiento incorpora elementos cognitivos (como la imaginación, la memoria, el juicio o la evaluación) y aspectos emocionales (como el pesar, la pena o el dolor). Siguiendo el planteamiento de Janet Landman, que identificaba el arrepentimiento con una razón sentida o un sentimiento razonado, y dado que considero que el intento de crear una distinción marcada entre ambos a menudo sería arbitrario e impreciso, a lo largo del libro identifico el arrepentimiento con una postura emocional.

[4] En 1970 la columnista estadounidense Ann Landers planteó en una encuesta metodológicamente controvertida la siguiente pregunta: «Si pudiera elegir de nuevo, ¿volvería a optar por ser padre/madre? Los editores recibieron más de diez mil cartas de padres y madres, de los cuales el 70 por ciento contestó «No». En mi opinión, lo importante no radica tanto en el porcentaje de los que dieron una respuesta negativa, como en el hecho de que se llevara a cabo un estudio sobre el tema, y sobre todo que eso ocurriera hace cuarenta años.

[5] Un ejemplo actualizado para intentar abordar el tema del arrepentimiento ante la maternidad se puede encontrar en una columna escrita en 2013 por Isabella Dutton, una madre y abuela británica,

‹http://www.dailymail.co.uk/femail/article-2303588/ The-mother-says-having-childrenbiggest-regret-life.html›.

[6] Orna Donath, «Regretting Motherhood: A Socio-Political Analysis», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 2015, 40(2), pp. 343 − 367.

[7] Esther Gobel, «Sie wollen ihr Leben zurück», 4/5/2015, ‹http://www.sueddeutsche.de/gesundheit/ungluecklicheMuetter-sie— wollen-ihr-lebenzurueck-1.2419449›.

[8] Sara Ahmed, *The Cultural Politics of Emotion*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2004. [Hay trad, cast.: *La política cultural de las emociones*, PUEG/UNAM, Ciudad de México, 2013.]

[9] Entre 2008 y 2011 también realicé entrevistas exhaustivas a varios padres de edades comprendidas entre los 34 y los 78 años (incluido un abuelo). Cuatro años después de iniciar las entrevistas, decidí que el estudio se ocuparía del arrepentimiento provocado únicamente por la maternidad debido a la incapacidad para ahondar lo suficiente en los mundos de la maternidad y la paternidad, con sus semejanzas y diferencias de contenido.

[10] Carol. A B. Warren, «Qualitative Interviewing», en J. F. Gubrium y J. A. Holstein, eds., *Handbook of Interview Research: Context & Method*, Thousand Oaks, Londres, Sage, Nueva Delhi, 2001, pp. 83 − 101.

[11] Janet Landman, *Regret: The Persistence of the Possible*, Oxford University Press, Nueva York, 1993.

[12] Ann Oakley, «Interviewing Women: A Contradiction in Terms», en Helen Roberts, ed., *Doing Feminist Research*, Routledge, Londres, 1981/1990, pp. 30 − 61.

[13] *Nancy Chodorow, The Reproduction of Mothering Psychoanalysis and the Sociology of Gender, University of California Press, 1978. [Hay trad, cast.: El ejercicio de la maternidad: psicología y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos, Gedisa, Barcelona, 1984.]*

[14] Simone de Beauvoir, *The Second Sex*, Random House, Londres, 2009 [1949]. [Hay trad, cast.: *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005.]

[15] Sherry B. Ortner, «Is Female to Male as Nature Is to Culture?», *Feminist studies*, 1972, 1(2), pp. 5 − 31; Simone de Beauvoir, *The Second Sex*, Random House, Londres, 2009 [1949]. [Hay trad, cast.: *El segundo*

sexo, Cátedra, Madrid, 2005.] Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex*, W. Morrow, Nueva York, 1970. [Hay trad, cast.: *La dialéctica del sexo*, Kairós, Barcelona, 1976.]

[16] La maternidad en Israel ha ocupado un lugar de honor en el discurso público del período preestatal, y la obligación de ser madre está presente en los preceptos religiosos, tales como «Sed fecundos y multiplicaos», al que también se le ha dado una validez ideológica secular, pues impregna los decretos ideológicos militaristas, nacionalistas y sionistas. Israel tiene las tasas globales de fecundidad más elevadas de los países desarrollados; otro indicador de la sacralización del parto en la sociedad israelí es el uso intensivo de técnicas de reproducción. Israel es una superpotencia mundial en lo que respecta a dichas técnicas, dado que hace una mayor utilización de ellas que cualquier otro país.

[17] Mensajes escritos en el foro israelí en internet «Women who do not want children» y respuestas a artículos míos publicados en periódicos israelíes.

[18] Rosalind Gill, «Culture and Subjectivity in Neoliberal and Postfemi— nist Times», *Subjectivity*, 2008, 25, pp. 432 − 445; Kinneret Lahad, «The Single Womans Choice as a Zero-Sum Game», *Cultural Studies*, 2014, 28(2), pp. 240 − 266; Angela McRobbie, *The Aftermath of Feminism: Gender, Culture and Social Change*, Sage Publications, Londres, 2009; Rickie Solinger, «Dependency and Choice: The Two Faces of Eve», *Social Justice*, 1998, 25(1), pp. 1 − 27.

[19] *Ibid.*

[20] Moran Eisenstein, «Enough with the Badgering: What if I don't Want a Second Child?», Ynet, 8/22/11 [en hebreo], ‹http://www.ynet.co.il/articles/0,7340,L-4l 10159,00.html›; Johanna, «Regretting Motherhood. Overkill und die Frage: Muss das wirklich sein?», Das Leben Eben, 4/21/15, ‹http://www.pink-e-pank.de/2015/04/ 21/ regretting-motherhood-overkill-und-die-fragemuss-das-wirklich— sein/#comments›; ‹http://www.gutefrage.net/frage/ich-will-keine— kinder-haben-als-frau-ein-skandal›.

[21] Susan Himmelweit, «More than 'A Womans Right to Choose'?», *Feminist Review*, 1988, 29, pp. 38 − 56.

[22] Costello, citado en Donna M.Y. Read, Judith Crockett y Robyn Mason, «"It Was a Horrible Shock": The Experience of Motherhood and Womens Family Size Preferences», Womens Studies International Forum, 2012, 35(1), pp. 12 − 21.

[23] Diana Tietjens Meyers, «The Rush to Motherhood: Pronatalist Discourse and Womens Autonomy

[24] *Ibid.*

[25] Martha McMahon, *Engendering Motherhood. Identity and Self Transformation in Womens Lives, The Guilford Press, Nueva York, 1995.*

[26] J. Fennell, «It Happened One Night': The Sexual Context of Fertility Decision-Making», 2006, ponencia presentada en la reunión anual de la Population Association of America celebrada en Los Ángeles, California; Tracy Morison, «Heterosexual Men and Parenthood Decision Making in South Africa: Attending to the Invisible *Norm», Journal of Family Issues*, 2013,34(8), pp. 1.125 − 1.144.

[27] Pierre Bourdieu, *Language and Symbolic Power*, John B. Thompson, ed., Universidad de Harvard, Cambridge (Massachusetts), 1992.

[28] Tracy Morison, «Heterosexual Men and Parenthood Decision Making in South Africa: Attending to the Invisible Norm*», Journal of Family Issues*, 2013, 34(8), pp. 1.125 − 1.144.

[29] «Ich mochte keine Kinder — bitte akzeptiert das!», *Brigitte*, ‹http://www.brigitte.de/liebe/ persoenlichkeit/ffeiwillig-kinderlos-1217739/›.

[30] Diana Tietjens Meyers, «The Rush to Motherhood: Pronatalist Discourse and Womens Autonomy», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 2001, 26(3), pp. 735 − 773.

[31] J. Fennell, «"It Happened One Night": The Sexual Context of Fertility Decision-Making», 2006, ponencia presentada en la reunión anual de la Population Association of America celebrada en Los Ángeles, California; Tracy Morison, Heterosexual Men and Parenthood Decision Making in South Africa: Attending to the Invisible Norm», *Journal of Family Issues*, 2013,34(8), pp. 1.125 − 1.144.

[32] Joanne Baker, «Discounting Disadvantage: The Influence of Neo—Liberalism on Young Mothers», en *Challenging Practices: The Third Conference on International Research Perspectives on Child and Family*

Welfare, Mackay Centre for Research on Community and Childrens Services, 2005.

[33] Susie Louck Shemer, *The Experience of Mothers after the Birth of the First Child and the Relationship of the Couple, in the Ultra-Orthodox and Secular Israeli Society, trabajo de fin de master [en hebreo], Universidad Hebrea, Jerusalen, 2009.*

[34] Citada en Swantje Wallbraun, «Ich bekam Kinder aus Angst, einsam zu sein», *Die Welt*, 9 de septiembre de 2007, ‹http://www.welt.de/politik/ articlel l69277/Ich-bekam-Kinder-aus-Angst-einsam-zusein.html›.

[35] Ann Crittenden, *The Price of Motherhood. Why the Most Important Job in the World is Still the Least Valued, Henry Holt and Company, Nueva York, 2001.*

[36] Ann Crittenden, *The Price of Motherhood. Why the Most Important Job in the World is Still the Least Valued, Henry Holt and Company, Nueva York, 2001.*

[37] Catharine MacKinnon, *A Sex Equality Approach to Sexual Assault*, Anales de la Academia de Ciencias de Nueva York, 2003, 989, pp. 265 − 275.

[38] Kinneret Lahad, «The Single Womans Choice as a Zero-Sum Game», *Cultural Studies*, 2014, 28(2), pp. 240 − 266.

[39] Tamar Hager, «Making Sense of an Untold Story: A Personal Deconstruction of the Myth of Motherhood», *Qualitative Inquiry*, 2011, 17(1), p. 35.

[40] Jean B. Elshtain, *Public Man, Private Woman*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1981; Sharon Hays, *The Cultural Contradictions of Motherhood*, Yale University Press, 1996. [Hay trad, cast.: *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Paidós, Barcelona, 1998.]; Carole Pateman, «Feminist Critiques of the Public/Private Dichotomy», en *The Disorder of Women: Democracy, Feminism and Political Theory*, Polity Press, Cambridge, 1989, pp. 118 − 140.

[41] Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex*, W. Morrow, Nueva York, 1970. [Hay trad, cast.: *La dialéctica del sexo*, Kairós, Barcelona, 1976.]

[42] Sharon Hays, *The Cultural Contradictions of Motherhood*, Yale University Press, 1996. [Hay trad, cast.: *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Paidós, Barcelona, 1998.]

[43] Terry Arendell, «Conceiving and Investigating Motherhood: The Decade s Scholarship», *Journal of Marriage and The Family*, 2000, 62(4), pp. 1.192 − 1.207; Nancy Scheper-Hughes, *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*, University of California Press, California, 1992. [Hay trad, cast.: *La muerte sin llanto: violencia y vida cotidiana en Brasil*, Ariel, Barcelona, 1997.]

[44] Tamar Hager, «Making Sense of an Untold Story: A Personal Deconstruction of the Myth of Motherhood», *Qualitative Inquiry*, 2011, 17(1), p. 35.

[45] Terry Arendell, «Conceiving and Investigating Motherhood: The Decade s Scholarship», *Journal of Marriage and The Family*, 2000, 62(4), pp. 1.192 − 1.207; Sharon Hays, *The Cultural Contradictions of Motherhood*, Yale University Press, 1996. [Hay trad, cast.: *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Paidós, Barcelona, 1998.]

[46] Rozsike Parker, «Why Study the Maternal», ‹http://www.mamsie.bbk.ac.uk›.

[47] Sharon Hays, *The Cultural Contradictions of Motherhood*, Yale University Press, 1996. [Hay trad, cast.: *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Paidós, Barcelona, 1998.]

[48] Kelly Oliver, *Knock Me Up, Knock Me Down: Images* of Pregnancy *in Hollywood Films, Columbia University Press, Nueva York, 2012.*

[49] Gabriele Möller, «Regretting Motherhood — Darf man es bereuen, Mutter zu sein?», *Urbia*, ‹http://www.urbia.de/magazin/familienleben/muetter/regretting-motherhood-darfman-es-bereuen— mutter-zu-sein›.

[50] Kelly Oliver, *Knock Me Up, Knock Me Down: Images of Pregnancy in Hollywood Films*, Columbia University Press, Nueva York, 2012; Imogen Tyler, «Pregnant Beauty: Maternal Femininities under Neoliberalism», en Rosalind Gill y Christina Scharff, eds., *New Femininities: Postfeminism, Neoliberalism and Subjectivity*, Palgrave Macmillan, Reino Unido, 2011, pp. 21 − 36.

[51] Arlie Russell Hochschild, «Ideology and Emotion Management: A Perspective and Path for Future Research», en T. D. Kemper, ed., *Research Agendas in the Sociology of Emotion*, Suny Press, Albany,1990, p. 122.

[52] Terry Arendell, «Conceiving and Investigating Motherhood: The Decade s Scholarship», *Journal of Marriage and The Family*, 2000, 62(4), pp. 1.192 − 1.207.

[53] Respuesta aparecida en el debate n.° 24 del artículo: Orna Donath, «I love my children but rather they would not be here», Ynet, 25 de junio de 2009 [en hebreo]; ‹http://www.ynet.co.i1/articles/0,7340, L-3734681,00.html›.

[54] Debate n.° 23 del artículo «Debatte um #regrettingmotherhood: Mütter, die keine sein wollen», *Spiegel Online*, 13 de abril de 2015, ‹http://www.spiegel.de/panorama/ gesellschaft/regrettingmother— hood-muetter-die-keinesein-wollen-a-1028310.html#js-article— comments-box-pager›.

[55] Dicho razonamiento se basa en la afirmación de Finch según la cual «Las familias han de ser "exhibidas" además de "formarse"». Véase Janet Finch, «Displaying Families», *Sociology*, 2007,41(1), pp. 65 − 81.

[56] Citado en Simone de Beauvoir, *The Second Sex*, Random House, Londres, 2009 [1949]. [Hay trad, cast.: *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005.]

[57] Susan Maushart, *The Mask of Motherhood. How Becoming a Mother Changes Everything and Why We Pretend It Doesn't, Penguin Books, Nueva York, 1999.*

[58] Judith Butler, «Imitation and Gender Insubordination», en Diana Fuss, ed., *Inside/Out:Lesbian Theories, Gay Theories*, Routledge, Nueva York y Londres, 1991.

[59] R. D. Laing, *The Politics of the Family [and Other Essays*/, CBC Massey Lectures, Toronto, 1969. [Hay trad, cast: *El cuestionamien— to de la familia*, Paidós, Barcelona, 1986.]

[60] Terry Arendell, «Conceiving and Investigating Motherhood: The Decades Scholarship», *Journal of Marriage and The Family*, 2000, 62(4), pp. 1.192 − 1.207.

[61] Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *For Her Own Good*, Anchor Books, Nueva York, 1979.

[62] Sarah Rudell Beach, «Honoring maternal ambivalence», 17 de noviembre de 2014, ‹http://leftbrainbuddha.com/honoring-maternal—ambivalence-motherhood-conflicted/›.

[63] *Ibid.*

[64] Terry Arendell, «Conceiving and Investigating Motherhood: The Decade s Scholarship», *Journal of Marriage and The Family*, 2000, 62(4), pp. 1.192 − 1.207.

[65] Rozsika Parker, «Maternal Ambivalence», en *Winnicott Studies No. 9*, Laurence Spurling, ed., Squiggle Foundation, Londres, 1994, pp. 3 − 17.

[66] Irene Tazi-Preve, «Motherhood in Patriarchal Society: The Case of Germany and Austria», en *Mothers Way*, Erella Shadmi, ed., Resling, Israel, pp. 67 − 82 [en hebreo], 2015.

[67] Adrienne Rich, *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*, Norton, Nueva York, 1976, p. 21. [Hay. trad, cast.: *Nacemos de mujer La maternidad como experiencia e institución, Cátedra, Universität de Valéncia, 1986.]*

[68] Rozsika Parker, «The Production and Purposes of Maternal Ambivalence», pp. 16 − 36, en *Mothering and Ambivalence*, Wendy Ho—llway y Brid Featherstone, eds., Londres y Nueva York, Routledge, 1997, p. 17.

[69] Joan Raphael-Leff, «Healthy Maternal Ambivalence», *Studies in the Maternal'*, 2010, 2(1), p. 115.

[70] Kristin, «My Postpartum Confession», *Little Mama Jama*, 1 de diciembre de 2011, ‹http://littlemamajama.com/2011/12/01/my—postpartum-depression-confession/›.

[71] Joan Raphael-Leff, «Healthy Maternal Ambivalence», *Studies in the Maternal*, 2010,2(1), p. 115.

[72] Rozsika Parker, «Maternal Ambivalence», pp. 3 − 17, en *Winnicott Studies No. 9*, Laurence Spurling, ed., Squiggle Foundation, Londres, 1994, p. 8.

[73] *Ibid.*

[74] Anat Palgi-Hecker, *Mother in Psychoanalysis: A Feminist View*, Am Oved Publishers, Tel Aviv, 2005 [en hebreo].

[75] Nikki Shelton y Sally Johnson, «"I Think Motherhood for me was a bit Like a Double-Edged Sword": The Narratives of Older Mothers»,*Journal ofCommunity & Applied Social Psychology*, 2006, 16(4), p. 327.

[76] Alberto Melucci, *The Playing self. Person and Meaning in the Planetary Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

[77] Véase Barbara Adam, *Timewatch: The Social Analysis of Time*, Polity Press, Cambridge, 1995, p. 39.

[78] Kerry J. Daly, *Families and Time. Keeping Pace in a Hurried Culture*, Sage Publications, Thousand Oaks, Londres, 1996.

[79] Alberto Melucci, *The Playing self. Person and Meaning in the Planetary Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

[80] Daniel Kahneman y Amos Tversky, «The Psychology of Preferences», *Scientific American*, 1982, 246(1), pp. 160 − 173.

[81] Janet Landman, *Regret: The Persistence of the Possible*, Oxford University Press, Nueva York, 1993.

[82] Cita aparecida en Karen Davies, «Capturing Womens Lives: A Discussion of Time and Methodological Issues», *Womens Studies International Forum*, 1996,19(6), p. 581.

[83] Eviatar Zerubavel, «Social Memories: Steps to a Sociology of the Past», *Qualitative Sociology*, 1996, 19(3), pp. 283 − 299.

[84] Andrew S. Horne, «Reflections on Remorse in Forensic Psychiatry», en Murray Cox, ed., *Remorse and Reparation*, Jessica Kingsley Publishers, Londres y Filadelfia, 1999, pp. 21 − 31.

[85] Muzzamil Siddiqi, «Forgiveness: Islamic Perspective», *Onlslam*, 21 de marzo de 2011, ‹http://www.onislam.net/english/reading—islam/understanding-islam/ethics-andvalues/451497-the-power— of-forgiveness-an-islamic-perspective.html?Values›.

[86] Janet Landman, *Regret: The Persistence of the Possible*, Oxford University Press, Nueva York, 1993; Eviatar Zerubavel, «Social Memories: Steps to a Sociology of the Past», *Qualitative Sociology*, 1996,19(3): 283 − 299.

[87] Neal. J. Roese y Amy Summerville, «What We Regret Most… and Why», *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2005, 31(9), pp. 1.273 − 1.285.

[88] Diana L. Dumanis, *Talking about Abortion: A Qualitative Examination of Womens Abortion Experiences, UMI Dissertations, Uni— versidad de New Hampshire, 2006.*

[89] Susan Frelich Appleton, «Reproduction and regret», *Yale Journal of Law and Feminism*, 2011, 23(2), pp. 255 − 333.

[90] Baine B. Alexander, Robert L. Rubinstein, Marcene Goodman y Mark Luborsky, «A Path Not Taken: A Cultural Analysis of Regrets and Childlessness in the Lives of Older Women», *The Gerontologist*, 1992, 32(5), pp. 618 − 626.

[91] Lanette Ruff, *Religiosity, Resources, and Regrets. Religious and Social Variations in Conservative Protestant Mothering, tesis doctoral, Universidad de New Brunswick, Canadá, 2006.*

[92] Janet Landman, *Regret: The Persistence of the Possible*, Oxford University Press, Nueva York, 1993.

[93] Lisa Heffernan Endlich, «Why I regret being a stay-at-home— mom», 17 de agosto de 2013, ‹http://www.huffingtonpost.com/ grown-and-flown/why-i-regret-being-a-stay-at-home— mom_b_ 340269 l.html›.

[94] Katrina Kimport, «(Mis)Understanding Abortion Regret», *Symbolic Interaction*, 2012, 35(2), pp. 105 − 122; Barbara Katz Rothman, *Recreating Motherhood*, Rutgers University Press. New Jersey, 1989/2000.

[95] Katrina Kimport, «(Mis)Understanding Abortion Regret», *Symbolic Interaction*, 2012, 35(2), pp. 105 − 122.

[96] Carolyn Morell, *Unwomanly Conduct: The Challenges of Intentional childlessness, Routledge, Londres, 1994.*

[97] Arthur G. Neal, H. Theodore H. Groat y Jerry W. Wicks, «Attitudes about Having Children: A Study of 600 Couples in the Early Years of Marriage»,*Journal of Marriage and the Family*, 1989, 51(2), pp. 313 − 327.

[98] Jesse Shirley Bernard, *The Future of Motherhood*, Dial Press, Nueva York, 1974.

[99] Anat Palgi-Hecker, *Mother in Psychoanalysis: A Feminist Review*, Am Oved Publishers, Tel Aviv, 2005.

[100] Ruth Quiney, «Confessions of the New Capitalist Mother: Twen — ty-first-century Writing on Motherhood as Trauma», en *Women: A Cultural Review*, 18 (1), pp. 19 − 40.

[101] Tamar Hager, «Making Sense of an Untold Story: A Personal Deconstruction of the Myth of Motherhood», *Qualitative Inquiry*, 2011, 17(1), p. 36.

[102] Sheila Kitzinger, «Birth and Violence Against Women. Generating Hypotheses from Womens Accounts of Unhappiness after Child Birth», en Helen Robert, ed., *Womens Health Matters*, Routledge, Nueva York, 1992, pp. 63 − 80.

[103] Susan Maushart, *The Mask of Motherhood. How Becoming a Mother Changes Everything and Why We Pretend It Doesn't*, Penguin Books, Nueva York, 1999; Sheila Kitzinger, «Birth and Violence Against Women. Generating Hypotheses from Womens Accounts of Unhappiness after Child Birth», en Helen Robert, ed., *Womens Health Matters*, Routledge, Nueva York, 1992, pp. 63 − 80.

[104] Harriet Rosenberg, «Motherwork, Stress, and Depression: The Costs of Privatized Social Reproduction», en Bonnie Fox, ed., *Family Patterns, Gender Relations*, 2.ª éd., Oxford University Press, 2001, pp. 303 − 316.

[105] En una fase inicial del estudio, uno de los periódicos de mayor difusión de Israel se puso en contacto conmigo para proponerme que escribiera un artículo sobre lo que ocurre «entre bastidores» al estudiar una postura emocional considerada tabú. El artículo fue publicado en junio de 2009, y a raíz de su publicación se dirigieron a mí varias mujeres que se arrepentían de ser madres; Maya era una de ellas.

[106] Eva Illouz, *Cold Intimacies: The Making of Emotional Capitalistm, Polity Press, Cambridge, 2007.*

[107] *Naomi Wolf, Misconceptions. Truth, Lies, and the Unexpected on the Journey of Motherhood, Anchor Books, Nueva York, 2001/ 2003.*

[108] Luce Irigaray, «And the One Doesn’t Stir without the Other», *Signs*, 7(1), 1981, p. 67.

[109] Rachel Cusk, «The Language of Love», *Guardian*, 12 de septiembre de 2001, citada en Ruth Quiney, «Confessions of the New Capitalist Mother: Twenty-first-century Writing on Motherhood as Trauma», *Women: A Cultural Review*, 18(1), 2007, p. 32.

[110] Rachel Cusk, «The Language of Love», *Guardian*, 12 de septiembre de 2001, citada en Ruth Quiney, «Confessions of the New

Capitalist Mother: Twenty-first-century Writing on Motherhood as Trauma», *Women: A Cultural Review*, 18(1), 2007, p. 30.

[111] Patricia Hill Collins, «Shifting the Center: Race, Class, and Feminist Theorizing about Motherhood», en E. N. Glenn, G. Chang y R. Forcey, eds., *Mothering: Ideology, Experience and Agency*, Routled— ge, Nueva York, 1994, pp. 45 − 65 y p. 58.

[112] Effie Ziv, «Insidious Trauma», *Mafte'akh: Lexical Review of Political Thought*, 2012, 5, p. 5.574 [en hebreo].

[113] Al hablar de «un tipo concreto de violación» me refiero a que, mientras que el caso de una agresión sexual por parte de un completo desconocido se considera generalmente un acto negativo, inmoral y delictivo, las violaciones perpetradas por conocidos en una cita, por ejemplo, suelen ser polémicas, pues en más de una ocasión son objeto de un debate público en torno a «la corresponsabilidad de las mujeres».

[114] Naomi Wolf, *Misconceptions. Truth, Lies, and the Unexpected on the Journey of Motherhood, Anchor Books, Nueva York, 2001/ 2003, p. 7.*

[115] Cita aparecida en Lea Ties, «"Ich liebe mein Kind, aber…— wenn Mütter mit ihrer Rolle hadern», *Augsburger Allgemeine*, 10 de mayo de 2015, ‹http://www.augsburger-allgemeine.de/panorama/Ich— liebe-mein-Kind-aber-wennMuetter-mit-ihrer-Rolle-hadern— id33989927.html›.

[116] Martha McMahon, *Engendering Motherhood. Identity and Self Transformation in Womens Lives, The Guilford Press, Nueva York, 1995, p. 136.*

[117] Véase, por ejemplo, Philippe Aries, *Centuries of Childhood-A Social History of Family Life*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1962. [Hay trad, cast.: *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Taurus, Barcelona, 1987.] Elizabeth Badinter, *Mother love: Myth and reality. Motherhood in modem history*, Macmillan Publishing, Nueva York, 1981.

[118] Véase, por ejemplo, Elisheva Baumgarten, *Mother and Children: Jewish Family Life in Medieval Europe*, Princeton University Press, Princeton, 2004; Shulamith Shahar, *Childhood in the Middle Ages*, Routledge, Londres, 1990.

[119] Nancy Scheper-Hughes, *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil, University of California Press, California, 1992.*

[Hay trad, cast.: La muerte sin llanto: violenciay vida cotidiana en Brasil, Ariel, Barcelona, 1997.

[120] Sara Ahmed, *The Cultural Politics of Emotion*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2004, p. 124. [Hay trad, cast.: *La política cultural de las emociones*, PUEG/UNAM, Ciudad de México, 2013.]

[121] Respuesta n.° 4 al artículo: Orna Donath, «I love my children but rather they would not be here», *Ynet*, 25 de junio de 2009 [en hebreo], ‹http://www.ynet.co.i1/articles/0,7340,L-3734681,00.html›.

[122] Tres de las mujeres participantes en el estudio mencionaron momentos puntuales en los que habían sido violentas con sus hijos. Dos aseguraron que habían recibido ayuda profesional y que no habían vuelto a hacerlo. Me refiero a ello porque cualquier muestra de violencia contra un menor debe hacerse notar, no solamente porque deba discutirse el asunto en el contexto de este estudio. Es muy probable que las estadísticas relativas a la violencia ejercida por los progenitores contra sus hijos no plasmen su alcance real; el arrepentimiento hacia la paternidad o maternidad como causa del maltrato se da solamente en casos aislados. Los números deberían servirnos para recordar que no hay que sacar conclusiones apresuradas, que es demasiado fácil llegar a percepciones erróneas sobre el arrepentimiento.

[123] Carol Gilligan, *In a different voice*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1982.

[124] Diana L. Gustafson, *Unbecoming Mothers: The Social Production of Maternal Absence*, Haworth Clinical Practice Press, Nueva York, 2005, p. 3.

[125] Karen Davies, «Capturing Womens Lives: A Discussion of Time and Methodological Issues», *Womens Studies International Forum*, 1996, 19(6), pp. 579 − 588.

[126] Karen Davies, *Women, Time, and the Weaving of the Strands of Everyday Life, Avebury, Aldershot, 1990.*

[127] Arlie Russell Hochschild, *The Time Bind: When Work Becomes Home and Home Becomes Work*, Henry Holt and Company, Nueva York, 1997/2001.

[128] Christina Mundlos citada en Madeleine Gullert, «Unglückliche Mütter, die ihr Leben zurückwollen», *Achener Zeitung*, 3 de mayo de 2015,

‹http://www.aachener-zeitung.de/lokales/region/ungluecklicheMuetter-die-ihr-lebenzurueckwollen-1.1082182#plx4 92700333›.

[129] Jacinta Nandi, «Alleine mit dem Hass der Gesellschaft», Jacinta Nandi zu #regrettingmotherhood, *resonanzboden*, 8 de mayo de 2015, chttp://www.resonanzboden.com/streitfall/alleine-mit-dem-hass-der-gesellschaft-jacintanandi-regrettingmotherhood/›.

[130] Jennifer Senior, *All Joy and No Fun: The Paradox of Modern Parenthood*, Harper Collins Publishers, Nueva York, 2014.

[131] Barbara Katz Rothman, *Recreating Motherhood*, Rutgers University Press, New Jersey, 1989/2000, p. 10.

[132] Andrea O'Reilly, y Marie Porter, «Introduction», en Marie Porter, Patricia Short y Andrea O'Reilly, eds., *Motherhood. Power and Oppression*, Women's Press, Toronto, 2005, pp. 1 − 22 (p. 5).

[133] Diana L. Gustafson, *Unbecoming Mothers: The Social Production of Maternal Absence*, Haworth Clinical Practice Press, Nueva York, 2005.

[134] ¿Acaso la descripción que hago a continuación de las madres que viven separadas de sus hijos pequeños o adolescentes contribuye a la idea social de que este hecho merece una atención especial solo porque se trata de mujeres? Esta es una posibilidad que tengo en cuenta, y aun así sigo creyendo que es importante abordar las experiencias subjetivas de madres que no desean serlo y el modo en que exponen la idea de vivir separadas de sus hijos a la luz de esas percepciones sociales que condenan dicha decisión.

[135] *Ibid*, p. 23.

[136] Lylah M. Alphonse, «The Opposite of a "Tiger Mother": Leaving Your Children Behind», Yahoo! Shine, 3 de abril de 2011, chttp://shine.yahoo.com/parenting/the-opposite-of-a-tiger-mother— leaving-your-childrenbehind-2460982.html›.

[137] Wibke Bergemann, «Wenn die Mutter nach der Trennung auszie — ht», *Deutschlandradio Kultur*, 29 de junio de 2015, ‹http://www.deutschlandradiokultur.de/tabubruch-wenn-die-mutter-nach-der-trennungauszieht.976.de.html?dram:article_id=323905›.

[138] Orna Donath, «The More the Merrier? Some Cultural Logics of the Institution of Siblingship in Israel», *Israeli Sociology*, 2013, 15(1), pp. 35 − 57 [en hebreo]; Ann Laybourn, «Only Children in Britain: Popular

Stereotype and Research Evidence», *Children & Society*, 1990, 4(4), pp. 386 − 400; Adriean Mancillas, «Challenging the Stereotypes about only Children: A Review of the Literature and Implications for Practice», *Journal of Counseling & Development*, 2006, 84(3), pp. 268 − 275.

[139] «Means of Promoting Procreation in Developed Countries — A Comparative Review», 2010, ‹http://www.knesset.gov.il/mmm/data/pdf/m02646.pdf›.

[140] Donna M.Y. Read, Judith Crockett y Robyn Mason, «“It Was a Horrible Shock”: The Experience of Motherhood and Womens Family Size Preferences», *Womens Studies International Forum*, 2012, 35(1), pp. 12 − 21.

[141] «Bericht über die Sondererhebung 2006; “Geburten in Deutschland”», Statistisches Bundesamt, 2008, ‹https://www.destatis.de/DE/Publikationen/Thematisch/Bevoelkerung/Bevoelkerungsbewegung/GeburtenKinderlosigkeit5126401089004.pdf?—blob=publicationFile›.

[142] Ian Craib, *The Importance of Disappointment*, Routledge, Londres, 1994.

[143] Cita de Isabella Dutton. «The Mother who Says Having these Two Children is the Biggest Regret of her Life», *Mail Online*, 4 de marzo de 2013, ‹http://www.dailymail.co.uk/femail/article-2303588/ The-mother-says-having-childrenbiggest-regret-life.html›.

[144] Birgit Kelle, «Grow Up!», *The European; Das Debatten-Magazin*, 20 de abril de 2015, ‹http://www.theeuropean.de/birgit-kelle/10048-selbstmitleid-im-internet›.

[145] Johanna, «Regretting Motherhood. Overkill und die Frage: Muss das wirklich sein?», *Pinkepank*, 21 de abril de 2015, ‹http://www. pink-e-pank.de/2015/04/21 /regretting-motherhood-overkill-und— die-fragemuss-das-wirklich-sein/›.

[146] Ruth Quiney, «Confessions of the New Capitalist Mother: Twenty — first-century Writing on Motherhood as Trauma», *Women: A Cultural Review*, 2007, 18(1), pp. 19 − 40.

[147] Nadine, «Plädoyer fiir ein Tabu. #regrettingmotherhood», *Berliner kinderzimmer; kleines blogmagazin*, 9 de abril de 2015, ‹http://www.berliner-kinderzimmer.de/2015/04/09/pl%C3%A4doyer—f%C3%BCr-eintabu-regrettingmotherhood/›.

[148] Angelika Wende, «Regretting Motherhood oder warum Kinder als Schuldige für ein unerfülltes Leben herhalten müssen», 19 de abril de 2015, ‹http://angelikawende.blogspot.de/2015/04/aus— der-praxis-regretting-motherhood.html›.

[149] . Sasha Worsham Brown, «My Mom Told Me She Regrets Having Children», *Yahoo*!, 1 de mayo de 2015, ‹https://www.yahoo.com/parenting/what-if-you-regret-having-childrenl 17620834597. html›.

[150] Sara Ahmed, *Queer Phenomenology: Orientations, Objects, Others, Duke University Press, Durham, 2006.*

[151] Eviatar Zerubavel, *The Elephant in the Room: Silence and Denial in Everyday Life, Oxford University Press, 2006.*

[152] Judith Jack Halberstam, *The Queer Art of Failure*, Duke University Press, Durham, 2011; Sam McBean, «Queer Temporalities», *Feminist Theory*, 2013, 14(1), pp. 123 − 128; Kathryn Bond Stockton, *The Queer Child, or Growing Sideways in the Twentieth Century*, Duke University Press, Durham (Carolina del Norte), 2009.

[153] Judith Jack Halberstam, *The Queer Art of Failure*, Duke University Press, Durham, 2011, p. 27.

[154] Sara Ahmed, *Queer Phenomenology: Orientations, Objects, Others*, Duke University Press, Durham, 2006; Judith Jack Halberstam, *The Queer Art of Failure*, Duke University Press, Durham, 2011.

[155] Kathy Weingarten, «Radical Listening», *Journal of Feminist Family Therapy*, 1995,7(1 − 2), p. 722.

[156] Ann Snitow, «Feminism and Motherhood. An American Reading», *Feminist Review*, 1992, 40, p. 33.

[157] Kathy Weingarten, «Radical Listening», *Journal of Feminist Family Therapy*, 1995, 7(1 − 2), p. 722.

[158] *Ibid.*

[159] Luce Irigaray, «And the One Doesn’t Stir without the Other», *Signs*, 1981, 7(1), p. 63.

[160] Janet Landman, *Regret: The Persistence of the Possible*, Oxford UniversityPress, Nueva York, 1993.

[161] Avery F. Gordon, *Ghostly Matters. Haunting and the Sociological Imagination*, The University of Minnesota Press, Minnesota, 2008, p. 5.

[162] Informe de 2015 sobre el Estado Mundial de las Madres (*The Complete Mothers' Index* en inglés), ‹http://www.savethechildren.org/atf/cf/%7B9de£2ebe-10ae-432c-9bd0df91 d2eba74a%7D/SOWM__MOTHERS_INDEX.PDF›; «In Norwegen geht es Müttern am besten», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, Familie, 5 de mayo de 2015, ‹http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/familie/internationaler— muetter-index-norwegenvorn-13575261.html›.

[163] Véase, por ejemplo, Patricia Hill Collins, «Shifting the Center: Race, Class, and Feminist Theorizing about Motherhood», en E.N. Glenn, G. Chang y R. Forcey, eds., *Mothering: Ideology, Experience and Agency*, Routledge, Nueva York, 1994, pp. 45 − 65; Barbara Ehrenreich, Russell Arlie Hochschild, eds., *Global Woman: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*, Metropolitan Books, Nueva York, 2002; bell hooks, «Homeplace. A Cite of Resistance», en Andrea O'Reilly, ed., *Maternal Theory. Essential Reading*, Demeter Press, Toronto, 2007, pp. 266 − 273; Shelley M. Park, *Mothering Queerly, Queering Motherhood. Resisting Monomatemalism in Adoptive, Lesbian, Blended, and Polygamous Families*, Suny Press, Albany, Nueva Yor), 2013; Rickie Solinger, *Pregnancy and Power. A Short History of Reproductive Politics in America*, New York University Press, Nueva York, 2005.

[164] Diane Pearce, «The Feminization of Poverty: Women, Work, and Welfare», *Urban and Social Change Review*, 1978, 11(1 − 2),pp. 28 − 36.

[165] Sarit Sambol y Orly Benjamin, «Motherhood and Poverty in Israel: The place of Motherhood in the Lives of the Working Poor», *Social Issues in Israel*, 2006, 1(2), pp. 31 − 63 [en hebreo]; Sarit Sambol y Orly Benjamin, «Structural and Gender Based Interruptions in Womens Work History: the Entrenchment of Opportunity Structures for the Working Poor», *Israeli Sociology*, 2007, 9(1), pp. 5 − 37 [en hebreo].

[166] Evelyn Nakano Glenn, «Social Constructions of Mothering: A Thematic Overview», en E. N. Glenn, G. Chang y R. Forcey, eds., *Mothering: Ideology, Experience and Agency*, Roudedge, Nueva York, 1994, pp. 1 − 29 (pp. 5 − 6).

[167] Simone Blaß, «Ist Zwischen den Stühlen der beste Platz?», *T-Online*, 8 de septiembre de 2014, ‹http://www.t-online.de/eltern/familie/id_60660608/eine-teilzeitmutter-berichtet.html›.

[168] Arlie Russell Hochschild, *The Time Bind: When Work Becomes Home and Home Becomes Work*, Henry Holt and Company, Nueva York, 1997/2001; Arlie Russell Hochschild, *The Second Shift: Working Parents and the Revolution at Home*, Viking Penguin, Nueva York, 1989.

[169] «EU-Vergleich: Mütter arbeiten seltener, Väter häufiger als Kinderlose», *Statistisches Bundesamt*, ‹https://www.destatis.de/Europa/DE/Thema/BevoelkerungSoziales/Arbeitsmarkt/Eltern Erwerb.html›.

[170] Emily Jeremiah, «Murderous Mothers. Adrienne Richs Of Woman Born and Toni Morissons Beloved», en Andrea O'Reilly, ed., *From Motherhood to Mothering: The Legacy of Adrienne Rich's Of Woman Bom*, State University Press of New York, Nueva York, 2004, pp. 59 − 71.

[171] Nancy Chodorow y Susan Contratto, «The Fantasy of the Perfect Mother», en Nancy Chodorow, ed., *Feminism and Psychoanalytic Theory*, University of Yale Press, New Haven y Londres, 1989, p. 90.

[172] bell hooks, «Homeplace. A Cite of Resistance», en Andrea O'Reilly, ed., *Maternal Theory. Essential Reading*, pp. 266 − 273, Demeter Press, Toronto, 2007, p. 147.

[173] Barbara Katz Rothman, *Recreating Motherhood*, Rutgers University Press, New Jersey, 1989/2000, pp. 10 y 13.

[174] Christine Finke, «Regretting Motherhood — Nein. Aber», *Mama arbeitet, 6* de abril de 2015, ‹http://mama-arbeitet.de/gestern-und—heute/regretting-motherhood-nein-aber›.

[175] ‹https://twitter.com/hashtag/regrettingmotherhood?lang=de›.

[176] *Andrea O'Reilly, Rocking the Cradle. Thoughts on Feminism, Motherhood, and the Possibility of Empowered Mothering, Demeter Press, Toronto, 2006, p. 14.*

[177] Patricia Hill Collins, «The Meaning of Motherhood in Black Culture and MotherDoughter Relationships», en Andrea O'Reilly, ed., *Maternal Theory. Essential Reading*, Demeter Press, Toronto, 2007, pp. 274 − 289; bell hooks, «Homeplace. A Cite of Resistance», en Andrea O'Reilly, ed., *Maternal Theory. Essential Reading*, Demeter Press, Toronto, 2007, pp. 266 − 273.

[178] Michal Krumer-Nevo, *Women in Poverty: Life Stories. Gender, Pain, Resistance*, Hakibbutz Hameuchad Publishing House, Tel Aviv, 2006 [en hebreo].

[179] *Ibid*, p. 92.

[180] Lennard J. Davisk, *Enforcing Normalcy: Disability, Deafness and the Body, Verso, Londres, 1995.*

[181] Orna Donath, *Making a Choice: Being Childfree in Israel*, Miskal — Yedioth Ahronot Books y Migdarim Hakibutz Hameuchad, Tel Aviv, 2011 [en hebreo].

[182] Comentario a raíz del artículo de Maike Schultz, «Att bli mamma har inte tillfört något till livet», *Svenska Dagbladet*, 15 de septiembre de 2015.

[183] ‹http://www.tapuz.co.il/forums2008/forumpage.aspxFforum Id=1105›.

[184] Jean E. Veevers, *Childless By Choice*, Butterworths, Toronto, 1980, p. 82

[185] Annalee Newitz, «Murdering Mothers», en Molly Ladd-Taylor y Lau— ri Umansky, eds., «*Bad» Mothers: The Politics of Blame in Twentieth— Century America*^ New York University Press, 1998, pp. 334 − 356.

[186] *Ibid*. p. 352.

[187] ‹http://www.tapuz.co.il/forums2008/forumpage.aspxFforum Id=1105›.

[188] Sarah Diehl, *Die Uhr, die nicht tickt*, Arche Verlag, Zurich-Ham— burgo, 2014.

[189] Diana Meyers Tietjens, «The Rush to Motherhood: Pronatalist Discourse and Womens Autonomy», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 2001, 26(3), pp. 735 − 73.

[190] Eva Illouz, *Cold Intimacies: The Making of Emotional Capitalism, Polity Press, 2007. [Hay trad, cast.: Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo, Katz Editores / Katz Barpal S.L., Madrid, 2007.]*

[191] Sharon Hays, *The Cultural Contradictions of Motherhood*, Yale University Press, 1996, p. 154. [Hay trad, cast.: *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Paidós, Barcelona, 1998.]

[192] Elisheva Baumgarten, *Mother and Children: Jewish Family Life in Medieval Europe*, Princeton University Press, Princeton, 2004;

Shulamith Shahar, *Childhood in the Middle Ages*, Routledge, Londres, 1990.

[193] Traducción de Shulamith Shahar, *Childhood in the Middle Ages*, Routledge, Londres, 1990, p. 25.

[194] *Epistolario entre Abelardo y Eloísa*, según la edición alemana del Dr. Paul Baumgartner, Stuttgart, Redam, 1984, p. 34

[195] Orna Donath, «I love my Children but rather They Would not Be Here», *Ynet*, 25 de junio de 2009 [en hebreo], ‹http://www.ynet.co.il/articles/ 0,7340,L-3734681,00.html›.

[196] Judith Tucker Stadtman, «The New Future of Motherhood», *The Mothers Movement Online*, 2005, ‹http://www.mothersmovement.org/features/mhoodpapers/new_future/mmo_new_futur e.pdf›.

[197] Janet Landman, *Regret*:

[198] Rustum Roy y Della Roy, *Honest Sex*, New American Library, 1968, citado en Ellen Peck, *The Baby Trap*, Bernard Geis Associates, Nueva York, 1971, pp. 67 − 68.